Alan Sillitoe

# La vida sin armadura

Una autobiografía

Traducción de Antonio Lastra

Una de las autobiografías más sinceras e impactantes escritas por un novelista en el siglo XX. Un retrato del artista obrero en la durísima Inglaterra industrial.

Descatalogada desde hace años, y recientemente rescatada en una nueva edición, estamos ante una de las autobiografías más impactantes escritas por un novelista en el siglo XX. Alan Sillitoe, considerado un autor clave de la generación más brillante de la literatura inglesa de posguerra, narra aquí su formación como escritor: sus años de infancia y de penurias en una casa de protección oficial en la ciudad industrial de Nottingham, la evacuación durante la guerra y sus años en el ejército, en Malasia, la tuberculosis y su renacimiento como polémico miembro del movimiento de los Jóvenes Airados; la publicación de sus primeros libros y su éxito como autor generacional. Un libro que evoca, en toda su crudeza, el alma de una época, y constituye un relato vívido de la escena cultural y social de la Inglaterra, entre sórdida y triunfalista, que alumbró a Graham Greene, Muriel Spark, Kingsley Amis o Philip Larkin.



Alan Sillitoe

# La vida sin armadura

## Una autobiografía

**ePub r1.1**
**Titivillus** 15.01.2023

Título original: *Life without armour*
Alan Sillitoe, 1995
Traducción: Antonio Lastra

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*Para Donald Morisson, el primer lector en W. H. Allen que, a principios de 1958, dijo que mi novela debía publicarse.*

*Lo decapitaron y despojaron de su armadura, que enviaron por todo el país de los filisteos para darlo a conocer en la casa de sus ídolos y entre el pueblo.*

I SAMUEL 31: 9

# Primera parte

# Capítulo 1

UNA AUTOBIOGRAFÍA TIENE QUE DAR DETALLES de otras personas además de su autor, aunque solo mencione a las dos que fueron responsables de que naciera. Respecto a mi padre, nunca he podido determinar en qué edad mental permaneció estancado durante buena parte de su vida. He pasado con creces la edad a la que él murió, hará unos treinta años, pero recuerdo que a veces parecía tener la inteligencia de un niño de diez años en el cuerpo de un animal. Era corto de piernas y megacefálico, y lo cierto es que ni con millones de años y una máquina de escribir habría podido producir un soneto shakesperiano. Claro que yo tampoco habría podido.

La mayor parte del tiempo lograba ocultar su atraso, del que, en algún oscuro resquicio de su espíritu, era perfectamente consciente. Su experiencia del mundo venía en su ayuda, pues tenía esa deferencia propia, según se dice, de los animales y se daba cuenta de que, si quería el afecto de quienes lo rodeaban, debía mostrar algo parecido para obtenerlo.

Pegaba con frecuencia a mi madre y un recuerdo temprano es el de verla inclinarse sobre el cubo para que la sangre de su cabeza abierta no corriera por la alfombra. El modo que mi padre tenía de expiar sus acciones consistía en ser útil sentimentalmente a mi madre, pero quedaba peligrosamente desconcertado cuando tales gestos suscitaban rechazo. Mi madre comprendió pronto que si esa era su única forma de tregua, haría mejor en aceptarlos, porque no hacerlo así podría depararle otro estallido de violencia. Sabía también que aprovecharse de ese súbito ablandamiento aliviaba el

dolor de la existencia de mi padre, de modo que, dadas las circunstancias, honraba la máxima de que quien mala cama hace, en ella se yace.

Su lento desarrollo en cuestión de edad habría debido enseñarle a mi padre a conocerse y dominar sus peores instintos. Incapaz de hacerlo, siguió constituyendo una amenaza para quienes lo rodeaban. Aprendí enseguida a pensar antes de hablar, especialmente con las personas a las que temía y eso incluía a casi todos, lo que no es insólito en un niño. Mi padre ejercía la autoridad suprema del puño y la patada, mezclada, si esa es la palabra más adecuada, con unos cambios de humor que no eran más que otra forma de inmoderación y que me dejó como poso una duradera falta de respeto por la autoridad.

En aquellos días de mi infancia, mi padre pasaba más tiempo de mal humor que tratando de enmendarse llevado por una genuina necesidad, de modo que mi hermana y yo vivíamos siempre con miedo de alguien que, como sentíamos a veces, debería haber estado encadenado. Respondíamos a sus momentos de amabilidad con más alivio que afecto, pero nunca encontramos un refugio de confianza en nuestros padres, en ninguno de los dos. Mi madre quería paliar la furia impredecible de mi padre y sufría el doble porque no podía hacerlo, incapaz siquiera de protegerse a sí misma. Recuerdo su grito de protesta, sin embargo, cuando mi padre me pegaba, lo que era infrecuente, pues pronto aprendí a apartarme de su camino: «¡No, en la cabeza no, no, no!». Me angustiaba que mi madre lo hubiera conocido y por consiguiente me hubiera dado a mí a luz, aunque me adapté rápidamente como un cortesano encerrado en la jaula de un orangután.

Desde el principio mis emociones se dividían a partes iguales entre el odio a mi padre y la piedad por mi madre, pero en ocasiones me daba cuenta de que mi padre solo podía ser como era porque no sabía leer ni escribir. Le avergonzaba profundamente que nosotros, niños, oyéramos a nuestra madre gritar de angustia que era un zoquete incapaz de descifrar el nombre de una calle o el número del

autobús. El mundo parecía entonces una jungla desconcertante y escribo sobre mi padre porque fue la primera fuerza amenazadora que encontré al salir del útero de mi madre, aunque probablemente advirtiera ya su presencia cuando aún estaba dentro.

Aparte de los trastornos heredados, probablemente mi padre estuviera pagando lo que se había hecho a sí mismo desde el nacimiento, lo que indicaba que carecía de la capacidad mental suficiente para controlarse como una persona civilizada. Que yo no haya transmitido esas desventajas a quienes más tarde me rodearon se debe a que yo siempre me identifiqué, y quién no, con los sufrimientos de mi madre y no con una ira que en cualquier momento podía volverse contra mí.

Mi madre, Sabina Burton, era uno de los ocho hijos (por si estos datos sirven de algo) de Ernest, de profesión herrero, a su vez el más joven de diez hijos de una familia dedicada al oficio desde hacía varias generaciones. Ernest se casó con Mary Ann Tokins, una camarera de ascendencia irlandesa procedente del condado de Mayo, de donde sus abuelos se habían marchado con sus seis hijos durante la Hambruna de 1840.

Christopher Archibald, mi padre, era el octavo y último hijo de Ada Alice y Frederick Sillitoe, que regentaban un negocio de tapicería. Frederick era hijo de Sarah Tomlison y John Sillitoe, hojalatero de Wolverhampton. Ada Alice era hija de Mary Jane Hillery y Henry Blackwell, que trabajaba en un almacén de calcetería en Nottingham.

Mi padre podía reivindicar, en un intento amable por explicar su apellido, de aires tan foráneos, que por algún lado había un remoto antepasado italiano en los veleidosos peldaños de su progreso familiar. Algunos pensaban que estaba en lo cierto a causa del pelo negro que lucía antes de quedarse calvo, los ojos pardos y el rostro cetrino, aunque cuanto más heredaba de él, menos creía yo en tales estereotipos.

Sillitoe, de hecho, es un antiguo apellido inglés que ha dado muchos quebraderos de cabeza a los especialistas victorianos en la

nomenclatura de parentesco. Algún autor ha sugerido que podría haberse originado en Islandia y otro ha afirmado que provenía del norte de Yorkshire. Sea cual sea la verdad, sería justo decir que mi padre poseía algunos de los más antiguos rasgos ingleses. En mi certificado de nacimiento se le describe como «obrero de ingeniería». Puesto que ese fue también mi primer trabajo, puede que haya heredado algo de él después de todo, aunque nunca he sido capaz de decidir exactamente qué.

Cuando el viejo Sillitoe, el tapicero, murió en 1925, dejó en herencia la renta de varias casas de los suburbios de Wolverhampton para que se dividieran entre sus ocho hijos, ninguno de los cuales sabía que tuviera propiedades de ningún tipo. El hijo mayor, Frederick Wallace, de profesión diseñador de encajes, había alquilado años antes un capitoné, había cargado en él todo el mobiliario bueno aún por pagar que tenía en su casa, y a continuación se había ido a vivir a Londres, donde residió durante veinte años. Se cambió el nombre y no le dio sus señas a la familia, lo que significa que los acreedores no pudieron seguirle el rastro, pero también que fue imposible dar con él para pagarle su herencia. Su parte se repartió entre los demás, de forma que la historia sobre la expoliación que contaba mi padre se amolda perfectamente a la verdad de que lo que se pierde por un lado se gana por otro.

Aquella ganancia inesperada duró poco, aunque con las cien libras o así que les tocaron, mis padres se mantuvieron durante unos meses. Cuando solo les quedaban cuarenta libras, mi padre consiguió trabajo pintando el exterior de una fábrica subido a un andamio. Los billetes de banco los llevaba siempre a buen recaudo en un monedero de tela en el bolsillo del chaleco. Un día, el andamio volcó y mi padre terminó en el suelo, cubierto de pintura y herido. Al despertarse en el hospital, en lo primero que pensó fue en el dinero, pero una enfermera lo había guardado en una mesita que había junto a su cama. El de la enfermera fue un gesto que nunca olvidaría.

# Capítulo 2

NACÍ EL 4 DE MARZO DE 1928, bajo el signo de Piscis, en la habitación delantera de una vivienda protegida de ladrillo rojo en las afueras de Nottingham, a dos millas al norte del río Trent. Cuando le pregunté a mi madre, muchos años después, para configurar el horóscopo, la hora de mi alumbramiento, no recordaba si había sido de día o de noche.

Tenía una hermana, Peggy Eileen, que había nacido dos años antes que yo, así que, aparte de que mi nacimiento significaba una boca más que alimentar, el acontecimiento apenas se recordaría como un día especial. En nuestra familia no se celebraban ese tipo de conmemoraciones anuales, porque recordarte el día de tu cumpleaños interfería con tus sentidos, que habían de usarse únicamente para sobrevivir; o tal vez fuera porque nadie se molestaría en pensar en un regalo, o en conseguir el dinero que este pudiera costar. La ventaja de que nadie pensara en tu cumpleaños era que tú no tenías que molestarte en pensar en los de los demás.

El acuerdo mutuo de no tener en cuenta el ritual fue la razón de que este se olvidara, aunque mi padre llevaba una lista con los nombres de sus hijos conforme llegábamos al mundo, así como de las fechas de nuestros nacimientos, más que nada para poder decir lo mayores que éramos de un solo vistazo en caso de discusión al respecto entre mi madre y él. Hacía que ella escribiera los nombres de cada hijo en un recorte de papel y luego lo copiaba tal cual en una hoja en limpio. Después de su muerte, encontramos esa hoja, y

nos dimos cuenta de que, en la mayoría de los casos, los nombres estaban mal escritos.

Pocas semanas después de nacer me puse enfermo, aunque nadie me ha dicho nunca de qué. Solo sé que fue necesario llevarme a un médico antes de que la tos acabara conmigo. Estaba nevando, y mi madre, que también estaba indispuesta, no podía salir, así que su robusta hermana Edith, que ya tenía cinco hijos propios, me envolvió en una manta, me metió bajo su abrigo y recorrió una milla entre la ventisca hasta la casa del médico. Llegó a tiempo de salvarme la vida. Con frecuencia me he preguntado dónde estaba mi padre en aquellos momentos; no podía estar en un *pub*, porque entonces no bebía, pero, si estaba en casa, ¿por qué no fue él quien se puso el abrigo y se enfrentó a la intemperie conmigo a cuestas?

Salvo en la casa donde nací, en todos los lugares que vinieron después podían oírse, no demasiado lejos, las grúas de demolición de las casas de los suburbios. Una pequeña chabola en un camino paralelo al río Leen se inundó tras una semana de lluvias y tuvimos que dejarla. Mis padres tuvieron que abandonar también las cuatro paredes de la modesta vivienda protegida porque mi padre se quedó sin trabajo, se atrasaron en el pago del alquiler y hubo que conformarse con un adosado plagado de chinches en el centro de la ciudad.

La pauta de su vida matrimonial estuvo marcada por un ir y venir empujando una carreta de mano donde llevaban lo poco que tenían huyendo de los alguaciles que les pisaban los talones.

Cuando vivíamos en Alfreton Road, había un tipo en paro que se pasaba el día asomado a la ventana mirando a las chicas que trabajaban en las máquinas de la fábrica de tabaco Player, actitud que suscitaba la risa despreciativa de las mujeres. Recuerdo también el abigarrado mobiliario de nuestra única habitación y las dos láminas de pesca que colgaban de la pared y que yo miraba continuamente, porque las velas me parecían demasiado rígidas. Habían sido un regalo de boda del hermano de mi madre y a lo largo

de los años mis padres las empeñarían con frecuencia, hasta que al final las acabaron vendiendo.

Había un muchacho más joven que yo, que vivía en la misma casa, y que defecaba en el pasillo y en las escaleras, incluso en nuestra habitación si la puerta se quedaba abierta. Las mujeres trataban de mantenerlo a raya, pero siempre se las arreglaba para esquivarlas. Su madre (de su padre no había ni rastro) se pasaba todo el día fuera, en la fábrica de encajes. La cantidad de excrementos malolientes que dejaba a su paso nos parecía enorme teniendo en cuenta su tamaño y lo poco que comía, y con frecuencia expresábamos nuestro deseo de que se evacuara por completo (que se cagara encima hasta morir) y así librara a la casa de la maldición que significaba su presencia. El muchachito debía de ser víctima de algún tipo de disentería, pero desde luego se ganó a pulso el apodo del Cacas, y así fue como nos referimos a él en la familia durante años.

Están fuera de lugar las memorias tempranas, nítidas y perdurables. Mi hermana mayor ha muerto ya, así que no puedo preguntarle por los lugares donde vivimos en aquella época, pero ella fue mi paciente mentora, me enseñó a atarme los cordones de los zapatos, a leer la hora y me cogía de la mano al cruzar la calle de camino a la escuela, que estaba a media milla de distancia de nuestra casa. Cuando nuestros padres se peleaban, aliviábamos nuestro malestar natural jugando con Billy French y Amy Tyre alrededor de las tomas de agua en el amplio espacio que había delante de las casas de Albion Yard.

Una vez que estuve enfermo, a los cuatro años, mi madre debió de preocuparse tanto que fue en busca del médico. No quería que nadie me tocara y me arrebujé maldiciendo en un extremo de la cama, como un animal delirante en la inexistente guarida de una habitación a oscuras, no sé si porque creía que me iban a secuestrar o porque no me gustaba que un extraño me tocara. Mi madre trataba de no enfadarse, pero sabía perfectamente cómo habían llegado aquellas palabrotas a mi boca.

Recuerdo a mi padre todo el tiempo sin trabajo, salvo por un breve periodo durante el cual estuvo empleado en una tenería o, como él la llamaba, el patio de las pieles. Caminar con mi madre junto al canal un viernes por la tarde para encontrarnos con él cuando volvía a casa con su paga era de las cosas más agradables que recuerdo, porque hasta la más modesta cantidad de dinero reducía las discusiones entre mis padres, y parecían tan contentos. Mi padre llevaba en el bolsillo las dos libras de su salario, y las guardaba en un pequeño sobre marrón en el fondo de un mueble. Aquella fue casi la última paga que ninguno de nosotros vio hasta que ante la perspectiva de una guerra contra la Alemania de Hitler se requirió tanta mano de obra que incluso él tuvo trabajo.

El subsidio de desempleo para los cuatro niños y dos adultos que éramos por entonces (pronto la familia creció hasta los siete miembros), era de treinta y ocho chelines a la semana, el equivalente a unas cuarenta libras en la actualidad. Así que mi madre y su hermana Edith decidieron llevarme a un orfanato llamado Casa de Nazaret, donde todo el mundo en el vecindario sabía que las monjas daban una cantidad suplementaria de pan a los recién llegados.

Además de contraer deudas para procurarnos comida, mi padre compró muebles a plazos y los vendió por dinero contante antes de haber pagado las letras. Fue condenado a tres meses de prisión en Lincoln por fraude. Ocho semanas después reapareció con un aspecto más saludable que antes de irse debido a las comidas regulares, a que dejó de pelearse y a un trabajo de decoración al aire libre que el alcaide le había encargado.

Mi padre insistía, con cierta satisfacción, más en el hecho de que su hermano Frederick había hecho lo mismo con éxito y sin que nadie lo descubriera, que en el fracaso de su propio acto delictivo, consiguiendo con ello enriquecer infinitamente los epítetos vengativos que mi madre le dedicaba durante sus riñas.

# Capítulo 3

VACIABAN EN EL SUELO PULIMENTADO BOLSAS DE LONETA que contenían piezas de madera de distintas formas para que construyéramos figuras con ellas. Aunque no me lo hubieran dicho yo habría construido columnas dóricas, jónicas y corintias con su base estriada, coronadas por entablamentos y arquitrabes, y habría erigido los cimientos más firmes: una megalópolis digna de Mussolini, convertida en ruinas en cinco minutos.

Nos hacían meternos desnudos en unas piscinas con agua fría que nos llegaba hasta la barbilla, pero agarrados a una barra en el extremo menos profundo con la orden de no soltarnos si no queríamos ahogarnos. Nosotros no le encontrábamos el propósito a esos baños. Ese otro mundo que describo, donde no existía el bien ni el mal, era una institución de ladrillo rojo de dos plantas rodeada de barandillas que daba a un canal a lo largo de cuyas orillas unos caballos arrastraban barcazas en dirección a los almacenes. Reducía el temor de estar en territorio extraño el alivio de estar a unas cuantas horas de casa, atraído por el misterio de escribir, los secretos de la lectura que se iban desvelando poco a poco y la reconfortante seguridad de la aritmética. Ese otro mundo debía ser un mundo mejor.

Cada mañana, la maestra nos leía sobre Dios, que había creado el cielo y la tierra, y a todos los seres vivos; contaba la historia de Abraham e Isaac, y el viaje de la familia de Noé con todos los animales en el Arca; la opresión que sufrieron los israelitas en Egipto y cómo Moisés los condujo desde la Casa del Cautiverio hasta la Tierra Prometida tras cuarenta años de vagar por el

desierto; o que Saúl y Jonatán no fueron separados a su muerte y que incluso el Poderoso debe caer.

Leía de su traducción de la Biblia del rey Jaime encuadernada en piel, en un inglés que, aunque no lo entendiera inmediatamente, entró en mi alma y se quedó allí de por vida. Entonaba los Diez Mandamientos del Éxodo, y el Deuteronomio, una y otra vez, de modo que, aunque no pudiéramos recitarlos, supiéramos siempre lo que estaba bien y lo que estaba mal, en todo lo bueno y malo que hiciéramos.

Trató de enseñarnos la notación musical básica, y, cuando estaba de buenas, en lugar de desalentarse, tocaba al piano la última canción de Jessie Mathew, con la cabeza echada hacia atrás y una voz temblorosa de gozo que llenaba el aula. Jamás sabré cuál era su nombre.

Los exóticos y visionarios paisajes bíblicos poblados de montañas, caudalosos ríos, palmeras y juncos, y mares que se abrían para que el pueblo escogido por Dios para escribir la Biblia pudiera pasar a pie enjuto eran bien distintos de los edificios y casas que nos rodeaban. Los libros de geografía describían con palabras e imágenes sencillas países lejanos como Holanda y Japón, Suiza y la India; páginas que pasaba con la más firme de las intenciones infantiles de que, tan pronto como pudiera y tuviera edad suficiente, nada me impediría viajar a esos lugares. Para la maestra yo no era distinto de los otros bultos hediondos de carne que poblaban el aula, pero, aunque en mí no cupiese mucho más que lo que entraría por el ojo de una aguja, lo que se vertía era el oro más puro.

Como consecuencia de otra de mis escapadas en mitad de la noche terminé en una escuela frente a la iglesia de Old Radford. El director era terrorífico y un día vino a clase para averiguar hasta cuánto sabíamos contar. Un niño llegó a veinte y una niña, trastabillando, casi hasta cuarenta, pero al preguntarme a mí tuvo que hacer un alto cuando (gracias al entrenamiento que me dio mi hermana) rompí la barrera de los cien, sin saber lo cerca que estaba

de mi límite. El director sacó un penique por haberlo logrado y, más sorprendida que complacida, mi mano buscó la recompensa.

Por alguna razón, los antiguos griegos figuraban de una manera destacada en el currículum del director y, en consecuencia, saboreé relatos de las escaramuzas del sitio de Troya, así como una ilustración a todo color de Héctor y Aquiles luchando fuera de las altas e imponentes murallas, con sus escudos semejantes a caparazones gigantes. La treta del Caballo de Madera era lo bastante simple como para ser comprendida y aceptada, pero disfrutamos mucho más con la historia de Alejandro Magno gracias a la belleza del nombre de su caballo, Bucéfalo, que el director repitió media docena de veces para que no lo olvidáramos. También en aquella escuela, una maestra nos llevaba a un verde valle junto a la iglesia y nos enseñaba a identificar hojas y árboles.

Hacia los seis o tal vez siete años, mi madre oyó hablar de una escuela para niños con retraso mental. Un vecino le había referido el ambiente tan saludable que se respiraba allí y lo bien que se comía y, por medio de una solicitud especial que hizo en la oficina municipal de educación, terminó consiguiendo una plaza para mí. El edificio daba a un parque público llamado Arboretum y me proporcionaban las fichas para los dos viajes en autobús diarios.

Al llegar nos daban un cuenco de nutritivas gachas de avena y a media mañana un vaso de leche caliente, cuyo olor maravilloso y vaporoso aún recuerdo. Después de comer sacaban unos camastros como de safari y nos hacían dormir durante una hora. Grandes cucharadas de aceite de hígado de bacalao eran introducidas en nuestras reluctantes gargantas y antes de volver a casa nos daban té y bocadillos. No había lecciones y entre las raciones de sustento se nos dejaba correr libremente por el patio. Durante meses me convertí en una locomotora, resoplando y maniobrando por estaciones imaginarias, hasta que un día se dieron cuenta de que ni carecía de inteligencia ni estaba canijo. Aquello fue toda una decepción para mi madre. Aunque al menos había hecho cuanto había podido.

Mi relación con la escuela infantil y luego la juvenil solo para chicos de Radford, en Forster Street, sería más duradera. Comportarse inadecuadamente ante la mirada vigilante de la señorita Chance era lo peor que te podía pasar, porque, aunque de complexión delgada y pelo claro y corto (según la recuerdo), tenía la mano firme con la correa, la vara, el puño e incluso la bota. Sabíamos que su prometido había muerto en la Gran Guerra, algo corriente entre las maestras en aquellos días. Una vez vino a clase con un tarro de mermelada casera y se lo dio a un niño cuyo padre estaba en paro. El Día del Armisticio teníamos que comprar una amapola y, a las once en punto, guardar dos minutos de silencio.

Ada Chance me enseñó la importancia de deletrear palabras. Durante la lección se convertía en una especie de sargento autoritario; su sistema era rígido aunque eficaz. Empezando por el primero de una clase más cercana a los cuarenta alumnos que a los treinta, teníamos que levantarnos por turnos y deletrear la palabra que ella pronunciaba.

—Hermoso —me lanzaba.

—Hermoso —repetía yo en voz alta—. Hermoso: h-e-r-m-o-s-o, hermoso. Hermoso: h-e-r-m-o-s-o, hermoso.

Y luego me sentaba dándole la vez al siguiente. Así durante una hora o más cada día; a final de curso, y siempre a partir de entonces, me detenía ante toda palabra desconocida hasta que su correcto deletreo me venía a la cabeza o cogía el diccionario que tenía debajo del pupitre para comprobar cómo se escribía cuando no estaba seguro.

Un día, el señor Smith, el iracundo déspota que teníamos por director, vino al aula de la señorita Chance para decir que en breve enviaría a los delegados a hacer una colecta de dinero para la fiesta anual de Navidad.

—Levantad la mano —dijo— los que queráis una fiesta por cuatro peniques. Con esa cantidad, os advierto, no podremos permitirnos muchos lujos.

Unos cuantos levantaron la mano. Mi padre estaba en paro y era dudoso que pudiera participar siquiera con esa cantidad.

—Levantad la mano —siguió el señor Smith— los que penséis que seis peniques harán que la fiesta tenga algo más de estilo.

La mayoría de las manos estuvieron de acuerdo, aunque la mía no se levantó. Y tampoco lo hizo cuando el señor Smith prosiguió:

—¡Pero está claro que con ocho peniques tendríamos la mejor fiesta de todas!

A lo cual, tras una pausa, todos asintieron. Todos excepto yo.

Los ojos del señor Smith brillaban de diversión.

—Levantad la mano otra vez los que solo puedan pagar cuatro peniques.

Yo habría levantado la mano de buena gana, porque estaba mucho más cómodo allí de lo que lo habría estado después de pedirle a mi padre un dinero que le habría atormentado no poder darme. Mi madre y él ya estaban hartos de niños que siempre querían algo y no se les podía dar nada. Lo que anhelábamos solía ser justamente lo que necesitábamos: zapatos o ropa, o un poco más de comida. A veces soñábamos despiertos llenos de esperanza con dulces y juguetes, cosas estas últimas que tampoco recibíamos, salvo en forma de un modesto regalo en Navidad. Una fiesta de Navidad en la escuela no se consideraba en ningún caso algo esencial para nuestro bienestar y, plenamente consciente de ello, no me costó resistir las sarcásticas zalamerías del señor Smith, que, al repetir la pregunta, obtuvo la misma respuesta.

Cuando se fue, la señorita Chance me sacó al estrado.

—Has hecho bien —dijo, volviéndose al resto de la clase—. Si hay algo en lo que creáis firmemente, sed fieles a ello.

Me dio su libro de oraciones como recuerdo, que fue lo único que pudo encontrar a mano en su mesa. Lo perdí poco después, pero nunca he olvidado su consejo, que ya tenía grabado a fuego como si las circunstancias así lo hubieran dispuesto.

# Capítulo 4

TE MOVÍAS A CUBIERTO, tácticamente alerta, porque bandas rivales podían andar vagando por los campos entre el ferrocarril y las parcelas ajardinadas. Rezagarse era peligroso, de modo que mantenías una visión completa, advirtiendo la vía de escape más cercana hacia el camino o la carretera. Habías crecido e iba en serio, cualquiera podía ser un enemigo hasta que demostrase ser un amigo. Como no podías detenerte para averiguarlo, los amigos eran escasos.

La primera señal de peligro era una piedra que te daba en la cabeza. Llegaba a casa con el rostro cubierto de sangre para asustar y encolerizar a mis padres, y al lavarlo bajo el grifo resultaba que solo se trataba de un rasguño. El juego consistía en huir y esconderse, y que los demás, hasta donde fuera posible, hicieran lo mismo. Luchábamos abiertamente solo cuando la cantidad nos era favorable. La regla era la astucia y, puesto que ese era mi mundo, me sumergí en él hasta el cuello. Eras un explorador (no un Boy Scout) que se movía con un pesado bastón en una mano y las piedras preparadas en otra.

A veces, al cruzar la puerta con algo más que un rasguño, mi padre se reía mientras me quitaba suavemente la sangre y decía que había cosas peores en el mar, que no importaba lo mal que te sintieras, siempre habría alguien que estaría peor, una forma de alentar el estoicismo que encajaba en las condiciones generales de nuestra vida.

Vivíamos en una calle con casas detrás y campos delante. Me metía por los callejones de la zona urbana para zafarme cuando

alguien me perseguía. Los campos y bosques que cruzaban el arroyo formaban también un territorio versátil, donde el arte de ocultarse se convertía en hábito y «camuflaje» era una palabra corriente: «Cruza hasta esa orilla, cerca de las parcelas y yo me quedaré aquí, junto al ferrocarril. Has de venir a campo traviesa y, como te vea, te arrearé un ladrillazo en la cabeza». Frank Blower, unos años mayor que yo, imaginaba juegos tácticos y, levantando la tapa de un cubo de basura a modo de escudo y blandiendo un trozo de barandilla como lanza, nos miraba como un Goliat invencible para un David con una bolsa de piedras. Habríamos sido buenos soldados en una guerra colonial a la antigua, más que pasto para las trincheras.

Cada mañana, nosotros, los cuatro niños, estuviera el terreno endurecido por la escarcha o las flores abriéndose en los parterres, caminábamos media milla hasta un «dispensario de comida» donde desayunábamos tres medias rebanadas de pan con mantequilla y una taza de cacao endulzado. En la escuela, por la mañana, nos daban un tercio de una pinta de leche y volvíamos al dispensario a mediodía para el plato principal y el pudín. Aquel régimen no era tan malo para los niños, aunque a nosotros nos pareciera que no comíamos lo suficiente, pero nos inquietaba la situación de nuestros padres, cuyo sufrimiento era obvio para cualquier chiquillo. Ellos no podían hacer nada para evitar lo que les sucedía y el resultado era que jamás dejaban de discutir.

En invierno, la grata música de la lluvia que tamborileaba en las ventanas de la escuela perdía para mí parte de su encanto sabiendo como sabía que tendría que caminar de vuelta a casa con los pies empapados y sin abrigo. Pasaba mis vacaciones y casi todos los fines de semana merodeando en los grandes vertederos de basura junto al canal, fuera verano o invierno, ocioso (el lugar era de lo más pacífico), recogiendo leña para el fuego de casa o buscando envases para venderlos. Me aficioné a encender hogueras: todo era tan difícil que, cuando lo logré, me pareció que había dominado un arte ancestral. En las frías lluvias de otoño, algún mendigo me

ofrecía cobijo en su chamizo o me hacía sitio junto a su hoguera de neumáticos y cajas viejas. A veces me procuraba algo para comer; si no, la opción que me quedaba era volver a casa al atardecer confiando en encontrar un puchero al fuego.

Bernard Clifford y yo caminábamos entre montones de basura por los vertederos y jugábamos a arrojarnos cascos de botellas. Un día, un fragmento afilado lanzado con demasiado entusiasmo me abrió una brecha en la parte inferior de la pierna de una media pulgada de ancho y casi igual de profunda, casi hasta el hueso. La sorpresa fue tal al ver que la carne tenía un tono gris pardo en lugar de rojo que no sentí alarma ni dolor de vuelta a casa, aunque hicieron falta muchas visitas a la enfermería de la escuela hasta que empezó a cicatrizar.

Lo que sobre todo hacía en esa época era mantenerme apartado de mis padres. Eran mis guardianes, mis protectores hasta cierto punto, y también mis supuestos proveedores de alimento, ropa y cobijo; pero, más allá de eso (¿y qué se suponía que había más allá?) era imposible contar con ellos, admirarlos o respetarlos, ni siquiera confiar en ellos. Su mutuo antagonismo, su incompetencia conjunta, la mala suerte que destilaban y la angustia demasiado tangible que emanaba de ambos me involucraban en su existencia, pero, al final, todo ello me impidió no solo quererlos, sino que casi me llevó a considerarlos mis peores enemigos.

La necesidad de alimento y ropa no habría estado en la primera línea de mis prioridades si las desavenencias en casa no hubieran sido tan violentas. Lo que un niño quiere es probablemente una combinación imposible: padres providentes, que reprendan sin intimidar y que, si se aborrecen entre sí, al menos guarden sus diferencias, hasta donde sea posible, para sí mismos. Aunque no se dieran esas condiciones seguiría siendo injusto culpar a los padres de todo cuanto no está bien y, en mi caso, aprendí pronto a no hacerlo, puesto que estaba claro que eran como eran y que no podían evitarlo.

Aun viviendo en su área de influencia yo no era del todo infeliz, porque había mucho que aprender del mundo exterior, que parecía estar lleno de promesas en la medida en que sabíamos poco de él. De un modo lento y perezoso, yo estaba ansioso por descubrirlo todo, pero solo hasta donde mi capacidad de aceptación pudiera absorberlo de forma eficaz sin presiones externas.

El hecho de ser una isla en mí mismo limitaba los motivos de descontento y de queja. De haber sido posible, habría preferido no tanto ser otra persona como vivir en otro lugar totalmente diferente, es decir, con una familia a la que le fueran mejor las cosas, para decirlo llanamente. Pero puesto que aquello no podía ser, lo único que quedaba era resistir hasta que algo pasara, aunque no tuviera mucha idea, más allá de las fantasías insostenibles que mi mente pergeñaba mientras vagabundeaba por Wollaton Park en busca de castañas con mi primo Jack, de lo que pudiera ser ese algo.

En otro sentido, mi infancia fue tan perfecta como si hubiera estado planeada. Viví en la misma ciudad hasta los dieciocho años, mis padres no se divorciaron, no fui a un internado y siempre tuve algo que comer, un lugar donde cobijarme y ropa que llevar. Siento una gran compasión cuando veo fotografías de niños judíos muriéndose de hambre en las calles de Varsovia o de Vilna durante la segunda guerra mundial. Muchos habían recibido una educación mejor que la mía antes de que sobre ellos cayera la plaga alemana y, por tanto, su destino fue mucho más terrible que el mío, algo difícil de perdonar u olvidar. Sus rostros me decían que, comparado con ellos, mis primeros años de vida fueron algo cercano a un paraíso, aunque lo cierto es que mi madre no tuvo que decirme nunca: «¡Acábate la comida o te enviaré con los niños hambrientos de China!».

En cualquier caso, mi incapacidad de soportar la situación de caos y abandono puede deberse al instinto de desarraigo no reconocido que ya llevaba dentro desde antes de nacer. El mapa del mundo se convirtió en mi talismán: el lugar en el que estaba

encerrado tenía todas las características básicas y fundamentales que un día me conducirían hacia una vida mejor.

Un día, mi padre empapeló de nuevo las paredes y me dio una tira sobrante para que jugara con ella. Yo la extendí con la parte en blanco hacia arriba y, trazando una línea vertical para el meridiano de Greenwich y otra horizontal para el Ecuador, dibujé un mapa del mundo que habría hecho sonreír al mismísimo Ptolomeo y en el que marqué con lápiz rojo todas las posesiones británicas que recordaba del atlas de la escuela.

Cuanto más fuerte era el sentido de pertenencia al lugar donde nací, y el mío no podría haber estado más arraigado, más quería yo conocer el resto del mundo. Una parte de mí estaría ligada para siempre al lugar en el que vivía, pero la otra me decía que tenía que conocer el mundo entero si no quería que me estallara la cabeza a causa de la miseria en la que vivíamos. No podía embarcarme en ese proyecto hasta que no tuviera completamente cartografiado y comprendido el territorio por el que caminaría una vez cruzado el umbral de mi casa. La causa es la herencia: las circunstancias solo consiguen exacerbar; es el enigma fenotípico.

# Capítulo 5

UN REQUISITO CLARO PARA HABERME CONVERTIDO EN ESCRITOR es haber crecido con una personalidad dividida y, tal vez, haber pasado tanto tiempo de mi infancia como me fue posible en el campo alimentara esa dicotomía. Cuando estaba en la ciudad iba a la escuela y cuando estaba en el campo jugaba. En la ciudad, mi padre estaba en el paro, pero en el campo mis abuelos cuidaban pollos y sacrificaban un rollizo cerdo cada año. En la ciudad había ladrillos mohosos y asfalto grasiento y, con frecuencia, te envolvía el hedor inconfundible de la bosta de caballo aplastada por los coches que pasaban, mientras que en el campo olía maravillosamente bien a bayas y a hierba fresca y corría un aire limpio, agradable a pesar de llevar consigo las primeras gotas de lluvia y mojarme las mejillas con ellas.

Vivíamos en una casa bastante extraña, al extremo de una hilera de adosados. La casa estaba dividida en una sala de estar con una despensa aneja, un dormitorio arriba y un ático bajo el tejado donde nosotros, los niños, dormíamos todos hacinados en la misma cama y desde cuyo ventanuco podíamos ver los campos circundantes. La casa de campo de mis abuelos estaba a una milla de allí, y, cada vez que salía con mi vara y mi bocadillo y enfilaba por la orilla del angosto río Leen, todas las preocupaciones quedaban atrás, salvo la de llegar a mi destino sin que me abrieran la cabeza.

Igual que la carne es más tierna cuanto más cerca está del hueso y el queso más sabroso cuando las ratas han empezado ya a roerlo, el campo que se abría inmediatamente después del apelotonamiento de casas parecía enormemente fértil y extraño.

Apreciaba muchísimo la naturaleza de esa milla de plata de *terra incognita*. Descendía entonces desde el elevado puente del ferrocarril hasta un maizal de rico olor solo superado por el del pan horneándose que emanaba de la inmaculada casa de campo de los Burton al abrirse la puerta.

Por la mañana temprano probábamos a saltar las cercas, dábamos vueltas a los árboles y, a veces, si las ramas inferiores estaban al alcance del brazo, trepábamos por ellos. Evitábamos los lugares susceptibles de posibles emboscadas o de peligros inventados y así disipábamos el aburrimiento cuando era demasiado temprano para que los enemigos acecharan. Las campanas que doblaban en el tranquilo día, un sonido arcaico pero no hostil, eran la llamada de Sabbath[1] de la iglesia de Wollaton, donde mis padres se casaron.

A veces mi madre trataba de persuadirme de que tomara la carretera principal y fuera por el frecuentado camino que discurría junto a Radford Woodhouse, pero yo prefería caminar por una senda llena de ortigas y zanahorias silvestres más altas que yo con las zapatillas y los pantalones cortos empapados por el rocío. Ahuyentaba a los pájaros, los racimos de bayas de saúco me manchaban las manos y las setas venenosas me ponían en guardia. La ruta variaba cada vez conforme desplegaba mi peculiar mapa mental y salivaba al pensar en el desayuno que me daría mi abuela cuando llegara a su casa.

La casa estaba en la hacienda de lord Middleton y formaba parte de un grupo de tres, conocidas por alguna razón como las Casas de la Vieja Fábrica. Carecía de gas y electricidad, y los recuerdos visuales se unen a los olores para recrear la topografía: variaciones de lavanda marchita, aceite de lámpara, jabón fuerte y trementina, aromas vigorosos que ya no son corrientes, pero que entonces eran habituales en una casa.

Las únicas muestras de modernidad eran una bicicleta y un enorme gramófono con una trompa en la que habría podido meterme, demasiado grande para levantarla. Los discos eran más

pesados que ahora y se astillaban con facilidad, pero era fascinante ponerlos una y otra vez, sintiendo por alguna razón espanto cuando la palabra «rex» aparecía en la funda de papel.

Cocinaban con fuego de carbón en la cocina iluminada por una lámpara sobre la mesa. Mi tío Dick iba por agua con un yugo al pozo común, cubierto por un tejado de cuento de hadas situado en un montículo más allá del jardín, y volvía tambaleándose por el sendero con los baldes llenos a rebosar, cruzaba la cocina y los dejaba en la fresca bodega que olía a piedra.

Caminaba a su lado hasta el pozo, oyéndolo maldecir por la carga y proferir algunas de las imprecaciones más coloridas dirigidas a su padre. Al darse cuenta de que yo estaba lo bastante cerca como para oírlas, sonreía y decía: «No se lo dirás al abuelo, ¿verdad?», y volvía a mascullarlas, repitiendo advertencias y maldiciones varias veces antes de llegar a la puerta.

El abuelo Burton, un herrero alto a sus sesenta años, me llevaba consigo porque le hacía los recados, le limpiaba las botas de vestir el sábado por la noche y a veces lo divertía leyéndole el periódico. Con un ojo, decía guiñándomelo, no alcanzaba a leer la letra pequeña, aunque me di cuenta de que tampoco veía los titulares, y una chispa de la fragua le había cegado el otro. En ocasiones llevaba un parche negro y mis tías, que detestaban su cáustica severidad, se referían a él cuando no estaba cerca como lord Nelson o el Viejo Tuerto.

Aunque Burton hablaba poco, las pertinentes palabras que usaba se fueron alojando en mi cerebro hasta formar un sólido baluarte de la memoria. Esas expresiones tenían un efecto más conmovedor que las de mi padre porque no había amenaza en ellas. Estar «pelado de frío» significaba que estabas congelado; que se «le retorcieran a uno las tripas» era estar desmayado de hambre; ser «quejicoso» era gimotear como un niño sin motivo; ser un «gallina» era ser un cobarde, un vocabulario de argot rural que pasaba de generación en generación.

En lo que concernía al malestar de los sentidos o del cuerpo, todo estaba relacionado, según el grado de intensidad, con el «copón», que, estoy seguro, mi abuelo no tenía ni idea de lo que quería decir en realidad. Para él cualquier cosa que apestaba, hacía rabiar, quemaba o escocía se complementaba con «del copón». Como muestra de sorpresa decía: «¡Vaya enredo del copón!». Yo no sabía lo que significaba, pero el énfasis de Burton no dejaba duda de cuál era su estado de ánimo.

Como no es que tuviera mucho sentido del humor, la apoteosis llegaba cuando se sentaba con la espalda rígida en su silla estilo Windsor junto al fuego, alzaba la mano con un dedo extendido y me decía: «Tú, atontado, tira de aquí».

Siempre suspicaz, yo me escondía, advirtiendo el destello en su ojo bueno. «Vamos —decía—, tira. Me duele mucho. Me sentiré mejor si tiras».

Cuando lo hacía, tirando con todas mis fuerzas, soltaba un largo y sonoro pedo que casi derrumbaba la casa. Otra palabra aprendida, aunque el tono más o menos onomatopéyico necesario para reproducirla no siempre estaba disponible.

A finales de verano me despertaban el zumbido de la máquina cosechadora que venía del campo y la luz del sol que entraba por la ventana del dormitorio. Mi abuela preparaba la comida de toda la peonada y Burton tenía derecho, a cambio, al trigo cerca de los setos donde la cosechadora no llegaba; su figura alta, en mangas de camisa, avanzando con su oscilante guadaña, se asemejaba de un modo inolvidable a la de la parca. Mi abuela aventaba y descascarillaba las espigas en el patio y las hervía en la caldera para mezclarlas con la comida de los cerdos.

La oscuridad se prolongaba desde la tarde del sábado, cuando mis abuelos se iban al *pub* del Almirante Rodney, en Wollaton, y me dejaban solo en casa. La quejumbrosa ansiedad de los gallos, los molestos gruñidos de los cerdos descontentos y el gañido ocasional del perro guardián en su perrera llegaban a mis oídos mientras yo,

sentado en camisa en el tocador de la habitación de mis tías, disponía los frascos de cosméticos en filas como si fueran soldados.

Más allá de la casa estaba el Huerto de los Cerezos, una amplia área de monte bajo, no de frutales, que limitaba con el Bosque de Robin, por donde yo me imaginaba que el famoso Robin Hood y sus alegres forajidos cruzaban desde Staffordshire hasta Sherwood. Me hice amigo de los hijos de un granjero que vivía en una casa llamada Casa del Huerto de los Cerezos, tan cercana al bosque que, en primavera, las campanillas invadían su jardín. Yo cruzaba a campo traviesa para ir a reunirme con Alma Ollington (¿o era Amy?; puede que ninguna de las dos cosas) vestida con su pichi, y nos escondíamos en el interior de un inmenso olmo cuya parte inferior estaba quemada, fingiendo que nos habíamos escapado de casa.

La tía Ivy, otra de las hijas de mi abuelo, trabajaba en la fábrica Player, era soltera y tenía un novio llamado Ernest Guyler, que acabaría muriendo de tuberculosis. Un hombre alto, delgado y pulcramente vestido, que solía ir a pie hasta la casa para verla. El primer amor de mi vida fue la hermosa e imponente reina Alejandra, cuya imagen estaba en una postal de las que iban dentro de los paquetes de cigarrillos y que Ernest me dio antes de adentrarse con Ivy en el bosque.

Ivy y su hermana Emilia, que también era soltera, cogían de vez en cuando la gran tina de estaño y la ponían debajo de un plátano entre la puerta trasera y la carbonera. Reticente, por no decir otra cosa, a entrar en contacto con el agua, aun después de que me hubieran despojado de mi ropa, me zafaba de ellas y salía corriendo. Me perseguían por el patio, riéndose alegremente, como si yo fuera un cerdo que se hubiera escapado de la pocilga. Tras arrinconarme junto a las gallinas, me llevaban a rastras hasta la tina de nuevo y me envolvían en una generosa capa de jabón Windsor. Un baño que, desde luego, necesitaba.

A veces dormía en la cama del tío Dick, un hombre alto y encantador con muchas amigas que rara vez llegaba hasta bien entrada la noche. Los domingos por la mañana recorría en bicicleta

el canal vendiendo licencias a los pescadores por dos peniques, de los que solía quedarse una parte por las molestias. Me llevaba consigo en la barra de la bicicleta para divertirse asustándome cuando nos acercábamos a las profundas y amenazadoras esclusas.

Era el principito de la casa, aunque demasiado desaliñado, así que un día mis tías decidieron salir a comprarme una camisa nueva. Cuando llegaron, salí a su encuentro al final del camino de entrada, cerca de la carretera principal. Entonces abrieron el paquete y me la enseñaron. Era de un amarillo vivo y tan nuevecita que insistí en quitarme la vieja, lo que hizo que tuviera que quedarme desnudo, y después salí corriendo a enseñársela orgullosamente a mi abuelo.

El camino de entrada de la casa de los Burton era un callejón sin salida para los vehículos de motor, de modo que las entregas de comestibles procedentes del pueblo se hacían en bicicleta o en los carros de los comerciantes. Los cobradores de seguros o de la renta, o simples acreedores llamaban a la puerta una vez a la semana y se les invitaba a pasar para pagarles, un procedimiento distinto al que tenía lugar en mi casa. Allí, temían que llamaran a la puerta y mi madre solía enviarnos a Peggy o a mí a decir que no había nadie. Mi abuelo no respondía a los buhoneros que llegaban a su casa si él estaba por allí, aunque su mujer, Mary Ann, cuya amable alma irlandesa continuaba intacta después de muchos años, les compraba algo si podía, y si no podía, al menos, les ofrecía una taza de té.

Un día me envió a casa con un paquete de grueso beicon del último cerdo que habían matado para que lo cocináramos. Hambriento aquella tarde fui a la despensa y me comí casi todo, pieza a pieza, como si fuera un esquimal. Una hora después, al subir por la escalera del ático, me sentí mal y vomité de tal forma que mi madre no tuvo valor para gritar ni mi padre para patearme.

Fueran cuales fueran las tensiones que hubiera en casa de los Burton, y mi madre me decía que había muchas, el lugar fue un refugio de paz y de privilegio para mí. Siempre dibujando o leyendo,

no molestaba a nadie y rara vez volvía a casa sin unos peniques tintineándome en el bolsillo. A Burton no le gustaba mi padre porque había estado en la cárcel y nunca preguntaba por él; pensaba que su hija era idiota por haberse casado con un hombre semejante, pero lo cierto es que el abuelo Burton le había hecho la vida tan difícil a su hija que esta no se negó cuando mi padre pidió su mano.

# Capítulo 6

EL PROGRESO EN EL APRENDIZAJE LO MEDÍAN LOS EXÁMENES, un sistema que me gustaba, como me gustaba la aprobación de todos al recibir altas calificaciones. Conocer mi posición en la jerarquía me permitía medir el progreso hacia la cima. La clase se dividía en «casas»: la casa de los Windsor, los Sandringham, los Balmoral y los Buckingham, cada una de ellas competía por obtener las estrellas de buena conducta roja, amarilla, azul y verde, que al ganarlas se colocaban en un tablón detrás de la puerta. Me alegraba que la casa de los Windsor, a la que me había tocado pertenecer, acumulara estrellas más rápidamente que las otras.

Un aroma que no ha cambiado es el de la tinta, que goteaba ritualmente desde un bote grande de piedra rojiza a un bote blanco al borde del pupitre. Se advertía el mismo olor cuando quitábamos las plumillas de acero graduadas con una tira de papel y las sustituíamos por otras nuevas. Lograr una «escritura fluida», o «doble escritura», como la llamaba mi hermana, fue fácil para mí, y cuando la señorita Chance preguntó si podía usar mi mano derecha y le dijeron que lo había intentado, pero que era imposible dijo: «En ese caso, sigue usando tu izquierda».

Un gran descubrimiento fue la lista de palabras y frases extranjeras en algunas páginas al final del diccionario, un apéndice que no suele verse en estos días. Se abrieron grietas en la ventana de mi idioma a través de las cuales contemplé el mundo, escisiones del latín, francés y griego como *nil desperandum, tempus fugit, hors de combat, lèse-majesté* y *ariston metron*. Leyendo con dedicación para mí mismo, las copiaba y las cambiaba de orden en un intento

por unir varias expresiones de la misma lengua y formar una frase, por lo común con resultados desconcertantes que no decepcionantes.

Los mapas eran otra fuente de palabras. Los nombres de lugares de América Central y de América del Sur me introdujeron en el español y pude traducirlo con ayuda de un diccionario Midget que había comprado ahorrando seis peniques. El juego de rastrear el mapa en busca de sitios como Buenos Aires, Río de la Plata, Montevideo y Belo Horizonte me divertía, disfrutaba con la acumulación de palabras no como un empeño por conocer otro idioma, aunque existía el deseo, sino como una extensión atractiva del mío, una clase de viaje verbal para mitigar el encarcelamiento de no ser capaz de ir más allá de donde pudiera llegar en un día con mis dos pies. La avidez de nombres y frases extranjeras fue también útil para engrasar la maquinaria de mis percepciones de un inglés rudimentario.

El lenguaje de casa era distinto al que nos enseñaban en la escuela y encontrábamos en los libros, un lenguaje más rico en cierto sentido, pero inferior en otros muchos: en clase, el inglés parecía el equivalente de aprender una lengua extranjera que ha de conocerse para entender a la gente y ser entendidos al adentrarnos en el mundo inexplorado que había más allá.

La destreza verbal y un humor extraordinario eran muy comunes entre mi amigo Arthur Shelton y yo, y también entre los numerosos primos de la familia de la tía Edith. Pasados los años tomé el yidis como si hubiera nacido para él, los pobres comparten muchas cosas en sus giros lingüísticos para reflejar la experiencia. Al Jolson, Sophie Tucker y Paul Robeson cantarían para nosotros, mientras que los hermanos Marx, los Tres Chiflados, los Chicos del Callejón, Charlie Chaplin y, después, Danny Kaye y Eddie Cantor nos harían partirnos de la risa.

Las películas eran un alivio y un consuelo y era una semana desgraciada aquella en la que no conseguía los pocos peniques necesarios para irme a una sesión matinal el sábado. Esas tarjetas

de propaganda que daban a la entrada con los detalles de los «próximos estrenos» me permitían reflexionar vegetando durante horas sobre los títulos exóticos y los nombres de las estrellas con la esperanza de ser capaz un día de ver sus películas.

Los nombres de los cines también eran exóticos, descabellados, aunque comprensibles porque ninguno era inasequible en cuestión de precio y dinero. Nombres extravagantes, podría uno haber pensado, cuyo uso constante los había vuelto familiares e incluso domésticos: Scala, Hipodromme, Savoy, Ritz, Plaza, Elite, Grande, nombres que serían vencidos, dejados atrás, incluso despreciados, pero nunca olvidados porque habían generado sueños y deparado alegrías cuando los sueños y la alegría eran cojines contra la desesperación.

El cine, por tanto, como los tebeos baratos, fue una de mis primeras influencias. Vagabundeábamos para encontrar las mejores películas si ya no quedaban entradas en el cine más cercano o los títulos y fotografías del programa no resultaban inspiradores. Una tarde me separé del grupo que había tomado una decisión insostenible para mí y me encaminé por un concurrido distrito que apenas conocía hasta dar con Leno's Picturedrome, más desastrado que los cines propuestos por la banda, pero misteriosamente atractivo porque la decisión era mía. Pagué dos peniques y entré. ¿Qué ponían?

*Los últimos días de Pompeya*, y el feliz descubridor era yo y estaba solo, el único de la familia para verlo, testigo de los gritos de los atrapados y de los caídos, de los bloques de los templos que caían tan pesados como el hierro, un acontecimiento sobrecogedor catastróficamente distinto al débil colapso de las construcciones de piezas de madera que hacía en mis primeros días de escuela. Esta vez, aunque yo no fuera el causante, pero deseara de algún modo haber sido capaz de ello, veía abrirse la tierra como si fueran los labios temblorosos del peor animal del infierno agarrado a los talones, leones temibles por la arena del anfiteatro, gente corriendo presa del pánico y el terror, todo en la forma granulosa de la

oscuridad cenicienta que lo volvía más siniestro y excitante, una hormigonera divina dándole vueltas en mi cerebro a palabras como Armagedón, erupción, Valle de la Pasión y terremoto: el fin del mundo, a lo grande.

En una esquina, o de repente por el centro, corrían motitas de un blanco puro sobre el negro de la pantalla, símbolos diminutos como los de un mago —puntos, triángulos, cuadrados y estrellas—, tan rápidos que me hicieron dudar de si realmente los había visto y que aumentaba la tensión de todo lo que seguía desmoronándose en la pantalla, que para entonces se había convertido en todo un mundo del que yo aún no formaba parte. ¿Dónde estaba Pompeya y por qué pasaban esas cosas? El consuelo y el entretenimiento consistían en saber que podías estar a salvo en tu asiento contemplando el desastre que se cernía sobre los demás, causado por alguien o algo que, después de todo, no tenía un nombre real…

Volví a casa cuando el farolero iba encendiendo con su vara el gas como si me guiara, reflexionando sobre el espectáculo una y otra vez, a fin de no preguntarme qué comida habría dispuesta en la mesa cuando llegara, pero con la esperanza de encontrar tostadas con mantequilla auténtica y mermelada, y a mis padres en paz, aunque, por violento que fuera el estado de ánimo que tuvieran, no podría compararse con lo que había visto en Leno’s Picturedrome.

Al subir por la escalera del ático, mi hermano y mis hermanas querían que les contara una historia al irnos a la cama y el refrito susurrado de los terribles sucesos vistos en el cine, mezclado con las lóbregas imágenes de mi cerebro todavía alucinado, me hipnotizó tanto como a ellos, hasta que encontraron alivio del miedo durmiéndose o estaban lo suficientemente aburridos como para arriesgarse a que los sueños se apoderasen de ellos.

# Capítulo 7

CUANDO TENÍA NUEVE AÑOS PASÉ QUINCE DÍAS en el «Campamento para Niños Pobres» en Skegness. Yo no quería ir, pero accedí involuntariamente por el esfuerzo que hizo mi madre para que me incluyeran en la lista. Mi primo Jack ya había ido y decía que era maravilloso.

—No soy un niño pobre —le dije indignado.

—Eso no importa —rio— mientras lo disfrutes.

Jack, amigo íntimo de la infancia, era un año o dos mayor que yo. Pequeño y nervioso, con cara de muerto de hambre pero alegre, contaba con el amor de su madre —mi tía Edith—, un amor necesariamente descuidado por ser uno más de ocho hermanos. Recorríamos juntos los vertederos de basura buscando botellas para cambiarlas por un penique cada una, cualquier cosa que fuera comestible o trozos de metal que pudiéramos vender para luego compartir las ganancias. En la feria de Goose tratábamos de subir gratis a las atracciones y acabábamos con el cuerpo amoratado después de rodar por el suelo cuando parecía que al cobrador se le iba a ir la mano. Buscábamos peniques debajo de los puestos. Vagábamos por los parques en busca de flores para tratar de venderlas. Cuando gastábamos la calderilla en golosinas, Jack se comía lo mejor que tenía en primer lugar, mientras que yo guardaba lo mío para el final.

Un autobús nos llevó a doce de nosotros a una gran casa eduardiana en una callejuela del recinto. Mi recuerdos son casi nulos, corté con mi mente para absorber lo menos posible y aguantar hasta que llegara el momento de volver a casa.

Llevábamos impermeables prestados y sombreros de fieltro gris que pronto fueron deformados para hacernos parecer una pandilla de Bonapartes infantiles atravesando el paseo bajo la mirada de un aburrido y joven maestro de escuela. Recogimos moras para hacer mermelada en la casa, nos llevaron a un concierto en el muelle y pasamos algunas tardes de lluvia en una gran cabaña mohosa al final del jardín leyendo fascículos de *Penny Dreadful* o aporreando un piano desafinado. Un niño me enseñó a jugar a las damas.

Es difícil decir si volví más en forma, aunque nunca fui un niño de mala salud. La experiencia se disipó y quedó aparentemente olvidada. En medio de lo que pasara en casa, los minutos transcurrían lentamente, todo era bien asimilado. Todas las cosas eran interesantes, pero mi ensimismamiento rozaba lo catatónico. Aun así, cada rostro era superreal, fotografiado en profundidad e inolvidable. Yorkie, sentado en la puerta de su casa amplia y apartada, calle abajo, tenía una cabeza semejante a una pieza de escultura recién salida del molde, una papada como la de una rana gigantesca, una fina pipa apagada o humeante entre elásticos labios sin forma. Sin ocupación aparente, él siempre tenía tabaco y era un misterio para todos nosotros.

Tampoco trabajaba Mark Fisher, un tipo jovial de mediana edad del que se decía que estaba quedándose ciego. Todos los días, a las cinco, cortaba varias rebanadas de pan, las untaba de mantequilla y se sentaba junto al aparador de su salita de estar para tomar el té con su hija Edna cuando ella volvía de la fábrica de tabaco, sonriente pero moribunda. Nuestra vecina de al lado era la señora Hopps, que se había traído a su familia de Darlington para que sus hijos encontraran trabajo en la fábrica de bicicletas Raleigh. En cuanto el maravilloso aroma del horno salía de su cocina, me ponía a jugar junto a su puerta hasta que abría y me daba un bollo o un pastelillo.

Una mujer con boina roja (lo que significaba, como todo el mundo decía, que no llevaba bragas) solía esperar a la entrada del patio de Peveril y, de vez en cuando, un hombre se adentraba por el

túnel estrecho para seguirla hasta su casa. Welsh Hilda, esperando a un amigo en el mismo patio, era una rolliza mirona que, tal vez para atormentarnos, sacaba una pequeña tabaquera de latón del bolsillo de su abrigo para mostrarnos seis peniques de plata justo antes de cerrarla de golpe.

Eddie, el *Vagabundo* era uno de los hermanos de mi padre. Su gorro y su impermeable olían a podrido cuando pasaba por casa, cosa que raramente hacía, no estando seguro de ser bienvenido, aunque mi madre era bastante amable con él. Sin dirección fija, trabajaba cuando podía de tapicero, pero el dinero que ganaba solía irse en borracheras. Había desertado en la Gran Guerra, pero le alcanzó un proyectil y fue capturado en el frente occidental.

A los niños nos gustaba porque, si llevaba calderilla en los bolsillos, nos traía tebeos y golosinas, nos divertía dibujando una y otra vez soldados alemanes y trataba de enseñarnos un poco de francés que había aprendido en el ejército. Sus evidentes golpes de locura superaban en ocasiones incluso los de mi padre, aunque rara vez con el mismo grado de violencia. Hoy en día sería diagnosticado como esquizofrénico, pero entonces nadie se ocupaba de él, porque, por mucho que le ayudaras (y sus hermanos y hermanas lo hacían de vez en cuando), era muy difícil tenerlo en casa y pronto se deshacía de la ropa que le daban para emborracharse.

Los libros que llenaban una de las estanterías en la salita de los Burton los habían ido consiguiendo sus ocho hijos como premios de final de curso a lo largo de los años. Recuerdo títulos como *La carrera de Beauchamp, El farolero, John Halifax, caballero* y *Lo que Katie hizo después*, por nombrar unos cuantos. Contemplar aquellas hileras de libros era más impresionante que la sabiduría o el entretenimiento que pudieran contener, pero a mí me gustaban los oscuros grabados de trágicos naufragios y los bocetos en miniatura de paisajes africanos. Ellos pensaban que arrancaría las solapas o profanaría el interior con tinta indeleble, pero, tras prometer que no lo haría, cogí una historia infantil sobre contrabandistas, titulada *Los jinetes del amanecer*, y leí mi primera novela sentado sobre una

colchoneta bajo una lámpara de aceite, pues la luz del día era demasiado valiosa para malgastarla con un libro.

La bbc adaptó *El claustro y el hogar* de Charles Reade y *El conde de Montecristo*, cada una de ellas repartida en doce capítulos semanales de media hora. Mi padre había adquirido un aparato de radio a plazos y pagaba tres chelines a la semana, cuando podía, de un total de diez guineas. Estos seriales eran tremendamente populares entre los vecinos, y también lo eran en casa de tía Eddie. Recuerdo que durante cada una de las entregas, con toda la familia absorta ante el receptor, se mascaba una especie de corriente subterránea de ansiedad, no fuera a ser que al vendedor le diera por entrar a reclamar su dinero antes de que la diversión se acabara.

Cuando podíamos conseguir un ejemplar, leíamos el *Radio Times* de cabo a rabo, especialmente las tiras publicitarias que recomendaban las mermeladas Horlicks o Golden Shred, ese tipo de comida con nombres que sonaban a alimento de dioses. En la misma revista nos enteramos de que la serie *El conde de Montecristo* estaba basada en una novela de Alejandro Dumas, así que planeamos a largo plazo tener un ejemplar para leer lo que la adaptación había podido descartar y recordar con la densidad de lo impreso los episodios más significativos.

Al tener que deshacerse de su colección de libros del aula antes de trasladarse a otra escuela, el señor Salt me dio mi primer libro, *Historia día a día*. Aun suponiendo que me fijara en ellos, he olvidado quiénes eran los autores y la editorial, pero recuerdo que había dos páginas asignadas a cada día del año: una página daba una relación del autor o personaje que había nacido en esa fecha y la otra un extracto de alguna de sus obras o de algún acontecimiento memorable de su vida. Entre ellas había una descripción de la muerte del general Gordon a manos de fanáticos musulmanes en Sudán, de la carnicería de mujeres y niños por los amotinados del ejército de la India en Cawnpore y de salvajadas parecidas tras la Toma de la Bastilla.

Alejandro Dumas aparecía bajo la fecha de su nacimiento, el 24 de julio de 1802, y, al frente de una lista de los principales acontecimientos de su vida, había un extracto de *El conde de Montecristo*, la parte donde Edmond Dantès escapa de las mazmorras del Château d'If, el umbral de la historia en la que el destino del héroe se invierte. De ser un marino injustamente encarcelado pasa a ser el sofisticado y poderoso conde de Montecristo, enriquecido tanto por la educación recibida del abate Faria, que era su compañero de celda y que se convertiría en su instructor, como por el fabuloso tesoro del que le habla el abate antes de morir y que Dantès desentierra en la isla de la que adopta su nombre. Armado de riqueza y conocimiento, persigue implacablemente a los tres hombres que lo habían encerrado en la fortaleza y se venga, pero pierde con ello toda posibilidad de ser feliz.

A mi padre le gustaba, y al mismo tiempo odiaba, verme atrapado por la lectura hasta el punto de no ser consciente de mí mismo. Aunque disfrutaba de una especie de orgullo al verme hacer algo que a nadie más en la familia le importaba, era al mismo tiempo duro para él aceptar semejante reproche de su deficiencia. Me amenazaba con quemar el libro o le daba una patada si mi madre estaba por allí poniendo la mesa para comer. Lejos de desalentarme, porque leer era la única actividad que hacía tolerable mi existencia, su actitud fue un estímulo añadido y me dio más motivos para estarle agradecido con el paso del tiempo que si me hubiera dejado en paz.

A los nueve años, consumido por el imparable torbellino de la emoción, parecía como si la mitad de mi vida hubiera pasado y a veces albergaba complacientemente la idea de tratar de matarme. Eso o el ferviente deseo de que a mis padres los arrollara un día un autobús. La profunda incompatibilidad del uno con el otro —las interminables alteraciones y ataques depresivos de mi padre y el llanto inútil de mi madre ante su violencia, que era la única manera de que él pudiera librarse de ellos— parecían pesar cada vez más

sobre los hombros de Peggy y sobre los míos, por no mencionar a Pearl y Brian. Los corrosivos combates tenían una conclusión añadida de armisticio provisional que no servía para los niños: esas rabietas miserables pasaban a nosotros igual que una descarga eléctrica pasa por una hilera de personas conectadas y lastima solo a las que están al final.

Pasaba fuera de casa tantas horas como me era posible. Un día, al volver a casa, encontré a Peggy junto a la cama rogándole a Dios paz en casa con lágrimas calientes y amargas cayéndole en su vestido. Se volvió a mí y dijo medio avergonzada: «No se puede hacer otra cosa, querido Alan. Deberías hacerlo también, tal vez así *él* no vuelva a pegarle». Suponiendo que Dios exista en alguna parte —una nebulosa figura titánica en los confines, remota y despiadada, aunque no menos divina por ello—, era difícil creer que esas plegarias serían atendidas. Me fui corriendo, conteniendo mis lágrimas al saber que ella ni siquiera tenía la casa de los Burton como refugio.

Equipados una mañana de domingo con una botella de té y algunos sánwiches, nuestros pies nos salvaron llevándonos de excursión, bajo un cielo perfecto, a cinco o seis millas hacia el Trent. Después de la infancia, ninguno de nosotros estuvo nunca enfermo, como si vivir en medio de un campo de batalla emocional alejara las infecciones.

Peggy, que tenía doce años, estaba a cargo de Brian con cinco, el cual hizo buena parte del viaje sobre mis hombros, de Pearl con ocho y de mí, con diez. Sin más instrucciones que no hablar con ningún pordiosero, felices por salir de casa y libres, encontramos una draga ruinosa en la ribera del río y nos perseguimos alrededor de su oxidada maquinaria durante horas.

La ida fue sencilla, pero el camino de vuelta fue algo más lento, no solo porque estuviéramos cansados, que lo estábamos, sino debido a la ansiedad que nos provocaba pensar en lo que encontraríamos al llegar a casa. Con frecuencia el pesimismo no estaba justificado, y nuestros padres se ponían de buen humor

cuando se las arreglaban para traer algo de comida a la mesa o pasaban un rato en la cama. Pero, cuanto más se desesperaba uno por la situación de las cosas, más difícil era ver las cosas con perspectiva y pensar que los tiempos no eran tan malos como parecían.

Alcanzamos nuestro particular nadir en la primavera de 1937, cuando mi padre fue a trabajar a la compañía eléctrica Furse, el único trabajo que había conseguido tras las pocas semanas que había pasado en la curtiduría, y eso fue cuando yo nací. El primer mes ganó nueve libras con nueve chelines y lo dejó porque ese salario era solo diez chelines mayor de lo que recibiría estando en paro. Fue una mala decisión, pues muchas familias se mantenían con esa cantidad y la regularidad de ese ingreso habría mejorado nuestras vidas.

Tal vez lo dejó porque descubrieron que no sabía leer ni escribir y la humillación era demasiado grande para soportarla. La vergüenza de tener que admitirlo delante de mi madre habría sido aún mayor, pues en la tierra de la educación universal el analfabeto es un paria.

Como había dejado el trabajo voluntariamente, el subsidio de desempleo no llegó en los meses siguientes y la familia subsistía «del Socorro», acudiendo a la parroquia a por vales que podían cambiarse por comida, alquiler, algo de carbón y ropa de primera necesidad. No había dinero en metálico y mi madre se sentía ultrajada por lo que mi padre había hecho, acusándolo durante broncas terribles de haber dejado el trabajo no tanto por el bajo salario como porque era «un perfecto vago», un reproche que Peggy y yo empezábamos a darnos cuenta de que era totalmente cierto. Bajo sus golpes, mi madre gritaba que había llevado a la familia a la *indigencia*, una nueva palabra cuyo significado se volvería pronto patente.

Mi madre empezó a pasar las tardes con su hermana Edith, vistiéndose lo mejor posible y poniéndose polvos y carmín para parecer y sentirse más joven, metiendo periódicos en su bolso para

que no pareciera vacío. Se quedaban en la barra de algún *pub* a las afueras de la ciudad hasta que algún hombre se dirigía a ellas, las invitaba a un par de copas y les daba algunos chelines cuando volvían de donde hubieran ido con él.

El puño de mi padre quedó paralizado cuando la verdad llegó a casa y, aunque su vocabulario era limitado, conocía desde luego la palabra *prostituta*. También nosotros, ya se habían encargado de gritarla muchas veces. La perfecta respuesta de mi madre a su justificada acusación era que con alguien como él no había otra cosa que hacer.

Mi madre se marchó, gritando que no volvería. Le arrojó todo el dinero del bolso a la cara. Durante una semana apenas se movió de la chimenea, mientras Peggy llevaba, si podía llamarse así, la casa, recogiendo monedas y saliendo en busca de comida y cigarrillos, sacudiendo las alfombras en el patio y asegurándose de que íbamos todos los días a la escuela.

El hombre con el que mi madre se había ido a vivir la trajo de vuelta pasado un tiempo o tal vez ella lo persuadiera de hacerlo, y mi padre accedió a acogerla. Peggy y yo nos habíamos sentado a la mesa para enseñarle a Pearl a hacer un rompecabezas cuando Brian, que estaba debajo de la mesa, dejó de martillear una pieza de madera para mirar al hombre aquel y decir: «No tiene nariz», pues había quedado desfigurado por la metralla en la Gran Guerra. Luego, mi padre, cuando quería herirla e insultarla, le gritaba que podía volver con el viejo Desnarigado si no le gustaba donde estaba.

Siendo de disposición algo melancólica, más aún debido a sus incapacidades, la infidelidad de mi madre le hizo preguntarse cuál de sus hijos era suyo. Esas especulaciones debieron de atormentarlo durante el resto de su vida, aunque con fuerza menor, pues creo que, en momentos más dichosos, estaba seguro de que todos éramos suyos.

Sin embargo, el episodio pareció haberle roto el alma, pues intentó encontrar trabajo con más ahínco. Las riñas en casa no se

redujeron por ello, pues nunca había dinero suficiente para cigarrillos y mi madre seguía saliendo con su hermana.

En los primeros diez años mi padre estuvo trabajando un total de seis meses. El hecho era que no le gustaba trabajar, no sabía manejar la azada ni el martillo ni cepillar. Solitario, melancólico y analfabeto, se encontraba en desventaja con cualquiera y, obviamente, lo estaba. Por otra parte, su padre le había enseñado lo más elemental de la tapicería; sabía pintar puertas y empapelar paredes, remendar zapatos, arreglar una radio, algo de carpintería y enmarcar cuadros, y nunca era más feliz que cuando estaba en casa ocupándose de esas cosas, incluso en casa de otro, porque sabía ser alegre y servicial cuando le dejaban a lo suyo.

Nottingham era una ciudad con varias industrias, no era una zona de gran desempleo. Había trabajo si lo buscabas de verdad, pero mi padre no lo hizo demasiado, aunque podría decirse que, cuando lo hacía, nadie lo veía venir. Las condiciones sociales no eran buenas, pero nunca lo habían sido, por lo que no podías echarles la culpa. Éramos un juguete del destino y la esperanza era el único consuelo, y fue la esperanza lo que me dio energías para creer que un día escaparía de esa vida para no volver. No podía saber que para ello tendría que convertirme en otra persona y que estaba en medio de un proceso que había empezado al nacer, incluso antes.

# Capítulo 8

A PRINCIPIOS DE 1938 NOS TRASLADAMOS A UNAS CASAS ADOSADAS junto a la fábrica de bicicletas Raleigh. Se trataba de una vivienda con salón y dos dormitorios como es debido, un pequeño terreno ajardinado delante y otro detrás de la casa y nuestro propio retrete en el patio. Mis padres dormían en el salón para que Pearl y Peggy ocuparan la habitación trasera superior, y Brian y yo la otra. Avanzado el año, mi padre consiguió un trabajo con el constructor Thomas Bow que le duró diez semanas y luego otro, en noviembre, con la Corporación Británica de Azúcar, que terminaría en ocho días.

La novela de Victor Hugo *Los miserables*, emitida también por entregas en la radio, tuvo un efecto tan duradero sobre mí como la de Dumas. Un vecino, Monty Graham, un escocés pequeño y temible que había luchado en Francia durante la Gran Guerra, me prestó su edición abreviada llena de moho de la Biblioteca de Lectores. Las páginas se soltaban y faltaban las primeras cincuenta, pero leí lo que quedaba, aunque ahorraría penique a penique para comprarme mi propio ejemplar.

Aunque discurría en Francia, lo que ocurría en la novela podía trasladarse perfectamente a la vida que me rodeaba y, aparte de *Beatrice*, de Rider Haggard, fue el único libro de adultos que leí antes de cumplir diecinueve años. La novela (¿quién no la conoce ahora?) cuenta la historia de Jean Valjean, perseguido por el siniestro agente de policía Javert aun después de haber pasado diecinueve años en galeras por robar una barra de pan para alimentar a su hermana y a sus sobrinos hambrientos; la existencia

inhumana de Fantine, que se convierte en prostituta para poder sacar adelante a su hija ilegítima, Cosette; el ingenioso pilluelo callejero Gavroche, cuyo escondrijo secreto estaba al pie de la estatua de un elefante y que me recordaba a mi primo Jack; y luego, la Revolución de 1830 en la que Jean Valjean rescata al amante herido de Cosette (que de este modo le roba a la única persona a la que él, Valjean, ha amado) llevándolo a hombros por las alcantarillas de París. Esos espléndidos temas se entretejían en una emocionante narración que yo no podía ver de otra manera que como si fuera real.

Fue una fortuna que *Los miserables* y *El conde de Montecristo* se cruzaran en mi camino tan pronto y tuvieran tal efecto, pues entre ambos iluminaron mi oscuridad con rayos de esperanza y promesas de evasión. La historia de Dumas era una historia de venganza y la de Hugo de justicia, y ambos libros fueron muy importantes porque contribuyeron a que mi corazón sobreviviera.

En paralelo a mis lecturas tuve una fase de adquisición de soldaditos de plomo que duró mucho más de lo debido. Construía un fuerte con cerillas que introducía entre las tablas del suelo y una empalizada formada a base de cajetillas de cigarrillos Woodbine puestas todas seguidas, y después desplegaba unos cuantos granaderos a un lado y media sección de soldados de caqui de la Gran Guerra al otro. Semejante gasto armamentístico estaba financiado gracias a los peniques gorroneados, o donados voluntariamente, en casa de los abuelos Burton, lo que hacía estragos en mis ahorros para libros, pero me proporcionaba horas de diversión en las que no tenía que pensar.

Cuando estaba a punto de cumplir los once, mi abuela pensó que debía examinarme para obtener una beca ya que, si sacaba buenas notas, me permitiría seguir estudiando hasta los diecisiete en lugar de empezar a trabajar a los catorce. La edad empezaba a tener importancia: un cambio de vida a los once decidiría cómo iban a transcurrir los seis siguientes.

La abuela Burton había hecho suya mi preocupación por mis logros escolares y solía darme recibos antiguos de la lavandería o libros de caja con el dorso de algunas páginas aún en blanco donde escribir. Mi abuelo debía estar considerando comprar la casa, porque me dio dos planos catastrales de la parte de la propiedad de lord Middelton donde esta se encontraba. Estaban hechos a una escala 1:2500 y aprendí que una pulgada en el papel equivalía a dos mil quinientas pulgadas sobre el terreno.

Desplegaba sus finas hojas y recreaba mentalmente el terreno por el que diariamente correteaba con tal detalle que en lo que daría unos cien pasos, me había movido una pulgada sobre el papel. Con lápiz y goma dispuse las compañías y pelotones de un batallón imaginario en posiciones defensivas alrededor de varios grupos de casas, sobre un puente, en la linde del bosque y a lo largo de los andenes del ferrocarril; emplacé las ametralladoras para el fuego cruzado y tendí las alambradas. Se puede decir que usé los mapas hasta que se ajaron. La idea de enrolarme en el ejército tan pronto como tuviera la edad me seducía, se me presentaba como un modo de irme de casa.

Mi abuela decía que, si obtenía la «beca», pagaría el uniforme y los libros pidiendo un préstamo a la sociedad cooperativa de la que era miembro desde hacía mucho tiempo. Lo que me atraía del plan era que, en una escuela secundaria, me enseñarían francés, pues un camino necesario a través de la educación estaba pavimentado con el conocimiento de esa lengua. El hermano de Jack Newton le había enseñado a contar hasta diez en francés y quedé contagiado de aquellas sílabas mágicas. Compré un diccionario e intenté traducir frases al francés, aunque no saber cómo conjugar los verbos supuso un frenazo en seco en mis estudios.

En el sótano de la librería de lance de Frank Wore, en el centro de la ciudad, había una mesa enorme en la que podían encontrarse muchos tesoros por tres peniques y algunos por poco más en los estantes superiores que, de vez en cuando, salían de la tienda bajo mi chaqueta. Gracias a una gramática francesa Pitman pude

comprobar los errores que había en mis traducciones y tener acceso a una guía de pronunciación burda pero eficaz. Esta guía básica contenía un plano de París que me ayudó a familiarizarme con los edificios y los nombres de las calles de aquel lugar mucho antes que con los de Londres.

En la semana anterior al examen para la obtención de la beca me sentí apartado de mis compañeros de clase, aunque la proporción de alumnos que iban a examinarse no era pequeña. Mi hermana les decía orgullosamente a sus amigos en la calle: «Nuestro Alan se examinará la semana que viene». No es necesario que diga que no aprobé, aunque dos muchachos sí lo consiguieron, uno cuyo padre tenía una ferretería y otro cuya madre regentaba un café. Me plantearon unos enigmas y adivinanzas que me sonaron igual de extraños que si fueran ideogramas chinos, pues yo esperaba una prueba de conocimientos más que de inteligencia.

Cuando recibí los resultados, mi decepción no fue enorme. Quería aprobar y lo esperaba, pero no me preocupó demasiado que no fuera así, y me dije a mí mismo que había realizado la prueba también por la experiencia. Tal vez el profesor pensara, sin embargo, que mi puntuación justificaba otro intento, y acepté la oportunidad de un examen libre para obtener una beca en el siguiente plazo para la escuela de secundaria de Nottingham Hill. No recuerdo ya en qué estación del año estábamos, pero el día de la prueba amaneció frío y húmedo, y el agua se me colaba por los zapatos. A pesar de ello, Arthur Shelton y yo estábamos de muy buen humor, aunque este disminuyó un poco al atravesar la puerta del centro y ver a los maestros con toga y birrete como los de los tebeos de Billy Bunter que tanta gracia nos hacían.

No había recibido mayor preparación tras mi experiencia previa en el examen, pero al menos sabía a qué atenerme. Sin embargo, no bastó que me esforzara, y aquel segundo fracaso vino a decir que la educación formal no estaba indicada para mí. En cualquier caso, el hecho de haber aprobado habría aparejado toda clase de complicaciones, entre ellas abandonar a mis amigos y entrar en un

mundo para el que no estaba preparado. Entonces no podía saberlo, pero yo quería entrar por el techo, no por la bodega.

Sabía que seguir en la escuela hasta la avanzada edad de diecisiete años era imposible en una familia que necesitaba todo el dinero que pudiera ganar tan pronto como alcanzara la edad legal para trabajar a jornada completa. Emocionalmente estaba fuera de lugar para mí soportar el justificable resentimiento de alguien como mi padre, que al menos tenía el poder para hacer que me sintiera culpable por contar con dinero en los bolsillos para comprar libros cuando había tan poco para comer en la mesa. Ese fue el único dilema moral que heredaría.

Decepción no era lo mismo que desesperación. Había cosas peores que el fracaso y, una vez superado el obstáculo ilusorio de la educación superior, mi vida podía seguir el curso para el que obviamente estaba destinada y podría hacerlo mejor siguiendo únicamente mis propias condiciones.

# Capítulo 9

ALLÁ POR 1939 ESTABA UN DÍA HACIENDO FILA en la escuela para que me dieran una máscara de gas. Por fin le importábamos al gobierno, que estaba poniendo los medios para que no nos asfixiáramos durante una incursión aérea. En mi ya larga vida se había hablado de guerra en China, Abisinia y España. Los alemanes (de los que había oído decir con frecuencia que los únicos buenos eran los muertos), tras elegir a los nazis para que gobernaran su país, habían retomado Renania en 1936 y ahora marchaban hacia las Sudetes, por la parte de Checoslovaquia. Hitler despotricaba como un perro rabioso y la gente en el resto de Europa estaba asustada porque no quería guerra.

Encima de pobres, era de esperar que nos bombardearan de un momento a otro. Lo único bueno era que, durante la mayor parte del tiempo, éramos demasiado pobres para preocuparnos: solo podías preocuparte de una cosa a la vez. Sin embargo, al escuchar a la gente discutir acerca de los horrores del conflicto anterior, que solo hacía veinte años que había terminado, y al oír las atrocidades de los bombardeos en España, veíamos que el panorama era estremecedor. La máscara de gas era una valiosa pieza del equipo que nos habían dado, pero su significado no prometía, ni mucho menos, un futuro pacífico.

En la escuela de secundaria para chicos de Radford Boulevard, un grupo de amigos y yo rozábamos siempre lo más alto de las clasificaciones. El diminuto Percy Rove, otro profesor con reputación de terrible, había sufrido neurosis de guerra, lo cual, para nuestra silenciosa diversión, nos parecía una ventaja positiva cuando, con

manos temblorosas, trazaba un mapa de la costa occidental de Escocia o de los fiordos de Noruega en la pizarra. Un día, al verme consultar un mapa Michelin comprado en la librería de Frank Wore, me dijo que él había usado una igual cuando participó en la Gran Guerra conduciendo camiones de un lado a otro de las trincheras. Nos enseñaba también inglés y respondía amablemente a cualquiera que escribiera buenas «redacciones».

Acudía a la cercana biblioteca pública a sacar muchos de los libros que usaban los chicos, entre los que se encontraban todos los títulos de la colección de Guillermo, de Richmal Crompton, todos los que pudieran encontrarse de Rider Haggard, Conan Doyle y Julio Verne (que sustituyó a G. A. Henty y Herbert Strang), así como otras novelas de Alejandro Dumas (especialmente la serie de d'Artagnan) y *El jorobado de Notre Dame* y *Los trabajadores del mar* de Victor Hugo. Guardaba treinta o cuarenta libros en el armario del dormitorio, la mayoría novelas, pero también libros de historia y geografía, y gramáticas francesas. Un antiguo guardia que vivía cerca me dejó su mapa a escala realizado por la agencia británica de cartografía de la zona de entrenamiento militar de Aldershot, lo que me ayudó a interpretar mejor los mapas. El viejo señor Smith, que se estaba muriendo en su casa al otro extremo del patio, me envió un mapa que él tenía de los ferrocarriles de Inglaterra.

Una escena que me impresionó, en una película sobre la vida del primer ministro de la época victoriana, Benjamin Disraeli, (aunque supongo que pudo ser añadida por los guionistas), fue cuando, en la Cámara de los Comunes, durante un debate importante, pareció quedarse dormido, sin importarle que pudiera influirle en modo alguno lo que dijera el líder de la oposición. El discurso de Disraeli ya estaba preparado y ese gesto de integridad y desconsideración de otros puntos de vista debió de impresionarme, si no influirme, pues lo recuerdo cuando la mayoría de películas de aquella época ha quedado en el olvido salvo que contuvieran escenas de violencia y aventura. Esas otras películas, mucho más emocionantes, eran las de James Cagney, Humphrey Bogart y Paul Muni. No importaba que

los personajes terminaran muriendo como héroes; al menos habían experimentado tiempos de *glamour* y desenfreno soberbios.

Cada día era una isla, separado de todo lo demás por periodos de sueño. La huella de las películas que veíamos no era tan duradera como para que la vida de la escuela no pudiera borrarla o sepultarla en un estrato donde quedaba aparentemente olvidada. En la época de exámenes, puesto que no había deberes, solía (aunque no con demasiada frecuencia) estudiar en el dormitorio con el fin de adelantar a los demás. Teniendo como tenía poca confianza en mi capacidad para memorizar lo que se impartía durante las lecciones, era lo que había que hacer y comprobé que podía aprender más gracias a mi falta de confianza, algo que guardaba en secreto, que jactándome o siendo negligente.

En el verano de 1939 disponía de la información suficiente como para saber que me resultaba deplorable el tratado entre la Rusia comunista y la Alemana nazi, pero el acontecimiento quedó anulado cuando, el 1 de septiembre, la escuela nos envió a casa con un mapa reproducido en un ciclostil que mostraba las zonas de la ciudad de las que había que evacuar a todos los niños de menos de catorce años. Todo el que viviera al este del brioso río Leen podía morir en una incursión aérea y nuestra casa quedaba en esa zona.

Mi padre encontró trabajo en la construcción de refugios, una tarea temporal que estaba deseoso de hacer, con la doble ventaja para el resto de nosotros de que había más dinero para gastar y él rondaba menos por casa. Mis padres tenían treinta y ocho años y, después de catorce de matrimonio, de pronto resultaba más fácil alimentar y vestir a sus hijos en condiciones que ya no eran desesperadas. Como decía mi madre con amarga ironía: «No hay nubes que no dejen pasar un rayo de luz».

Estaban en contra de enviar fuera a cuatro de sus cinco hijos (Michael había nacido dos meses antes) durante el plazo señalado. Si ellos morían en un bombardeo, lo que todo el mundo consideraba seguro, no volverían a vernos. Por otra parte, si nos íbamos, no nos tendrían a nosotros para cuidarlos, lo que Peggy y yo sabíamos que

era un argumento de peso para ellos, mientras que ella y yo no poníamos objeciones, porque para nosotros significaba alejarnos de casa en una aventura subvencionada por el gobierno.

«Bueno, que se vayan —dijo mi padre por fin— y ya veremos qué pasa».

Mi madre tenía más miedo. «Supongo que es mejor. No queremos que los alemanes nos maten a todos».

La propaganda nos tenía a todos tan aterrorizados que esperábamos que los bombardeos masivos comenzasen de un momento a otro. Los padres de Arthur Shelton, sin embargo, rehusaron firmar la oferta de evacuación. Su padre dijo: «Si morimos, moriremos juntos». La firma que daba el permiso debía escribirse al dorso del mapa, que yo esperaba poder quedarme.

La lista de ropa que podíamos llevar incluía atuendos tan exóticos como el pijama y la ropa interior, que ninguno de nosotros tenía. Subí por la calle hasta los autobuses con mi caja de la máscara de gas colgando de una cuerda y una bolsa en la que había una camisa, un par de calcetines y *El conde de Montecristo*. No podría haber viajado más ligero. Le dije adiós a mis diccionarios Midget de latín, francés, español y alemán, y a mis mapas y documentos, pensando que podría perderlos si me los llevaba, o tal vez para conservar algo que me anclara a mi hogar después de todo.

Tras tomar pasteles y una tableta de chocolate, que Pearl vomitó por la ventana antes incluso de que el autobús abandonara la zona urbana, atravesamos cantando el bosque de Sherwood. Peggy abrazaba a Brian, que se maravillaba de lo que estaba pasando en el mundo. En Worksop, un pueblo minero a veintisiete millas al norte, nos reunieron a todos en la nave de una iglesia para repartirnos por distintas casas. Incapaz de despedirme de los demás entre la multitud, un coche me llevó a una casa en Sandhill Street, muy parecida a la nuestra pero algo más grande, que se abría en la parte trasera a una zona común de tierra batida. La rolliza señora Cutts, una mujer de cuarenta años, con gafas, me llevó a su cómoda

salita mientras me calentaba un tazón de delicioso estofado de carne en la cocina. Una pena que no tuviera tanta hambre como para saborearlo.

El señor Cutts, un hombretón que también llevaba gafas y estaba orgulloso de su cerveza, se ganaba la vida vendiendo fruta y verdura en un carretón. Durante la Gran Guerra había servido como sargento mayor con los húsares del sur de Nottinghamshire en la campaña de Salónica, lo que proporcionaba a su voz el volumen suficiente para anunciar al público su mercancía. Aún no se habían encontrado escuelas para los evacuados, así que rápidamente me encontré ayudándolo a empujar el carro por las incómodas calles pavimentadas y los patios traseros de las casas. Los sábados me daba tres peniques y una manzana, incluso un plátano, si había hecho buen negocio.

Compartía cama con otro evacuado y juntos exploramos los alrededores, rondando por las canteras en busca de tritones que guardábamos en un tarro de mermelada, así que en poco tiempo Worksop y su entorno me resultaron tan familiares como mi Radford natal. Los Cutts nos dejaban ir y venir a nuestro antojo. La única regla era comer un plato caliente sentados a la mesa a mediodía y acabar de cenar a las ocho en punto por la noche. Para desayunar había gachas de avena y tostadas y, a veces, disfrutábamos de un trozo de piña en conserva con el té. Cuando los pantalones con los que llegué dejaron de valerme, el señor Cutts me compró unos nuevos con su propio dinero.

Yo estaba fascinado, encaprichado seguramente, de una muchacha llamada Laura, que vivía en una caravana como las de los gitanos en un descampado cercano. Sus padres vendían loza en una carreta tirada por un caballo por los pueblos mineros de los alrededores. Al referirme a ellos una vez como «gitanos», la señora Cutts me corrigió amablemente: «No son gitanos, Alan, sino “viajeros”». Mi intención no era ofenderlos, ya que «gitano» me sonaba más romántico.

La idea de ir a la escuela en una ciudad extraña no era agradable, pero llegó el día en que el señor Cutts me ordenó que me vistiera bien y me llevó a un edificio muy parecido al de Radford. Mi maestro, dijo, había sido su capitán en la Gran Guerra y podía estar seguro de que cuidaría de mí si me portaba bien. Aquel coherente microcosmos social me resultó extraño tras la homogeneidad carente de jerarquías de Radford, donde mi padre evitaba a todo el mundo salvo a un amigo o dos tan indigentes como él.

En la escuela me pidieron un ensayo sobre «El gran incendio del almacén de Nottingham», tal vez mi primera pieza de ficción, pues nunca tuvo lugar tal incendio, aunque la conflagración fue descrita con esmero. Me apunté a la biblioteca pública y llevé libros a casa de los Cutts, pues el único que había allí era una novela de espías de William le Queux.

Allí resultaba más fácil ir al cine de adultos y también más barato que en Nottingham, aunque los acomodadores, por más que lo intentamos, no nos dejaron pasar a ver una película francesa sobre enfermedades venéreas titulada *Mercancía en mal estado*. Sin embargo, vimos películas de terror como *Drácula* y *El murciélago vampiro*, que compensaron nuestra decepción.

Me habría gustado quedarme indefinidamente en Worksop, pero una mañana la señora Cutts me entregó una carta de casa que había llegado sin sello. Imaginé enseguida que mi padre había perdido el empleo, que mi madre no tenía dinero para pagar el franqueo y que una vez más se encontraban al borde de la miseria y riñendo con la misma amargura de siempre. En la carta, mi madre simplemente me preguntaba cómo me iba y me decía que todo estaba bien en casa, pero el aire de tristeza quedó flotando durante días por culpa del sello inexistente.

El misterio tenía una explicación sencilla. Le había dado a una muchacha en la calle la carta y los dos peniques y medio del sello, más un penique por la molestia, para que la llevara a la estafeta. Pero la muchacha se había gastado todo el dinero en dulces y tiró la

carta al buzón para librarse de ella. No obstante consiguió que el hechizo de mi vida idílica en Worksop se rompiera y, en cualquier caso, no mucho después, cuando llevaba allí unos tres meses, mi madre escribió para decir que iba a buscarnos para llevarnos a casa.

Los Cutts estaban tristes y yo también, porque el señor Cutts y su capitán habían hablado de intentar, aun en una fase tan avanzada, que entrara en un centro de enseñanza secundaria al que se accedía por méritos. Cuando llegó mi madre, los Cutts sirvieron un buen té y preguntaron por qué quería llevarme de vuelta. «La guerra puede durar años —les dijo— y no es probable que bombardeen Nottingham».

El señor Cutts era escéptico al respecto. «Aún no ha empezado la guerra. Le digo que haría mejor dejándolo aquí».

Por una parte no tenía ganas de irme, pero el cambio también me resultaba atractivo. Si hubiera planteado objeciones serias a la vuelta habría podido quedarme, y tal vez eso fuera lo que los Cutts esperaban de mí, pero no sabía qué hacer. Sentía que ante una decisión difícil como aquella, solo podía concentrarme en el momento actual, nada de pensar en términos de días o semanas.

Nos despedimos y seguí a mi madre mientras recogía al resto de sus hijos y nos encaminábamos juntos a la estación de autobuses. Volvía con más de lo que llevara conmigo al llegar en forma de ropa y otras cosas materiales, pero también la perspectiva interesante de cómo podían vivir otras personas. Por otra parte, como era forastero, ese conocimiento no lo había adquirido por las malas como si hubiera formado parte de la familia. Puede que no pareciese una forma de vida mucho mejor que la mía de haber sido el caso, excepto, claro está, por que allí habría tenido más comida y mejores ropas. Pero nunca olvidé lo buenos que fueron conmigo los Cutts.

# Capítulo 10

NOTTINGHAM PARECÍA UN LUGAR DISTINTO después de mi paso por Worksop: estábamos en guerra. Mi padre trabajaba de nuevo en la fábrica de remolacha de azúcar y volvía a casa cada día con media libra de azúcar (de la que ya había escasez) en la fiambrera y la guardaba junto con los demás víveres escondidos en uno de los armarios de la alacena.

La escuela no funcionaba de forma regular, pero se daban clases en Wollaton Hall, a una milla o así de distancia, y se decidió que iríamos si podíamos. Arthur Shelton y yo preferimos no ir durante un tiempo y aprovechamos la libertad para corretear a nuestro aire. Junto a un puente de ferrocarril, cerca del río Trent, un soldado solitario manejaba una ametralladora Lewis en su puesto de sacos de arena, vigilando lo que nos pareció un maravilloso campo de tiro. Un camión del ejército se detuvo a su lado y un soldado le dio una rebanada de pan y un tazón de té al artillero, para a continuación volver a la cabina y conducir hasta el siguiente centinela solitario.

Los materiales para construir un refugio antiaéreo estaban amontonados en nuestra parcela trasera de jardín y mi padre, uno de los pocos en la hilera de casas en aceptar, excavó el terreno idóneo, cuyas dimensiones sugerían poco más que una amplia tumba. Luego colocó los paneles curvos de chapa ondulada todos juntos y puso planchas en el interior para que nos sentáramos. Tenía sus reservas acerca de la protección que pudiera ofrecer semejante cuchitril si una bomba caía cerca, pero así y todo le echó una buena cantidad de tierra encima.

Una mañana, cuando mi madre cruzaba la calle en busca de una barra de pan para el desayuno, vio a un soldado de pie junto a la tienda con aspecto triste. Al ver llegar a mi madre, el soldado le preguntó si conocía algún sitio donde pudiera tomarse una taza de té. «Claro, querido —le dijo sin titubear—, ven conmigo a nuestra casa y te daremos una».

Tras el desayuno le dijo a mi madre que se había ausentado sin permiso de la cercana unidad de artillería antiaérea a la que pertenecía y ella dejó que se quedara con nosotros, durmiendo en el sofá, durante seis semanas. Me convenció para que le diera mi carné de identidad, del que borró mi nombre y en el que escribió el suyo, de modo que pudiera ir a la oficina de empleo a buscar trabajo. La treta le salió bien y habría sobrevivido a la guerra trabajando en una fábrica si un vecino no hubiera sospechado que era un desertor y avisado a la policía. En el juicio por, entre otras cosas, tener un carné de identidad falso, dijo que lo había robado en lugar de incriminarnos a mi madre o a mí.

Tras unas cuantas sesiones en Wollaton Hall, retomamos las clases en su emplazamiento habitual. 1940 empezó con un duro invierno de hielo y nieve y, si a los alemanes se les hubiera ocurrido bombardear en aquel momento el refugio antiaéreo Anderson, se habrían encontrado con un iglú. Aun con temperaturas bajo cero mi vestuario era de lo más básico: zapatos y calcetines, pantalones cortos, camiseta interior, jersey y chaqueta, aunque rara vez sentía un frío extremo. Cuando Arthur Shelton y yo recorríamos en bicicleta las siete millas que nos separaban de la fundición Stanton, cerca de Ilkeston, tenía la impresión de que me dividía en dos, y era la parte que sentía el efecto de la intensa helada la que se beneficiaba lentamente de esa otra parte, que era la dominante en mí, que ejercía de estufa interior con calor suficiente para calentar a ambas dos.

Cuando la escuela diurna se acababa íbamos un día a casa de Arthur y otro a la mía. En una y otra nos sentábamos junto al fuego y disolvíamos una pastilla de carne en un cuenco de agua caliente en

la que empapábamos una rebanada de pan, alimento que nos duraba hasta que volviéramos a casa a media tarde para tomar el té. Y después cenaríamos, claro está. No podíamos comer en el dispensario porque mi padre tenía trabajo, y al de Arthur, un carpintero cualificado, nunca le había faltado trabajo. Debíamos de ser lo que Robert Graves y Alan Hodges mencionaban en *El largo fin de semana* (una historia social de la Gran Bretaña de entre guerras) cuando se referían al «pobre al que no se puede matar».

La madre de Arthur limpiaba en casa de una familia judía y un día volvió a casa con un gramófono de cuerda y algunos discos que le había dado la mujer, en su mayoría selecciones de Offenbach y Gilbert y Sullivan, cuyas melodías estuvimos escuchando durante un tiempo.

Uno de los maestros de la escuela se acompañaba al piano con el aria «Dondequiera que vayas» de la ópera *Sémele* de Handel, una música cautivadora que fui tratando de cantar en el camino hasta casa. Fuera de las populares bandas de Joe Loss, Henry Hall y Debroy Summers, muy poco me atraía de la radio, salvo algún que otro fragmento de algo que rápidamente desaparecía por las interferencias cuando mi madre giraba el dial hacia otra emisora.

La cuestión de la cartilla de racionamiento aguzó su mente respecto a la comida pues se sentía obligada a comprar las cantidades asignadas en los cupones. En adelante, con una familia de siete, no habría dificultad en alimentarnos. Los cigarrillos no estaban racionados, aunque a veces escaseaban y nosotros, los chiquillos, nos afanábamos en rebuscar por las tiendas, consiguiendo cinco aquí y diez allá para tener a nuestro padre contento.

Compraba mapas de seis peniques, coloreados aunque esquemáticos, si bien no aparecían en ellos los nombres mencionados por radio, para seguir lo que estaba pasando en la guerra. No era mucho para empezar, aunque mi interés por la geografía y todo lo militar pronto se convirtió en una obsesión. Decidido a escribir una historia de la guerra, escuchaba cada tarde

las noticias de las seis y pasé semanas tomando notas de los acontecimientos del día hasta que casi llené un armario con pilas de cuadernos y papeles.

Volvía corriendo a casa, despejaba una esquina de la mesa, con la esperanza de que nadie hiciera ruido para no perderme nada, y casi nunca lo hacían porque para mi padre las noticias eran lo mejor después del cine. Terminé renunciando a la tarea, desmoralizado ante la idea de seguir con ella hasta el final de una guerra que bien podía alargarse infinitamente. Era obvio también que el *Nottingham Evening Post* hacía mejor el trabajo, y aunque mi padre utilizaba el papel para encender el fuego por la mañana, yo seguía teniendo un mapa clavado en el interior de mi armario. La experiencia incrementó en gran medida mi velocidad de dictado.

Los alemanes conquistaron Noruega, Dinamarca, Países Bajos y Francia. La gente se preguntaba si no le tocaría a Inglaterra a continuación. Se construyeron refugios antiaéreos de ladrillo en las calles y se levantaron barricadas de cemento en los cruces de las principales carreteras. Durante un tiempo estuve tomando notas con esbozos de mapas de las defensas que rodeaban la ciudad y me detuve al darme cuenta de que no estaba bien hacerlo. Parecía improbable que llegaran los alemanes, aunque esperaba que, si lo hacían, se dotaría de rifles a todos los mayores de doce años.

Las siluetas de aviones alemanes, especialmente de los que podían transportar tropas de paracaidistas, llenaban una página entera del periódico. «Me dan ganas de coger el tendal y metérselo a uno de esos por el culo», decía groseramente una vecina en el patio. En pocos días memoricé las siluetas, como muchos de los chicos de la escuela, donde se llevaba a cabo un intenso comercio de munición de armas pequeñas, como luego ocurriría con los trozos de metralla. Acumulé cuarenta balas con su funda de protección y, mientras jugaba con ellas un día, algunas cayeron al fuego. Mi madre, en silencio y con una serenidad que nunca le había visto, las sacó antes de que estallaran y luego me hizo entregárselas todas a la policía.

Durante un verano que fue tan bueno como extremo había sido el invierno estuvimos siguiendo los resultados de las batallas aéreas que tenían lugar más al sur como si fueran partidos de críquet. De camino a la escuela, el cielo se llenó de las sucias explosiones de color naranja de la defensa antiaérea contra una incursión solitaria y oímos caer metralla por primera vez.

Mi padre se jactaba de que, al haber fingido estar enfermo en la junta médica de reclutamiento, lo habían clasificado en una categoría que no sería llamada a filas. O decía con satisfacción que había sido «demasiado joven para la última guerra y demasiado viejo para esta». Nadie quería la guerra, pero pocos se quejaban, probablemente porque daba más trabajo, además de cierta prosperidad, y había una sensación de que uno siempre podía soñar con un futuro en paz.

Dos de los hijos de la tía Edith fueron llamados a filas, pero desertaron enseguida, aunque al final de la guerra tendría a ambos y a dos más en servicio activo. Mi primo, Stanley Sillitoe, se unió a los húsares del sur de Nottinghamshire y fue abatido en el norte de África. Varios de mis tíos se enrolaron en la Guardia Local[2], pero mi padre eludió incluso la tarea de vigilar por si se producían incendios. Cuando mostró su regocijo por que Hitler, un pintor de brocha gorda, se hubiera convertido en el líder de la nación alemana, mi madre dijo: «Sí, y a los alemanes les está bien empleado». A mi padre le deleitaba, como a mí, oír a Quentin Reynolds en la bbc mofarse de Hitler llamándolo señor Schikelgruber y escuchar los prosaicos comentarios de J. B. Priestley tras las noticias de las nueve.

Aquellos que leían los periódicos de un modo más inteligente que la mayoría, y habían conocido la guerra anterior, decían que Alemania era demasiado dura como para ser derrotada solo por Gran Bretaña, y que el conflicto podía hacerse eterno. Y en ese caso, yo terminaría tomando parte en él tarde o temprano, lo que me daba un motivo para mirar hacia el futuro y no con temor precisamente. Cualquier objetivo era mejor que no tener ninguno e ir

a la guerra se me antojaba una aventura que terminó convirtiéndose en una ambición.

Puse mucho interés en los informes de los bombardeos que la raf llevaba a cabo en Alemania, medía los ángulos de las trayectorias por diversas ciudades, las distancias que tenían que recorrer y calculaba el tiempo que se tardaría en llegar, lo que aumentó mi habilidad con la aritmética práctica. En la librería principal de la ciudad compré panfletos sobre la lucha en las calles y táctica elemental, además de un libro de cubiertas de papel titulado *Notas sobre la lectura de mapas*, publicado por el Departamento de Guerra. Allí aprendí lo que eran la intervisibilidad, los intervalos verticales, los equivalentes horizontales y la variación magnética, además de los tres tipos de norte que había y cómo encontrar el verdadero gracias al sol o las estrellas, todo un nuevo arsenal de vocabulario. Memoricé el valor aproximado de las fracciones representativas, de modo que cuando, por azar, el maestro preguntó en la escuela cuántas pulgadas tenía una milla, le sorprendió que respondiera correctamente.

Fui perdiendo familiaridad con el inglés coloquial con respecto al conocimiento geográfico. Un titular de periódico que decía: «Marineros en el Spree», me llevó a preguntarme cómo podía haber llegado un miembro de la Marina a Berlín en esa desalentadora fase de la guerra, pues me resultaba inconcebible que se hubiera podido llevar a cabo con éxito una operación militar espectacular sin que yo me hubiera enterado. Al leer el artículo entendí la expresión: unos marineros habían sido llevados ante un juez y multados por haber pillado una borrachera deshonrosa[3].

A partir del otoño de 1940, y durante un año, los avisos de un posible ataque aéreo eran casi diarios. No tardamos en acostumbrarnos al estallido y el martilleo de las baterías de artillería emplazadas en los bosques cercanos y al peculiar zumbido lúgubre de los bombarderos Junkers, Dornier y Heinkel, siempre con la esperanza de que no dejaran caer su cargamento sobre nosotros.

Mi padre trabajaba en la fábrica Raleigh, al lado de casa como quien dice, a menudo de noche, de modo que mi madre y nosotros cinco nos quedábamos en el refugio antiaéreo. No podríamos haber encontrado un sitio más peligroso en el que vivir, como si a los alemanes les diera por atacar una fábrica con diez mil empleados en plena producción bélica. Pero no cayó ninguna bomba a menos de media milla de distancia, aunque una noche hubo fuego de ametralladora procedente de un avión que volaba bajo.

En el refugio nos apretábamos sobre las planchas en un ligero duermevela la mayoría de las veces aturdidos por el olor a humedad del suelo y la respiración compartida. Pesados sacos cubrían la entrada para ocultar la luz de una pequeña lámpara de aceite, cuyos vapores de parafina espesaban aún más la atmósfera. A las dos de la mañana sonaba la sirena que avisaba que ya podíamos salir, un gemido bienvenido, más uniforme que el de la alarma que alertaba del peligro, y volvíamos a casa para echar una cabezada antes de levantarnos para ir a la escuela.

La única incursión grave tuvo lugar en mayo de 1941; murieron doscientas personas. Mi padre, en casa aquella noche, no pudo resistirse a ir a ver la terrorífica artillería antiaérea para disfrutar del cielo brillante sobre las fábricas en llamas que siempre se habían negado a darle trabajo. En nuestra zona cayeron pocas bombas, aunque el silbido penetrante de una bomba al caer perduraría en el tiempo. Y aun siendo perfectamente conscientes de que podíamos morir de un momento a otro, dentro de aquel frágil refugio, oyendo los aviones alemanes, jamás nos abandonamos a la resignación muda. Aun así, no lamentaba haber dejado Worksop porque la vida en Nottingham era mucho más emocionante.

# Capítulo 11

EL SELLO DE LICENCIATURA DEL EJÉRCITO de la cartilla militar de mis primos bien podría haber sido la huella de una bota en la última página, porque hicieron caso omiso de su deber, y al volver a casa quemaron los uniformes en la chimenea del dormitorio. Alcanzaron una fama legendaria en la familia debido a sus flagrantes robos. Sin carné de identidad ni tarjeta de empleo ni cupones de racionamiento (ni siquiera máscara de gas, aunque eso no les importaba en absoluto), subsistían de lo que hurtaban durante las horas de oscuridad. Aprovechaban las cortinas de humo, los apagones generales para que la ciudad no se viera desde los aviones enemigos y la ausencia de luna para llevar a cabo saqueos que habrían aprovisionado a la mitad del mercado negro de Nottingham. Despistaron a la policía durante un tiempo, pero, cuando los cogieron, como contaba el periódico local, cumplieron un año de cárcel y, al acabar ese plazo, los enviaron a cumplir una pena suplementaria en una prisión militar. Apenas unas semanas después de retomar el servicio normal desertaron de nuevo y retomaron lo que parecía su ocupación normal en época de guerra.

En ocasiones iban a nuestra casa y nos relataban durante el desayuno los momentos destacados de sus huidas por los tejados durante sus aventuras nocturnas. Mi madre les guardó los objetos robados una noche, aunque a mi padre le traían sin cuidado ellos y sus hazañas, y no permitió que mi madre volviera a hacerlo.

Por aquella época empecé a acariciar la idea de convertirme en escritor, sobre todo en periodista, y saqué de la biblioteca un libro sobre el tema. Traté de aprender el método Pitman de taquigrafía

con un manual de tres peniques de la mesa de muestras de la inagotable librería de Frank Wore, pero lo dejé al poco porque era demasiado difícil distinguir entre los símbolos finos y gruesos que había que escribir a toda velocidad.

Mis dedos estaban siempre dispuestos a escribir, sin embargo, y me encantaban las tintas, el papel, las plumas y los cuadernos. En un cuaderno de tapa blanda anoté detalles del modo de vida de mis primos, pensando que un día podría escribir algo sobre ellos en una novela: su edad, peso, altura, color de pelo, dónde y cuándo habían nacido, qué ropa llevaban y sus señas, cuando las tenían. Esbocé también sus vidas pasadas y su breve carrera militar y añadí datos de sus robos y escapadas que incluían, hasta donde pude averiguar, la fecha, el momento y la localización de las tiendas y oficinas particulares en las que habían entrado.

Mi madre encontró el cuaderno y le echó un vistazo. No se equivocaba al considerar que era una información demasiado incriminatoria para que anduviera rodando por ahí. Aunque alegué que iba a escribir una novela, ella no tuvo en cuenta mi ridícula jactancia y lo arrojó al fuego, temiendo que fuera tan estúpido como para usar aquellos datos como tema de un ensayo escolar.

El libro sobre periodismo me enseñó que los artículos que se entregaban a los periódicos debían estar pulcramente escritos en hojas de buen papel, de modo que propuse discretamente a mis primos que, en el próximo asalto, me consiguieran una máquina de escribir, y les garanticé a cambio que les pagaría a plazos o con el dinero que ganara en mi empresa periodística. No rechazaron la idea, incluso se rieron, y prometieron conseguirme una gratis. Tal vez mi madre hubiera mencionado mi secreta ambición y fuera motivo de diversión, incluso de halago para ellos, la idea de tener biógrafo propio en un futuro. Yo aguardé esperanzado, pero el plan fue quedando en el olvido como si tal cosa; sin duda, mi madre se dio cuenta de que no sería bueno para nadie que la policía encontrara motivos para registrar nuestra casa y hallara una máquina allí.

Una de dos, o mis padres eran ya lo bastante viejos y habían aprendido o disfrutar de raciones más abundantes y tener dinero para pagarlas reducía los motivos de pelea. A lo mejor la atmósfera de guerra había debilitado su mal humor. Peggy se había convertido en una segunda fuente de ingresos y llevaba a casa doce chelines a la semana gracias a su trabajo en una fábrica de dulces. Ella y yo éramos más capaces de mostrar nuestra desaprobación ante cualquier choque violento, aunque no reuniéramos entre los dos la fuerza necesaria para detener los estallidos en las pocas ocasiones que estos tenían lugar.

Mis padres tenían dinero ahora para ir con frecuencia al cine y pasar la noche del sábado en el *pub*, y también había suficiente para que algunos peniques fueran a parar a mi bolsillo, la mayoría en pago por algún recado o por hacer la compra el fin de semana. Arthur Shelton ganaba unos pocos chelines repartiendo periódicos por la mañana y por la tarde, pero yo rehusaba esos trabajos con una mezcla de orgullo e inercia.

Se acercaba la época en que sería necesario trabajar a jornada completa, aunque no era capaz de imaginarme la situación para poder prepararme para ella. La escuela era la condición básica de la vida, el hogar, un lugar donde estar cuando no estabas en casa. Y la perspectiva de trabajar en una fábrica, algo que no podía permitir que turbara mi disfrute del presente. A los trece años nadaba bien, caminaba largas distancias, trepaba a los árboles como un mono y era capaz de avanzar sobre una bicicleta prestada sin coger el manillar durante unas cuantas yardas, supongo que como la mayoría de los chicos y no pocas chicas de aquella zona.

Me proporcionó cierta satisfacción oír por la radio, el 22 de junio de 1941, que el ejército alemán había invadido Rusia. Extendí un mapa para seguir la campaña lo más detenidamente posible y me resultó fácil ver que Gran Bretaña tenía ahora una mayor oportunidad de sobrevivir a la guerra. Se añadió el himno nacional de nuestro aliado soviético a los que sonaban cada semana en un programa de quince minutos de la bbc. Yo los escuchaba todos y,

como había memorizado los versos de la *Marsellesa* de Rouget de Lisle que aparecía en una gramática francesa, podía acompasar las palabras con la melodía.

El avance alemán en Rusia fue rápido y sucedieron cosas terribles, aunque no conoceríamos todo el horror hasta que la guerra casi hubiera acabado. Era obvio que, cuanto mayor fuera la distancia que el ejército alemán recorriera en el entramado de pueblos y ciudades, más seguro sería que perdieran, como Napoleón cien años antes, pero era un placer rastrear en el mapa nombres de lugares de sonoridad rasposa como Novogrado Volynsk, Riga, Byelaya Tserkov, Vorishilovgrado y Dniepropetrovsk, usando con frecuencia el lápiz y la goma conforme la línea se desplazaba al este a través del mapa.

Mi acumulación de libros ya no irritaba a mi padre. Como ahora tenía trabajo, ya no le parecía una pérdida de dinero, especialmente porque durante la guerra no había mucho más que comprar. Incluso lo persuadí de que me consiguiera los seis volúmenes de *Conocimiento práctico para todos* por treinta y seis chelines pagaderos a plazos, aunque no logró satisfacer los últimos y fui yo quien zanjó personalmente la deuda cuando empecé a trabajar. Los libros comprendían cualquier tema, pero yo me concentraba sobre todo en agrimensura, geografía, francés y, más tarde, aviación, y me sumía noche tras noche en aquel tesoro particular de información.

En la escuela escribí una redacción sobre los posibles propósitos estratégicos de la ofensiva alemana en la dirección de Rostov del Don en la que explicaba que el ataque debía continuar al sureste, hacia el Cáucaso, con el fin de obtener el control de los pozos de petróleo de Grozny y Mozdok, lugares ambos que aparecían en el mapa, necesarios para su industria y producción bélica.

Obviamente había oído esos comentarios en la radio, y tras escribirla a sucio varias veces y pasarla después a limpio con mi mejor letra en un cuaderno de ejercicios, le mostré la redacción a Percy Rove, con la esperanza de conseguir una palabra de elogio. El profesor le echó un vistazo y me dijo que la leyera en voz alta

delante de la clase, algo que a mí me resultaba embarazoso. Tal vez sí quedara impresionado, porque a la semana siguiente me prestó *La Europa de posguerra*, de G. D. H. Cole, un libro demasiado largo y hermético para mí.

A fuerza de rebuscar con más asiduidad en el sótano de Frank Wore desarrollé un gusto obsesivo por las pequeñas guías rojas de la editorial Baedeker y los volúmenes de la serie Guide Bleus, que incrementaron mis conocimientos geográficos, así como mi francés, y me deleitaron con sus mapas coloreados. En los planos callejeros de las ciudades alemanas podías descubrir las áreas industriales que se decía que eran objetivo de la raf, pero aquellas con frecuencia deterioradas publicaciones de una época no demasiado lejana, con sus descripciones de lugares de países del oeste y el sur de Europa, indicaban también que existía un mundo estable y deseable más allá de aquel al que yo estaba tan firmemente anclado.

Saqué de la biblioteca todos los libros de viajes por Rusia que había, aunque su información topográfica era con demasiada frecuencia insatisfactoria. En una colección de cuentos populares rusos disfruté con uno que contaba que el diablo, convenientemente disfrazado, llegaba a una ciudad y, tras reunir a sus habitantes, les decía que todo el terreno que pudieran abarcar en un día de caminata sería suyo. Era un mes de agosto de mucho calor y aquellos que se decidieron a intentar conseguir tanta tierra como les fuera posible, partieron hacia lo desconocido y caminaron doce o más verstas, y después giraron noventa grados para seguir trazando un cuadrado. Todos cayeron muertos de agotamiento al atardecer sin haber logrado nada. El único que acabó con una parcela de tierra fue un judío, que caminó unos centenares de yardas en una dirección y cerró el cuadrado en una hora o así, lo cual me pareció, al acabar la historia y darme cuenta de lo inteligente que había sido, que era exactamente lo que yo habría hecho.

De la biblioteca también saqué los libros de la serie de las Diez Libras: *Francia por diez libras, Italia por diez libras*, etc., que

indicaban que, tras la guerra, fuera cuando fuera, tal vez pudiera visitar esos países con mis ahorros.

El sábado por la tarde, antes o después de la visita habitual a la librería de Frank Wore, visitaba una agencia de viajes que había en una callejuela del centro de la ciudad para pedir, comprar o hablar con el anciano empleado, ahora casi sin trabajo, sobre folletos de viaje de Francia, Bélgica y Suiza. La mayoría incluía mapas, planos e imágenes, así como interesantes anuncios de balnearios y hoteles. Aquellas visitas no duraron mucho porque al poco tiempo no le quedaba ya material que darme.

Mis notas en los exámenes en los dos últimos años de escuela siguieron siendo buenas. En la última reunión antes de terminar, celebrada como siempre en el gran gimnasio, el director me llamó al estrado y me entregó un ejemplar encuadernado en cuero negro de la Sagrada Biblia. Al llevarla a casa me fijé en la inscripción que había en el interior que decía que era un premio por mi «dominio del conocimiento bíblico».

Aquella razón me desconcertó, aunque, contento por tener el libro, lo leería muchas veces a lo largo de mi vida, tal vez con más frecuencia que ningún otro, y cincuenta años después sigo teniéndolo a mano en mi escritorio.

# Capítulo 12

EL RELOJ SE HABÍA PARADO. «Hacen todos esos objetos de precisión para depósitos y qué sé yo —pensé—, y ni siquiera pueden hacer que funcione un reloj de pared». Me equivocaba. Comparado con aquello el tiempo en clase pasaba rápido.

Nada más entrar por la puerta, en mi primer día de trabajo, se me acercó un tipo y me dijo que acababa de convertirme en miembro del sindicato de trabajadores general y del transporte y que cada semana se me descontarían tres peniques de mi paga. Yo respondí que no quería pertenecer a ningún sindicato, y añadí, en palabras de la época cuando te iban con pamplinas, que por mí como si le caía una bomba en picado encima, que no me sacaría el dinero. Me parecía que había algo ignominioso en pertenecer a una organización de la que tantos otros eran miembros, lo que me señalaba como seguidor de Marx (Groucho) desde una edad bastante temprana, pero el presidente de aquella organización, si eso es lo que era, se rio y me dijo que no tenía opción, porque así lo dictaba la ley. El descuento era automático y nadie podía evitarlo.

Mi padre, que trabajaba en otro taller o departamento, fue a ver cómo me iba y, al no encontrar nada que criticar, volvió a su trabajo. Mi ocupación consistía en «quitar la rebaba» a cientos de tapas de latón con un cincel afilado. Cuando se pulían los segmentos, quedaban rebabas que había que limar de los bordes a mano para que todas las partes del objeto quedaran lisas. Había una larga mesa baja cubierta de ellas, así que abordé la tarea como si se tratara de invadir y someter un país hostil, despejando un camino aquí, abriendo una ruta allá, hasta que se encontraron dos avenidas

en la masa de resistencia y mis columnas en forma de pinza triunfaron en su cruel designio. Tras limpiar las piezas que habían sido rodeadas, abrí otro camino en dirección a la capital enemiga, desplegando columnas auxiliares en mitad del paso no fuera a encontrar fuerzas que supusieran una amenaza para mi plan de ataque.

En un par de horas la mesa estaba vacía (todo el trabajo era para mí), hasta que alguien venía con más cajas, lo que hacían muy pronto, para cubrir de nuevo mi querido territorio-tablero con sus fuerzas bárbaras. Ese «trabajo a prima» se pagaba a tanto por ciento y cuanto más hacías, más ganabas, pero tenías que hacerlo bien o los supervisores lo devolvían.

Mi padre se levantaba cada mañana a las seis y media, y quince minutos después me sacaba de la cama que compartía con mis dos hermanos. Tras encender el fuego y poner a hervir la tetera, yo bajaba adormilado por la escalera. Mi madre no se levantaba con él, pues era el momento del día en que mi padre se mostraba, por decirlo suavemente, más voluble. Tras un desayuno a base de té y tostadas con mermelada mientras escuchábamos las noticias, bajábamos la calle en silencio para fichar pasadas las siete y media.

En mi bolsillo llevaba un bocadillo de queso o carne enlatada para comer en el descanso del té de las diez. Volvía a casa para comer caliente a las doce y media, modificando el momento de salida para no coincidir en la calle con mi padre. Una hora más tarde estaba de vuelta y trabajaba sin pausa hasta las cinco y media.

Mi primer salario fue de una libra con doce chelines y seis peniques, veinticinco libras al cambio de hoy, pero en aquel tiempo una cantidad considerable para un joven de catorce años. El viernes por la noche ponía el sobre del sueldo sin abrir en manos de mi madre y ella me daba media corona para gastar (unas dos libras y cincuenta peniques), lo que podría no parecer mucho, pero bastaba para comprar un par de libros de bolsillo y dos entradas de cine. Mis cupones de dulce eran para Pearl y Brian, pues la confitería no era una necesidad esencial para mí.

El trabajo no era arduo ni desagradable, aunque tardé unos días en acostumbrarme al impresionante ruido de la maquinaria y el rítmico golpeteo de las cintas transportadoras. Tras unas semanas quitando rebabas, trabajo que hacía sentado, me pusieron a manejar un taladro, para lo cual era necesario estar de pie. Tener una máquina a mi cargo me dio sensación de responsabilidad, aunque yo estaba ligeramente intranquilo respecto a su potencia y temperamento por el estropicio que podía causar.

Una pequeña pieza de acero debía fijarse en una plantilla y había que mantener ambas dos con firmeza sobre la base inferior mientras la punta giratoria del taladro manejado con calma perforaba varios agujeros en el metal en los lugares indicados. La operación era sencilla, pero, por un momento, me fue difícil sujetar la plantilla con la fuerza necesaria y varias veces toda la unidad se soltó y giró violentamente, y me habría lastimado si no hubiera quitado la mano rápidamente. Entonces había que apagar el motor y empezar de nuevo, con el líquido blanco del desinfectante espumeando sobre el vendaje que se iba poniendo rojo alrededor de mi dedo. En una ocasión se rompió el taladro, pero el encargado del material fue tolerante y trajo otro nuevo sin hacer comentarios.

Gracias al trabajo, al que pronto me acostumbré, se me fortalecieron las manos, pero la proporción de dinero por la tarea era tan baja, o yo era tan lento y cauteloso, que mi salario descendió durante las semanas siguientes a poco más de una libra cada viernes. Al pedirle al capataz que me encontrara otro trabajo o elevara la tarifa, dijo que ninguna de las dos cosas era posible y añadió que el joven que lo había hecho antes cobraba eso y que, en cualquier caso, alguien tenía que hacer el trabajo, de modo que era mejor que volviera y siguiera con ello.

Por un tiempo me las arreglé para aumentar la velocidad hasta que mi salario rozó lo que había sido al principio. Lo que yo quería, protestaba, era una forma más positiva de trabajo de guerra, no pasarme la vida taladrando una pieza insignificante de bicicleta día

sí y día no. Un comentario, entre otros igual de irracionales, que exasperó aún más al capataz.

Bernard Clifford también estaba insatisfecho con su trabajo y su paga. A esas alturas yo ya quería encontrar trabajo en otra parte, pero para ello había que solicitar una rescisión al Ministerio de Trabajo según las regulaciones en tiempo de guerra. Algunos chicos ya lo habían hecho y sus solicitudes habían sido rechazadas. Todo dependía, me dijo Bernard, de las razones que dieras para querer irte. Había espacio al dorso del impreso para exponerlas, pero el proceso se agilizaba si podías conseguir que el capataz dijera, en el lugar indicado del impreso, que estaba dispuesto a dejarte marchar.

Tras organizar una sentada ni más ni menos en la que participamos otros seis compañeros y yo, el capataz se mostró más que conforme. Empleando todo el espacio disponible, expuse mis razones con frases sucintas, con tinta en lugar de lápiz, y firmé el impreso. Una quincena después, el chupatintas jefe debió pensar que ya era hora de trabajar un poco y me envió el certificado de rescisión que me liberaba de mi trabajo en la fábrica, y así acabó mi primera y única etapa laboral en Raleigh. El capataz estaba tan contento como yo de que no hubiera durado más de diez semanas.

Con catorce años, en ningún lugar habría aguantado mucho tiempo y, tras haberme proporcionado mi bautismo de fuego en el mundo industrial, la época pasada en la fábrica Raleigh me sirvió como preparación para aceptar el hecho de que había que ganarse la vida y de que no tenía derecho a esperar que fuera fácil.

Consciente de la encomiable máxima de mi padre, «sin trabajo no hay comida» (y él sabía lo que decía, pensé), fui recolocado casi de inmediato en A. B. Toone y Compañía. Una fábrica se parece mucho a otra, aunque todas eran distintas en lo referente a los artículos que fabricaban y los individuos que trabajaban en ella. Las condiciones parecían más favorables en Toone, pues el turno no empezaba hasta las ocho y terminaba a las cinco, aunque yo hacía el mismo número de horas porque la fábrica abría los sábados por la mañana.

Unas cien personas se afanaban en un taller de cinco plantas de ladrillo rojo situado entre dos calles de casas bajas donde se fabricaba madera contrachapada para bombarderos Mosquito y barcazas de desembarco. Al principio, mi trabajo consistía en situarme a un extremo de una sierra de mesa en el sótano y, cuando Sam England, el operario, recortaba un tablero, recoger las astillas y ponerlas en una pila. Una vez había acumulado las suficientes, hacía un fardo, lo ataba y lo subía al piso superior para que se lo llevara un camión al cabo del día.

Echaba de menos el frenesí del trabajo a prima como si fueras una caja registradora, donde cada centenar de piezas se traducía en peniques y chelines en mi bolsillo. Por el momento, el trabajo era más lento y casi me dormía de pie, ya que enseguida me acostumbré al chirrido de las sierras y la vibración de las lijadoras, y al aire espeso por las virutas y las motas de pegamento caliente, aunque los extractores, que también hacían un buen ruido, expulsaban parte a la calle. De vuelta a casa, algún escupitajo naranja que otro destellaba en la cuneta. Yo no llevaba gorra para impedir que se me ensuciara el pelo de polvo, reacio a asumir el distintivo de obrero de por vida. Me lavaba por encima en el lavadero a diario y el sábado por la tarde me daba un baño completo con agua caliente en los baños públicos.

La fábrica era una de las miles que se extendían por todo el país y funcionaban gracias a mujeres y chicas, jóvenes como yo y hombres por encima de la edad de reclutamiento o retiro. Un sistema de incentivos ayudaba a alcanzar el máximo de producción y vigilábamos cuidadosamente los gráficos clavados en la puerta de la oficina. Mi siguiente trabajo consistió en llevar tableros de media pulgada y seis por tres pies desde las prensas de arriba al sótano para el proceso de acabado. Los bordes aún estaban ásperos después del enchapado, pero pronto desarrollé la habilidad de extraer las astillas evitando clavarme la mayoría de ellas.

Para empezar llevaba dos tableros a la vez, cantidad que se fue ampliando gradualmente hasta que fui capaz de cargar con cinco o

seis. No era obligatorio llevar tal cantidad, pero me enorgullecía ponerme a prueba y aumentar mi fuerza. Algunos de los obreros del sótano eran mujeres y chicas, y me enamorisqué de una o dos, que charlaban y reían sentadas a una gran mesa mientras embadurnaban, empastaban y raspaban los tableros hasta dejarlos perfectos, ajenas a mi admiración.

A la hora de mantener el sótano ordenado y provisto de trabajo, yo era el ayudante de Bill Towle, dos años mayor que yo, aunque nos conocíamos del barrio desde hacía años. De niños habíamos recorrido Bramcote Hills con un par de viejas pipas de su padre, que llenábamos con el tabaco de las colillas recogidas por la calle. Fumar estuvo bien, pero no el malestar que tuvimos después.

En el descanso del té y a la hora de comer (me llevaba algo de casa, pues no había comedor), Bill insistía en enseñarme a combatir desarmado, en lo que desde luego era un experto: qué hacer si te atacaban con un cuchillo (usaba uno de verdad), cómo zafarte cuando te hacían una media llave Nelson (para lo que se necesitaba velocidad, agilidad y capacidad de agresión sofisticada), el truco de derribar a alguien que tratara de darte una patada (llevaba botas pesadas) o manejarte cuando te levantaban el puño para golpearte (el suyo era particularmente sólido).

Fuerte y experto, me tumbaba sobre los tableros hasta que lo vencía de vez en cuando gracias a mi rapidez de reacción. Su padre lo había apuntado a la Marina, y Bill de por sí ya tenía un aire de marinero con las mujeres y las chicas, además de un inagotable repertorio de las bromas más obscenas imaginables, por no mencionar su asombrosa capacidad para beber. A causa de su físico, y tal vez de sus habilidades, se había convertido en soldado a tiempo parcial en la Guardia Local, y decía que me llevaría con él a su cuartel en la iglesia para que también pudiera enrolarme.

Sería acertado decir que había algo de insatisfactorio en mi vida de aquella época, pero solo en el sentido de que no era suficientemente plena. Tenía muchos amigos, salía de vez en cuando con una chica, leía asiduamente y me interesaba tanto lo

que estaba pasando en Rusia y la geografía de los campos de batalla como el sistema que los alemanes trataban de atravesar. Abogar por lo que parecía la justicia humana de semejante régimen social suscitaba pocos acuerdos entre mis compañeros de trabajo, aunque tampoco podía decirse que me considerasen un estúpido, pues hablábamos de otros asuntos con gran sentido del humor; discutíamos, por ejemplo, de la forma más básica, sobre si el *jazz*, que a ellos les gustaba y a mí no demasiado, era mejor que cualquier otro tipo de música.

El capitán de la unidad de la guardia se fijó en mis cinco pies y seis pulgadas de altura; tardaría otro año en estirar otras tres pulgadas, y ahí me plantaría. «Con catorce eres demasiado joven —sonrió—. Vuelve a los dieciséis o únete a los cadetes[4]».

Así fue como me uní al Cuerpo de Adiestramiento Aéreo[5], del que había leído algo en el periódico.

# Capítulo 13

ENTRÉ EN EL VESTÍBULO DE UNA ESCUELA en la tarde del 1 de octubre de 1942 con Arthur Shelton y unos cuantos jóvenes para alistarnos en el Cuerpo de Adiestramiento Aéreo. El oficial de vuelo Pink, ayudante de escuadrón, le dijo al suboficial que nos pusiera en fila con otros reclutas potenciales para que pudiera ver la materia prima que había entrado. No creo que hubiera estado antes tan cerca de alguien que venía de una fábrica, pues la mayoría de los miembros del Cuerpo procedía de la educación secundaria o de trabajar en tiendas y oficinas.

El teniente de vuelo Hales, el oficial al mando, recordaría después que yo llevaba un trozo de cordón viejo de zapato por corbata y parecía que hubiera salido de un barril de betún. Esto suena exagerado, aunque había algo de cierto en la imagen, porque trabajaba con la misma camisa toda la semana, y no me la cambiaba por una limpia hasta el baño del sábado. No existía el desodorante y nos arreglábamos con el tosco jabón de la época de guerra.

El señor Pink era bajo, más bien rotundo y, sin su gorra, se veía que estaba completamente calvo. Tras preguntarnos nuestro nombre y edad, nos pidió que levantáramos la mano aquellos de nosotros que no nos cepillábamos los dientes. Tuve que admitirlo, lo que hice sin embarazo, pues no había considerado nunca que mi boca necesitara esa clase de atención.

«Muy bien —dijo—, os voy a poner a prueba, reclutas, durante un mes para ver cómo os portáis. Si todo va bien, os darán un uniforme y entonces podréis escribir la palabra “cadete” delante de

vuestro nombre, pero no olvidéis que, mientras tanto, si queréis pertenecer al Escuadrón 209, que es el mejor de todos, dejadme que os diga que ¡os lavaréis los dientes por la mañana y por la noche! ¿Entendido?».

Lo entendimos y me descontaron un cepillo de dientes y un tubo de pasta dentífrica de mi paga de la semana siguiente. Lo único que no me gustó de su discurso, de lo más sensato, por otra parte, fue que me pusiera a prueba junto con los otros, y que no me hubiera aceptado inmediatamente como si fuera lo mejor que podía encontrar.

Mis miembros estaban tan faltos de coordinación que, al principio, me costaba desfilar correctamente, pero gracias a la instrucción aprendí rápidamente a moverme y mi aspecto mejoró muchísimo. Se celebraban conferencias de un par de horas, dos tardes a la semana, además de una reunión opcional el sábado por la tarde, a la que también asistía, y teníamos instrucción también el domingo por la mañana, que terminaba pasando revista a los cuatrocientos cadetes de los dos escuadrones del oeste de Nottingham. Solo me disgustaba asistir al desfile mensual en la iglesia.

En todas las ocasiones, sin embargo, me aseguraba de que los pantalones del uniforme estuvieran perfectamente planchados y mis zapatos pulidos. Volvía a casa corriendo desde la fábrica, tomaba el té, me aseaba, me ponía el uniforme y recorría a toda prisa una milla hasta la escuela. El sábado por la tarde, y de nuevo el domingo por la mañana, recorríamos aproximadamente cuatro millas por distintos edificios y, como los autobuses pasaban con poca frecuencia y a menudo iban llenos, o dejaban de pasar a las nueve de la noche, no los usaba, y en cualquier caso conocía todos los atajos de la zona.

Gracias a mi conocimiento de los mapas se decidió que debía adiestrarme para ser navegante y me pasé muchas horas estudiando en casa. En clase dábamos muchas otras materias. Arthur Shelton, que tenía inteligencia para todo lo práctico (y la

química: una vez intentamos fabricar pólvora), instaló un telégrafo y una serie de interfonos, lo que nos permitió practicar hasta ser los más rápidos enviando y recibiendo mensajes codificados de todo el escuadrón. Mejoramos también nuestro inglés y aprendimos matemáticas, los principios de vuelo, reconocimiento de aeronaves, teoría del motor, meteorología, navegación, administración y legislación de la raf, salud e higiene y regulación antigás (se trataba del Programa de Formación Inicial para la tripulación aérea, de hecho), gracias a hombres de negocios y profesionales que, en su tiempo libre, se convertían en profesores voluntarios. El cómputo del día cambiaba de carácter al calcularlo de medianoche a medianoche, pues todos los problemas de navegación y las órdenes del escuadrón se basaban en el sistema de veinticuatro horas.

Para el campamento anual nos destinaban a un aeródromo durante una semana y la raf cuidaba de nosotros. El primer lugar fue Syerston, demasiado cerca de Nottingham para mi gusto, donde dormíamos doce en una tienda de campaña y llovía casi todo el tiempo, pero nos hicieron demostraciones prácticas sobre cómo enrollar el paracaídas, practicamos la simulación de vuelo en el Link Trainer y nos enseñaron los rudimentos del control del tráfico aéreo.

En el tren a nuestro segundo campamento, mi primer viaje en tren como adulto, seguí la ruta a través de Lincolnshire con mi Atlas Nacional de Carreteras, anotando cada carril, puente o arroyo por diversión, aunque posiblemente también para satisfacción del señor Pink, que nos acompañó. Esta vez dormimos en barracones y por rango disparamos veinte veces cada uno con los rifles Short Lee Enfield. Terminé con el hombro dolorido. Fue muy extraño que, aunque siempre había sido zurdo, cogiera el rifle y lo manejara habitualmente con la mano derecha. Nos instruyeron también en tácticas de infantería y lucha callejera, lo que sembró el caos entre los bloques de la residencia para matrimonios debido a los disparos de fogueo y las detonaciones.

Menos de un año después de haberme enrolado obtuve la primera parte del Certificado de Competencia, pero era demasiado

joven para que me dieran el diploma o la insignia, pues no se esperaba que pasara nadie por debajo de los dieciséis. La única parte de la prueba que tuve que repetir fue la instrucción, pero obtuve notas elevadas en inglés, matemáticas y navegación, y la más alta en señales. Cuando el oficial de vuelo Wibberley, que dirigía una empresa de transporte motorizado, me preguntó qué podía darme como premio por mi éxito, le pedí una copia de la *Guía completa del navegante aéreo* de D. C. T. Bennett, el pionero de las incursiones aéreas de la época. Ese libro, generosamente proporcionado al coste de quince chelines, se unió a mi releída biblioteca y con él aprendí, entre otras cosas, el alfabeto griego, y comprendí el lema que constaba en el inicio: «La vigilancia eterna es el precio de la seguridad».

A mi padre le disgustaba verme de uniforme, pero no podía hacer nada al respecto. Sin embargo, necesitaba su permiso para poder volar y era reacio a dármelo, porque temía sinceramente lo que pudiera pasarme y consideraba que el avión era un medio de transporte peligroso. Se habían dado casos, aunque no conocía a ninguno, de cadetes muertos en accidentes o en aviones derribados por los cazas nocturnos alemanes que surcaban los cielos por encima de los campos de aviación. He olvidado ya si fue su firma (algo que solía estar dispuesto a hacer para mostrar que no era por completo analfabeto) o la de mi madre la que acabó en el permiso, pues se me daba muy bien falsificarlas, pero a unos cuantos de nosotros nos llevaron en autobús a la base de la raf en Newton, a siete millas de Nottingham, para subir por primera vez a un avión.

En un hangar que olía a peras pasadas, o a «drogas», como nosotros decíamos, nos dieron un paracaídas, nos dijeron de qué anilla tirar si teníamos que saltar del avión y nos enviaron a esperar nuestro turno fuera de la cabina de vuelo. Los paracaídas nos golpeaban en la espalda conforme cruzábamos la hierba y subíamos a bordo del De Havilland Dominie, un biplano de dos motores fabricado en madera con capacidad para el piloto y diez pasajeros.

El piloto polaco rodó hasta el borde de la pista para el despegue, dispuso el morro en la dirección que soplaba el viento tras una lenta marcha sobre la hierba y luego comenzó a aumentar la velocidad hasta que el tren de aterrizaje se separó de la tierra. La hora de la verdad no habría podido ser más espectacular. A doscientos pies, conforme la nave giraba suavemente, o se «escoraba», como habíamos aprendido a decir, el primer recodo azul del Trent se hizo visible. Nos olvidamos del miedo a las alturas a la vista de todos aquellos puntos de referencia tan familiares entre Fosse Way, recto como una vía romana, y las colinas de Derbyshire que se perdían en la verde bruma.

El humo de los patios de maniobras y fábricas se elevaba al sur de la ciudad, pero, tanto a babor como a estribor, la visibilidad era lo suficientemente buena como para distinguir iglesias y parques, calles y líneas férreas, el castillo encaramado en su roca de arenisca y Wollaton Hall en medio del césped, así como los viejos escondites y las trilladas sendas que unos minutos antes parecían tan apartados y ahora, de golpe, se asemejaban a un patrón pequeño y apretado de una pieza de encaje. A mil pies las colinas parecían planas y perdían importancia, pero los secretos que cubrían las calles quedaban de manifiesto, de modo que ningún mapa podría haberlo hecho mejor, lo que era doblemente fascinante, porque nunca había visto un callejero de Nottingham, que, como los mapas de la agencia de cartografía, no se vendían al público durante la guerra.

La distancia aumentaba en todas las direcciones, ya fuera paisaje rural o urbano desde aquel punto de vista ventajoso por encima de las nubes, en ese primer vuelo al que seguirían muchos. Por fin comprendía dónde había estado siempre una parte de mí y sabía que, si podía alejarme tanto verticalmente de la tierra, no habría límite a la distancia en millas que podría recorrer en la superficie. Me dolían los ojos de concentrarme en observar, hasta que después de veinte millas, el viejo y majestuoso Dominie viró hacia el este para aterrizar y nos llevaron a comer a la desastrosa

mesa de los aviadores polacos. He olvidado lo que comimos, pero recuerdo que el postre se sirvió en el mismo plato, lo que me sirvió como indicador culinario de lo que podía ser una vida diferente.

# Capítulo 14

EL ARMAGEDÓN LLEGÓ Y PASÓ, como la gran victoria soviética de Stalingrado. Alemania debía morder el polvo, pero ¿cuándo? Escribí a la casa Stanford para que me enviaran un mapa a gran escala del área del Volga-Don y me llegó enrollado dentro de un tubo de cartón. Sabiendo que existía y que podía afrontar el gasto porque el salario me lo permitía, no me conformaría con nada que no fuera lo mejor. Dos chelines incluían franqueo y embalaje y el mapa era digno de cada penique. La escala era de dieciséis millas por pulgada (aún lo desenrollo de vez en cuando) y Stalingrado recibía el nombre de Tsarytsin porque el mapa tenía más de veinte años, pero los ríos y contornos eran los mismos que durante la batalla y pensaba que no cambiarían, aunque al ir allí veinte años después, cuando el lugar se llamaba Volgogrado, se habían añadido o ampliado algunos canales. Durante el resto de la guerra seguí los acontecimientos con los mapas de las guías Baedeker que se podían adquirir por poco (a veces, gratis) en la tienda-cornucopia de Frank Wore.

En ocasiones llegaban pedidos de jacquard a la fábrica, unas láminas de cartón extrafuerte usadas en el comercio de encaje, a las que se les hacían unos agujeros que formaban un diseño. Me preguntaba si algunos no serían los del hermano de mi padre, Frederick, que se marchara tanto tiempo atrás a Londres. Había vuelto a Nottingham años después, pero nadie de la familia lo vio hasta después de la guerra.

Cada lámina medía dos pies por cuatro y se unían según el mismo principio de la madera contrachapada, pero con papel y una

pasta especial. La anticuada maquinaria estaba en la parte más sucia del sótano y mi trabajo consistía en llevar al hombro sacos de alumbre y harina de un quintal, vaciarlos en una tina y con la cantidad requerida de agua caliente remover la mezcla para hacer la pasta. Mono y botas se cubrían de aquel mejunje y volvía a casa apestando como un cerdo.

El siguiente estadio de producción era más agradable. Varios de nosotros trabajábamos en los desvanes grandes y soleados muchas veces colgando cientos de piezas de jacquard en filas para que se secaran con el calor del vapor. Mientras se secaban, podíamos hacer lo que quisiéramos con nuestro tiempo. A menudo dos o tres subíamos y bajábamos por la soga del montacargas, hasta que el estrangulado grito del capataz nos hacía huir despavoridos por la fábrica.

Enseñé a leer los mapas a George Meggeson, un sargento cadete del ejército que estaba empollando para su Certificado «A» y le dibujaba para ello detallados mapas topográficos con sus signos convencionales en trozos de jacquard inservibles, para que él me pasara a mí información sobre las últimas tácticas de infantería. A veces nos mandaban que bajáramos a ayudar a despachar las piezas de jacquard, una tarea que no es que me gustara demasiado, aunque aprendí a empaquetar.

Con casi dieciséis años ganaba unas dos libras a la semana, pero sabía que podía ganar más. Salía con una chica y quería ahorrar. En un par de ocasiones trabajé el doble durante las vacaciones ayudando a limpiar los tubos del horno. Aunque el fuego llevara veinticuatro horas apagado, el estrecho espacio por el que nos arrastrábamos como Tom el Deshollinador[6] para eliminar los residuos de hollín estaba terriblemente caliente. Volvía a casa de hacer esas horas extra negro de la cabeza a los pies, pero con la libra suplementaria que tanto me había costado ganar en el bolsillo.

Entre los catorce y los dieciocho cada día parecían tres, cada semana, un año y cada año, una década. Tras ocho horas de trabajo, la larga tarde hasta las once o las doce de la noche se me

antojaba otro día, al que seguía un tercero que era mientras dormía y soñaba. Dos tardes a la semana había que hacer deberes, sobre todo estudio de la navegación, y otras dos tardes más se celebraban las conferencias del Cuerpo.

El viernes y el sábado por la noche los pasaba con mi chica, que trabajaba en una fábrica de ropa confeccionando uniformes militares y vivía en una urbanización. A sus dieciséis años era una chica alta y madura con buenos pechos y un largo pelo castaño con flequillo. Nuestro principal entretenimiento era ir al cine o pasear por las calles, pero había un placer real en la promesa y la serenidad de estar a su lado y entregarnos a cualquier charla trivial de lo que entonces nos interesara. Fue mi primer amor verdadero, podía confiar en ella, era apasionada y de lo más voluntariosa, así que al poco «lo hicimos hasta el final» en el sofá de la sala de estar un día que sus padres habían salido. A veces salían incluso los domingos por la noche, pues su padre era un minero de buen carácter al que le gustaba tomar unas copas con su mujer en el *pub*.

De las dos cosas que había que tener en cuenta en las relaciones sexuales, la primera eran las enfermedades venéreas, o un ataque de sífilis, como Bill Towle decía, pero no era probable que ninguno de los dos cogiera dicha enfermedad porque éramos jóvenes, nos conocíamos y no habíamos estado con otros. El segundo temor era el de dejar a la chica embarazada y para evitarlo visitaba cada semana al farmacéutico para comprar un suministro de Durex, porque se suponía que no tomar precauciones era meterse en un lío y bien merecido además. Como decía el padre de Arthur Shelton: «Cuando te casas, un bollo de a penique cuesta dos peniques».

La tarde restante de la semana salía con John Moult, otro cadete, por los *pubs* y nos tomábamos una pinta de cerveza Shipstone. El emplazamiento de los cuarteles del escuadrón se desplazó de lugar unas tres millas y durante el largo viaje de vuelta Johnny y yo llenábamos de vida las calles vacías aullando canciones populares o tratando de enumerar entre los dos los

nombres de los, por entonces, cuarenta y ocho estados americanos, o poniendo a prueba, si no, nuestros conocimientos generales. Me preguntó dónde estaba el mural de *La última cena* de Leonardo da Vinci y me dijo la iglesia y el lugar cuando confesé que no lo sabía. Recordé su pregunta cuando visité Milán y lo vi por mí mismo años después.

El domingo por la tarde escuchábamos en su casa o en la mía un programa de media hora de música clásica ligera, lo que nos ayudó a familiarizarnos con los nombres de al menos algunos de los grandes compositores. Ninguno de los dos encontraba tiempo para leer algo que no fueran libros de texto. Yo practicaba navegación avanzada en la mesa de mi habitación, cuya superficie estaba atestada de gráficos e instrumentos de dibujo. Aprendí que las estrellas, los planetas y las constelaciones eran útiles para los navegantes, los nombres de las formaciones de nubes en meteorología y cómo reconocer cualquier tipo de nave aérea.

El cielo, de día y de noche, se convirtió en algo tan importante como la superficie de la Tierra y conocer lo que había en ella amplió mi ángulo de visión. Durante la mayor parte de mi vida no había prestado atención a lo que hubiera por encima de las copas de los árboles o los aleros de las casas, pero ahora todo cuanto podía verse al mirar hacia arriba tenía un nombre. El brillo de la estrella más cercana, Alpha Centauri, tardaba cuatro años luz y medio, a una velocidad de ciento ochenta y seis mil millas por segundo, en alcanzar la Tierra, un hecho que daba a nuestro planeta, y aún más a la gente que vivía en él, una lección de humildad, lo que habría podido ser un descubrimiento deprimente si no hubiera sido tan maravilloso para abrir mi mente a toda clase de especulaciones cósmicas.

En el campamento de la raf en Snitterfield, cerca de Stratford-upon-Avon, estuve volando por la noche durante una hora haciendo «circuitos y baches» (prácticas de despegue y aterrizaje) en un avión de entrenamiento Oxford Airspeed. Uno de esos aviones se había estrellado en la pista de aterrizaje unos días antes; los dos

pilotos habían muerto y los sombríos restos del aparato brillaban aún bajo las luces cada vez que despegábamos. Una vez despegamos, nuestras maniobras fueron tales que en ocasiones el abigarrado patrón que formaban las deslumbrantes luces del aeródromo parecía estar dibujado en el cielo. Cuando por fin salí al punto de dispersión de la luz, vi aparecer sobre mi cabeza un brillo con el mismo diseño. Estaba claro que a mis sentidos aún les faltaba un poco para recuperar el equilibrio habitual.

Proseguí con un ejercicio de dos horas de vuelo a ras de tierra por los pantanos, también en un Oxford, y pasé mucho tiempo mirando entre los hombros de los pilotos en apariencia para consultar el mapa, pero también los terraplenes cercanos, las granjas y postes del telégrafo, preguntándome si debía agacharme o hacia dónde echar a correr en caso de que chocáramos con algo. Visitar el pueblo natal de Shakespeare fue un anticlímax, especialmente porque no me había acercado a sus obras más que con los refritos en prosa de Charles y Mary Lamb.

A los dieciséis años quedé liberado de mi trabajo en el taller de contrachapado para pasar a trabajar como tornero en Firman, una pequeña fábrica en el distrito de los Meadows, a dos millas en autobús y una milla andando de casa. Las cuarenta personas que trabajaban allí empezaban a las ocho de la mañana y me alegró retomar las semanas de cinco días.

Como ya no era un trabajador raso, sino un tornero que moldeaba piezas para los motores Rolls-Royce, me familiaricé con el micrómetro y el medidor de profundidad, pues todo tenía que estar ajustado a milésimas de pulgada. Trabajando a prima a toda velocidad, mi salario pronto ascendió a cuatro libras a la semana, lo que me permitió ahorrar de los diez chelines que mi madre me devolvía. El tedio de producir miles de tuercas de latón al día no me preocupaba, porque en primer lugar me salía a cuenta y, una vez acostumbrado al proceso, me sobraba tiempo para soñar que de la mañana a la noche me convertía en otra persona, en alguien más exitoso.

Unos meses después, Bert Firman, que aun siendo el dueño de la fábrica iba a trabajar todos los días como cualquier otro trabajador, me ofreció diez chelines extra a la semana por ir una hora antes a limpiar. Eso suponía salir de casa a las seis y media, pero acepté encantado y la vieja Biblia escolar pronto se llenó de billetes de una libra intercalados en sus páginas. Mi madre me dijo después que había encontrado el escondite y que, a veces, cogía una o dos el lunes por la mañana cuando no tenía dinero en metálico, y volvía a ponerlas el fin de semana sin que yo me enterara. Pero una semana, sospechando que algo ocurría porque no estaban en la página correcta, dibujé un tenue asterisco en cada billete y, al encontrar uno que no lo tenía, no lo achaqué a la influencia de las Sagradas Escrituras. A saber por qué no tenía dinero el lunes, ya que el salario de mi padre y el mío tendrían que haber durado toda la semana. Aunque Peggy se había unido al Ejército Rural Femenino[7], por lo que ya no contribuía económicamente, Pearl había empezado a trabajar y aportaba dinero.

Pese a entregar la mayoría de mis ganancias a la economía doméstica, mi madre pensaba que no llevaba ropa decente. Por fortuna, al asistir a todos los desfiles posibles en el Cuerpo de Adiestramiento Aéreo, pasaba la mayor parte de mi tiempo libre de uniforme. Mi madre me proporcionaba los monos de trabajo que, en cualquier caso, se podían adquirir mediante cupones de ropa extra, pero, por lo demás, me compró en una casa de empeño un traje de rayas deslustradas y eso fue todo. Tenía un abrigo de segunda mano que se me quedó pequeño rápidamente y pasó a Brian, y durante un tiempo usé una capa antigás del uniforme para protegerme de la lluvia. No me quejaba, porque mi madre tampoco tenía muchos vestidos y era muy difícil satisfacer mis necesidades y las de otros tres niños menores cuya prioridad nadie cuestionaba, aunque tampoco fueran lo que se dice bien vestidos.

Durante un año se estuvo celebrando un baile en la sede central del Cuerpo los sábados por la noche y, luciendo un tupé tan

sofisticado como el del rey Jorge, y elegantísimo con el alfiler de corbata que asomaba por la abertura de mi chaleco abotonado, pisé la pista al ritmo de vals y foxtrot como un marinero después de seis meses en el mar.

Seleccioné con cuidado mis parejas y el tipo de baile, conocí a una chica que me interesó porque no trabajaba en una fábrica. Era más bien bajita y muy callada, con suaves facciones anhelantes y el pelo abultado con un rulo sobre la frente y suelto en la espalda. Sus ojos grises, su punto fuerte, sugerían que, si tenía algo que decir (y la implicación era que así era) nadie a su alrededor se sentiría halagado por sus opiniones, así que, ¿por qué molestarse cuando era mejor guardárselo para sí?

La cortejé asiduamente, pero, aunque parecían gustarle mis atenciones y aceptarme como su «joven», como si le sirviera hasta que apareciera alguien mejor, no me regaló favor sexual alguno más allá del acostumbrado beso de buenas noches. Había poco cariño entre nosotros, pero sí una mutua fascinación hacia la extrañeza del otro que mantenía viva nuestra amistad. Por mi parte empecé a confundirlo con el amor, y llegar hasta su coño se convirtió en el principal objetivo de mi vida. Una vez fuimos en bicicleta a Leicestershire y pensé que, por fin, había llegado mi oportunidad cuando nos paramos a descansar en una ladera cerca de la ciudad de Gotham, pero no fue así. En otra ocasión fuimos paseando desde donde ella vivía hasta una hondonada en el campo cerca de la granja de Top Valley, pero tampoco ocurrió nada. Fue la primera chica a la que invité formalmente a comer, en lugar de llevarla a picar algo informal en el *pub*, cosa que ella no habría tolerado, y dos veces a la semana telefoneaba a la oficina donde trabajaba desde una cabina pública cercana a la fábrica para decirle cuánto la quería.

Cuando a las once acababa el baile semanal la acompañaba a casa, aunque no me cogía de paso, y pasábamos una hora besándonos, tratando por mi parte de llegar tan lejos con ella como había llegado con mi chica anterior, a la que cruelmente había

abandonado por aquel infructuoso capricho mío. Un poco más allá de la valla, un amigo mío se estaba tirando a la hermana de mi chica, que era un poco más atractiva que esta, mientras que yo había tenido la mala suerte de cargar con la estrecha de las dos. Y lo cierto es que no logré lo que me proponía, pues siempre se escabullía dentro de la casa dejándome empalmado y con las ganas, maldiciéndome por ser tan tonto mientras recorría dando traspiés las cinco millas que había hasta mi casa.

Durante la semana, trabajando con el torno, la esperanza revivía, para terminar esfumándose de nuevo. Debió de asustarse cuando casi me dejó «llegar ahí» y le pidió a su hermana que me dijera que no quería que volviera a llamarla. Respondí con una larga y ferviente carta, pues no soy de los que se rinden fácilmente, que debió de romper sin leer. Mi amor propio quedó maltrecho sin remedio durante un par de días y luego conocí a una chica que disfrutaba follando con una vehemencia que me satisfizo plenamente hasta que me uní a las Fuerzas Aéreas un par de años después. Su madre, viuda, cincuentona y algo sorda, tenía un novio indio y, mientras ellos estaban dale que te pego en la cama en la habitación superior, mi chica y yo hacíamos lo mismo en una manta junto al fuego de la salita de estar.

# Capítulo 15

A LOS DIECISÉIS AÑOS DE EDAD una parte de mí era en todos los aspectos un trabajador completamente integrado. Si quería llegar tarde por la noche o por la mañana temprano, cuando todos los demás dormían en casa, solo tenía que dejar abierta la ventana del lavadero, coger la llave que estaba nada más pasar y entrar por la puerta trasera. La única condición era dejarla bien cerrada después. Así que, antes de los veintiuno, la llave de la puerta ya estaba en mi bolsillo.

Habría nuevas experiencias, desde luego, cuantas más mejor (cuantas más, más alegría también) y, aunque me quedaba mucho que aprender, yo me sentía ya como un adulto e imaginaba que otras personas pensarían lo mismo. Si persistía una fuerte duda era solo porque los oficiales del cuerpo de cadetes llevaban una vida que apenas conocía.

No me preocupaba por nadie ni me importaba si alguien se preocupaba por mí cuando estaba delante del torno con la camisa arremangada y, miles de veces al día (aunque la magia de darle vueltas a cada objeto por separado no me abandonaba), acercaba la barra una pulgada hacia mí, giraba la torreta, biselaba, aplicaba el taladro convenientemente refrigerado por un chorro constante de la tubería y maniobraba con las dos cuchillas adelante y atrás hasta que la tuerca hexagonal de latón caía en mi mano derecha y la arrojaba a una tina: una pieza más para el motor de un bombardero Lancaster.

Trabajamos duro en la fábrica, día tras día, semana tras semana, durante toda la guerra: jóvenes como yo, mujeres y muchachas, y

los tres hombres del ejército que se ocupaban de supervisar las herramientas. Una de las mujeres, alta y delgada, con el pelo completamente gris, había perdido a su marido, un sargento, en una incursión aérea en Alemania. Repasando otros rostros que se abren un hueco en el muro de la memoria, ¿quién era aquella mujer alta y hermosa con ojos risueños llamada Meg que venía cada día desde Edwinstowe? Estaba la esbelta mujer de pelo oscuro e impecable pero trágico aspecto, o así me lo parecía a mí, que se sentaba en su elevado taburete ante un torno en miniatura donde hacía no sé qué objeto superfino. Solo la veía a distancia y nunca supe su nombre, pues siempre se sentaba con las mujeres, que la escuchaban con atención en su mayoría. Alguien comentó que era portuguesa, pero ahora se me ocurre que podía ser una refugiada judía.

Mi ambición era convertirme en un navegante competente a bordo de uno de los aviones cuyos motores ayudábamos a construir y unirme a la corriente de los cientos que cada noche despegaban para arrojar la Ira de Dios sobre la Alemania nazi que, después de haber sembrado vientos, estaba sufriendo la desgracia de cosechar tempestades con poca o ninguna simpatía por su ordalía. No capté la ironía de destruir un día aquellos objetos de arte y arquitectura tan meticulosamente detallados en las guías de viaje que con tanta frecuencia consultaba, sabiendo ahora que la guerra era la guerra, que se trataba de ellos o nosotros, imbuido como estaba de la confianza absoluta de estar en el lado correcto.

Mi única preocupación era que no me permitieran unirme a las Fuerzas Aéreas ni a ningún servicio militar, ya que se podía elegir aleatoriamente a los jóvenes para obligarlos a trabajar en las minas de carbón. Eran los «muchachos de Bevin». Si ese era el destino que me esperaba, conseguiría hacer de mí un desertor. Temíamos, pero, sobre todo, detestábamos, el nombre de Ernest Bevin.

Adaptaron el torno en el que trabajaba para producir una parte distinta del motor, pero faltaba el prototipo original. «Rolls-Royce no ha enviado ninguno —dijo Bert Firman—. Tal vez lo hayan olvidado

y venga la próxima semana. Pero como conocemos las medidas podemos pasarnos sin él».

Me llevé la pieza a casa con un micrómetro y un medidor de profundidad, despejé la mesa de la cocina y volví por la mañana con el boceto hecho a escala en papel cuadriculado. Fue un trabajo sencillo, pero influyó en Bert para que me dijera que no debía alistarme, sino quedarme durante unos cuantos años en su fábrica y convertirme en ingeniero mecánico cualificado. Supondría ir a clase algunas tardes de la semana durante un año más o menos, pero gracias a ese curso tendría una ocupación reservada, lo que me mantendría alejado de las Fuerzas Aéreas. Aunque halagado por su plan, no me costó renunciar a él.

Un día de junio de 1944, durante mi hora del almuerzo, estaba mirando desde la entrada de la fábrica los vagones caqui del ferrocarril sobre el terraplén marcados con una gran cruz roja. Transportaban a los hombres que habían resultado heridos en Normandía, y en aquel momento me pareció que la guerra podría alargarse durante años. En los meses siguientes, sin embargo, los efectivos pertenecientes a los escuadrones del oeste de Nottingham de los cuerpos de adiestramiento aéreo se redujeron a la mitad, como si la gente pensara que la guerra había acabado. Tenía la sensación de que se tardaría una eternidad en atravesar un país tan grande como Francia, como había ocurrido en la Gran Guerra, y además había que derrotar a Japón. O yo sabía más historia que la mayoría o aún no me había dado cuenta del efecto de la columna blindada y la potencia de fuego de los aviones de ataque a tierra usados en la guerra moderna. Tal vez mi imaginación se negara a imaginar una vida menos estructurada tras una guerra que formaba parte de mi existencia hasta tal punto que no quería que acabara.

El tiempo total que pasé en campamentos y cursos de entrenamiento en el Cuerpo de Adiestramiento Aéreo fue de tres meses de servicio a jornada completa. Volé en muchos tipos distintos de aviones, con un olor mezcla de peras pasadas, escay y combustible de alto octanaje que daba ganas de vomitar cuando las

prácticas de despegue y aterrizaje se prolongaban demasiado. Conforme el número de cadetes disminuyó, hubo menos competencia para apuntarse a los pocos vuelos disponibles. El suboficial Rome, canadiense, me llevó en un Dakota desde Syerston y me dejó probar los mandos. En otro vuelo fui el navegante, y me ocupé principalmente de señalar posiciones relevantes del terreno y cotejarlas con el mapa. Más excitantes fueron los vuelos de entrenamiento, también en Dakotas, durante los cuales arrojábamos balas de heno sobre zonas marcadas ya fuera como práctica para la acción en los Balcanes o para lanzar provisiones en zonas necesitadas liberadas a los alemanes.

Despegar y aterrizar en planeadores remolcados por un bombardero Halifax era más emocionante que subirse a cualquier atracción aparentemente peligrosa de un parque de atracciones. Cuando giraba la cabeza desde mi asiento con el cinturón de seguridad situado detrás del piloto me parecía estar en un largo cobertizo de madera. Entonces el enorme artilugio se soltaba de la cuerda de remolque y planeaba con la elegancia de un ave hasta el inicio de la pista. De repente, como si una mano invisible lo detuviera, caía en picado ochocientos pies y tomaba tierra rodando casi silenciosamente por la hierba hasta pararse.

Los rifles Short Lee Enfield enviados en cajas al escuadrón se desempaquetaban y desengrasaban para hacer prácticas. Las armas hacían un ruido que reverberaba por el suelo de madera con una algarabía de percusionista bien distinta. Varios suboficiales y yo montamos un rifle de calibre 22 en el sótano de la fábrica local de gas y pasamos una hora el domingo por la mañana perfeccionando nuestra puntería. Nos tumbábamos y disparábamos ráfagas de fuego racheado, cuyo eco devolvían las paredes multiplicado por diez. Salimos de allí con un zumbido en los oídos y los ojos irritados por la cordita.

A causa de mi antigüedad en el Cuerpo me sentía obligado a presentarme cuando se pedían voluntarios, como cuando uno de los oficiales decidió que el escuadrón preparara una función musical.

Inventamos breves piezas, dramáticas y divertidas, y tras entretener a los otros cadetes un par de sábados por la noche, llevamos nuestras habilidades a una prisión local que servía temporalmente como correccional de menores. Sería difícil decir si a los reclusos vestidos de color marrón les gustó mucho la actuación, pero sí agradecieron los paquetes de cigarrillos que nuestro oficial nos pidió que lleváramos y que repartimos subrepticiamente.

Cada día delante de mi torno, mi mente rebosaba de fantasías, recreando vuelos bajo el cielo azul y por encima de cúmulos de nubes, o aquella vez en la que el piloto perdió misteriosamente la conciencia y me ordenaron por radio que hiciera aterrizar yo el avión. Imaginaba también que me escondía de polizón en un Lancaster, que herían a un artillero y yo lo reemplazaba y derribaba un caza nocturno alemán. Con más frecuencia rememoraba lascivamente encuentros sexuales del pasado reciente y me deleitaba en otros que estaban por venir con mi chica de entonces. Para enfriarme ponía a prueba mi memoria con hechos que había aprendido o repasaba lo que aún tenía que dominar en el programa de estudios de aviación.

Esas cavilaciones fantasiosas y febriles, delimitadas por un paréntesis correspondiente a los tres últimos años y ante un futuro que no iba más allá del siguiente fin de semana o estancia en el campamento, se alimentaban de la repetición mecánica y en modo alguno desagradable del trabajo, como queriendo mantenerme contento para no despertar mi animadversión hacia el torno.

Mi chica trabajaba en una fábrica de mallas y se pasaba el día hablando con otras mujeres, sentadas todas en fila en una larga mesa. Tenía un cuerpo firme y esbelto, y el rostro pálido y ovalado, con unos ojos grises que miraban ligeramente hacia arriba y sugerían rasgos orientales en su ascendencia, aunque era de todo punto inglesa. Yo nunca vestía de uniforme cuando salía con ella ni hablaba de nada que tuviera que ver con los cadetes, porque ella pensaba que había sucumbido a una vida que le desagradaba y que no era apropiada para mí, que semejantes intereses no podían

realmente ser parte de mí y que, en cierto modo, me estaba «engañando». Tal vez se habría mostrado más comprensiva si yo hubiera llevado un uniforme caqui o un atuendo de marinero, aunque también cabía la posibilidad de que tampoco así le hubiera gustado esa parte de mi vida de la que había preferido excluirse. No fue nunca un motivo real de disputa entre nosotros, puesto que se dio cuenta de que era inútil que tratara de desviarme de ello, debido a mi costumbre de ignorar las críticas o la desaprobación sin darme ni cuenta.

No recuerdo de qué hablábamos, pero hacíamos el amor siempre que podíamos y una vez follamos cinco veces en veinticuatro horas. El silencio no parecía molestarle, tal vez porque en aquel estado no veía posibilidades de conflicto y, en cualquier caso, no me preocupaba. En el cine estábamos demasiado absortos para hablar y en los *pubs* no era posible entre el ruido y la gente, donde a veces no había ni asientos libres. Sin embargo, las noches que pasamos juntos fueron preciosas y nos amamos en términos que habían sido cómodamente establecidos, con una regularidad que hacía que se me quitaran las ganas de perder el tiempo yendo detrás de otras chicas.

Íbamos a nadar al Trent bajo Clifton Grove y, al salir del agua temblando de frío en la época de Pascua, encontrábamos calor en los brazos del otro. Luego tomábamos un largo té por nueve peniques en una casa del pueblo. La llevaba a remar o en autobús a Hucknall y dábamos un paseo hasta Misk Hill. Le gustaban las excursiones normales y corrientes, pero se inquietaba cuando, igual que le ocurría a mi chica anterior, la invitaba a almorzar en un restaurante, pues tenía la impresión de que era una treta para extender los límites de su experiencia social.

Ganar casi cinco libras a la semana, y a veces más, me proporcionó el desahogo económico suficiente como para comprarme una bicicleta de segunda mano. Arthur Shelton y yo íbamos hasta Derby o Newark y, en una ocasión, allá por Pascua, llegamos hasta la costa de Lincolnshire, donde pasamos toda la

noche muertos de frío dentro de un fortín de cemento antes de recorrer bajo la lluvia las setenta millas del camino de vuelta.

Me resultaba grato recordar parte del pasado, y me pareció una buena razón para acercarme a Worksop en bicicleta y, venciendo todos mis reparos, a llamar sin previo aviso a la puerta trasera de la señora Cutts, que tan bien había cuidado de mí cuando nos evacuaron cinco años antes. Apenas había tráfico en la carretera y, en mi solitario camino a través de Mansfield sin planos ni señales, me alejé demasiado hacia el oeste a través de Pleasley y los Langwiths antes de tomar, por fin, la carretera de Worksop, consolándome con el pensamiento de que incluso los mejores navegantes se pierden.

Interrumpí su siesta vespertina y tuve que decirle mi nombre para que me invitara a pasar, tras lo cual se situó cautelosamente junto al señor Cutts, que estaba completamente dormido en el sofá. Se disculpó por que el plato de guisado estuviera frío, pero fue bien recibido tras mi largo paseo. El otro chico que habían evacuado a la vez que a mí se había metido en problemas por robo y lo habían devuelto a Nottigham. Advertí que le disgustaba hablar de la experiencia y su deseo de cambiar de tema. Al preguntarle por Laura, la chica que vivía en una caravana en un descampado próximo, me dijo: «Nos hacía gracia lo enamoriscado que estabas de ella. Decíamos que fue tu primer amor. Pero ya no están aquí. Cogieron su carreta y su caballo y se mudaron a un lugar cerca de Chesterfield hace dos años. Laura es ahora una encantadora jovencita». Había adivinado la razón de mi visita y fui yo quien cambió de tema diciendo que tenía que irme. El señor Cutts no se despertó y ella me despidió metiéndome una manzana y un bocadillo en la alforja, que me comí junto a la verja de la abadía de Newstead, incapaz de decidir si mi viaje había sido una pérdida de tiempo.

Yo era un trabajador completamente integrado en el mundo laboral en el sentido de que me quedaba poco por aprender del entorno, así que llegó el momento de salir de allí por todos los

medios posibles. En abril de 1945 me enteré de que podías presentarte voluntario como tripulante aéreo de la Unidad Aérea de la Marina si tenías como mínimo diecisiete años y un cuarto siguiendo lo que se había dado en llamar el plan Y.

Merece la pena citar del folleto editado por entonces: «El plan Y concierne a candidatos a la rama del Servicio General que se presentan como marineros rasos en primer lugar, los candidatos a piloto/observador para la rama "A" (de la Unidad Aérea) que entren como aviadores navales… Cualquiera que sea la rama, el candidato ha de graduarse como oficial del mismo modo que cualquier otro solicitante, pero haber sido aceptado en el plan Y significa que es un candidato destacado y que tendrá oportunidad durante el adiestramiento de demostrar que es digno de graduarse como oficial».

Pedí una mañana libre, la primera vez en mi vida, y fui a la oficina de reclutamiento a alistarme para disgusto de mi jefe y ante la patente desaprobación de mis padres. Pasar el control médico no fue un problema y, tras anotar la rama de servicio que prefería, una quincena después llegaron instrucciones de la Marina para que me presentara ante una junta de selección de tripulantes en los números 13-15 de Nantwich Road, Crewe, junto con un billete de ferrocarril para el 2 de mayo.

Un amigo cadete, que tenía su certificado de estudios y había pasado todos los exámenes imaginables en el Cuerpo de Adiestramiento Aéreo, había vuelto de Crewe unos días antes, y el señor Pink y otros oficiales lo consideraban el candidato perfecto. Los cadetes que lograban ser seleccionados por la junta de tripulación, tanto para la Unidad Aérea de la Marina como para la raf, tenían derecho a llevar la insignia blanca del Ala de Adiestramiento Inicial en sus gorras y era un grupo selecto y reducido dentro de los escuadrones del Cuerpo de Adiestramiento Aéreo los que podían hacerlo.

Todo el mundo esperaba ver al cadete mencionado desfilar con su insignia blanca, pero no pasó el examen y estaba demasiado

decepcionado para decir por qué. Puesto que mi escolarización se había interrumpido a los catorce, mis perspectivas se presentaban poco halagüeñas y hubo momentos en que mi acostumbrado exceso de confianza quedaba remplazado por el más agudo pesimismo. Estar en forma y ser capaz de hacer lo que se me pedía no conseguía reducir la ansiedad de pensar que el fracaso acabaría conmigo. Me había entrenado obsesivamente durante dos años y medio, había hecho frente a cuanto se me había presentado e iría a la junta de selección con buenas recomendaciones de los oficiales que habían sido mis instructores. Con la esperanza de que al final no hubiera nada que temer, reprimí toda mi turbación interior con la determinación de hacerlo lo mejor posible.

Me levanté a las seis, antes incluso que mi padre, me lavé en el fregadero de la cocina y me puse el uniforme. Tras un desayuno rápido, cogí el autobús hasta la estación de tren. Pasado Derby, el tren atravesó los Potteries, cuyas hileras de casas adosadas ennegrecidas y sus humeantes hornos hacían que, en comparación, Nottingham pareciera una ciudad jardín.

Una vez en Crewe, no tuve que recorrer una distancia muy larga hasta la gran casa victoriana donde la Marina tenía sus instalaciones para los exámenes. Tras la prueba médica vino la de vista, que consistía en distinguir números hechos con puntos de un determinado color entre una confusa multitud de puntos de todos los colores, para demostrar que no era daltónico.

Ante la propia junta de selección, atento a cuatro oficiales de marina de cierta edad (o eso me pareció) y muy elegantes, las preguntas que se me formularon fueron del tipo: «Si un triángulo tiene un ángulo de 56 grados y otro de 64, ¿cuántos grados tendrá el tercero?». Yo estaba algo nervioso, pero me las arreglé para dar las respuestas correctas. Cuando me preguntaron qué deportes me gustaba practicar fingí un entusiasmo que no había sentido nunca, pues toda mi vida había considerado el deporte una pérdida de tiempo. «Críquet y fútbol, además de (me gustaban porque podía practicarlos a solas) remo y ciclismo».

Después de comer fui a un aula con otra media docena de jóvenes para las pruebas de aptitud, que me recordaron las del examen para la obtención de una beca que había hecho a los once años, pero que a esas alturas habían perdido todo su misterio. Poco después me llamaron a una oficina donde un tipo sentado rellenaba una tarjeta de identidad naval. Cuando me la entregó supuse que se había equivocado. No creía la suerte que había tenido: había aprobado.

Todo me había parecido demasiado informal, pero tal vez, pensé, esa fuera la manera de hacer las cosas en la Marina. Me dio tres chelines como paga por mi primer día de servicio y me dijo que todo cuanto debía hacer era volver a casa y esperar a que me llamaran para el adiestramiento de vuelo en el *HMS Daedalus*, en Lee-on-the-Solent, cerca de Southampton. Me dirigí a la estación como si flotara y si no abrí media docena de veces la cartera para contemplar la pequeña tarjeta identificativa doblada de color rojo que llevaba mi nombre y el número FX643714, no lo hice ninguna.

Al echar ahora la vista atrás, aquel primer éxito de mi vida fue un logro pequeño, aunque me demostró que yo era tan bueno como cualquier otro y tal vez mejor que la mayoría. Aunque quería ser navegante (u Observador Aéreo, como se decía en la Unidad Aérea de la Marina), ser aceptado para entrenarme para ser piloto, que también debía tener conocimientos de navegación, no era una decepción. En una fotografía de la época se me ve mirando al horizonte, con los ojos vidriosos como si estuviera medio ciego y con una expresión que sugería que creía que podría recuperar la vista si me esforzaba por ver lo que tenía delante.

Casi a mitad de camino de la estación de Nottingham había unos almacenes y, antes de abandonar el mostrador, fijé la insignia blanca en mi gorra para presumir en el desfile de aquella tarde. No volvería a sentirme tan bien hasta la publicación de mi primera novela trece años después.

La guerra parecía lejos de acabar y yo había «aceptado el chelín del rey[8]», como se suele decir. El Ejército Rojo luchaba en Berlín y

Hitler, como dijo mi madre cuando entré en casa al volver de la fábrica, la había «palmado». El primo Jack, que se había puesto un año de más para presentarse voluntario e ir a la guerra antes de que acabara, luchó en infantería contra un Batallón de Entrenamiento de Cadetes de las SS en el bosque de Teutoburgo. Un hermano suyo estaba en África Occidental y un primo que había desertado antes de la guerra conducía un tanque hacia Hamburgo. Peggy había dejado el Ejército Rural Femenino para unirse a los naafi[9] y se inscribió con los que querían ser destinados al extranjero.

A la hora del té abrí el *Daily Mirror* y vi una ilustración a doble página de los horrores de Belsen. Mi madre miró por encima del hombro y dijo: «Eso es lo que los alemanes le han hecho a la gente». Tiempo atrás, al principio de la guerra, se habían vendido a la entrada de la fábrica Raleigh panfletos que detallaban las atrocidades llevadas a cabo en Rusia, con fotografías y todo, pero pocos habían imaginado la inhumanidad a gran escala que acababa de salir a la luz. Nos enteramos de que los alemanes y sus muy dispuestos ayudantes habían asesinado deliberadamente a seis millones de hombres, mujeres y niños, simplemente por ser judíos. Polacos, rusos y gitanos, considerados también seres inferiores, habían muerto de hambre o masacrados a voluntad, diciéndole así a cualquiera en el bando aliado, por si acaso no lo sabían ya, que no habría podido encontrarse causa más justa por la que librar una guerra.

# Capítulo 16

EL 8 DE MAYO FUE UN DÍA DE BANDERAS, fuegos artificiales, reuniones de té y borracheras desenfrenadas. Si Delacroix hubiera pintado su *Libertad* aquel día en Radford, habría sido una cuarentona grandota y desaliñada con gafas en el *pub* White-Horse bailando el cancán sobre una de las mesas y enseñando los pololos con la Union Jack cada vez que levantaba sus bien torneadas piernas, para regocijo de los que bebían, entre los cuales estábamos mi chica y yo. Mi padre vomitó de vuelta a casa, demasiado borracho para darse cuenta hasta la mañana siguiente de que había perdido su dentadura postiza, y para entonces a saber dónde estaría. De buena gana le di las nueve libras que tenía guardadas en mi Biblia, así que en lugar de vivir de gachas durante un mes al día siguiente tenía una dentadura nueva.

El miércoles 9 de mayo, el dolor de cabeza no me impidió volver de lleno a mi torno. La producción de guerra seguía porque Japón aún tenía que ser derrotado. La gente se mostraba intranquila ante la perspectiva de la paz, porque los días de paro previos a la guerra podían volver y no todos serían capaces de encontrar trabajo en la reconstrucción. Incluso mi ambición de convertirme en tripulante quedaría en agua de borrajas a menos que la guerra en Extremo Oriente durase dos o tres años más, para cuando entonces yo ya estaría en un portaviones, y la posibilidad de que me mataran era un obstáculo que impedía imaginar el futuro.

Durante las elecciones generales, a Bert Firman no le pareció divertido que pusiéramos un cartel del Partido Laborista en su banco pero, cuando se conocieron los resultados, fue un golpe que

Churchill ya no fuera la cabeza visible del país y que los días de peroratas inspiradoras por la radio hubieran terminado, aunque, por supuesto, había mucha gente que decía que era buena cosa que lo hubieran destituido.

En el Cuerpo de Adiestramiento Aéreo la escasez de oficiales me llevó circunstancialmente a enseñar navegación y señales a cadetes más jóvenes. Desde Shyerston hice un vuelo de ida y vuelta a Harwell a bordo de un Lancaster. Mi estación estaba en la torreta trasera con cuatro ametralladoras Browning, afortunadamente sin munición, pues de otro modo habría estado tentado de utilizarlas por puro *joie de vivre*. Echar partidos de fútbol entre vuelos era una actividad bastante agradable en las tardes de sábado. Exhausto pero haciendo todo cuanto podía, marqué un gol al final de un partido y oí el grito de un oficial de deportes en la grada: «¡Corre, Sillitoe, corre! ¡No te pares!».

¿Qué diantres pensaba que había estado haciendo todo el tiempo? Mi rabia se disipó en unos segundos, pero en los minutos que quedaban solo fingí jugar. La energía era gratis y yo tenía a raudales, pero no era un espectáculo para aquellos que, gritando para alentar o denigrar, habrían caído muertos si hubieran tenido que correr cincuenta pasos.

En el campamento anual en Syerston me desmayé nada más llegar y no desperté en una semana. Aquellos fueron días irremisiblemente perdidos, imposible saber adónde habían ido a parar. Tal vez hubiera pasado demasiado tiempo con mi chica, como para recuperar el tiempo perdido antes de nuestra separación, o trabajado demasiado en mi torno en un esfuerzo por mantener el salario de seis libras a la semana, que era casi lo que cobraba mi padre. Tal vez hubiera algún virus rondando.

No era consciente de nada, no tenía sueños ni fiebre, ni convulsiones ni sufrimiento; no estaba incómodo, tan solo había desaparecido el tiempo y la conciencia, al menos la mía, y tal vez por debajo de todo, en alguna dimensión inimaginable, se estuvieran fraguando planes, echando las redes y configurando mi vida sin que

yo fuera consciente de nada hasta que lo que fuera llegara de repente.

Al abrir los ojos a la nitidez extrañamente brillante de la sala de enfermos, me fijé en la botella de leche de la mesilla y me bebí de golpe el cuarto de galón. Su rico y fresco contenido me devolvió a la vida. El oficial médico me dijo que no me había movido ni necesitado atención, por lo que me habían dejado dormir a mis anchas. «Cuando quieras —dijo—, pero tómatelo con calma por ahora». Tras una comida ligera cogí el autobús a casa y el lunes por la mañana fui a trabajar en bicicleta como de costumbre, apesadumbrado por haber perdido una semana en el hospital en lugar de haber sumado más horas de vuelo.

En la fábrica hablábamos de lo interesante que la política era para nosotros ahora que el Partido Laborista había ganado. La sensación era que el gobierno se había acercado un poco más a la gente corriente. Los informes parlamentarios en el *Daily Herald* eran más largos que en el *Daily Mirror* de mi madre y, al leer que una sociedad igualitaria se acercaba, no entendí lo que significaba pues nunca había advertido otra cosa que lo igual. Decirme que yo era igual era tan impertinente como informarme de que no lo era.

Tan pronto como comenzaba la mañana del lunes en la fábrica anhelábamos la interrupción del viernes por la noche. Entre los dos extremos de tiempo se extendía una eternidad que pasaba por un trabajo a toda velocidad, haciendo funcionar los brazos a pleno rendimiento. Sin embargo, ese pesado deber se tomaba a la ligera y solo había quejas intercalando en ellas una pintoresca palabrota o convirtiéndolas en broma. Sin embargo, cada vez me costaba más llenar el vacío inducido por la repetición de los pensamientos que conseguía sacar de mi mente. Esa vacuidad mental me sacaba de quicio y el aburrimiento empezó a apoderarse de mí.

A mediodía iba en bicicleta a un restaurante británico cercano que me proporcionaba una satisfactoria comida caliente por un chelín, luego me acercaba en bicicleta a la tienda de Frank Wore en la ciudad para ver los libros dispuestos sobre la mesa que parecían

reproducirse en ella. Por seis peniques compré la primera edición inglesa de la guía Baedeker de *Palestina y Siria, 1876*, que me acompañaría en mi visita a Israel treinta años después.

Cuando en la sede del Cuerpo de Adiestramiento Aéreo se anunció que hacían falta hombres para ocupar puestos temporales como ayudantes de control del tráfico aéreo en el Ministerio de Producción Aérea, me faltó tiempo para solicitar un puesto. Rolls-Royce cada vez le hacía menos pedidos a Bert Firman por lo que era probable que pronto volviera a hacer máquinas de juego, como antes de la guerra, y a mí no me interesaba ese trabajo.

Estaba en mi habitación aburrido de tanto estudiar teoría de aviación, de trabajar en la fábrica y puede que hasta de estar con mi chica, cuando un brazo que solo podía ser mío, pero que obraba sin esperar mis órdenes, cogió del estante *Los miserables*. Su antiguo influjo seguía siendo tal que no tardé en sumergirme en la novela, con la diferencia de que ahora la historia de amor me conmovía tanto como las penosas luchas de Jean Valjean.

Un capítulo breve titulado «Un corazón bajo una piedra» consistía en una serie de notas de elevado tono romántico que Marius Pontmercy había dejado para que la dulce Cosette las leyera. Eran tan conmovedoras que las leí una y otra vez antes de retomar el último tercio de la novela. Las reflexiones filosóficas del amor no correspondido de Marius carecían de la precisión mecánica en la que mi mente había sido adiestrada, pero buena parte de mí anhelaba también apotegmas como este: «El futuro pertenece más a los corazones que a los cerebros. Amar es lo único que puede ocupar y llenar la inmensidad, pues el infinito necesita lo inagotable. Dios no puede añadir nada a la felicidad de los que aman, salvo darles la duración infinita».

Esas páginas eran el equivalente literario de la *Suite* n.º 2 de *La arlesiana* de Bizet, cuya evocadora música de amor roto en la Camarga oí por la radio una agradable tarde de verano estando solo en casa. El efecto de la música, y ahora las palabras de Hugo, fue lo que me convenció de que había otro mundo en alguna parte, pero

un mundo interior más que horizontal, y me envolvió una devastadora tristeza porque, por el momento, no podía hacer otra cosa que albergar en mi interior la semilla angustiosa de esta, sin saber lo que significaba ni lo que hacer con ella ni con qué relacionarla.

En agosto asistí durante una quincena a un curso avanzado de navegación en la base que la raf tenía en Halton, Buckinghamshire, para practicar la busca en cuadrado y técnicas de intercepción en computadores de vuelo Dalton y aprender a «cuartear la aguja» de la brújula aérea. Un día yendo a clase llegó un amigo agitando un periódico que informaba en grandes titulares que una bomba arrojada sobre Hiroshima había borrado la ciudad del mapa. Costaba creer que la guerra hubiera acabado, hasta que un segundo proyectil de las mismas características cayó sobre Nagasaki y Japón se rindió.

Se interrumpieron las clases ese día y fuimos a Londres sin que nadie en el ferrocarril ni en el metro pidiera el billete a quienes iban de uniforme. El rey Jorge saludó a la multitud desde el balcón del palacio de Buckingham. Nos movíamos a toda velocidad en el metro disfrutando de la novedad de estar en la capital. Me parecía sorprendente que se tardara un segundo, o eso me parecía, entre una estación y otra. No sabría decir si el tiempo pasaba rápido porque no tenía nada en la cabeza o mis reflexiones eran muy densas.

La hija del suboficial en Halton era una chica de mi edad, esbelta y vivaz, con el cabello pelirrojo y el rostro pálido y afilado. Nos cruzamos una tarde paseando por una avenida de aspecto impecable entre los barracones, en el aire flotaba un aroma delicioso proveniente del cercano bosque de la ladera. Ambos nos volvimos inmediatamente para saludarnos y hablar, como si ya nos conociéramos. Tal vez los dos fuéramos el tipo del otro, y aunque solo fuera en el tono de la tez se parecía a Edith Shaw, de Parknook, que a principios de verano me había llevado de paseo por

la rosaleda de Ranton Abbey, cerca de un aeródromo en Staffordshire.

No recuerdo el nombre de la muchacha de Halton, pero sí que me llevó a conocer a su padre, que fue neutralmente cortés, y me sirvió una taza de té en su cómoda residencia para matrimonios. No es seguro que nos besáramos, pero cruzamos un par de cartas antes de que su padre fuera destinado a Gales y perdiéramos el contacto. Un año después, en las Fuerzas Aéreas, un tipo me dio un mensaje de su parte que decía que aún pensaba en mí.

A esa edad el amor es más profundo que nunca, pero los objetos de ese amor se ven separados continuamente a causa de los acontecimientos. La tragedia del afecto cambiante es también un factor; tener solo una vida hacía imposible vivir todos esos intensos amores adolescentes hasta el extremo de la dicha absoluta o la devastación. La gozosa aunque triste solución solo puede hacerse de memoria y la mía ya era un haz inútil de reflexiones confusas cuando tomé el tren de vuelta a Nottingham sabiendo que no volveríamos a vernos.

# Capítulo 17

CUANDO ME SENTÉ A COMER, exhausto tras el trabajo en la fábrica y oliendo a desinfectante, mi madre puso un sobre pequeño de color tostado junto a mi plato de congrio, patatas y guisantes, que contenía la notificación de mi nombramiento para el puesto de ayudante de control del tráfico aéreo. Me quedé perplejo al ver que se referían a mí como «funcionario público interino» al servicio del Estado, pues no había considerado nunca estar al servicio de nadie, aunque sin pesar alguno por despedirme de la fábrica con la esperanza de que fuera para siempre.

El pago por mi nuevo trabajo sería mensual, por cheque, y no supondría mucho más de la mitad de lo que había llegado a cobrar, aunque no sería un trabajo duro. Me enviaron a hacer un curso de formación de quince días a la base de la raf en Wing, cerca de Leighton Buzzard, un breve curso en la torre de control con experiencia de vuelo en bombarderos Wellington y Stirling.

Me destinaron a Langar, en Nottinghamshire, y me desilusionó no alojarme en la ciudad vecina (lugar de nacimiento de Samuel Butler, lo que no supe hasta algunos años después), pero esa opción estaba reservada a los que vivían a más de veinte millas. La palabra «trabajo» no se ajustaba demasiado a lo que hacía y la combinación de mi entusiasmo de los últimos años hacía que me diera la impresión de estar a medio camino ya de servir en las Fuerzas Aéreas, pues entregaba los días al «deber» más que al concepto de «fichar» por horas.

Saltaba de la cama a las seis, cogía un autobús al centro de la ciudad, compraba el *Daily Herald* y tomaba un transporte especial

para trabajadores aéreos hasta el aeródromo, a doce millas de distancia, adonde llegaba justo antes de las ocho. Al mando estaba un amable jefe de escuadrón de pelo cano al que llamábamos Pop, «papaíto», que pasaba la noche en un catre de campaña en el piso de debajo de las instalaciones de radio, porque el precio del alojamiento en el *pub* local era demasiado caro. Al entrar en la torre de control por una escalera exterior, ponía una tetera al fuego para hacer el té y le llevaba una a Pop para que se la tomara mientras se levantaba y afeitaba.

Solo dos de los tres ayudantes debían estar de servicio al mismo tiempo con el jefe de escuadrón presente o disponible. Uno de nosotros se quedaba en la torre, mientras que el otro iba en una furgoneta, que también remolcaba una caravana pintada como un tablero de damas[10], a la pista de aterrizaje que tocara ese día según la dirección del viento. Una vez allí, su primera tarea, tras aparcar la caravana y conectar el cable de teléfono a la terminal, era disponer las planchas blancas formando una gran letra T sobre la hierba para indicar a los pilotos que querían aterrizar cuál de las tres pistas tenían que usar.

Todo lo que el controlador del tráfico aéreo tenía que hacer durante las horas siguientes era sentarse en la torreta de la caravana, muy parecida a la torreta de un bombardero, y estar atento al avión que se acercara al circuito para aterrizar, darle entonces la vuelta a la manivela del teléfono de campo para advertir a los de la torre que tuvieran preparado un coche de incendios y un «vagón de sangre» y dar la luz verde con el reflector de señales al avión, momento en el cual alguien en la torre estaría hablando por radio con el piloto.

Al acabar la tarea, el ayudante de la torre pasaba a ocuparse de la caravana durante la última parte del día y el que había estado en la caravana pasaba a la torre. El único movimiento aéreo que se veía era el de los cuatrimotores York de línea remolcados por la pista desde los hangares de construcción para pruebas de vuelo o

los bimotores Anson que aterrizaban de forma ocasional para llevar repuestos y personal técnico desde otras fábricas A. V. Roe.

El controlador de servicio que estaba en la torre por la mañana se sentaba en la radio y anotaba en una carta de navegación el estado del tiempo que retransmitía una auxiliar de la waaf de hermosa voz a cientos de campos de aviación a lo largo y ancho del Reino Unido[11]. Otro trabajo que se hacía de vez en cuando consistía en recorrer el perímetro con unas raquetas parecidas a las de tenis y guiar a un aeroplano que acababa de aterrizar hasta el punto de dispersión correcto. A veces era necesario subirse al ala de un Anson con una manivela y devolverle la vida al primer motor antes de que el piloto en la carlinga, ocupado en arrancar el otro, pudiera hacerlo despegar.

La Real Fuerza Aérea Canadiense había usado el aeródromo, y otro ayudante y yo fuimos al gran cobertizo usado para realizar sesiones informativas, donde descubrimos una pared cubierta con un gran mapa de Europa a escala de uno por un millón y otro de Eurasia a una escala de uno por cuatro millones. Echamos una moneda al aire para decidir quién se quedaría con cuál, los desmantelamos y nos llevamos nuestro botín a casa en autobús.

En las oscuras tardes de invierno, cuando Pop no estaba, encendíamos bengalas rojas y verdes para divertirnos y tirábamos cohetes desde una lanzadera que había delante de la torre que describían tangentes de fuego en el cielo. Accionando un interruptor del panel de control, el sistema de iluminación de la pista y el perímetro podía encenderse y apagarse como si fueran señales en código morse, lo que provocó que el jefe de escuadrón telefoneara desde la ciudad un día al anochecer y gritara: «¡Dejad de hacer el idiota con las luces! ¡Las vemos a millas de distancia!».

Usar el teléfono y tener que hacerme entender por radio cambió mi acento por un inglés más neutro. Durante el invierno, con poco tráfico aéreo y, en días de nula visibilidad y ningún vuelo en absoluto, los tres nos quedábamos en la torre. Yo leía el *Daily Telegraph* de Pop y rellenaba el crucigrama o jugaba a los dardos. A

veces, mirábamos al exterior en caso de que el equivalente aeronáutico del Holandés Errante pasara ante nuestro invernadero de observación en un enorme aunque maltrecho aparato anfibio, y solicitara permiso para aterrizar.

El tiempo pasaba haciendo ejercicios de intercepción en una amplia variedad de cartas de trazado y haciendo prácticas de navegación útil para despegar de portaviones. De cada tres días nos daban uno de permiso y, cuando dos coincidían con un fin de semana, siempre se podían hacer prácticas de vuelo en la base de Syerston. Desde Langar, el piloto de pruebas de A. V. Roe me llevó en un York a contemplar las devastadoras inundaciones que se habían producido a lo largo del valle del Trent.

Mi chica y yo lo hacíamos casi siempre en su casa o, cuando el tiempo lo permitía, íbamos al bosque y dábamos rienda suelta a nuestras pasiones. El fin de semana, cuando su madre se iba a la cama, hacíamos el paripé de las «buenas noches de Nottingham», es decir, que fingíamos darnos las buenas noches en voz alta y cerrábamos de golpe la puerta, pero conmigo dentro en la cocina, de modo que a menudo me quedaba casi hasta el amanecer. Dudo mucho que otros padres dejaran que se la dieran con semejante truco, pues lo habrían usado de jóvenes. De hecho, lo más probable es que hubiera pasado de generación en generación, y no solo en Nottingham.

Las preocupaciones, si las había, debían estar alojadas tan dentro de mis coordenadas que me pasaban inadvertidas. La máquina formada por cuerpo y alma funcionaba en un perfecto equilibrio de optimismo y generaba una autosatisfacción en todo cuanto no tuviera que ver con el trabajo y el conocimiento del mundo que había más allá de este. Por fin tuve un traje decente de tres piezas, azul marino y, lo que me hizo sentirme más cómodo, un elegante abrigo con manga ranglan de color gris, procedente de las antiguas incursiones nocturnas de mis primos. Ese atuendo me protegió de los elementos y me envolvió en aquellas insinuaciones

de amor profundo que sugerían las poéticas líneas de Hugo, que no eran tan para niños como se había pensado.

De camino al cine con mi chica en una tarde gélida con la intención de encontrar asientos en la última fila, escaldado pero bien limpio en los baños públicos, con el pelo engominado con tupé, fumando un Senior Service sin filtro que sabía aún mejor al mezclarse con el sutil olor del carbón que humeaba en cada chimenea, dinero suficiente en la cartera hasta el próximo cheque mensual, y sabiendo que haríamos el amor deliciosamente en su casa unas cuantas horas después, me refirmaba fehacientemente en que la vida, tan plena como nos era posible, no podía ser mejor, del mismo modo que la posibilidad de que pudiera empeorar era impensable.

Mi primo Jack vino de permiso con uniforme desde Trieste y se le ocurrió que podíamos ver la película *Enrique V*. El sonido del pasado se filtraba a través de una especie de vigilia por medio de efectos visuales que causaban asombro y placer. La lechosa malicia de buena parte del idioma, salvo en la rotundidad del rey, que en todo momento hace como si amara a sus soldados, consiguió que todo quedara al margen durante unas horas, mucho tiempo en aquellos días, y me empapé de un lenguaje que en su mayor parte sonaba a un inglés amortiguado.

La maravilla del discurso del rey, una arenga espectacular y potente antes de la batalla, quedó eclipsada por el ruido (música que se anticipaba a su época) de la masiva descarga de flechas en los bosques de Agincourt que aniquiló, con el arma más barata del mundo manejada por los hombres más ordinarios, la enjaezada caballería de una nación. No pensé en leer el libro de la película, pero la memoria de aquella nube de flechas elevándose al cielo y descendiendo de nuevo perduró hasta que monté una expedición emocional debidamente equipada a través de aquella obra y las demás de Shakespeare.

Empezaba a irritarme en los meses previos a enrolarme e, impaciente por recibir mis «papeles», al acercarse mi decimoctavo

cumpleaños escribí a la Marina para preguntar cuándo me llamarían para empezar mi entrenamiento de vuelo. Todo el que quisiera ser piloto, me contestaron, y posiblemente seguir para graduarse como oficial, tenía que alistarse por un periodo de siete años a tiempo completo, más cinco en la reserva; de otro modo, no merecía la pena tomarse tantas molestias por ellos. Era razonable, pero un servicio tan largo no era lo que yo tenía en mente. Ojalá pudiera retroceder siete años, es decir, hasta los once, un tiempo que se me hacía una eternidad, edad en la que, sin lugar a dudas, se abría un futuro delante de mí y no tenía sentido hipotecar una parte tan grande.

La guerra había acabado hacía casi un año, pero yo quería usar la experiencia del servicio como excusa para no posponer otras decisiones. Logré que me «licenciaran a petición propia» de la Unidad Aérea de la Marina el 28 de marzo de 1946 e inmediatamente me alisté en la Reserva Voluntaria de la raf durante «el periodo de emergencia actual», que se suponía sería de tres o cuatro años, para adiestrarme como radiotelegrafista de tierra.

Era lo suficientemente joven como para creer que cualquier cambio era bueno, aunque en cierto modo lamenté dejar mi trabajo de controlador aéreo. Arthur Denny, otro joven del Cuerpo de Adiestramiento Aéreo, que luego haría carrera en la raf y se convirtió en comandante de ala, ocupó mi lugar.

Los detalles de las calificaciones de los cadetes llegaban a la Junta de Alistamiento de la raf en forma de un Certificado de Licencia y pude leer las observaciones generales sobre mi carácter: «Este hombre ha sido excepcional. Como suboficial, en particular como sargento de vuelo, ha demostrado poseer las cualidades esenciales de quienes tienen en todo momento el control de la situación. Es, en mi opinión, un digno representante del Cuerpo de Adiestramiento Aéreo y lo que este cuerpo pretende llevar a cabo».

En mi vida laboral había aprendido todo lo que había que aprender sobre cómo hacer contrachapados y piezas de jacquard, había ganado cierta experiencia en ingeniería mecánica y en ocho

meses había llegado a ser un controlador aéreo competente. Mi entrenamiento de cadete había sido una especie de educación secundaria y me había proporcionado el equivalente del graduado en inglés, navegación aérea, matemáticas, meteorología y teoría de vuelo, así como la capacidad de enviar y recibir mensajes en morse a la velocidad de operación de la radio.

El camino que siguiera en el futuro era difícil de precisar, a pesar de mi determinación de enrolarme. No parecía necesario despejar el horizonte: el futuro cuidaría de sí mismo y también de mí. Eso o que me parecía que por muchas vueltas que se le diera, nada podría alterar lo que fuera a ocurrir ya fuera bueno o malo. En cualquier caso dejé los pensamientos a un lado; el instinto me decía que ello podría llevarme a caer en las preocupaciones, lo que podía dar lugar a la incertidumbre e incluso degenerar en miedo. Y yo no quería sentir nada de eso. Tales sentimientos eran o bien una mezcla de intemperancia y sabiduría, o bien una vergonzosa apatía en alguien que ya debería conocerse mejor, aunque tampoco me habría importado que alguien me dijera de qué se trataba, yo solo quería dar al Destino el máximo de libertad para que jugara limpio.

Cuando la hermana de mi chica se casó y acudimos a la recepción que tuvo lugar en un salón de la iglesia metodista, tal vez ella, mi chica, pensara que el empalagoso espectáculo me convencería para que le pidiera que nos casáramos y comprometernos. A pesar del amor que sentía, jamás se me había pasado la idea por la cabeza o, si lo hizo, dejó esa impronta que se borra y se olvida enseguida.

Tras una despedida lacrimógena y apasionada, y la promesa de que nos escribiríamos, salí el 8 de mayo hacia la base de la raf en Padgate, en Lancashire, donde llevaría a cabo ocho semanas de entrenamiento básico, feliz de dejar Nottingham y todo lo demás a mis espaldas.

# Capítulo 18

TUVE QUE PASAR ALGÚN TIEMPO EN LAS FUERZAS AÉREAS antes de empezar a aprender algo que no supiera ya; todo me resultaba familiar salvo la experiencia de practicar durante dieciséis horas al día, algo a lo que antes se le dedicaba menos tiempo. Los que no habían estado en el Cuerpo de Adiestramiento Aéreo, tal vez más de la mitad, empezaban su instrucción desde el principio, por lo que no quedaba más remedio que comenzar el entrenamiento en un nivel inferior, aunque en medio de tanta gente que tenía conocimientos incluso ellos se esforzaron en aprender con rapidez.

Al alistarme hice un juramento de lealtad al rey Jorge VI y cuando me preguntaron mi religión, repliqué que no profesaba ninguna. El sargento, con una mueca de fastidio que cruzó su rostro cetrino, puso Iglesia de Inglaterra en el papel, y las iniciales I de I fueron estampadas con mi nombre y número en una «chapa de perro» de baquelita que colgaría de mi cuello hasta la desmovilización.

Recibí mi primera ropa interior con el equipamiento y los uniformes, que me sentaban muy bien, además de un juego de campaña y un par de polainas para el trabajo rudo. Me dieron también un abrigo, así como guantes de lana, bufanda y mitones, camisas y una corbata, zapatos, botas y calcetines. Nunca había estado tan protegido contra el clima más desfavorable. Poco después de llegar tuve que pasar una prueba especial de audición para asegurar que tenía el nivel auditivo alto necesario para operar con la radio.

El estado de alerta se extendía con cada fracción de segundo cuando un bloque de hombros desfilaba a paso ligero por el patio, o durante la instrucción en el gran hangar cuando llovía, y uno debía tener en cuenta siempre el más ligero cambio de posición en el hombre que estaba a su derecha. No me aburría: no hay lugar para el vano egocéntrico. Parte de mis facultades apreciaban la cohesión física de pertenecer a una tropa inteligente y responsable, mientras que la otra parte disfrutaba de la visión de conjunto de esa rueda que giraba desde la cabina de un autogiro imaginario suspendido a cien pies de altura.

Los sargentos de instrucción provenían del Regimiento de la raf, algunos de ellos, al igual que los oficiales, eran miembros de la tripulación en la reserva activa. Había burlas en el alojamiento, pero no intimidaciones, y las exhortaciones de los suboficiales en el patio iban acompañadas por lo común de un humor sano. El entrenamiento físico se alternaba con instrucción con rifle, carreras de asalto cargados con armamento ligero, lucha con bayoneta y lanzamiento de granadas, lo que nos convirtió en soldados, aunque no de infantería pesada. Esa extensión de la vida ordinaria podría ser útil alguna vez, pensé, especialmente la conciencia refinada del cuerpo y un uso instintivo, pero cuidadoso, de las armas de fuego.

Por nuestras marchas y contramarchas como cabos segundos de Reclutas de Segunda Clase nos pagaban tres chelines diarios, uno de los cuales era para mi madre, que cada dos semanas llevaba su tarjeta de subsidio a la estafeta, recibía catorce chelines, cruzaba al economato y salía con más comestibles de los que podía cargar. La paga quincenal me llegaba para tabaco, alguna visita a los naafi, betún, pasta dentífrica y sellos. Llegué a ahorrar incluso una o dos libras para mi primer permiso.

Teníamos prohibido salir durante el entrenamiento básico, pero Jack Mercer y yo encontramos un camino tras la valla trasera y recorríamos en tranvía diez millas hasta su casa en Atherton, donde su madre nos recibía con una lata de peras en dulce para el té.

Pocos se quejaban de la comida en el campamento, pues la dieta era buena, y era fácil contentarnos tras seis años de racionamiento.

Mezclarse con gente de toda clase de familias y procedencias era una distracción interesante. Docherty y un par de amigotes, tipos duros de Glasgow, siempre estaban juntos en la comida y en los barracones. Al principio desconfiaban de todo el mundo por encontrarse en un elemento extraño que no controlaban y en el que se sentían amenazados. Tal vez fuera mi nombre lo que despertó cierto interés en mí, pero yo prefería seguir discutiendo sobre el punto de vista del partido laborista con Ashley Bell, hijo de un abogado de Northumberland. Además de algunos muchachos hoscos criados en Londres, había un cantante alto y bien parecido irlandés que nos entretenía con cantinelas militantes o melancólicas sacadas de un infinito repertorio de canciones y versos. Como apenas sabía leer ni escribir, le redactábamos las cartas que mandaba a su casa y le ayudábamos a ajustarse las correas de su complicado equipo.

Conforme pasaban las semanas advertíamos la cohesión de los ciento veinte de nuestro vuelo como unidad en el campo de instrucción. La idea era hacernos tan elegantes como la Guardia y, a veces, marchando veinte de frente, la línea era tan meticulosamente recta que quien daba las órdenes solo podía ver marchar a un solo hombre, como si estuviéramos ensayando para una exhibición militar.

Mi inmersión en la tierra de los bien alimentados y provistos de todo fue grata, sin decisiones que tomar mientras uno hiciera lo que se le pedía, que nunca era oneroso ni irracional. Por otra parte, el estatus de voluntario era importante para mí porque sabía que había asumido la vida que llevaba por voluntad propia y que podía haber evitado el reclutamiento aceptando la oferta de Bert Firman de guardarme una ocupación y estar formándome para ser mecánico.

El desfile y la marcha final en julio se celebró con una fotografía de grupo y un permiso de quince días. En Nottingham, la mayoría de mis amigos estaba también de servicio, pero mi chica y yo, excepto

cuando estábamos en el cine o con las manos cogidas en el *pub* junto a nuestra cerveza, nos pasamos follando las dos semanas con pasión y abandono. No parecía que le gustara mucho que la vieran por la calle con un elegante aviador tanto como yo esperaba, pero mi madre le había dado parte de mi ropa de civil al trapero y la que le sentaba bien había pasado a Brian. Mi bicicleta también había desaparecido, al igual que la mayoría de mis libros, pero ahora que formaba parte del gran barco de las Fuerzas Aéreas, las posesiones significaban poco más de lo que cabía en la mochila.

A principios de agosto, los candidatos a la escuela de radio fueron enviados a Compton Bassett, en Wiltshire, donde pasarían veintiocho semanas de entrenamiento. Se celebraban pocos desfiles y, con el fin de destinar el mayor tiempo posible al aprendizaje, se permitían las tonterías justas, aunque el suelo de los barracones debía mantenerse limpio y el equipo en perfecto estado de revista a los pies de la cama.

Las clases empezaban a las siete y media y continuaban, tras una pausa para comer, hasta las seis. En una época más relajada de preguerra, la duración del curso habría sido de dieciocho meses y la instrucción más exhaustiva, pero los tiempos y los recursos humanos habían cambiado. Mis mensajes cifrados en morse habían alcanzado ya la calidad requerida, mientras que los demás no cogían más que unas pocas palabras por minuto, de modo que, superada la barrera inicial, era solo cuestión de práctica obtener el estándar de calidad requerida.

A las clases de telegrafía y aspectos técnicos de la radio siguió el lado práctico del manejo de emisoras individuales de radio, consistente en que emisores y receptores contactaran entre sí en morse. También nos enseñaron mecanografía y cada mañana empezaba con el golpeteo mecánico sobre las máquinas haciendo ejercicios para soltar los dedos: «Este es el momento de que todos los hombres de buena voluntad vengan en ayuda del grupo[12]», una habilidad que también nos era útil para operar con los teletipos, así

como para anotar los mensajes en morse más limpiamente que a mano.

El lugar parecía una escuela técnica de adultos; muchos de los profesores eran civiles o señaladores de la raf ya jubilados, uno de los cuales nos entretenía contándonos el laborioso paso por las montañas en la frontera occidental del norte de la India en los años veinte con un equipo de radio que transportaban a lomos de una mula. Para animarnos envió la escena completa de seducción de *Ambiciosa*[13] en morse, añadiendo al final algo que el autor no había incluido: «Había echado el resto», para pedirnos a continuación y con cierto nerviosismo que lo borrásemos en caso de que llegase un inspector. Otro, un tipo alto y rubicundo, había sido telegrafista durante diez años en algún lugar en la punta meridional de Nueva Zelanda, experiencia que había trasladado a sus brillantes ojos azules una chispa de humor acerado.

Dos aprendices de radiotelegrafista de unos veinte años habían sido testigos de la guerra como operadores de Marconi en la Marina mercante desde los dieciséis y llegaron al curso con un montón de medallas, cuyas cintas eran más largas que las de las guerreras de los soldados más veteranos. Otro tipo joven, poco mayor que yo, había pasado la última parte de la guerra en Extremo Oriente como segundo oficial de barcos mercantes y también poseía sus condecoraciones. Pasé un fin de semana con él en una aldea cerca de Weston-super-Mare, visitando a sus padres, consumidos tras haber sido prisioneros de los japoneses en China.

El comandante de ala a cargo del campamento era un hombre por lo general afable, pero en ocasiones arremetía contra nosotros por los altavoces situados en cada barracón y nos amenazaba con acabar con nuestros «privilegios», cualesquiera que fueran, si no nos absteníamos de armar alboroto entre clases. Nos lo imaginábamos sentado en su oficina delante de un micrófono y enfatizando su posición como gobernador de la institución. Un día alguien defecó en una de las bañeras y él, supuso que tenía que culpar a alguien de nuestro barracón. Nos pidió que revelásemos

quién había sido, pero solo el culpable sabía la respuesta y ninguno de nosotros tenía esperanzas de que confesara, simplemente porque éramos completamente incapaces de comprender por qué lo había hecho, lo que garantizaba que no podía ser de nuestro grupo. Alguien de County Durham sugirió si no habría sido cosa de un San Bernardo perdido llamado Dropper que vagabundeaba por allí. Como no pudimos revelar quién era el responsable, nos dejaron recluidos en el campo durante quince días.

Hubo más episodios sin importancia. Iba yo caminando por el patio de armas cuando un sargento gritó desde una distancia de cincuenta yardas: «¡Quítate la pipa de la boca, aviador!», lo que yo no sabía que fuera contra las reglas. Y una tarde, al volver a mi alojamiento, me encontré con que la media docena de libros que solía estar en un estante detrás de mi cama había sido arrojada al suelo por un oficial de inspección, lo que significaba que solo podía exponerse el equipo reglamentario y que el material personal debía estar fuera de la vista, dentro de la mochila. Yo no era un maldito aviador al fin y al cabo, aunque esos incidentes solo eran parte del juego durante el entrenamiento.

A mitad de curso nos dieron catorce días de permiso y en nuestro primer encuentro amoroso traté de introducir a mi chica en algo que no fuera la acostumbrada posición del «misionero». Me contestó airada que esa treta solo podía haberla aprendido de otra mujer, una suposición insostenible, porque el trabajo duro me había ocupado todo el tiempo. No sabría decir si estaba cansada de esperar o quería librarse del asunto de cualquier modo y utilizó ese intento de follar de una manera algo diferente como excusa, pero me pareció tan fácil romper una relación tan duradera que no me molestó especialmente cuando ocurrió. ¿En qué piensas cuando estás recibiendo un mensaje en morse? El procedimiento era tan mecánico como manejar un torno.

Una de las excursiones favoritas de la escuela de radio era trepar quinientos pies hasta el castillo de Oldbury, junto al caballo tallado en las rocas de creta que se depositaban en aquellas

colinas. La vista de poniente desde un lugar cercano revelaba el hermoso verde que cubría la pendiente hasta Ranscombe Bottom y, como hacía mucho tiempo que no vivía en el campo, me sentaba en la hierba a contemplar el paisaje y encontraba una especie de paz que no sabía que fuese necesaria hasta entonces.

Como para consolarme por la pérdida de mi chica, conocí, aunque lamentablemente no de la misma manera, a la encantadora y morena Jean Simons. Me llevó a casa a conocer a su padre, que a todas luces no aprobó nuestra amistad, pero la relación platónica me hizo feliz un tiempo.

El avance en el curso estaba cuidadosamente pautado y, a los que suspendieron los exámenes a la mitad, los enviaron a aprender otro oficio. Un nigeriano de clase debía de haber sido telegrafista en su país natal, pues era el más rápido con el morse. Una tarde, el instructor empezó a enviar un mensaje a la velocidad normal de dieciocho, aumentando poco a poco el ritmo. Al llegar a veintiocho palabras por minuto la mayoría había dejado de anotarlas, excepto los antiguos operadores de la Marina mercante, el nigeriano y yo, que seguíamos en la carrera. El morse era bastante fácil de leer a esa velocidad, pero difícil de escribir de una manera legible, y al llegar a treinta y seis palabras por minuto, él único que aún seguía era el nigeriano, que aguantó un poco más. Dos días más tarde le dio una especie de ataque y tuvo que dejar el curso, pero debió de ser el mayor artista del morse de todos los tiempos.

En el periodo de austeridad de la posguerra, una máquina de escribir podía venderse por el equivalente actual de doscientas o trescientas libras, si encontrabas una. Treinta de ellas desaparecieron de nuestra aula una oscura noche, lo que significaba que un aviador del campamento debía de haber organizado el robo. Nadie sabía quién lo había hecho y las máquinas fueron remplazadas enseguida. Apenas musitamos palabras de condena contra los ladrones, aunque tampoco los elogiamos. Nuestro sentido de la justicia no iba más allá de saber

que antes o después cogerían a los responsables, puesto que cada robo llevaba implícito un riesgo.

Cuando nos preguntan si estaríamos dispuestos a servir en ultramar me inscribí de inmediato. El único en firmar con más prontitud que la mayoría fue el aviador de nuestra clase que había organizado el Gran Robo de las Máquinas de Escribir. Por desgracia para él, lo cogieron en el buque que transportaba a las tropas antes de cruzar el Solent y se lo llevaron a cumplir dos años de prisión.

En Navidad nos fuimos de permiso, aunque nuestro viaje se retrasó por la lentitud del ferrocarril. El tren iba tan lleno que algunos de nosotros se quedaron medio congelados sobre las sacas de correo en las cinco horas que tardamos en llegar a Londres. En Paddington bajaba gente a centenares, maldiciendo a la tripulación de la locomotora que, según todos pensaban, les había impedido hacer sus transbordos, y algunos aviadores se colgaron de la cabina como si trataran de lincharlos, un sentimiento que parecía razonable. No llegué a Nottingham hasta la medianoche y fui andando a casa con mi mochila al hombro en completo silencio.

Con el Nuevo Año, el hielo y la nieve cortaron todo suministro en el campamento. Faltaba combustible y estábamos ateridos. Cuando los de la naafi se quedaron sin reservas, atravesamos la alambrada para atajar hasta un pequeño *pub* en la ciudad, donde nos sentamos junto al fuego y bebimos pintas de una sidra áspera con bastante alcohol.

Las raciones se fueron haciendo cada vez más escasas. Una vez tuvimos que contentarnos con un poco de patata amasada y una rebanada de pan, vituallas espartanas que perdurarían un tiempo. Sin embargo, la instrucción continuaba y, aunque con quejas, nos manteníamos sanos, salvo por uno que una mañana tosió un montón de sangre y se lo llevaron a la enfermería. No volvimos a verlo. El comandante de ala recibió una condecoración por haber mantenido la escuela en funcionamiento.

Mi nota final al terminar el curso, el 28 de febrero de 1946, fue cincuenta y siete por ciento, algo baja, aunque no me sorprendió,

pues nunca había estado a gusto con la teoría de la radio. La insignia de tela cosida a la manga de mi guerrera, un puño cerrado del que saltaban seis chispas de vivo color, significaba que el portador ya no era un aviador desconocido, sino un hombre con un oficio, mi primer y último certificado de competencia. Aquello sumaba otro chelín al día, lo que suponía veinte a la semana en mi bolsillo, así que ahora éramos ricos, bromeó alguien, por encima de los sueños de la media.

El acostumbrado permiso de embarcación de diez días pasó en un santiamén, igual que mi decimonoveno cumpleaños. A partir de ese momento era cuestión de esperar que un buque llegara vete tú a saber de dónde, tras haber sido trasladados primero con mochila y pertrechos en tren al campamento de tránsito de Burtonwood, en Lancashire. Como no había nada mejor que hacer, nos dedicamos a deambular por las callejuelas y calles de St. Helens, hablábamos y paseábamos con cualquier chica que, por un poco de diversión inocente, hablara y paseara con nosotros. Frank Pardy y yo encontramos a una chica llamada Cynthia que, con una amiga suya, nos hizo compañía unos días. No sabría decir por qué su nombre sigue flotando por mi mente después de tanto tiempo.

Durante seis semanas no tuvimos deberes ni ocupaciones, el mayor periodo libre de mi vida desde la escuela. La vida espiritual o interior no existía y no pensábamos entonces en Dios ni filosofábamos acerca de la razón de estar en la Tierra ni adónde iríamos tras la muerte (si es que íbamos a alguna parte y, si el Infierno hubiera tenido algún significado, no habría importado), desde luego no sentíamos la angustia de preguntar: «¿Por qué estoy donde estoy?». Preguntar era un lujo e incluso era menos probable que planteáramos preguntas si no podíamos prever la respuesta, salvo especulaciones mundanas respecto adónde iríamos de todo el esferoide oblato, para lo cual desplegaba con frecuencia mi mapamundi y tratábamos de adivinar.

Pasábamos el tiempo hablando, bromeando, vagando sin rumbo, bebiendo y cantando en el *pub*, y durmiendo. Nos levantábamos a

las seis y media para estar en el comedor con el primer turno del desayuno, no fuera a ser que la cantidad disminuyera y la calidad se deteriorara. Mi lenguaje era una mezcla de inglés económico, jerga de la fuerza aérea y frases propias del dialecto de Nottingham, que usaba como cuentas verbales para intercambiarlas con las rarezas que mis amigos pudieran sacar a luz de su habla regional.

Los americanos habían estado en Burtonwood durante buena parte de la guerra y tras su marcha se respiraba cierta relajación. Suaves brisas primaverales recorrían el campamento y los campos de alrededor, una atmósfera en la que uno podía recuperarse del duro trabajo del curso y las privaciones del invierno. Nos pincharon un «pleno» de vacunas: de la viruela, el tifus, las fiebres paratifoideas y muchas otras enfermedades extrañas. El constante dolor e irritación de nuestros brazos y el olor a éter te daba la impresión de estar en una especie de convalecencia, que de poco sirvió para refrenar nuestra exultación ante la perspectiva de salir del país por primera vez.

Como nos habían enviado a Lancashire supusimos que el barco saldría de Liverpool, pero llegaron órdenes de ir en tren a Southampton. Con los rifles al hombro, cargados con todo el equipo y los brazos doloridos por los últimos pinchazos, fuimos cantando nuestras canciones acostumbradas, jugamos a las cartas y tomamos nuestras raciones por la noche. Habíamos desarrollado la facilidad de dormirnos como gatos y sentirnos cómodos en cualquier postura, de modo que el tiempo pasó rápidamente.

Por la mañana, cuando el tren se puso en paralelo al muelle, se hicieron visibles a través de la puerta de la aduana las portillas de costado del *Ranchi*, el barco del servicio de correos británico que sería nuestro hogar durante treinta y un días.

# Capítulo 19

LA TIERRA Y MUCHAS OTRAS COSAS que iban quedando atrás me convencieron de que había que dejar de lado la opinión para poder asimilar aquella situación única y poder convertirla en un recuerdo después. La gente en la orilla, en caso de que les diera por mirar, veía un buque normal y corriente atestado de hombres, uno de los cuales (yo) había irrumpido a través de la multitud por babor, sin haber estado nunca en algo mayor que un transbordador sobre una extensión de agua mayor que el Mersey. Los buques de vapor y los yates en las azules aguas ondulantes, las laderas arboladas y los campos ubérrimos en la orilla me hicieron preguntarme cuándo volvería a ver Inglaterra, hasta donde podía pensar, una parte crucial de mí mismo. Mis observaciones se empañarían con el paso del tiempo, conforme las ruedecillas de carborundo del pasado lo fueran limando. Esas reflexiones solo hacían más atractiva la sugerencia de esa otra parte de mí, aunque realmente no confiara en ella, de que todo me importaba un rábano.

Más allá de Lee-on-the-Solent estaban los edificios del *HMS Daedalus* donde habría llevado a cabo el entrenamiento naval y habría aprendido a volar con la Unidad Aérea de la Marina, pero el pesar era un sentimiento que apenas conocía y se esfumó como una sombra cuando el barco torció su rumbo para rodear la Isla de Wight. El 8 de mayo de 1945 terminó la guerra en Europa; el mismo día de 1946 me llamaron para el servicio en la raf y ahora, el 8 de mayo de 1947, un barco de doce mil toneladas me alejaba de Inglaterra.

El barco contaba con mil tripulantes y dos mil soldados acomodados en diez cubiertas de techo bajo, un espacio claustrofóbico al que pronto nos acostumbramos, con largas mesas fijas donde sentarnos a comer y grandes ganchos por encima para colgar las hamacas de dormir. Por la mañana había que quitarlas, doblarlas cuidadosamente y guardarlas en unos estantes, para volver a recomponer el espacio al anochecer.

La vida a bordo era muy distinta a cualquier otra a la que me hubiera lanzado, en un barracón rodeado de agua y regulada a toque de campana a las seis para que recogiéramos el equipo, nos ducháramos, afeitáramos y estuviéramos desayunando a las siete. Una vez que todo en la cubierta comedor estaba despejado, podíamos dar vueltas o divertirnos hasta que la campana avisaba de que tocaba pasar revista y realizar un simulacro de emergencia general en el que había que preparar los botes, bajar al agua, maniobrar con ellos y después volver a guardar los botes salvavidas, cuando el capitán, el oficial al mando de las tropas, el capitán preboste y otro montón de personalidades varias, tras inspeccionar la limpieza o la falta de ella de nuestros alojamientos (aunque no podía faltar), recorrían las filas de soldados mientras un mar infinitamente verde espumeaba al otro lado de la borda. Durante el resto del día éramos libres salvo que nos llamaran para cumplir deberes rutinarios, que eran escasos debido a la cantidad de personal con quienes se compartían.

Muchos se marearon al cruzar el golfo de Vizcaya y las letrinas se atascaron con los vómitos. Pescadores portugueses, en aguas demasiado bravas para sus pequeñas embarcaciones, nos avistaron al tercer día, con los verdes farallones de su país como una tierra encantada de fondo. A la altura del cabo de San Vicente alguna tarjeta postal hablaba de Browning (en mayo) mientras nuestro inmenso buque se dirigía a las Columnas de Hércules, en otro momento y lugar marcadas en mi mapa.

La distancia recorrida cada día, fijada en el salón, mostraba un avance de unas trescientas millas. En una carta al jefe de escuadrón

Hales, del Cuerpo de Adiestramiento Aéreo de Nottingham, informaba de la vida a bordo, pero no daba cuenta de ninguna queja ni nada por el estilo. La mayor parte del tiempo lo pasaba en cubierta, abstraído e inerte, levantándome solo para dar cuenta de la buena y abundante comida. Un aviador cadavérico rellenaba página tras página un diario de tamaño folio y yo me preguntaba cómo encontraba tanto sobre lo que escribir.

El Mediterráneo fue más tormentoso que el golfo de Vizcaya, pero para entonces ya no había tantos mareos. Se me había hinchado dolorosamente la cara y el dentista me sacó un diente lateral infectado. La monotonía de los días se veía interrumpida de vez en cuando por la orden de ponernos en fila para que nos administraran más suero y por la tarde nos apretujábamos en el cine, donde ponían *Dos años al pie del mástil* (¿o era *El motín de la Bounty*?), con el barco de la pantalla balanceándose en un mar tan tumultuoso como el que nos rodeaba, una dosis doble de mar en el último escalón de la escala de Beaufort.

Me llevó tiempo explorar la complicada estructura y quedarme en una cubierta inferior lo más cerca posible de la hipnótica proa que cabeceaba en medio de las olas de color gris verdoso coronadas de espuma clara, hora tras hora, para reducir un primordial temor al mar. Los barcos de pasajeros y mercantes enviaban mensajes de morse de puente a puente, que yo interpretaba para quienes solo veían un destello de luz sin sentido. Todo barco, por cortesía o seguridad, anunciaba su nombre, puerto de registro, de dónde venía y el lugar al que se dirigía, y mi capacidad para leer mensajes visuales que no había aprendido en la escuela de radio pero había practicado en el control aéreo, aumentó inmensamente durante el viaje.

Una mañana, la portilla más cercana mostró a un camello montado por un árabe a lo largo del lado asiático del Canal de Suez, como si una ilustración de un antiguo libro de geografía cobrara vida. Al otro lado del canal, los montes del Sinaí se volvieron de color púrpura a la luz del atardecer, que bañaba el lugar donde los

israelitas habían escapado de la ira del faraón, colmando así otra imagen de mis días de infancia.

La hamaca servía de alfombra para dormir en cubierta, pues hacía demasiado calor para pasar las noches en el interior. De día llevábamos pantalones cortos y zapatillas, solo estábamos obligados a vestir con elegancia en los amarres. Después de tomar por la mañana un zumo de limón, me sentaba en una parte despejada de la cubierta para jugar largas partidas al solitario del reloj, de una manera muy parecida a Benkiron en *Greenmantle*, de John Buchan, que acababa de leer, o a ver los delfines saltar en las aguas transparentes del mar Rojo como si su presencia mantuviera al barco a salvo de todo mal.

En el ceniciento Adén repostamos y mi densa carta de doce páginas al jefe de escuadrón Hales salió en la saca de correo del siguiente barco que zarpaba hacia el oeste. Socotra era el punto de partida para un pasaje de siete días a través del mar Arábigo, con la brújula señalando puntos familiares solo en mi mapa, en cuyos márgenes llevaba un registro para no perder el paso del tiempo. Nadie sabía en qué lugar desembarcaríamos y el poder del mar, con olas menores pero un balanceo más acusado, obligó al viejo *Ranchi* a rolar como si nunca fuera a nivelarse de nuevo, levantándose por un lado lentamente para escorarse rápidamente por el otro. Recorría firmemente milla tras milla como si atravesara un infinito pastel de gelatina verde brillante.

De la basura de la pequeña biblioteca del barco (saboreé todos los títulos, sin embargo) entresaqué la edición de Penguin de *El motín del Elsinore*, de Jack London, en cuya prosa mis ojos se fijaron de una manera lo suficientemente aguda como para darme cuenta de que era algo distinto. La novela preconizaba la opinión de que las razas nórdicas (cualesquiera que fueran) poseían una superioridad innata y eterna sobre el resto de la gente. Aunque no veía en ello nada extraño (me habían inculcado esas actitudes desde el principio de la conciencia), Jack London lo reiteraba de un modo que no solo ralentizaba la narración, que era inolvidable, sino

que me llevaba a plantear objeciones a una idea que no me había preocupado por formular.

Durante una escala de pocas horas en Colombo, los grabados victorianos de los libros de mis abuelos adquirieron color, aunque me impresionaron menos a los diecinueve años de lo que habían impresionado a un niño en la época de las maravillas. Miembro de un grupo, me sentía un sonámbulo, pues mi primera experiencia en una tierra extranjera no fue más que una comida en el ymca[14] y un paseo por York Street para bajar después por Queen Street, sin que nada llamara mi atención más allá de ver algunos atuendos extraños.

Tal vez los recuerdos sean escasos porque mis sensaciones eran demasiado absorbentes; sin embargo, aún perduran el ondulado mar Arábigo más allá de la bahía y la repentina aparición de una palmera que se inclinaba sobre un estanque. En el calor del día, sin guía alguna de la ciudad que nos mostrara lo que nos alejábamos, fue gozoso caminar sin rumbo como los soldados jóvenes e indigentes en una ciudad de ultramar, aunque me sentí feliz al volver al barco.

La única diversión consistió en una pareja de hombres con turbante que nos detuvo cerca de un parque y quiso leernos el futuro en las manos, una proposición que rechacé con demasiada brusquedad en la creencia de que lo que me estaba reservado era completamente irrelevante y reacio a que un extraño me dijera qué era, aunque lo supiera con exactitud, cosa que, en cualquier caso, no veía cómo podía ser. Las palabras con las que se despidió uno de ellos, diciéndome que tenía yo «ojos de serpiente», me intrigó en lugar de ofenderme.

El barco avanzaba meciéndose a lo largo de la costa de Ceilán mientras se desvanecían las luces de una orilla poblada de árboles, y se dirigió por el golfo de Bengala hacia Malasia, a mil trescientas millas de distancia. La embarcación ya no estaba tan concurrida tras el desembarco de contingentes en Colombo y, con la paciencia del mar, esperé que me llevaran más allá incluso de Hong Kong,

deseando casi que el barco siguiera navegando eternamente, pues la vastedad oceánica inducía a una resignación desconocida para mí hasta entonces.

Dormía profundamente por la noche, uno más en una larga fila en cubierta, y despertaba al amanecer para que los descalzos marineros lascares vestidos con saris fregaran el entarimado con chorros de agua salada. La marcha ligera de Souza que sonaba en el gramófono, con la que salíamos corriendo a formar en nuestros puestos en el barco, fue rayándose poco a poco, lo que me hizo preguntarme cuándo autorizaría el capitán una nueva copia de la pila que tenía a su disposición. Eso o que encontrara otra melodía después de hacer el ganso por el mar.

Fue un crucero en tiempos de paz todo lo agradable que uno pudiera desear, especialmente cuando avistamos una isla frente a la punta de Sumatra enteramente cubierta por la jungla. Grandes medusas esféricas de color gris tomaron el lugar de los delfines en los estrechos de Malaca, con el mar embravecido, el cielo plomizo, el aire cargado. Un día antes de llegar a Singapur, nos enteramos de que el destino de los radiotelegrafistas estaba cerca y a las dos de la tarde mi mapa a gran escala del sudeste de Asia, que había cogido de la sala de las sesiones informativas de Langar y llevado conmigo en un golpe de inspiración respecto a cuál sería la región en la que por fin desembarcaríamos, reveló con precisión que estábamos en Port Swettenham. A las nueve de la noche habíamos pasado Malaca y enfilamos el embarcadero de Singapur a las cuatro y media de la mañana siguiente. Que hubiéramos aumentado la velocidad en las últimas veinticuatro horas nos llevó a especular si el capitán no tendría una razón sentimental para darse tanta prisa.

A pesar de nuestro agradable crucero, estábamos más que listos para abandonar el olor a combustible y estofado del barco, el retumbar del movimiento perpetuo bajo nuestros pies, el constante silbido del agua que mantenía el aire pegajoso de sal y ozono, y el andar típico de marinero con el que recorríamos las cubiertas siempre atestadas. Con la mochila preparada y los rifles distribuidos

como si al desembarcar fuéramos a entrar inadvertidamente en un campo de batalla, algo en lo que no había pensado en absoluto, contemplamos la nave amarrada hasta las siete y media en Empire Dock, un área de tanques de petróleo y almacenes, aunque las palmeras y bungalós repartidos por la colina le daban un toque de zona residencial al paisaje.

# Capítulo 20

LOS ACONTECIMIENTOS SE PRODUCÍAN LENTAMENTE y solo después podría decir que comenzaron a sucederse con más rapidez, atropelladamente incluso, casi hasta el presente, cuando han vuelto a frenarse. Bajar por la plancha con el equipo completo hasta un camión que nos esperaba fue como una escena de documental. Esas imágenes del pasado, por triviales que fueran, sobresalían debido a una extraña persistencia en ser recordadas, pero mientras tanto excluían todo cuanto parecía importante, así como los postes en una superficie en calma tras un naufragio, proporcionan pocas pistas sobre las corrientes que pueda haber por debajo del agua.

Cualesquiera que fueran mis irrecuperables pensamientos, a los que habría podido decir «hasta nunca» entonces, suponiendo que los hubiera, cruzamos la isla hacia Johore por la calzada elevada por la que el Ejército japonés había ocupado en 1942 lo que los estrategas militares habían dicho que no se podía conquistar. Unos cuantos días en un campamento de barracones, varias millas tierra adentro en Malasia, nos dio tiempo para recobrar el uso de las piernas saltando trincheras medio hundidas entre olvidados árboles de caucho. Jugábamos, si no, a los habituales juegos de cartas con centavos y dólares que no nos resultaban familiares.

Acostumbrado a las maniobras del duque de York, uno de nuestros grupos fue devuelto a Seletar, en la isla de Singapur. Nuestro alojamiento se encontraba en bloques de barracones dispuestos entre praderas de césped y jardines, tomábamos comidas consistentes en cuatro platos que parecían como dos comidas en una (como pude advertir muy pronto) y compartíamos

un sirviente indio por unos cuantos dólares a la semana para que nos hiciera la cama, limpiara los zapatos, trajera el café por la mañana y se ocupara de la colada (*dhobi* ahora). La paga de dos chelines al día en ultramar desde que dejé Southampton me permitió comprarme mi primer reloj de pulsera, así como una nueva estilográfica, para la que solo pude conseguir tinta roja.

La estación radiogoniométrica de alta frecuencia (HFDF) era una pequeña cabaña cuadrada al final de la pista con vistas a Johore. Ese trabajo no formaba parte del curso en la escuela, pero no tardé en empezar a recibir posiciones con el aparato Marconi-Adcock y a transmitir números de tres cifras en morse a los hidroaviones Sunderland del Escuadrón 209, así como a las aerolíneas KLM, BOAC y QANTAS de viaje hacia Europa.

La guardia nocturna, de seis de la tarde a ocho de la mañana siguiente, era demasiado larga para estar todo el tiempo alerta, pero el operador, antes de irse a casa, subrayó en una copia de los *Cuentos droláticos* de Balzac: «Has de tener más de veinte para estar despierto toda la noche». El reparto gratuito de tabaco picado y cigarrillos ayudaba, así como una generosa ración de té endulzado con leche condensada y un *katti* de azúcar del almacén de la ciudad. Hervíamos el agua en un hornillo, pero el peligro de que una llama prístina y dolorosa te quemase el brazo hasta el hombro era tan constante que prefería rastrear la zona de maleza que rodeaba la cabaña en busca de leña para encender un fuego.

Justo antes del anochecer (por tenue que fuera), cogía una caja medio podrida y la pateaba por si se escondía en ella una serpiente; era precavido porque una ya me había pasado por encima del pie noches antes al salir del cine del campamento. Mientras me ponía los trozos de madera bajo el brazo para llevarlos a la cabaña, un dolor paralizante se apoderó de mi pierna. Maldiciendo y cojeando, hice el té antes de molestarme en investigar el dolor que se había extendido al pie. Al no encontrar punciones en la piel, imaginé que habría sido una picadura de avispa, aunque no estaba seguro, y después de varios días desapareció toda huella.

A medianoche, los chirridos de los impulsos eléctricos de morse se volvieron indescifrables por las interferencias en mis auriculares. Giré la rueda de control para que las señales se hicieran más claras y permanecí a la escucha un rato hasta que reconocí mi propia señal de llamada, transmitida por un oficial de radio en un avión Lancaster de pasajeros que cubría el trayecto de dos mil millas desde Darwin. Los cúmulos del monzón a treinta mil pies ocultaban las estrellas, así que la única ayuda de navegación sobre todo el tramo, aparte de la falible navegación a estima, era el equipo Marconi de mi mesa conectado a cuatro antenas de radio de gran altura situadas en el exterior. Semejante responsabilidad no me afectó y, como una amistosa y preocupada araña en el centro de su red, la suculenta presa fue dirigida hacia un aterrizaje seguro gracias a las instrucciones que recibía, más precisas a medida que se acercaba.

Un compañero radiotelegrafista llamado Bill Brown y yo clavamos dos tanques de combustible de un Mosquito a unos trozos de madera y fabricamos un rudimentario catamarán. Con ayuda de unos remos caseros llegamos hasta la mitad del estuario una tarde, y cuando el agua empezó a filtrarse me pregunté si la madera contrachapada no habría sido fabricada en Toone tres años antes. Nos dirigimos hacia la orilla en el tanque que quedaba, hasta que también se partió por el fondo, y nos quedamos aislados en una pequeña superficie fangosa cubierta de vegetación en el límite con los manglares.

La marea ascendía, pero yo había marcado el nombre «Bajío del Caimán» en un mapa de la oficina de señales y no me entusiasmaba la idea de cubrir a nado la distancia que nos separaba de terreno más firme, aunque ninguno de los dos sabía lo que podría pasarnos. Me reservé el pensamiento de si no sería mejor ponernos a salvo por nuestros propios medios y me centré en su lugar en contemplar las nubes blancas sobre el agua o las colinas verdes de Johore. Nos tocaba vigilancia dos horas más tarde, y aunque en aquel momento estuviéramos imbuidos del espíritu

anárquico del «me importa un rábano», estaba claro que las cosas se nos iban a poner muy feas si no cumplíamos con nuestro deber.

De repente apareció de entre los arbustos un pescador chino, maniobrando de pie en su sampán y empujando los remos por delante, y se acercó a nosotros tras haber divisado ya el enredo medio sumergido en que se había convertido nuestro artilugio casero. Íbamos tan apretados los tres en la embarcación que el agua llegaba hasta la borda, pero, el hombre nos llevó sanos y salvos a la costa y nos dejó cerca de la cabaña de la radio. Carecíamos de los medios verbales para darle las gracias, pero nuestros gestos arrancaron de su arrugado rostro un esbozo de risa.

Tras un mes en Seletar, cuatro de nosotros, señaladores, fuimos destinados a Butterworth, a unos cuantos cientos de millas al norte del estrecho de Malaca. Me alegraba volver a viajar, especialmente en un Avro-19, que despegó de la pista de Changi y siguió una ruta marcada en mi mapa de Langar. El mar hasta el puerto estaba salpicado de barcos y juncos, y canales que serpenteaban entre los manglares. Al este, la espina dorsal de la península que formaba la jungla estaba cubierta de cúmulo-nimbos y me dio por especular respecto a las posibilidades de averiguar qué clase de terreno sería para pasear. Las películas de Tarzán, así como las numerosas lecturas de Rider Haggard y Edgar Wallace, habían estimulado en mí un deseo innato de adentrarme en la selva tropical con la idea de descubrir algo sobre mí mismo o, al menos, truncar esas nociones románticas de aventuras mediante una dosis de realidad.

Sin embargo, fue solo un pensamiento fugaz y prematuro porque en ese momento el resto de mis compañeros señalaba hacia Penang a través del cristal. No se trataba de una isla tan densamente arbolada ni la mitad de elevada que las montañas, pero se me antojó una joya en mitad del mar que perdimos de vista cuando el piloto se inclinó sobre las aguas hacia la pista de Butterworth para aterrizar limpiamente y a continuación se dirigió rodando suavemente hacia la destartalada torre de control.

Las condiciones de vida eran las básicas: alojamiento en largas cabañas de paja, llamadas *bashas*, en la playa y rodeadas de cocoteros, desde las que se veían los barcos en el puerto de George Town. El terror que me producían las serpientes disminuyó al entrar en contacto más íntimo con ellas. Sea como fuere, pocas resultaban realmente peligrosas, aunque aprendimos a subirnos los pantalones rápido cuando oíamos un susurro procedente del cubo de la letrina.

La estación HFDF donde trabajaba era una estructura techada de ocho pies por ocho situada a dos millas de la costa, hacia el extremo de la pista de aterrizaje, sobre un cuadrado de tierra batida en medio de un arrozal. Nadie le hizo caso a la pitón que pasó como si tal cosa por el agua en actitud de marcar el territorio entre salpicaduras; sin embargo, cuando una pequeña serpiente se enroscó en la pierna de un campesino que araba con su búfalo en el exterior de mi cabaña, el hombre se la quitó de encima tan violentamente que la partió en dos y, aunque ya le había mordido y hecho sangre, el campesino debía de saber que no le había inoculado veneno, pues siguió estoicamente con su labor.

Saltaba de la parte trasera del camión a la pista con mi morral de raciones y bajaba por el sendero para empezar mi turno de noche. El camino era tan estrecho que apenas quedaba espacio para que el operador de tarde al que iba a sustituir y yo pudiéramos pasar a la vez, y no teníamos más remedio que ponernos de perfil los dos para no caernos en el arrozal, de un pie de profundidad, que nos rodeaba. Lo primero que había que hacer en la cabaña era firmar en el libro de registro y comprobar si estaba pasando algo en la frecuencia, lo que significaba que durante las catorce horas siguientes la responsabilidad recaería sobre mí, como cuando cogía mi máquina en la fábrica o estaba en la caravana de pista controlando el tráfico aéreo.

Una silla, una mesa, una cama y un aparador constituían todo el mobiliario de mi residencia, con el gran exterior como retrete. Cuando éramos pequeños, mi primo Jack y yo imaginábamos que

todo lo que se necesitaba para ser feliz era una cabaña como la que ahora tenía yo a mi cargo, y no me habría importado vivir allí más tiempo del que se suponía que íbamos a estar destinados. Una ametralladora Sten y un rifle Short Lee Enfield con abundante munición completaba la dotación. En la hora de luz que quedaba, limpié ambas armas y disparé unas cuantas salvas al agua con la Sten para asegurarme de que funcionaba. A veces tenía que introducir una barra de acero en el cañón para sacar la bala cuando se atascaba.

La música de las esferas llegaba a mis auriculares y me comunicaba en morse con Rangún y Singapur, chapurreaba en francés con Saigón e incluso llegué a trabar contacto durante media hora después del amanecer con lugares tan lejanos como Karachi, Hong-Kong y Bangkok. Aunque todos los transmisores estaban fabricados de igual forma, cada uno tenía un tono distinto y, sin necesidad de indicativos, era fácil reconocerlos afinando un poco el oído.

Esa estación secundaria más alejada del campamento estaba conectada por un teléfono de campo a la torre de control, a una milla de distancia, y, aunque en las cartas que enviábamos a nuestras casas ponía en servicio activo, siempre me sentí a salvo una vez cerraba las puertas y encendía la luz gracias a un gran generador. No hacía caso al misterioso chapoteo procedente del exterior y me sentaba a leer hasta que me entraba hambre y entonces sacaba una lata de sardinas o queso y media rebanada de pan de la caja de metal de la munición que usaba para mantener las provisiones secas y libres de insectos. Contaba también con un hornillo para hacer el té ligeramente menos demoníaco que el que teníamos en Seletar al que le había cogido el punto y podía preparar el té en la mitad de tiempo. Lo que estaba claro era que tenía que ser obligatoriamente en el hornillo porque no había leña en un arrozal.

Estaba permitido cerrar la emisora por la noche, salvo cuando un avión retrasado de Singapur llegaba con el correo y provisiones, en cuyo caso tenía que permanecer a la escucha hasta que aterrizara.

Me tumbaba en el jergón, aunque apenas dormía pues al menor ruido mi mano derecha tocaba el rifle cargado y con la izquierda la bayoneta que parecía un cuchillo para la carne calada.

Al abrir las puertas de par en par a la luz del día a la hora operativa de las siete de la mañana, un sol rojo sangre por encima del palmeral pintaba las espigas de arroz que se doblaban en el agua. Renovaba mis entrañas con una dosis de té bien cargado y un bocadillo si tenía hambre. Cuando revisé la reserva de la despensa, sobraban dos latas de sardinas y, al dárselas al campesino chino que ya estaba arando cerca de la cabaña, se quitó el amplio sombrero y las aceptó con una sonrisa. El mismo campesino le ofreció al hombre que llegó después de mí un coco en señal de agradecimiento, tal vez incapaz de distinguirnos.

Un avión en misión regular de reconocimiento meteorológico a primera hora de la mañana transmitía sus informes, cuyas cifras eran enviadas por teléfono a la torre de control para ser analizadas. La frecuencia (o longitud de onda) podía utilizarla también cualquier avión en apuros. En una ocasión, el navegante de un Beaufighter envió un S.O.S. y el operador de Singapur y yo coordinamos el lugar para que realizara un aterrizaje de emergencia con la precisión suficiente como para que el navegante y el piloto fueran recogidos en una isla desierta por el Servicio de Rescate Aéreo dos horas después.

En época de monzones llovía con frecuencia y, en los largos turnos de vigilancia nocturna, con la luz apagada para ahorrar energía, llegaba el fragor de una batalla atmosférica como no había oído antes. Recuerdo que cuando oía los truenos a lo lejos, mi abuela Burton se refugiaba bajo las escaleras con una lámpara de aceite hasta que pasaba la tormenta. Me preguntaba cómo habría hecho frente a aquello.

Ráfagas sin tregua iluminaban la cabaña a través de las grietas. Un sudor frío me calaba hasta los huesos por la mañana y amanecía sumergido en un pie de agua en el que flotaba una pequeña serpiente ahogada, junto a mi cama. El hornillo también

estaba bajo el agua, lo que suponía que el desayuno se retrasaría un rato.

Quedaba claro que las propiedades direccionales de las antenas eran nulas, así que el oficial de transmisiones solicitó permiso por teléfono para que yo volviera. Cargado con el rifle, la ametralladora Sten, la munición, el morral y los libros de registro guardados entre la chaqueta y la camisa para que se conservaran lo más secos posible, salí hacia la pista. El sendero se había borrado, lo que significaba que tendría que vadear toda aquella agua con el chubasquero ondeando al viento, totalmente inútil con una lluvia que caía en horizontal, hasta llegar al camión que esperaba en el alquitranado. Cerraron y desmantelaron aquel lugar destartalado e inquietante, y durante un tiempo trabajé en la cómoda sección de transmisiones del campamento, incapaz de informar sobre posiciones, pero manteniendo abierta la frecuencia para llamadas de socorro y tráfico aéreo de emergencia.

Las cincuenta y cuatro horas semanales de trabajo nos dejaron tiempo suficiente para calafatear, reparar y proveer de toletes, caña de timón y mástil a un bote abandonado que encontramos en la playa. Una docena de nosotros invertimos muchas horas en su puesta a punto, como si bajo la piel de los aviadores hubiera almas frustradas de marineros. Nos dirigíamos a los barcos que había en el puerto de George Town dando bordadas con el parcheado *spinnaker* desplegado. Teníamos que esquivar a las abigarradas serpientes marinas cuando queríamos darnos un baño, y al atardecer varábamos el bote en la playa para protegerlo de las olas.

Empecé a perder mechones de pelo y, horrorizado ante la perspectiva de tener el cráneo pelado como todos los hombres de la familia de mi padre, le pedí a mi madre que me enviara un frasco de Silvikrin, el mejunje que anunciaban en las ediciones mensuales del *Daily Mirror* que a veces me enviaba y que pasaba de mano en mano por el barracón. Tal vez mi pelo fuera demasiado espeso y la humedad hiciera caer lo que sobraba, el caso es que pasado un

tiempo dejó de hacerlo y la calvicie no llegó a ser nunca parte de mi destino.

Para leer teníamos la revista *Life* y el *New Yorker*, y las historias ligeramente subidas de tono que venían en publicaciones procedentes de Australia. Saqué de la biblioteca del campamento los *Relatos de Sebastopol*, de Tolstói, así como *La sonata a Kreutzer*, historia ambientada también en la guerra franco-prusiana que me desconcertó por su temática de la fatalidad de los celos. Ronald Schlachter, otro radiotelegrafista, me prestó *Yo, Claudio* y *Claudio el dios y su esposa Mesalina* de Robert Graves, novelas que me llevaron a hacer la necia observación de lo excitante que debió de ser vivir en la época de los romanos. «Tal vez no —replicó Schlachter—, porque tipos como nosotros habrían sido esclavos».

En un pequeño gramófono de cuerda escuchábamos *El vuelo del moscardón*, de Harry James y nos divertíamos con *El piano mágico de Sparky*. Pasábamos el rato en los locales de los naafi con unas pintas de Tiger o recorríamos la playa arriba y abajo, observando a los pescadores arrastrar sus capturas de extraños peces tropicales, placeres en los que no era necesario pensar tras horas de concentración con la radio.

Íbamos en lancha motora a hacer *picnic* y a nadar a Tiger Island. Por el camino, teníamos que pasar junto a las cabañas de leprosos entre las palmeras de Pulau Jerejak, algo que siempre nos dejaba sumidos en un lúgubre silencio durante unos cuantos minutos. Estábamos en la plenitud de la vida y no podíamos evitar sentir un horror supersticioso ante la proximidad de seres humanos condenados por una enfermedad incurable. Como no se veían ni médicos ni enfermeras nos imaginábamos a los moradores de aquellos edificios con las contraventas cerradas muriendo lentamente, sufriendo el mayor de los dolores y las humillaciones al haber sido apartados de la sociedad por temor al contagio.

Veteranos de poco más de veinte años que llevaban en el extranjero casi cuatro esperaban impacientemente que se diera a conocer el número de desmovilización de su grupo. Invariablemente

se enteraban antes que el comandante de Butterworth, pues tan pronto como se decidía en el Ministerio del Aire qué grupo sería relevado ese mes, un radiotelegrafista en la base de la raf en Uxbridge enviaba clandestinamente un mensaje con el número, sin preámbulo ni firma, a un radiotelegrafista que estaba en alerta en Gibraltar y este lo remitía a su vez a Egipto, de donde pasaba por la frecuencia media a Karachi, de donde salía hacia Calcuta, Rangún y Singapur, una serie de puntos y guiones que pasaban rebotando alrededor del mundo en unos minutos. Tener el poder de susurrar el número en el campamento hacía que los radiotelegrafistas fueran considerados magos beneficiosos y en ocasiones los cocineros servían una segunda porción a medida que se conocían las buenas noticias.

El oficio de radiotelegrafista combinaba bien con mi temperamento y, en medio de la noche, sintonizaba la radio de repuesto para oír frases de música primitiva en la ionosfera o una mezcolanza de discordantes sonidos de vanguardia en una lengua desconocida, fusionados dentro del chirrido metálico de las interferencias. Esos ruidos hablaban de otros mundos donde tenían lugar actividades misteriosas y mi lápiz aguardaba sobre el papel preparado para tomar nota del torrente de pensamientos en una suerte de escritura automática, como si un texto de vital importancia para mi vida y mi espíritu fuera a llegar repentinamente de los renglones de Babel.

Vivíamos entre turnos de radio y con el tiempo que existía entre medias completamente ocupado, no había en apariencia lugar para la mente o no recordábamos lo que era. El pensamiento se expresaba solo mediante la acción y, si había algunos pensamientos, eran tan banales que no dejaban rastro en la memoria. Las acciones más triviales ahogaban el recuerdo del pensamiento, aunque la indicación de la existencia de agitación interior insinuaba que de seguir uniendo esos cables mucho tiempo terminarían por cruzarse, y que podría llegar el día en que el

matrimonio aparentemente perfecto entre pensamiento y acción se rompería.

En algunas de las noches más oscuras, cuando no volaba ningún avión ni había emisoras terrestres que captaran nuestros mensajes en morse, invocaba a Dios y le pedía que me explicara cómo había hecho el universo y lo lejos que estaba de su final. El hecho de que siempre me hubiera dicho a mí mismo que no creía en Él quedó a un lado por la desvergüenza con la que se me había ocurrido la pregunta y el modo en que actué. Aun así, que Dios se negara a responderme, lo cual era comprensible, no me impidió pedírselo una segunda y hasta una tercera vez. Dado que tenía un telégrafo y un radiotransmisor, me pareció que era una pregunta natural. No le hubiera costado nada haber contestado.

# Capítulo 21

NADIE NOS MOLESTABA DEMASIADO siempre y cuando hiciéramos bien el trabajo. Los pantalones cortos y las zapatillas de tenis no parecían un uniforme adecuado para movernos por el campamento, pero no era por descuido; únicamente se nos exigía vestir correctamente cuando formábamos y teníamos que dar un paso al frente para saludar antes de recibir un taco de billetes de dólar o si teníamos alguna gestión que hacer en la zona del cuartel general.

Tras un examen técnico y una prueba de velocidad en morse me reclasificaron como Cabo Segundo de Primera Clase, lo que elevó mi paga a tres libras a la semana. Todo el éxito en la raf se medía por el mérito, por lo que durante un tiempo me pareció mi hogar natural. La semana previa al examen memoricé diagramas simples de circuito como si fueran mapas (que de hecho lo eran) del AP 1726, el vademécum del radiotelegrafista. Apenas sabía lo que decía, pero, con mi experiencia práctica, pasé con la elevada calificación de setenta y dos por ciento.

Tan pronto como nos daban tiempo libre, sin botones que pulir aunque con los zapatos lustrados gracias a nuestro «porteador», íbamos en un *rickshaw* hasta Mitchell Pier y cogíamos el transbordador *Bagan* hasta Penang. Alan Crossley, Frank Pardy o Ronald Schlachter siempre estaban dispuestos a comerse un cuenco de arroz con huevo en el Boston Café y ver luego una película como *Cairo* o *Alarma en el Rin*, seguido de una tarde de baile con muchachas euroasiáticas en el City Lights.

Un marinero chino me proporcionó un traje blanco de dril para que pudiera vestir como cualquier civil europeo cuando salía del

campamento. En el almacén Whiteaway Laidlaw de George Town me tomaron medidas para un traje de *sport* que podría usar en Inglaterra, donde la ropa estaba racionada y el estilo era utilitario, atendido por un empleado blanco como si estuviera en mi propio país, sin preocuparme en qué estaría pensando cuando me llamó «señor».

Desde el campamento, o mejor desde el bote en los estrechos, podía verse una montaña a unas veinte millas al norte, llamada pico Kedah, o Gunong Jerai, que se distinguía de las demás. Alcanzaba los cuatro mil pies de altura como si, en su vertiente occidental, saliera directamente del mar. El color, según el estado del sol y las nubes, podía dar la ilusión de que el área circundante de jungla era mayor de lo que era. A veces, las nubes oscuras de su cima hacían que pareciera más alta y remota, y más tentadora aún para los exploradores.

Pensé en dar un paseo de reconocimiento en bicicleta, antes de abordar la cima a pie, pues en mi mente me había creado una imagen de que sería un irresistible campo de ejercicios lleno de maravillas y dificultades. Su señalada cima era el último elemento topográfico inusual que veíamos antes de irnos a la cama y la primera señal que nos incitaba ya desde por la mañana al ir al lavabo con la toalla y la bolsa de aseo entre palmeras. La biblioteca de George Town apenas contenía información, salvo por un libro que decía que una vez vivió un rey en sus laderas que tenía colmillos y bebía sangre humana, una creencia supersticiosa que resultaba interesante solo mientras duraba la sonrisa.

Me tocaba turno en la emisora y dispuesto a mantener un meticuloso libro de registro, grabé el intercambio sonoro de mensajes para ahorrar papel y luego los anoté en el libro cuando tuve un momento libre. Durante los turnos de vigilancia que compartí con Frank Pardy, Pete Spruce y «Tash» Horton, guiamos el tráfico aéreo del sudeste de Asia. Toda emisora radiogoniométrica, a lo largo de la ruta y fuera de ella, compartía datos e informes de

posición de todos los aviones que estaban volando por si alguno tenía problemas.

Un viejo libro de registro, que aún conservo aunque no debería, recuerda que un Lancaster sin escalas, en su solitaria ruta de Karachi a Singapur durante la noche del 12 al 13 de enero de 1948, fue seguido por su aeropuerto de salida, monitorizado por Negombo en Ceilán, anotado por mí en Butterworth y dirigido a su base en Singapur. Solíamos mostrarnos exigentes y posesivos, prestábamos atención incluso a las interferencias que zumbaban en los oídos hora tras hora hasta la medianoche y pasado el amanecer, siempre alerta al chirrido semiahogado de los urgentes mensajes en morse de un avión que volvía a casa de noche.

Prohibieron el paso a todos los aviadores a algunas zonas del kampong que rodeaba Mitchell Pier a causa de las prostitutas. Debido a mi reputación con los mapas, me pidieron que hiciera una ampliación a color de la hoja a escala de una pulgada donde se viera claramente la zona prohibida, un trabajo manual que se expondría en el tablón de anuncios acristalado.

Poco después, al carecer el comandante de un plano del aeropuerto y sus instalaciones, me dieron un compás de mano y me pidieron que hiciera un estudio de reconocimiento. Me pasé varios días recorriendo la pista y sus alrededores tomando posiciones con una bolsa de instrumentos y el morral con la comida, mirando una y otra vez si se encendía la luz roja de la torre que me advertía que saliera de la pista porque iba a aterrizar un avión. El trabajo supuso una gozosa combinación de lo físico y lo técnico donde se unió lo que sabía de navegación aérea con lo que había aprendido años atrás sobre reconocimientos topográficos en *Conocimiento práctico para todos*.

La longitud, alineación y anchura de la pista proporcionaba una línea básica ya trazada sobre la que triangular desde cada extremo las instalaciones de radio, el depósito de combustible, el cobertizo para el vehículo con la bomba para incendios y la torre de control. La variación magnética era cero, de modo que la lectura de los

ángulos era fidedigna, lo que simplificaba aún más las cosas. A mitad de camino, con buena parte de los datos transferidos del cuaderno al tablero de dibujo, el encargado de obras sacó un plano hecho tras la construcción de la base y, por así decirlo, me despidieron.

En una ocasión, a principios de 1948, un avión de transporte Dakota tomó tierra y un tractor llevó las cajas de madera desde la bodega hasta un sitio seco a varios cientos de yardas de la pista, en el lado opuesto a los arrozales. Se trataba de los materiales para una nueva emisora radiogoniométrica y me enviaron para empezar a operar en el momento en que estuviera lista, como si al mecánico de radio al que habían asignado el trabajo le bastara con agitar una mano y ordenar que las piezas dispersas se unieran solas.

El mecánico, un año mayor que yo, se sentó en el suelo con una caja de herramientas a los pies, mirando las cajas a través del humo del cigarrillo como preguntándose qué debía hacer. Tenía mis dudas respecto a sus habilidades. No me entraba en la cabeza cómo no habían enviado a un sargento y a varios hombres más para hacer ese trabajo, pero al rato se levantó, se quitó la gorra (iba de uniforme caqui por completo), se acercó a la caja de madera más cercana y la abrió. En un par de horas, sin apenas ayuda por mi parte, levantó y atornilló las paredes de madera de la cabaña y luego puso el tejado. Unas horas después, con las antenas en su sitio, llevamos al interior el equipo Marconi-Adcock. A la mañana siguiente, después de que un avión especial enviado desde Singapur probara la posición y comprobara que iba perfectamente, la emisora fue declarada operativa. El mecánico cogió el siguiente vuelo de vuelta a Changi.

No hacía falta ayuda ni supervisión en la emisora radiogoniométrica y, en cualquier caso, solo había una silla en la que sentarse, salvo que se aprovechara una vieja bobina de cable que había fuera. Los turnos de mañana y tarde eran interesantes porque había más tráfico aéreo. Durante el turno de noche entre que hacía bochorno aunque corría una brisa ligeramente fresca y el

tráfico era escaso, me tumbaba en el sillón de mimbre con los auriculares en el cuello, leyendo un ejemplar que me habían prestado de *Los filántropos en harapos*, de Robert Tressell, una historia absorbente aunque trágica de la clase de gente que yo había conocido y que me dejó con una sensación de desesperanza respecto a su condición. *Un hijo del Jago*, de Arthur Morrison, era del mismo género, aunque menos sombría, porque el estilo era más pulido y la trama más elaborada. Me divirtió el *Diario de un don nadie*, aunque cogía todos los libros que encontraba en la biblioteca, de la calidad que fueran, entre los que se encontraban títulos de H. G. Wells, P. G. Wodehouse, Rafael Sabatini, P. C. Wren y Warwick Deeping.

En la radio de repuesto a medianoche la evocadora música de la *Suite* n.º 2 de *La arlesiana*, de Bizet, llegó por onda corta desde algún lugar del Pacífico, como si me hubiera seguido a través del mundo desde una noche de verano en Nottingham en que la escuché solo en la casa y pensé que me iba a estallar el alma. Aquella repetición inesperada en la cabaña indicaba la existencia de un agujero negro en mi personalidad que debía empezar a llenar de algún modo, aunque era imposible saber cómo podría hacerlo en el estado no del todo infeliz en el que me encontraba.

El sueño casi me había vencido cuando llegó el amanecer. Convencido de que los datos del libro de registro estaban escritos en precisas letras mayúsculas, una hora después quedaba claro que las letras estaban torcidas. El avión que enviaba su informe meteorológico a primera hora de la mañana, o llamaba para pedir posición, me ayudó a despertarme, tras lo cual preparé el té en el hornillo y esperé al camión que me llevaría de vuelta al campamento. La luz del amanecer en Penang convertía el paisaje en una espectacular inundación de verde amenazador y rojo brillante, y escribí una veintena de líneas que, sin saber cómo, resultó una especie de poema en verso libre que carecía de todo contenido emocional.

Algún tipo de cambio en mi vida había debido de haberse producido durante aquel agradable estado de trance entre el deber cumplido y el ocio gozado. Me sentí como un espíritu que acababa de decidir de forma clandestina lo que mi torpeza natural no sería capaz de negar cuando llegara la hora de la verdad. Nada indicaba que fuera a ocurrir tal cosa a corto plazo ya que una vaga cotidianidad constituía toda mi existencia. Mi lugar estaba allí hasta el punto de que cualquier otro sentimiento que de vez en cuando se me pasaba por la cabeza me impedía ver el futuro o imaginar siquiera posibilidades que me resultaban insoportables.

Sin embargo, no formaba parte de mi naturaleza vivir sin una meta, así que empecé a reunir a un grupo de amigos para explorar la zona del pico Kedah. Schlachter y yo fuimos en bicicleta hasta Bukit Mertajam. Las dejamos junto a la línea de ferrocarril y ascendimos mil ochocientos pies de laderas arboladas en una tarde. No se nos había ocurrido que el ascenso fuera a ser tan sencillo. Convencí a Ron Gladstone, un mecánico de radio, de que se uniera a la excursión, y quedamos en ver al señor Robb, el inspector jefe de George Town, que se había pasado media hora contándonos que él había subido a la cima en 1939, pero por el noreste, cuando una pista para vehículos de motor llegaba casi hasta arriba.

Eso sonaba demasiado fácil para nosotros, que queríamos subir por el sur, lo que el señor Robb no creía que fuera posible, porque aquella era zona de selva virgen y se decía que rondaban tigres por allí. Aquello solo sirvió para aumentar nuestro entusiasmo y, consciente de que no había nada más que decir, nos dio las hojas de los mapas necesarios y nos deseó suerte.

Un oficial de educación recién llegado a la emisora nos aseguró que por nuestro camino pasaban comediantes. *Un rincón peligroso* y *Camino de Dover* se proyectaron en los naafi y hubo también una conferencia sobre asuntos de actualidad. Habían empezado las clases de lengua malaya, pero pocos podían asistir porque coincidían con los turnos de vigilancia. En cualquier caso, ¿con

quién íbamos a practicar? Las bailarinas del City Lights se reían de mí cuando lo intentaba.

Al teniente de vuelo Rice, el oficial de educación, tal vez alentado por su mujer, le pareció que había talento suficiente para formar un grupo de teatro. Al señor Margolis, el meteorólogo de la pista de aterrizaje, y a su mujer, también les gustó la idea, como a otros de la sección de transmisiones que, con la clase de inteligencia que no teme mostrar entusiasmo, se enrolaron en el Grupo de Variedades de Butterworth.

Por alguna razón se decidió que yo recitara los monólogos de Stanley Holloway «Albert y el león» y «Cómo Sam ganó la batalla de Waterloo», así como un par de canciones *cockney: Cuando padre empapeló el salón* y *Soy Enrique VIII*, lo soy. Los acentos de Lancanshire y Londres no me resultaban familiares, pero cierto talento para la mímica me ayudó a realizar una actuación convincente de una manera cómica. Nunca había memorizado tantas líneas (en realidad ninguna para ser sincero), pero, una vez que me libré de la timidez, desempeñé mi papel con el entusiasmo suficiente para divertir.

Mi participación en el grupo de teatro me ayudó a obtener el respaldo del señor Rice para la expedición al Kedah. Presentó el plan como una experiencia educativa al comandante, cuyo permiso, ingenuamente, yo no había pensado que fuera necesario pedir cuando era algo que íbamos a hacer en nuestro tiempo libre. Pero la bendición de aquel oficial nos dio acceso a todas las facilidades y, en abril, alquilamos el *jeep* de rescate para echar un vistazo a la zona.

Más allá del kampong de Semiling, dejamos el *jeep* en la hacienda del intendente y caminamos cuatro millas entre árboles de caucho junto al Sunjei Bujang, hasta llegar a la presa donde terminaba la senda. El cauce de la corriente era ancho y poco profundo, con guijarros dispersos por todas partes, y exploramos unos cientos de millas al norte hasta que la empinada y, en apariencia, impenetrable jungla nos rodeó por todas partes.

Hubieran hecho falta machetes para abrir una senda, aunque esperábamos ascender la mayor parte del camino por el cauce y luego completar en zigzag los últimos cientos de pies, más escarpados (marcados claramente en el mapa), que restaban hasta la cima. Ron Coleman, George French, Ron Gladstone, Ron Sanger y yo mismo señalamos por fin la fecha. El comandante insistió en que un oficial nos acompañara y el teniente de vuelo Hinshallwood, cirujano dental del campamento, se ofreció como voluntario. También nos ordenó que lleváramos una radio de campaña y nos mantuviéramos en contacto por morse con el campamento. Puesto que dos de nosotros éramos radiotelegrafistas, y otro mecánico, no nos supuso ninguna dificultad y decidimos que informaríamos dos veces al día.

Gladstone pensó que, para estar en forma, él yo debíamos pasar una hora corriendo de un lado a otro de la playa cada tarde, pero después de media milla de entrenamiento sentía como si tuviera el pecho lleno de clavos oxidados. Nunca en la vida me había sentido más preparado para algo y, pasara lo que pasara en el Kedah, no había muchas probabilidades de que tuviéramos que correr. Gladstone tampoco siguió con el ejercicio.

Nombrado navegante, cogí el mismo compás utilizado en mi abortada medición del aeropuerto y preparé un mapa aumentado de la zona con espacio para anotar detalles sin tener que escribir en el mapa general de Malasia. Aumenté seis veces el contorno de algunas partes de la ruta para señalar puntos en cimas subsidiarias desde donde dar nuestra posición y lo encuaderné como un atlas para evitar tener que abrir un mapa mayor.

Gladstone preparó el equipo, que incluía rifles y una escopeta, con cincuenta cartuchos para cada uno. Nos procuramos raciones para diez días, la mayoría de comida enlatada. Aproximadamente doscientas libras de peso que dividimos entre los miembros del grupo a partes iguales en porciones que pesaban casi la mitad que nosotros. Después de pasar un chequeo médico donde nos declararon aptos, el oficial médico insistió en vacunarnos contra el

tifus y en que tomásemos pastillas contra la malaria durante diez días antes de salir (y durante diez días después), aunque esta última precaución parecía innecesaria, puesto que íbamos a ir a una zona deshabitada.

En la mañana del 12 de junio, con todo listo para partir, un hombre llegó angustiado al camión, desde la sección de radio para decir que no lograban que la radio de campaña funcionara. Como una condición es una condición, de hecho una orden, no deberíamos haber ido, pero el poder del optimismo prevaleció sobre la insubordinación, y la confianza que nos proporcionó desayunar a las seis de la mañana hizo imposible abortar lo que llevábamos preparando durante semanas. Hinshallwood, para entonces tan dispuesto como el resto de nosotros, elevó la vista hacia las palmeras y no dijo nada, así que el cabo Coleman subió de un salto a la cabina y le dijo al conductor en términos que no dejaban lugar a dudas que dejara de vaguear y se moviera.

# Capítulo 22

LA EXCURSIÓN AL PICO KEDAH (pues no fue más que eso) ha aparecido en varios de mis libros, pasado por la centrifugadora para producir extravagantes sombras de caracteres ficticios. Este relato, que huye de la repetición exacta todo lo posible, trata de darle la vuelta a lo ocurrido para llegar hasta el corazón de la experiencia, aunque es improbable que uno pueda acercarse mucho más. Solo por lo que sucedió después, puede retrospectivamente arrojarse luz de una manera realista al hecho de que media docena de hombres desapareciera durante seis días del mundo. En aquel periodo realmente breve, la guerrilla comunista china empezó a matar británicos a mansalva, fuera personal de servicio o no, en un intento de asustarlos para que abandonaran el país y establecer así un gobierno marxista.

Está claro que el comandante de la base de la raf en Butterworth desearía que no se hubiera planeado la ascensión al pico Kedah, especialmente porque habíamos salido sin comunicación por radio y no podían avisarnos. Tal vez esté exagerando, pero la situación era que seis de sus hombres estaban desaparecidos en la jungla, que en aquellos días de la Emergencia Malaya se suponía estaba plagada de guerrillas competentes y despiadadas que se apostaban en puntos estratégicos a la espera de tender una emboscada a hombres de acción tan bobos como nosotros.

Tal vez el comandante nos viera como un grupo de lunáticos, desobedientes y sedentarios señaladores, incapaces de repeler un ataque ni de sobrevivir en aquel terreno aun en el caso de que no nos atacaran, y no sabía que no podía estar más equivocado,

aunque su preocupación fuera comprensible. No recuerdo si la noticia de nuestra desaparición llegó al Mando del sudeste de Asia en Singapur, pero seguro que pasó unos días incómodos preguntándose si añadir nuestros nombres a la lista de bajas.

Enviaron una partida de busca en camión al lugar donde habíamos empezado a andar, pues yo mismo le había dejado por escrito los detalles y un croquis de la ruta al oficial de educación. Una vez allí, como luego supimos, los miembros de la partida se adentraron un poco en el Sunjei Bjang más allá de la presa, tocaron varias veces el silbato, cuyo sonido habría quedado amortiguado por la primera de las cascadas si no antes, y, al darse cuenta de la futilidad de su tarea, retrocedieron. Para entonces ya nos habíamos alejado varias millas, estábamos muy por encima de los tres mil pies de la línea de contorno y cerca ya del pico.

Como para demostrar que la raf siempre cuida de los suyos (y lo hace), el grupo de busca llegó al día siguiente casi hasta el pico por la senda que subía por el noreste, pero para entonces nosotros ya íbamos de bajada. Al sexto día advertimos el fuselaje plateado de un Avro-19 que sobrevolaba un claro donde habíamos parado al sol para que se nos secaran las ropas. Creímos que llevaba el correo a Rangún, pero lo cierto era que lo habían enviado a buscarnos.

Eran las once de la mañana cuando empezamos a caminar. Las rocas del lecho del río estaban tan cubiertas de algas que dos de nosotros resbalamos varias veces hasta que nos acostumbramos a caminar con cierto equilibrio. Ni siquiera cuando trabajaba en la fábrica había ido tan cargado, al menos a la espalda, ni durante tantas horas, por lo que para los demás debió de ser aún más difícil.

El cabo Coleman se puso al frente del grupo porque había participado en expediciones a campo traviesa en el este de África. Era unos años mayor, y lo suficientemente experimentado como para saber que el primer día debía ser tranquilo, así que no dijo nada cuando paramos a comer ni cuando nos despojamos de la carga para nadar en un estanque, como si hubiéramos salido de *picnic*.

A las tres, la corriente se fue estrechando hasta formar un barranco y no nos quedó más remedio que abrir camino en la jungla. Poco después, el mundo se oscureció bajo la intensa lluvia. Al principio, sonaba como el golpeteo sobre un tejado y luego empezó a caer de las copas de los árboles en forma de goterones del tamaño de fuentes de servir que nos empaparon en cosa de segundos. La vegetación era tan densa que no se veía más allá de unas cuantas yardas.

Subimos a duras penas hasta la orilla elevada en medio de un barrizal rojizo, agarrándonos a las enredaderas y cortando las que nos cerraban el paso. Fue una buena iniciación en la peor clase de viaje y nos lo tomamos con poco humor, limitándonos a abrir a golpes el camino y avanzar como podíamos. Tras unas horas, al final del día, encontramos un camino de vuelta al río y acampamos en un gran lecho de roca. En alguna parte encontramos madera seca y poco después calentábamos a fuego lento entre piedras calientes suculentas raciones de campaña del estofado Maconochie de carne y verdura.

Decir que acampábamos no sería técnicamente correcto, pues no llevábamos tiendas. Nos limitábamos a extender unas lonas sobre la roca y nos tapábamos con una manta, y colgábamos redes de los arbustos para protegernos de los mosquitos. Seguíamos un sistema de vigilancia por turnos según el cual no dormíamos más de cuatro horas seguidas. El instinto nos llevaba a tomar precauciones porque no sabíamos si habría bandidos. Lo que estaba claro es que ningún merodeador nos habría sorprendido durante la noche. Los dos hombres de guardia estaban separados, aunque podían comunicarse por signos, apostados en silencio y vigilantes con los rifles cargados y los cierres de seguridad quitados, de modo que ni siquiera el menor chasquido antes de disparar nos delatara. No hacía falta que el comandante se preocupara, parecía que hubiéramos nacido con los conocimientos técnicos de la infantería.

A la mañana siguiente, domingo, las posiciones del compás nos situaban a menos de una milla de la presa y unos novecientos pies

por encima, casi nada para un día. Desayunamos galletas de travesía y beicon enlatado, cuyos paquetes iban aligerándose en cada acampada.

Durante los tres días siguientes tratamos de llegar al pico, siguiendo la corriente cuando podíamos, pero la mayor parte del tiempo abriéndonos paso a machetazos a través de la selva virgen. Nunca había hecho algo tan enérgico, pero no me cuestioné por qué estaba allí, en el meollo del esfuerzo, viviendo minuto a minuto, aislado de cualquier sentimiento o emoción que el mundo pudiera ofrecerme; sin novedad pero en un escenario distinto. En medio del esfuerzo me di cuenta de que eso era lo que buscaba, nada más y nada menos, una mezcla perfecta de imaginación y realidad que, por el momento, era todo cuanto podía ser la vida. Aventura arriesgada: el maravilloso final de todo, aunque en modo alguno un final.

No sé cómo se explicaban los demás semejante ascensión y descenso, puesto que lo que a mí se me pasaba por la cabeza no podía decirse que fuera de naturaleza inquisitiva. El pensamiento y la acción estaban íntimamente ligados y, en cualquier caso, yo estaba demasiado cansado para pensar, luchando continuamente por agarrarme a la enredadera adecuada y poder trepar a la orilla y no caerme rodando con todo el equipo. Solo hablábamos para hacernos advertencias, quejarnos jocosamente y hacer observaciones imprecisas, hasta que acampábamos al anochecer, y nos gastábamos bromas para hacer más grata la cena. Poco después, todos salvo los que estaban de guardia dormían entre los matorrales.

Sentía, en aquel bosque hiperlluvioso tropical, que había llegado lo más lejos posible en mi vida, que estaba en el cenit de mi existencia física y que nada en ese sentido volvería a ser lo mismo. El éxito del experimento debió de consistir parcialmente en no tener que especular con lo que suponía el éxito. La ausencia de pensamiento y la aceptación contribuían a mi gozo por estar allí, pues me gustaba todo cuanto fuera azaroso y arduo, celebraba los

destellos ocasionales del pico color ceniza que emergía de una bufanda forestal, al que había que esforzarse por llegar porque estaba allí. Con el equipo y el rifle a la espalda, abriendo un camino por el que nadie había pasado hasta entonces, era como si tuviera que alcanzar la cumbre no solo para culminar aquella esforzada empresa, sino para empezar una vida distinta, aunque, durante mi autoimpuesta y no del todo desagradable faena, aquella vida fuera bastante real.

Durante días apenas vimos el cielo al otro lado de las enramadas de las enormes copas de los árboles. Sabíamos al mismo tiempo que nuestro pequeño ejercicio era trivial comparado con el del heroico Decimocuarto Ejército en Birmania durante la guerra, sin embargo, sí fue una muestra de lo que era la resistencia, en la que la primera semana siempre era la peor. Nosotros supimos al final de aquella muestra que podíamos haber ido más lejos, aunque habríamos agradecido que nos lanzaran comida y botas nuevas en unos paracaídas.

Durante las dos primeras noches, experimenté algo bastante curioso, algo que no había advertido antes en mi vida: la dificultad en quedarme dormido. Mi alma a la luz del día no marchaba a su acostumbrada velocidad en mi cabeza cuando comenzamos el descenso y, aunque el retraso no duró tanto como me pareció, por estar tan impaciente, el asombro y la irritación fueron notorios. La causa, obviamente, era que extrañaba mi cama y posición, el ruido de agua corriendo, la negativa a renunciar a estar alerta y la húmeda incomodidad.

Al cabo del cuarto día, a unos doscientos pies por debajo del pico, nos detuvo una rampa muy inclinada por la que no podíamos ascender. Un poco más adelante se encontraba el refugio de nuestros sueños, pero carecíamos de lo necesario para escalar el muro y llegar hasta él. No demasiado decepcionados, como si el fracaso también formara parte de la aventura, nos pegamos a los fangosos matorrales de la cornisa, tomándonoslo a broma, como los

exploradores de *El mundo perdido*, de Conan Doyle, y dormitamos como pudimos a casi cuatro mil pies.

La vista en el frío amanecer resultó más inspiradora si cabe por habérnosla ganado duramente. Contemplamos el terreno por el que habíamos llegado: las verdes copas de los árboles entrelazadas como una coliflor se extendían a lo largo de muchas millas, ocultando nuestra lenta y serpenteante aproximación y, antes de que las nubes de lluvia volvieran, disfrutamos también del claro que se abría más adelante, con su ilusorio paraíso de arrozales y plantaciones de caucho, kampongs y ríos e islas desperdigadas alrededor de la costa envueltos en el sombrío resplandor del sol naciente. En lugar de una breve ascensión al techo del refugio, desde donde habríamos podido telefonear para pedir un camión y estar de vuelta en Butterworth en unas horas, optamos por descender a pie, todo un día de caminata a través de arbustos espinosos hasta alcanzar la familiar jungla.

Incapaces de seguir el rastro que habíamos dejado al ascender, un farallón nos hizo detenernos de golpe. Parecía imposible atravesarlo. Llevábamos veinticuatro horas por un camino fuera del agua y necesitábamos alcanzar el río para orientarnos más fácilmente. Vimos unos matorrales que nacían en la roca y, aunque no sabíamos si nos servirían de firme sujeción, decidimos intentar pasar por una estrecha cornisa agarrándonos a ellos y dándonos ánimo los unos a los otros. Todavía sueño a veces con aquella espantosa caída.

Al acampar por la noche en el punto al que habíamos tardado tres días en llegar en la ida, el río llevaba un intenso caudal. Estaba partiendo ramas podridas para encender una hoguera, a unas yardas entre los árboles, y me estaba quedando dormido de pie. A los demás les había pasado en algún momento, pero para mí era nuevo. Me encontraba tan desorientado que me parecía estar en otra parte y allí al mismo tiempo, lo que indicaba no solo que ya no sabía con certeza dónde estaba, sino que, fuera el lugar que fuera,

no estaba seguro de querer estar allí, una sensación peculiar imposible de olvidar.

Durante unos instantes, mi mente se dividió, una parte se quedó en el bosque con el rumor de la corriente y la otra en una habitación tenuemente iluminada en un lugar imposible de localizar, en el que se percibía a lo lejos el sonido del agua. Mis sentidos oscilaban a voluntad (pero no la mía) de un estado a otro, tal vez un síntoma de agotamiento y una indicación de la división mental que más tarde no solo me permitiría entender con claridad lo que me rodeaba, sino usar esa laguna entre pensamiento y acción necesaria para el desarrollo espiritual.

Tan llenos de energía como siempre a la mañana siguiente, y con la esperanza de pasar más noches en el bosque, nos ayudamos a colocarnos el equipo los unos a los otros de la manera más cómoda (pues teníamos la espalda escocida por el peso) y nos calamos unos sombreros de ramas con actitud de veterano desenfadado, que duraron puestos el tiempo que permanecimos en el claro.

Había árboles caídos en todos los ángulos. A veces, ejemplares de un diámetro mayor que la altura de un hombre, nos impedían avanzar por el lecho del río. En otras ocasiones, encontrábamos troncos en lo profundo del bosque que llevaban tanto tiempo sin que nadie pasara por encima que al pisar la cobertura de corteza crujiente, la bota se hundía en un interior blando de color púrpura.

Miraba mi mapa de la zona y lo comparaba con el cuaderno. Cada lugar de acampada debía haberse fijado teniendo en cuenta los afluentes del río principal, trazando las posiciones con el compás (lo que a menudo significaba adivinar la identidad de una copa de árbol que sobresalía y era momentáneamente visible al disolverse la niebla o levantarse las nubes), advirtiendo la interrupción en las curvas de nivel del mapa cerca de un barranco o estanque e interpretando un barómetro aneroide antes de usar la fórmula de conversión para calcular correctamente la altura. El sistema de coordenadas que mostraba las posiciones siguiendo cifras de seis

dígitos señalaba nuestro camino con una seguridad muy distante de la que sentíamos nosotros y, si fue correcta del todo, se debió tanto a las conjeturas como a la habilidad en la navegación. Un mayor cuidado no habría proporcionado una prueba mayor de la voluntad de imprimir una pauta en lo que veíamos que no había sido cartografiado, un deseo de sugerir orden donde había poco o ninguno e imponer conocimiento de lo que solo se conocía a medias, tanto sobre mí mismo como en unas cuantas millas cuadradas de jungla.

Ningún lugar se mantenía seco mucho tiempo, pero ya nos daba igual que lo que llevábamos a la espalda estuviera completamente empapado. Cuando estábamos descargando junto al río para arrancarnos las sanguijuelas, vimos el Avro-19 en su búsqueda de los que pensaban que se habían perdido.

Nos adentramos en la jungla por última vez para salvar un barranco y luego vadeamos el río en el que habíamos estado chapoteando el primer día. Casi para sorpresa nuestra, a las cuatro de la tarde, el bosque se abrió y salimos a campo abierto. Hinshallwood cruzó la presa hasta la cabaña y telefoneó al campamento para que nos recogiera un camión. Nuestra andrajosa patrulla, con los pies saliéndose de las botas, marchó cuatro millas más hasta la carretera principal en lugar de esperar a ser recogida en la linde del bosque.

# Capítulo 23

VESTIDOS CON NUESTRO UNIFORME de dril caqui más elegante, nos alineamos ante la oficina del comandante sintiéndonos totalmente culpables. En frases de aquellos días que eran como un bálsamo para la mente: parecía que no habíamos roto un plato en la vida y nuestros argumentos no tenían donde agarrarse.

No podía sentirme más a gusto. El comandante había visto el diario y los mapas trazados durante el viaje y ya había hecho trizas a Coleman y Hinshallwood, así que, al preguntarnos por qué habíamos sido tan chalados como para desaparecer en la jungla durante una semana sin llevar una radio emisora-receptora, no pudimos hacer otra cosa que callar. Durante un rato siguió diciéndonos lo temerarios que habíamos sido, pero detectamos que el semblante se le iluminaba cuando concluyó: «La próxima vez, llevaréis un equipo completo de radio, porque de ahora en adelante seréis nuestro Grupo de Rescate en la Jungla. Sois los únicos de la emisora con experiencia para ir en busca de cualquier avión que se estrelle en este país».

«Habéis tenido suerte», dijo el sargento Flowerdew cuando rompimos filas, y yo me pregunté a qué se referiría, pero no me molesté en preguntarlo. El chequeo médico a nuestro regreso arrojó que había bajado algunas libras de peso hasta quedarme en 137, pero nos consideraron aptos y la vida volvió a la normalidad, de no ser porque la situación de insurrección en la península se deterioraba diariamente.

A millas del campamento y aislados en una cabaña al final de la pista, los radiotelegrafistas eran vulnerables a las balas que los

terroristas disparaban por la noche. El asunto en sí no nos preocupaba, aunque éramos conscientes de que teníamos pocas oportunidades de sobrevivir frente a hombres armados y silenciosos que podían sorprendernos mientras estábamos ocupados con la radio. Ingenié un sistema de aviso sujetando varias latas entre sí con unos hilos que me diera un segundo o dos de ventaja para adentrarme en la oscuridad con mi rifle en caso de que se acercara un merodeador.

Una noche imaginé que una de las latas se había movido (podía haber sido el viento o tal vez estuviera nervioso; desde luego estaba alerta), así que cogí el rifle, dejé a oscuras la cabaña y me deslicé sigilosamente por la hierba convencido de que alguien acechaba entre los árboles donde yo me encontraba a unos cientos de yardas. Me dispuse a escrudiñar en la oscuridad, mi sombra se mezcló con la de la luna creciente y, cuando se movió, apunté y disparé un solo tiro. El agudo eco llegó hasta el cielo y pareció llenar toda la provincia con el ruido, mientras yo retrocedía paso a paso hacia la cabaña y esperaba oculto a cincuenta yardas en caso de que alguien más se acercara o apareciera en la dirección de los árboles.

El ruido del disparo atrajo a una sección del Regimiento Malayo a mi cabaña, pero negué haber disparado y me creyeron. Dudo que nadie fuera herido, aunque no tuve reparos en tirar a matar, puesto que una persona que anduviera a oscuras por la zona en aquel momento solo podía suponer una amenaza. La búsqueda de indicios de una baja por la mañana no reveló nada. Nadie había dicho nada del uso de armas de fuego, a pesar de que el estado de emergencia ya duraba dos meses, pero, puesto que las teníamos, parecía obvio que debía usar mi rifle siguiendo la vieja máxima de que el mejor modo de defenderse era salirle al paso al atacante a medio camino, al menos.

Todas las armas fueron retiradas de las emisoras exteriores y devueltas al arsenal en el supuesto de que, si la cabaña era atacada por el Ejército Popular Malayo Antibritánico (nada menos), obtendría armas y municiones de primera clase con poca o ninguna dificultad.

Como consuelo a nuestro estado de indefensión, se incrementaron las patrullas de soldados nativos malayos en la zona, pero yo vi pocas, y una noche encontraron a todo un pelotón durmiendo en las inmediaciones de un depósito de combustible, una negligencia por la que fueron separados del servicio.

Un radiotelegrafista que se quejó de estar indefenso le dio una botella de *whisky* al sargento del arsenal a cambio de un revólver Smith & Wesson y una caja de munición. Se lo llevaba en su equipo en cada turno y lo ponía cargado y amartillado junto al transmisor de código morse. Yo tenía a mano una botella de ron en lugar de optar por la incierta ventaja de contar con un consuelo más letal o adoptar una actitud que contraviniese las reglas.

Los bombarderos cuatrimotores Lincoln del Escuadrón 97 volaban a Malasia desde el Reino Unido y empezaron a bombardear los supuestos escondites de la guerrilla en la jungla. Los doce despegaban de la isla de Singapur y se dirigían al noroeste, con sus radiotelegrafistas compitiendo por ser los primeros en obtener una posición. Yo anotaba los indicativos que llegaban en forma de vibración en código morse y le pedía que esperase y, cuando estaban en el orden de cola debido, iba uno por uno dándoles posiciones. Todas estas eran claras y precisas, aunque me costaba creer que sus bombas fueran efectivas en la clase de jungla que yo conocía. Pero era excitante trabajar a la vez con tantos radiotelegrafistas tan experimentados en el cielo en lugar de pasar hora tras hora escuchando un montón de interferencias que te ponían dolor de cabeza.

Una compañía de la Real Infantería Ligera de Yorkshire se alojó en tiendas de campaña en los límites del campamento y el *HMS Belfast* usó el puerto de George Town como base para patrullar a lo largo de la costa en busca de embarcaciones que pasaran armas de contrabando a los terroristas. No teníamos demasiada consideración con los señalizadores del ejército de tierra que una noche trataron, y no muy bien, de enviar un mensaje luminoso al *HMS Belfast*. Ronald Schlachter se hizo cargo al final y lo envió.

Schlachter y yo nos reímos de la situación de emergencia al idear las «Órdenes de Rutina sobre la Guerrilla», que convencimos a un empleado de que imprimiera en papel oficial y colgara del tablón de anuncios junto a las verdaderas Órdenes de Rutina de la Emisora. Entre otras tonterías decía: «La guerrilla prepara una emboscada a las 0630 horas en la posición de referencia en el mapa 123987, *stop*. Tiren a dar a los soldados que no tengan las rodillas marrones desde el barco con fuego cruzado entre el muelle y los naafi, *stop*. Firmado por el Almirante Rojo: Taberna Haz la Cuenta». Fueron motivo de diversión por unos días hasta que un airado suboficial las arrancó.

Esperaba estar en el Extremo Oriente dos o tres años, pero se decidió que las tropas se licenciaran en Blighty en julio, después de escasos dieciocho meses. Me pareció que era un despilfarro por parte de las Fuerzas Aéreas, que se habían tomado tantas molestias en nuestro entrenamiento, dejarnos ir justo cuando habíamos alcanzado la cima de nuestra competencia.

Belb, acrónimo de «balancearse en la barca», era un código de grupo que nos enviábamos cuando estábamos muertos de aburrimiento, y yo no sabía si quería irme o no, un fuego fatuo al que nada le importaba, en cierto sentido, arrastrado por la euforia general de los hombres de la estación, que unánimemente deseaban volver a la vida civilizada, tal vez más capaces que yo de imaginar el futuro. La mayoría creía tener un trabajo que retomar y no les importaba mucho que no fuera así, pues en aquellos días había trabajo para todos. Para mí, la desmovilización fue un precipicio por el que me deslicé en caída libre hacia la realidad, pero en mi horizonte solo veía el barco que saldría de Singapur en seis semanas.

Sin embargo, tuve que tomar una difícil decisión, porque el jefe de señalizadores, el teniente de vuelo Power, me llamó a su oficina y me preguntó si no me importaría quedarme unos años más. Tal vez lo hiciera porque semanas antes el radiotelegrafista de un avión me había mencionado en un informe que decía que debían darme

las gracias por el modo en que había trabajado en circunstancias difíciles. Tal vez me lo planteara porque yo era voluntario y no recluta.

Tenía que responder, no podía pensármelo, y allí estaba yo sin habla ante la acuciante interrogación. Me tentaba quedarme, pues era tan feliz en Malasia como en cualquier otro lugar y la radiotelegrafía era un trabajo asequible que habría podido hacer hasta el final de mis días. Si me hubieran dado tiempo para pensar habría dicho que sí, pero me sentí ligeramente desleal cuando una voz interior insistió en decir que no, lo cual, conforme fueron las cosas después, demostró ser la decisión correcta.

Como me había comprometido ya, jugué con la idea de usar mi hoja de servicios para conseguir un Certificado General de Radiotelegrafía en la dirección de correos y convertirme en oficial de radio en la Marina mercante. Si no quería tomarme tantas molestias, podía reengancharme en las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y recibir el doble de paga por el mismo trabajo. Lo único que quería era vivir sin esfuerzo y trabajar en lo que me gustaba, y que tomaran por mí las decisiones importantes.

Pasaron las últimas semanas. El estribillo «balancearse en la barca» sonaba a lamento en los barracones en lugar de a esperanza y expectación, como si el momento no fuera a llegar. El supuesto estado de emergencia había perdido toda la emoción y adquirido el carácter trivial de una ola criminal que duraría (como realmente ocurrió) años. A veces disparaban desde los arbustos a los trenes entre Kuala Lumpur y Singapur, pero, cuantos más asesinatos y tumultos perpetraba la guerrilla, menos éxito parecía que fuera a tener.

Tras mi último turno de radio, nos transportaron a una docena de nosotros con todo el equipo y una maleta a la estación ferroviaria de Prai. Viajamos a Kuala Lumpur en un vagón con asientos de madera e hicimos transbordo al anochecer a otro con literas para que estuviéramos más cómodos, pero que nos hizo sudar más que dormir. En veinticuatro horas llegamos al Empire Dock de Singapur

y, el 23 de julio, nuestro barco de transporte, el *Dunera*, de once mil toneladas, fue despedido con las gaitas de una banda escocesa.

De pie en la cubierta inferior mientras cruzábamos la bahía de Bengala, me cayó en el dorso de la mano una gota de agua que me supo a ácido. El barco se abría paso cómodamente entre las aguas del monzón a una velocidad media de doce nudos, no mucho más que la velocidad de una bicicleta. Cada cuatro días atrasaba mi reloj una hora, un gesto mecánico que sugería que, incluso en un barco de transporte, alguna clase de futuro era posible.

En ocasiones lamentaba haber dejado Malasia. Me afectó sentimentalmente cuando *Más allá del horizonte azul* sonó por los altavoces del barco. A diferencia de mi acostumbrada personalidad extrovertida, prefería estar solo todo lo que podía. Me levantaba por la mañana antes que los demás, me afeitaba en paz y me ponía un uniforme limpio, porque después de las ocho el agua de la ducha era del mar.

Los marineros asiáticos manejaban mangueras tan gruesas como sus cuerpos, anacondas de acero que expulsaban el agua salada hacia los imbornales. La habitual música de marcha militar sonaba a las diez por los altavoces, mientras la cuerda de nudos de los días nos iba devolviendo a Europa. No había nada que hacer salvo lo que de vez en cuando ordenasen, así que trataba de reunir paciencia, me bebía en la cantina una pinta de cerveza, jugaba una o dos partidas de dardos en el bamboleante salón y leía (entre otros libros) *Las confesiones de un posadero*, de un tipo divertido aunque esnob llamado Fothergill.

En el servicio de mamparo, me tocó hacer guardia junto a las puertas de acero en las mismas entrañas del barco, que se cerrarían herméticamente si el mar entraba (no sabía si a causa de las minas o los icebergs), lo que me ayudó a dominar la pesadilla de que un muro de agua se cernía repentinamente sobre mí. Estar despierto toda la noche y sereno no era nada para un radiotelegrafista, pero si el agua entraba sería imposible salir del barco desde un lugar tan profundo.

En el mar Rojo las duchas eran cálidas y oleosas para la piel y el zumo de lima tibio. Me quedé dormido en la cubierta al sol y el sudor de mi cuerpo se deslizaba sobre la madera como la meada de un borracho. Tendría que haber sido más precavido, pero me las arreglé para ocultar la piel quemada cuando volvimos a cruzar el paso de los Israelitas y atravesamos de noche el canal. Unos días más tarde rodeé con un círculo en mi mapa Pantellaria, de cuyo faro el resplandor resultaba más atractivo porque se hablaba italiano en la isla.

Al pasar por Gibraltar llegó la orden de cambiar el uniforme por el del Servicio Nacional de Radio, volver a los pantalones con la raya bien planchada y una insignia metálica en la gorra que reluciera en el aire salino. Las hamacas colgaban en el claustrofóbico calor de abajo, lejos del clima áspero, y teníamos que encogernos si bajábamos tarde para no tropezar con las extremidades de quienes ya se habían instalado cómodamente. El suboficial de servicio hacía su ronda iluminando con su linterna para ver si todo iba bien o comprobar que nadie se había caído por la borda.

Ni el mar tormentoso me quitó el apetito y, tal vez por aburrimiento, subía y bajaba las escalerillas hasta la cocina en busca del desayuno y lo repartía: una gran tetera, un canastillo de pan fresco, un plato de mantequilla, un tarro de piedra de amarga y excelente mermelada y una olla de acero con huevos, salchichas y tomates.

A la altura del golfo de Vizcaya, palpé en mi mochila en busca del último puro malayo y subí a la cubierta superior huyendo del fuerte viento para encenderlo y tener mejor vista del agua turbulenta, las ventanas resplandecientes sobre el blanco del puente; todo el barco se estremecía en su avance cabeceante. Me sentí poderoso (y feliz) como si hubiera vivido eternamente y viera esa clase de futuro que solo aquellos que viven el día a día son capaces de vislumbrar, vacío pero sin final. La absoluta falta de miedo de encontrarme al borde de un acantilado sin riesgo de caer me dio confianza para enfrentarme a lo que quiera que me deparase

el futuro. La hermosa mañana había terminado, pero me esperaba un mundo de cosas nuevas.

# Segunda parte

# Capítulo 24

LA CAUSA ES LA HERENCIA: las circunstancias solo consiguen exacerbar, aunque pasaron algunos años antes de que pudiera formular tal afirmación. Cuando me dijeron en el campamento de desmovilización de la base de la raf en Warton, Lancanshire, después de viajar toda la noche en tren desde Southampton, que habían visto indicios claros de tuberculosis en una radiografía, motivo por el que era necesario que me quedara durante una temporada sin especificar para someterme a tratamiento, fue como si una descarga eléctrica atravesara mi sistema biológico, al que mi cerebro estaba indudablemente unido.

Ese hecho sorprendente me sumió en una depresión tan profunda como desbordante era la euforia a bordo. Aunque era lógico pensarlo, nada, dadas las circunstancias, podía hacerme retroceder en el tiempo. Parecía inconcebible que alguien como yo pudiera estar contaminado por la desagradable enfermedad de la tuberculosis, aunque la ciencia, como yo siempre había creído (y era incapaz de negar ahora), no mintiera. Hasta entonces había imaginado que nadie iba al médico salvo que se rompiera las extremidades o estuviera sangrando copiosamente por numerosas heridas, lo que hacía que justificadamente te llevaran corriendo al hospital. Tampoco visitabas al dentista salvo que estuvieras muriéndote de dolor y con la cara como un balón de fútbol. La cuestión era esta: estoy en pie, luego estoy sano, y de repente, aunque de pie, me decían que solo era apto para estar en una cama de hospital. La sencillez se había esfumado para siempre.

Mi amor propio estaba hecho trizas, con un estado de ánimo que fluctuaba en aquellos primeros meses entre la rabia y la lástima que sentía por mí mismo. La intensidad del trauma provocó un desplazamiento de placas tectónicas que tardaría media década en asentarse. De ser, como había creído alocadamente, el dueño de mi destino, tenía que reconocer que el Destino era una maliciosa piedra de demolición con el que costaría mucho convivir.

Una vez que mis amigos, estrechándome la mano afligidos, hubieron cruzado alegremente las puertas con sus limpias maletas de cartón de desmovilización, me dieron diez días de permiso y me dijeron que volviera al campamento para someterme a más pruebas. Al cruzar Manchester con mi mochila, en apariencia un impecable aviador de vuelta de ultramar que esperaba pasar un buen rato, no me sentía en peor estado de salud que los que me rodeaban. Aun así, volver a casa después de dos años perdía necesariamente algo de su encanto y para atenuar mi desesperación (aunque el hábito de la disciplina absorbido desde los catorce años me estaba resultando muy útil en esos momentos), empecé a dudar del diagnóstico del oficial médico de que hubiera empezado a pudrirme por dentro. Se me ocurrió la posibilidad para salvaguardar mi orgullo de que la radiografía se hubiera confundido y que todo pudiera enderezarse.

Les dije a mis padres que no me encontraba muy bien después del tiempo pasado en Malasia y que tal vez tendría que pasar un tiempo de convalecencia en el hospital. Encontraron la explicación razonable y no hicieron preguntas. Mis viejas amigas se habían casado o marchado o estaban ocupadas en otras cosas, y no recuerdo cómo pasé mi permiso. El hábito de anotar las novelas leídas durante aquel año en un libro de registro de radiotelegrafista no revela recuerdo alguno en aquellos diez días.

No me sentía infeliz por estar de vuelta en Warton, ansioso por saber si sufría tuberculosis de verdad y, si era así, hasta qué punto estaba enfermo. Durante tres semanas estuve aislado en un pequeño pabellón en el ala de enfermos para prevenir el contagio, casi como un leproso en Pulau Jerejak. La experiencia de ser

separado del mundo era nueva: una pieza de equipo obsoleto para la que nadie encontraba utilidad.

Un hombre silencioso me llevaba puntualmente la comida y me dejaba hacer la cama, y una vez vi a un médico al ir a hacerme más radiografías. Aparte de la desesperación constante, lo que más me alegraba era el hecho de estar solo, pues no quería que nadie más fuera confinado en el pabellón y verme obligado a explicar la razón por la que me encontraba allí. Recuerdo haber leído *Muchas cargas*, de W. W. Jacobs, *El alimento de los dioses*, de H. G. Wells y una novela de J. B. Priestley, así como algunos capítulos de mi Biblia.

En mi mochila había cuadernos y mapas de Kedah y, al comienzo de la tarde, la peor parte del día, me acercaba la mesa portátil de cama y empezaba a escribir un relato coherente de la expedición. Durante algunos días viví felizmente ajeno a la angustia que se había instalado en mí y reviví la excursión a la jungla, lo que probaba que el dolor mental dejaba de sentirse si hacía algo que me absorbiera por completo. Convertido en dos personas, elegí ser la que no conocía la pena, sin dudar de cuál era más compatible. No entendí aquella primera señal de que escribir podía extirpar el dolor de vivir.

Más radiografías del interior de mi cuerpo revelaron cavidades en mi pulmón izquierdo y que el derecho también estaba marcado por la enfermedad, un mapa lunar que no habría imaginado ni en mis más enfebrecidos sueños topográficos. Estaba perplejo respecto a cómo había contraído la enfermedad, pues desde luego no se cogía en la jungla, aunque hubiera respirado los efluvios en un autobús en George Town. La especulación se convirtió en un fastidio circular que no llevaba a ninguna parte, excepto como analgésico para el espíritu desconcertado. En ocasiones pensaba que me iba a estallar la cabeza de pena, aunque desde fuera nadie habría dicho que se me veía afligido, de lo que me aseguraba gracias a una meticulosa observación de mí mismo. Solo esperaba no volverme loco en el intento.

Me ordenaron que hiciera el equipaje y me dieron un billete de tren para la base de la raf en Wroughton, en Wiltshire. El viaje, con transbordo en Crewe (cuyo recuerdo no estaba muy lejano) y Bristol, resultó una pausa de bendita normalidad. Al salir de la estación de Swindon, cargaron en el tren del que yo acababa de bajar un ataúd con el cuerpo de un aviador que había muerto de tuberculosis en el hospital al que me habían destinado.

En Wroughton, dieciséis millas al noreste de la escuela de radio, afirmaron sin lugar a dudas que yo había dado «positivo en tuberculosis». Así fue como llegué a un pabellón con otros treinta hombres en condiciones similares. Lo que tenía que aceptar, y me llevaría mucho tiempo, era que ya no volvería a ser clasificado como persona con una salud plena. Se consideraba que las personas que tenían tuberculosis, si no morían, estaban acabadas o eran a lo sumo parias sin ocupación. De querer ser de primera clase en todo había pasado a estar derrotado en un aspecto en el que no había esperado tener problemas. El hecho de que veinticinco mil personas al año murieran de lo que yo tenía no me preocupaba tanto como haberme encontrado con una puerta cerrada en el camino que siempre me había parecido que se abriría a una promesa infinita.

Ahora que las pruebas que arrojaban las radiografías y los análisis de esputos eran irrefutables, empezó otra clase de normalidad, la de dos hileras de hombres encamados mirándose a la cara durante un tiempo interminable, con las encantadoras enfermeras del hospital Queen Alexandra y las deliciosas celadoras de las waaf, que recorrían suavemente el pulido suelo cuidando de nosotros. Ninguno de nosotros habría parecido enfermo caminando por la calle fuera de allí o eso es lo que incluso ahora me gusta pensar. La mayoría de los hombres eran más jóvenes que yo y les habían diagnosticado la enfermedad durante el entrenamiento o antes de enviarlos a ultramar.

El tratamiento consistía sobre todo en reposo y nos cuidaban de una manera extraordinaria, con una dieta excelente que incluía una botella de cerveza negra dispuesta en la mesilla por la mañana. No

estaba prohibido fumar y, a falta de mis puros malayos favoritos, pedí cien puros pequeños y la cajita de madera me llegó justo para Navidad.

Al entrar por primera vez en el pabellón advertí que un hombre estaba leyendo *Historia de la filosofía occidental*, de Bertrand Russell, mientras otros dos discutían la sinfonía *Inacabada* de Schubert, que emitirían esa tarde por la radio, lo que parecía dar el tono intelectual peculiar de la raf. Un juego de auriculares por cama estaba conectado a un sistema de radio y sintonicé el Tercer Programa, de modo que pronto me familiaricé con la música de los grandes compositores.

Cada mañana llegaban el *Times* y el *Daily Telegraph*, en los que se anunciaba que el Servicio Colonial[15] necesitaba topógrafos y radiotelegrafistas, anuncios que yo leía como epitafios poéticos en la lápida de mi anterior ambición. Tras consolarme irónicamente con ellos buscaba compensación en el crucigrama. Mi habilidad había mejorado considerablemente tras pedirle prestado un diccionario tesauro a un tipo que estaba a varias camas de la mía. En cuanto a las noticias del mundo, los rusos ya no eran valientes ni aliados como durante la guerra y los americanos y la raf trataban de romper el bloqueo de Berlín occidental.

Un curso por correspondencia de topografía me ayudó a mantener mi agudeza cerebral. Con el libro de texto abierto y una hoja de papel grafito extendida sobre la mesa portátil de mi cama, tracé planos de calles y haciendas rurales imaginarias, parecidos a los que Burton me había dado de niño. Mi hermana Peggy, pensando que me iba a embarcar en una nueva carrera, me envió un diario para ingenieros para el año 1949 que contenía interesantes datos matemáticos.

Envié mi relato de la ascensión al pico Kedah a Hales, de mi viejo escuadrón del Cuerpo de Adiestramiento Aéreo de Nottingham, quien me lo devolvió mecanografiado con una carta en la que me aconsejaba que tratara de publicarlo. Ya tenía escritos algunos poemas y breves esbozos en prosa en mi libro de registro de

radiotelegrafista, de modo que su sugerencia no me pareció disparatada y en enero envié «Pico Kedah» a la revista *Geographical* y, cuando lo rechazaron, a la revista *Wide World*, que también lo descartó. Al mismo tiempo traté de que un periódico llamado *Everybody's* publicara un poema.

Durante 1948, la lista en mi cuaderno señalaba que había leído treinta y ocho novelas, la mayoría literatura de evasión que cogía del carrito que las mujeres del wvs[16] llevaban cada pocos días al pabellón. Disfrutaba de los libros de aventuras y de viaje tanto como cualquier explorador, pero también estaba *De Bapaume a Paschendaele* de Philip Gibbs (que suscitó mi interés por todo lo que tuviera que ver con la Gran Guerra), *La feria de las vanidades* de Thackeray, *Guía de la música* de P. A. Scholes y una biografía de Chopin.

Aunque confinado a «reposo absoluto», pronto me las arreglé para liarme con una celadora y muchos de mis supuestos poemas eran triviales versos de amor escritos para ella, que parecía impresionada. Nos encontrábamos cada noche al apagar las luces en un almacén al final del pabellón y, por fortuna, sobre todo para ella, no descubrieron nuestro nido de amor clandestino.

Frankie Howard fue a estrechar las manos y a dar ánimos a todos los pacientes del hospital. Como había estado fuera del país, no conocía su fama ni su talento y no se me ocurrió nada que decirle a cambio de la visita. No era necesario, por supuesto, pero lo cierto es que yo tampoco tenía ganas de fingir amabilidad con alguien que no conocía, aunque fue generoso por parte de un cómico tan célebre hacernos aquella visita.

Mis pulmones no respondían al tratamiento, tal vez porque el espíritu no estaba por la labor de ayudar, hundido en la ignominiosa capitulación del cuerpo al del germen de más baja estofa. El jefe de escuadrón O'Connor, oficial médico en jefe, decidió que un neumotórax artificial podría ayudar. Eso suponía una operación de poca importancia para cortar las zonas lesionadas que unían el pulmón a la pared pleural. Una vez hecho eso, el aire bombeado

mediante una aguja al pecho cada diez días permitiría allanar el pulmón flotante y evitaría que hiciera el trabajo habitual. Solo permitirían que el pulmón retomara sus funciones normales cuando, como se esperaba, la infección se hubiera curado y, mientras tanto, lo que podían ser años, podría vivir perfectamente usando solo un pulmón en el supuesto de que no hiciera tonterías como escalar montañas, remar, montar en bicicleta o transportar maletas pesadas.

El ingenioso proceso científico había hecho que mucha gente mejorase, y la operación en sí apenas incomodaba. Al volver a la cama engullí una botella de la deliciosa cerveza negra que devolvía a la vida y me fumé un fragante puro para diversión de la enfermera Monica Jones, para celebrar el primer corte profundo de mi vida antes de quedarme dormido.

Pedí prestada una máquina de escribir para ver cómo quedaban mis poemas impresos y su apariencia, si no su calidad, era tan distinta que adquirí por veintiséis libras una Remington portátil restaurada de un viajante que pasó por el hospital. Me habían enseñado mecanografía en la Escuela de Radio y, aunque llevaba sin practicar desde entonces, enseguida estaba tecleando a toda velocidad. Mi chica me llevó cintas y papel de Swindon y, cuando mi viejo amigo de Nottingham, John Moult, me envió un billete de una libra por mi vigésimo primer cumpleaños, le pedí que consiguiera la *Selección de Tennyson*, de Auden, el primer poeta inglés que leí con placer y atención.

Media docena de volúmenes de poesía moderna, de los que no recuerdo ninguno en particular, me mostraron el lenguaje y los temas habituales. Estudié el largo y detallado apéndice sobre prosodia en una selección de Wordsworth, leí *Omar Khayyam* de FitzGerald, los poemas reunidos de Rupert Brooke con las memorias de Edward Marsh y algo de Coleridge, todo lo que caía en mis manos. En prosa leí *De Profundis* de Wilde, *La antorcha viviente* de A. E. e hice un intento con la *Crítica de la razón pura* de Kant, que la madre de mi chica me envió junto a algunas obras de Edward Lear.

La calidad empezó a predominar y en los meses siguientes fue posible elegir cada vez más: *Una habitación propia*, dos obras de George Bernard Shaw, *En peligro* de Richard Hughes, *Cándido* de Voltaire y *Bel Ami* de Guy de Maupassant. La traducción de la *Odisea* por E. V. Rieu me puso en la pista, durante los dos años siguientes, de todos los clásicos griegos y latinos, que provenían de una época muerta, pero yo saboreaba el reservado lenguaje de las historias, la elegante poesía con la que hablaban y se hablaba a los dioses, las filosofías que agudizaron mi inteligencia en gran medida y las obras dramáticas que recreaban la leyenda con un efecto tan conmovedor.

Mi Biblia (las Escrituras judías) apelaba a una parte más profunda; su lenguaje llegaba hasta la médula y me daba consuelo en mi transición de una vida a otra. La belleza de la versión del rey Jaime y la sombría rectitud de los antiguos hebreos encontraron en mí una duradera respuesta.

El correo era importante y mantenía correspondencia con Schlachter, Gladstone y otros. Coleman escribió desde Malasia para contarme que el Equipo de Rescate de la Jungla de Butterworth había llegado a la cima de una montaña por encima del pico Kedah desde donde se divisaba este, lo que me provocó momentáneas punzadas de dolor y envidia.

Al despertar de mi acostumbrada siesta me encontré a mi madre y a John Moult sentados junto a mi cama. John dijo que había ganado algo en un partido de fútbol y había costeado el viaje de ambos. Aún servía en el Real Cuerpo de Señales como radiotelegrafista.

El neumotórax artificial hizo que pronto mejorase mi situación y, como la intensidad de los rayos X se redujo y la tasa de sedimento de mi sangre bajó, cumplía con puntualidad los periodos que me permitían estar fuera de la cama. Cada pocas semanas se fueron añadiendo dos horas extra hasta que llegué a estar levantado todo el día menos el tiempo de la siesta. Nada era más importante que esa vuelta moderada a la actividad y la libertad.

Aunque no lo había previsto, me puse el uniforme y salí por la ventana del balcón. Los pacientes a los que se les permitía pasear por el jardín del hospital se distinguían por una camisa blanca en lugar de azul; y debidamente vestido, paseé entre los edificios como si tuviera permiso y caminé junto a la valla hasta encontrar un lugar por el que saltar. Al cruzar los campos, después de cubrirme detrás de los setos, el olor de la vegetación era embriagador y canté *Greensleeves* por mi libertad robada. Algunos días vagaba por las colinas cercanas y en ocasiones como en una larga tarde de verano, me encontraba con mi joven mujer, con su rostro angelical y su pelo castaño, en el *pub* del pueblo.

Por falta de tiempo, el curso de topografía quedó en suspenso, aunque agradecía su ayuda y conocimiento. La ilustración obtenida con la lectura empezaba a llenar rápidamente los espacios vacíos, y la habilidad para escribir, aunque en un estado incierto todavía, aportó ese sentido sin el que nunca he sido capaz de vivir.

Un libro que leí más de una vez fue *El gigante del bosque* de Adrien le Corbeau, traducido por J. H. Ross, que era, según explicaba la nota del editor, T. E. Lawrence. El escritor describía en ciento cincuenta páginas de prosa estilizada y aforística el nacimiento y muerte de una enorme secuoya, *Le Gigantesque*. Una joven me había dado en mano un ejemplar después de una conferencia en la Universidad de Nottingham y el principio me cautivó:

> Durante años y años creció sobre las llanuras, entre los altos pastos de la pradera, bajo las bóvedas susurrantes del bosque. En ningún momento, con frío o calor, bajo los cielos azules o los cielos ensombrecidos por la lluvia, el granizo y la nieve, dejó de crecer. Un día la luz del sol la doró, pero no se detuvo; otro día la empaparon grises rachas de lluvia, sin enfriarla. Fue sepultada, en apariencia para siempre, por ventisqueros de nieve, pero no herida. Cruzó cataratas de luz e inundaciones de sombra; fue mecida por vientos suaves y empujada vertiginosamente por

estridentes ráfagas de ciclónicas, y se enfrentó a todo ello (la dulzura del día, la oscuridad de la noche, el invierno, las primaveras, los veranos) con la misma apatía sumisa, invulnerable. Esperaba su hora, dispuesta si era necesario a esperar mucho más.

El contenido y el modo de contar se ajustaban a mi situación y ejerció cierta influencia, en la medida en que la idea de la ciencia emparejada con la mística estaba en consonancia con mi experiencia en el bosque y el aspecto teórico de la radio. El relato del nacimiento, vida y muerte de un árbol incluía reflexiones sobre la conmoción y el dolor de la existencia del Hombre que me dieron un tipo de perspectiva cuando más falta me hacía. No podía estar de acuerdo, por ejemplo, con que «la memoria es la sombra de una actividad en repliegue» y «la interacción de los acontecimientos externos sobre nuestro destino parece tan inexplicable como las influencias heredadas que nos dirigen desde dentro». Tampoco podía negar que «en la oscuridad se encuentra el principio de todos los procesos creativos» ni que «todo principio es un fin y todo acaba para volver a empezar». Al dorso de mi diario de ingeniero copié algo que parecía aún más relevante: «Si la enfermedad podría considerarse vejez prematura, la vejez podría considerarse un lenta enfermedad».

Como había cobrado suficientes atrasos tracé un plan para pasar parte de mi siguiente permiso en una casa de huéspedes cerca de Exmoor con mi chica. Habíamos leído la novela *Lorna Doone* y hablábamos, cuando no nos dedicábamos a nada más agradable, de visitar los lugares relacionados con esa romántica novela. Por desgracia, al volver a casa por unos días, le mencionó el asunto a su madre, que lo desaprobó con tanta vehemencia que la convenció de que era peligroso haberme conocido y que debería dejarme. A su vuelta fue trasladada a otro pabellón, aunque de todos modos creo que nuestra amistad se estaba enfriando y que o bien se había

enamorado de otro o veía obstáculos demasiado difíciles de superar ahora que yo volvía a ponerme de pie.

Seis semanas de permiso a finales de julio fueron una recompensa adecuada a mi pesar y decepción. Yo desde luego me sentía un hombre nuevo en el andén del tren de Londres en el que había llegado a la misma estación nueve meses antes.

La novedad de vestir de civil me resultó grata y, durante aquellas semanas veraniegas en Nottingham, realicé una visita sentimental a lugares memorables que había recorrido con chicas de otra época. En una bicicleta prestada, con mis pantalones de Malasia, exploré las viejas vistas de Misk Hill, Hemlock Stone y otros lugares del valle del Trent. Mi hermano Michael, que tenía ya diez años, se vino conmigo a Clifton Grove, un bello lugar que había descrito en sus poemas Henry Kirk White, muerto a los veintiún años a causa de la enfermedad que mi organismo había derrotado porque yo había tenido la suerte de nacer cien años después.

Mi cuaderno estaba lleno de poemas, la mayoría rimados y escandidos. Compré *Los principios de la métrica inglesa* de Egerton Smith, el manual de prosodia definitivo de la época, y experimenté, con algo de rigidez, todas las formas poéticas. Usando la biblioteca pública o seleccionando en la tienda de Frank Wore, y comprando ediciones de bolsillo, leí a Esquilo, las dos partes del *Fausto* de Goethe y la trilogía del más allá de Dante (que no me convenció de que hubiera que esperar un estado semejante), dos novelas de Dostoievski, *Un mes en el campo* y *Poemas en prosa* de Turguénev, así como el relleno habitual de Dumas, Wells, Aldous Huxley y otros, restos espléndidos de una lista de los clásicos de Penguin y un catálogo al final de un volumen de Everyman’s Library. No era necesario que nadie me señalara lo que debía leer ni me dijera lo que debía pensar de cada libro. El alimento de semejante apetito era sencillo y barato, y un gusto innato me guiaba hacia lo mejor en una época en que solo lo mejor era suficientemente bueno. Nunca leí un libro que no fuera grato y, disfrutando de todo porque era

bueno, aprendí más que si me hubieran dicho qué debía leer o por una sensación de deber.

Durante el resto de mi permiso tuve una relación amorosa con una mujer joven que hacía la calle. La llamaré Joyce, pues su verdadero nombre solo sería relevante si ahora fuera conocida por su trabajo en los escenarios o en los medios de comunicación, o por rumores en los periódicos o por todas esas cosas juntas. Como aún vive y está casada, prefiero correr la cortina del duelo sobre algo maravilloso que murió hace mucho tiempo.

A finales de septiembre volví al centro de desmovilización y pedí un terno azul marino de raya diplomática, deportivo aunque con estilo, así como un impermeable y un sombrero que no usé nunca. De esa guisa quedé a comer con George French en Manchester y recordamos la ascensión al pico Kedah como dos veteranos, un gran acontecimiento que parecía haber sucedido un siglo antes. El tren de vuelta a Nottingham atravesaba el paisaje más hermoso de Derbyshire por una ruta que ya no existe, entre destellos de *Pasteles y cerveza*, de Somerset Maugham.

La licencia absoluta del ejército, señalada en el cuaderno con el registro de mis pagas, se produjo a finales de diciembre, pero antes de relegar al olvido el destrozado cuaderno tuve que plantear la pregunta: ¿qué había aprendido en los últimos cuatro años? Morse, por supuesto, y la facilidad para leer la música y los secretos de las esferas, conocimientos que me acompañarían el resto de mi vida. En materia de electricidad básica no olvidaría la ley de Ohms, que en su importancia absoluta decía: «La corriente en un conductor es directamente proporcional al voltaje aplicado».

Había incorporado la instrucción física a mi cuerpo para siempre, la habilidad para estar de pie durante horas sin caerme, lo que me preparó para las fiestas de Londres en una época imprevisible aún. Era capaz de vivir al día y no temer indebidamente al futuro, sabiendo ahora las jugarretas que podía gastar. Existir parsimoniosamente y por hábito no había sido nunca un problema y esos atributos básicos me serían muy útiles.

Después de siete años salía del mundo de la aviación y «dejaba de cumplir los requisitos físicos de la Reales Fuerzas Aéreas, aunque era apto para el empleo en la vida civil», como decía mi certificado de baja en el servicio. Las Fuerzas Aéreas, a través del Ministerio de Pensiones, cuidarían de mí durante otra década y la circunstancia divertida de estar «jubilado» a los veintiún años no me permitía sentirme en modo alguno físicamente impedido.

Como recordatorio para salir del país lo antes posible, obtuve un pasaporte que indicaba que mi profesión era «ninguna», lo que me agradaba porque implicaba que podían considerarme una persona que disfrutaba de unos ingresos privados. Los detalles físicos indicaban que tenía los ojos azules, el pelo castaño y una altura de cinco pies y ocho pulgadas.

# Capítulo 25

CON MIS DOS HERMANOS EN LA ESCUELA, y fuera de casa también muchas tardes, tenía para mí solo el dormitorio durante todo el día para leer y escribir. Pronto aprendí a no hacer caso al ruido que provenía de la fábrica Raleigh al final de la calle, a treinta y cinco yardas de distancia, ni al alboroto que hacían los niños bajo mi ventana. Me alimentaba con una libra a la semana, lo que me dejaba un margen de tres libras y once chelines para gastarlo en libros, correo, artículos de escritorio y tabaco. La relación con Joyce duró una temporada, aunque terminaría pronto porque yo no tenía intención de comprometerme ni casarme.

Los poemas y relatos recibieron el rechazo de *Argosy, Chambers's Journal, Poetry Review, Lilliput, The Listener* y *London Opinion*. Decepcionado pero no desalentado, el último día de 1949 envié por correo al *Nottinghamshire Weekly Guardian* «No dispares en la oscuridad», un relato ambientado en Malasia sobre un perro sin dueño que vaga por los alrededores de la emisora de radio, que el radiotelegrafista trata de matar por dañino. Cuando el animal se pone por fin a tiro, se da cuenta de que no puede hacerlo, aunque en el incidente original el perro sí fue abatido. Me esforcé mucho en el relato y debí de contar las 1428 palabras con el mismo cuidado con que un radiotelegrafista teclea un telegrama más bien largo.

En algún momento del otoño, mis primos me llevaron un sábado por la tarde a ver un partido de fútbol entre el Notts County y el Bristol City. Como no había visto ningún otro partido antes (ni tampoco después), me pareció interesante tanto por la observación de quienes me rodeaban como por los confusos bailes del balón.

Cerca de mí había un hombre que no creo que pudiera distinguir lo que pasaba en el campo. Al principio se quedó pasmado cuando el equipo local perdió, y después abandonó el estadio con un enfado monumental que me hizo temer por la paz de su familia cuando llegara a casa. Un mes o dos después escribí un relato titulado «Mirada torva», que al final terminó titulándose «El partido», en el cual el tipo le pega a su mujer tal paliza que ella lo abandona.

Leí, entre otros, algunos títulos de Arnold Bennett y más Somerset Maugham, pero también *Crimen y castigo* y *Humillados y ofendidos* de Dostoievski, así como los relatos de Maupassant. En el modo clásico leí a Jenofonte, Tácito, Sófocles, Virgilio y Luciano, intercalándolos con libros de versos, relatos rusos de Pushkin a Gorki y *Père Goriot* de Balzac, empezando por fin en el continente de los abonados a las buenas causas, tanto para poblar el desierto de mi entendimiento como porque era todo un placer consumir libros.

Con la idea en mente de que mis experiencias en Malasia pudieran resultar interesantes a los demás, empecé un relato cronológico, y dividí la serie de acontecimientos comunes que allí tuvo lugar en capítulos. Usé hojas de papel pautado para el primer borrador a mano, y luego lo mecanografié, un total de unas cincuenta mil palabras.

Al hablar con Hales, en la oficina de su empresa de calcetería al por mayor, sugirió que me uniera al Club de Escritores de Nottingham. Su mujer, la poetisa Madge Hales, cuyo libro *Pena de silencio* acababa de ser publicado por Fortune Press, ya era miembro. El club se reunía mensualmente y en la primera reunión aprendí cómo debe enviarse un manuscrito a un editor, una ventaja para mí cuando en 1950 envié *Las verdes colinas de Malasia* a la editorial Edward Arnold Ltd., en Londres.

Contacté por esa época con Frederick, el hermano de mi padre, el diseñador de encajes que en los años veinte se había llevado a Londres en un capitoné el mobiliario impagado de su casa. En 1936 había abandonado a su mujer, a sus hijos y una buena vida como

diseñador de bordados para volver a Nottingham y convertirse en el artista que siempre había sentido que era. Ocupaba, bajo el nombre de Silliter como precaución no fuera a encontrarse con algún acreedor que aún lo recordara, dos pequeñas habitaciones que hacían de estudio y vivienda en el último piso de un edificio ruinoso en el centro de la ciudad.

Un hombre hecho a sí mismo de la cabeza a los pies, en su momento fue cristadelfiano (y objetor de conciencia en la Gran Guerra), aunque ahora no estaba sujeto ni ligado a ningún credo. Dueño de conmovedoras reminiscencias, era, sin embargo, celoso de su tiempo y no me veía con frecuencia. En una ocasión me despidió con instrucciones para que sacara de la biblioteca y leyera *Mesías salvaje* (sobre el escultor Gaudier-Brzeska) e *Inmarcesible*, la historia de la relación entre Eleonora Duse y Gabriele d'Annunzio, así como traducciones de Verlaine y Baudelaire.

Cuando estaba relajado hablaba durante horas de las vidas de los grandes artistas y sus técnicas, así como de sus propias obras e ideas, palabras que ilustraba cogiendo del estante los grandes volúmenes de arte de la serie Phaidon, que contenían muchas ilustraciones. Uno de sus pintores favoritos era John Constable, y una serie de paisajes de Silliter, que ahora cuelgan de mi pared, muestran alguna influencia.

De joven había estudiado hebreo y su familiaridad con la Biblia era notable. El solideo que llevaba en la parte trasera de la cabeza calva lo hacía pasar por un estudiante de la sagrada lengua. Su colección de textos, concordancias y comentarios de las dos religiones llenaba todo un estante y mencionaba a teólogos de los que yo no había oído hablar en mi vida, pero era incapaz de mostrar interés por personas de lo que entonces parecía una época pasada y rancia. Sin embargo, tuve suerte de encontrar a un hombre así en mi familia y tal vez también le sorprendiera a él y, en cierto modo, agradeciera, haberme conocido a mí.

Su reiterado consejo, cuando se reclinaba en su asiento, con las lentes baratas apoyadas en la punta de la nariz y una sonrisa

socarrona que en él denotaba conocimiento e inteligencia, se resumía en esto: «Si quieres ganar dinero como escritor, que es la única prueba del éxito, tienes que recordar que lo que los editores quieren es un buen relato, pero tiene que dar “una imagen realista de la vida”». Me costó entender sus palabras, pues en mi opinión cada historia debía ser, por propia definición, «una imagen realista de la vida», aunque más tarde vería con claridad lo que quería decir.

También me dijo, sin entrar en detalles, que quien quisiera conocer el alma de un rebelde debía estudiar el Antiguo Testamento. Tal vez solo lo dijera para suscitar mi interés, porque no le había informado de que buena parte ya me era familiar.

A sus sesenta y cinco años, Frederick era un hombre frágil aunque robusto, que tenía una compañera a la que se refería como «mi modelo». Era treinta años más joven y se llamaba Sybil Cotton, una preciosa pelirroja cuya devoción por él duró hasta la muerte de este veinte años después.

En algún momento de 1950 fui a ver a Ronald Schlachter, que me llevó a dar una vuelta por Londres durante todo un día, y luego a su casa a comer para conocer a su padre, una persona simpática y cortés de ascendencia alemana. Al enterarse de mi ambición como escritor, me alentó diciéndome que era un camino duro, pero que tendría éxito, sin duda, si perseveraba, lo que por el momento era todo lo que yo quería oír.

Tenía bastante energía para ir en bicicleta, caminar y remar en el Trent, convencido como estaba a toda costa de no hacer de enfermo ni convaleciente. El estudio de los libros de árboles y flores me permitía darle nombre a lo que contemplaba y no había nada que me gustara más que caminar sin rumbo por bosques y campos, a menudo con mi hermano Michael. Mi conocimiento y amor por la música, para la que parecía tener un buen oído, fue aumentando con el tiempo e iba a muchos conciertos en el Albert Hall local, donde actuaban orquestas de primera clase, a cuyos ensayos me dejaba entrar a veces el portero.

La necesidad de rodearme de compañía más variada me llevaba a visitar de vez en cuando a mi primo Jack, que había sido un amigo casi desde que nacimos, y seguía siendo el único vínculo seguro con la infancia. Tal vez para él no hubiera cambiado demasiado, porque siempre notó que éramos diferentes. Por variar en mi intenso empeño por la cultura le permití que me convenciera para que me uniera al regimiento local de caballería, los húsares del sur de Nottingham, y durante mis dos meses como soldado en la reserva fui a una sesión de tiro con rifle y disparé unas cuantas veces con mi viejo favorito, el Short Lee Enfield. Un día recibí notificación del cuartel, dirigida al soldado raso A. Sillitoe, de que debía pasar un examen médico antes de ser aceptado formalmente en la tropa. Supuse que la falta de un pulmón completamente activo me negaría la clasificación AI, así que lo dejé estar. En cualquier caso, había llegado a la conclusión de que mis días de alistamiento habían terminado.

Sin ocupación aparente, ni intención de buscarla, tener una pensión me daba la impresión de estar de un permiso pagado perpetuo. En mis paseos por la ciudad cogía el *Times Literary Supplement* de una tienda junto al Instituto de Mecánica y me deleitaba con la cantidad de reseñas que parecían escribirse sobre temas clásicos.

Una mañana vi a Eddie, el *Vagabundo*, mi tío, salir del Empire Café, que estaba enfrente de las oficinas del periódico, con su bolsa de herramientas de tapicero. Llevaba la misma gorra mohosa y la misma gabardina andrajosa de siempre, como si hubiera nacido con ellas. La familia lo veía de vez en cuando y hacía poco me había enterado de que le habían advertido que no se acercara a dos chicas con las que había trabado amistad. Hablamos un rato y, cuando le pregunté si necesitaba dinero, dijo que no, porque iba a hacer un trabajo por el que le pagarían una o dos libras.

Cada catorce o quince días iba a una clínica pulmonar, un nombre que odiaba, para que me bombearan aire en la parte superior del cuerpo y que el pulmón pudiera, como su dueño, seguir

con la vida de ociosidad a la que tan bien nos habíamos acostumbrado los dos. Un día, al volver a casa de una excursión, mi madre me dijo que un inspector de sanidad había pasado a comprobar si yo vivía en condiciones apropiadas. Esa intrusión de un trabajador social en mi intimidad me enfureció tanto que envié una mordaz carta para decir que sería mejor que no volviera. Surtió efecto, porque nadie lo hizo.

En julio se celebró un concurso de relatos en el Club del Escritor de Nottingham y envié uno que acababa de escribir, titulado «El dilema del general», que tuve que reducir para que cumpliera el requisito estipulado de las dos mil quinientas palabras de longitud. El jurado era Ernest Ashley, escritor que se ganaba la vida escribiendo novelas de misterio. Mi relato ganó el primer premio y me dijo que estaba tan bien escrito y era tan original que no debía tocarlo y que debía intentar que se publicara.

La historia versaba sobre una orquesta sinfónica que enviaban en tren a tocar ante las tropas desplegadas en el frente durante una guerra basada en un interminable conflicto futuro entre Occidente y la Rusia soviética. La orquesta era capturada durante una ofensiva sorpresa por un general oriental (o *Gorshek*), que había dado la orden de matar a todos los prisioneros, independientemente de su rango. Cometió el error de ordenar que la orquesta tocara para él y después no sabía si ejecutar a los músicos o no, una vacilación que precipita su caída.

Cuando me devolvieron *Las verdes colinas de Malasia*, lo envié a otro editor. Poco después, el *Nottingham Weekly Guardian* me escribió para decir que aceptaban «No dispares en la oscuridad». El relato a toda página apareció el 26 de agosto y con la guinea y media que gané compré una caja de galletas y un regalo de boda para mi hermana Peggy.

Aunque feliz por tener un relato impreso tan pronto, no podía considerarlo un gran éxito, puesto que se trataba de un medio local. Deseaba que me publicaran los periódicos y revistas de Londres, sin que me preocupase la idea de cuántos años pasarían antes de que

eso ocurriera. Como tampoco me importaba la vergüenza que me daba que la gente del barrio me conociera como escritor, solo porque un viejo amigo de la escuela se burló de mí al ver mi fotografía impresa en el centro del relato con el pie: «El autor». Deseaba viajar y distanciarme de ese ambiente, algo que yo sabía que era necesario.

Envié «El dilema del general» varias veces, pero sin éxito. De muchas otras historias no queda nada más que el título: «La vuelta del anhelo», «Feliz de estar vivo», «El tipo raro», «Escalera oscura» y «El último vagón». Hasta febrero de 1951 llevaba un total de ochenta textos enviados; después dejé de llevar un registro.

Escribía por el hecho de escribir, no tenía otro objetivo que no fuera que me publicaran: convencerme a mí mismo de que era un escritor, lo que no era muy difícil, pues no podía ser ninguna otra cosa, y seguir hasta que mis lectores pensaran lo mismo. Aunque tenía unos ingresos pequeños, no sabía tampoco cómo ganarme la vida escribiendo, aunque sabía que sería grato obtener dinero de ello si podía. Tras escribir un manuscrito sobre Malasia de una buena longitud, quería empezar una novela y no veía nada que me lo impidiera. Los acontecimientos mundiales de la época apenas me afectaban, aunque cuando se declaró la guerra en Corea el 25 de junio me interesara lo suficiente como para seguir la campaña en los mapas de la guía Madrolle *Chine du Nord*, que había comprado en la librería de Frank Wore por un chelín.

Mis lecturas de 1950 abarcaron lo que me quedaba de Dostoievski, Tolstói y Turguénev. Leí a Flaubert, Gógol, algo de Zola, más Balzac y empecé con Dickens. Durante el invierno hice un curso de la wea[17] sobre la novela inglesa moderna y allí leí a Graham Greene y a E. M. Forster (incluido su *Aspectos de la novela*). También tratamos en el curso la novela de D. H. Lawrence de quien leí la mayoría de sus novelas y relatos, así como poemas, cartas y dos biografías. Su obra fue una revelación al mostrarme que podía escribirse gran ficción con trasfondo local, y uno que yo conocía bien.

Seguí mi camino con la traducción de lord Derby de la *Ilíada* y la que Pope hizo de la *Odisea*. Leí también los diálogos de Platón y las obras de Eurípides, además de Apuleyo y los libros de historia de Heródoto. Examiné el *Smaller Classic Dictionary* de Everyman de cabo a rabo para trazar diagramas genealógicos de dioses, diosas y héroes de la antigüedad, hasta que me aprendí de memoria sus crímenes, proclividades e infortunios. Fue una amalgama espectacular de geografía, historia, sabiduría popular dramática y poesía, y su lectura despejó los enigmas filosóficos, un mundo viejo y extraño que revivía de tal modo que ya no era tan extraño, era un patio de recreo separado donde la imaginación podía jugar.

Leí más a Shakespeare, disfruté con *Don Quijote* y seguí con la Biblia, un ritmo de lectura que se mantuvo durante los años siguientes, aunque lo cierto es que ya nunca se detuvo. Cuando ya quedaba poco de importancia por leer, volvía a algunos libros una segunda o tercera vez y buscaba los pocos que había dejado pasar. Era más que evidente que no podías convertirte en escritor si no lo habías leído todo y aprendido todo lo posible de esas lecturas.

Hice algunas observaciones en una carta a un maestro de escuela amigo sobre el sueño en Siberia de Raskolnikov en *Crimen y castigo*, sugiriendo que había influido en D. H. Lawrence para escribir *St. Mawr*, donde expone una visión apocalíptica parecida de la noche. La carta llevó a mi amigo a preguntarme si había pensado en ir a la universidad, porque como exsoldado no me sería difícil conseguir una beca. La idea me pareció atractiva, pero la obligación de tener que estudiar latín durante seis meses para pasar la prueba de acceso me disuadió. No tenía necesidad de ir en esa dirección, otra negación instintiva que nunca he lamentado. Tal vez rehusara por pereza, porque si ya hubiera tenido cubierto el requisito del latín puede que hubiera estado dispuesto a alejarme del mundo durante tres años.

Mi tío me sugirió que echara un vistazo a una pequeña y sucia librería de segunda mano que aún no conocía. El propietario, Paul Henderson, había sido escritor en su juventud y me dijo con algo de

orgullo que un relato suyo había ganado lo que me pareció la enorme suma de cincuenta libras. En tardes oscuras nos sentábamos en la trastienda a hablar de libros y escritores, tomando café y calentándonos con una pequeña estufa de parafina.

Paul y su mujer abrían su casa el sábado por la noche y la gente se reunía para hablar de lo que estaba leyendo (o escribiendo), autores como John Dos Passos, Hemingway, Sartre y Camus. Escuchábamos música clásica y se nos daba generosamente café y bocadillos en una época en que costaba conseguir comida.

Durante aquel duro invierno también fue difícil procurarse combustible y yo ayudaba en casa acudiendo a varios depósitos de carbón o coque. La cantidad estaba limitada a un cuarto de quintal por hogar y había que congelarse guardando cola para conseguirlo. También ayudaba a mi tío, que no podía transportar mucho peso.

Un día cogí la tarjeta del censo de mi padre para las elecciones locales y fui calle arriba para votar en su lugar. Nottingham, como cualquier otro lugar en aquella época, era una ciudad deprimente. La comida estaba racionada, aunque la guerra hubiera acabado cinco años antes, y la gente se quejaba de que ni siquiera un gobierno laborista tenía justificación para mantener aquella austeridad. Tal vez fuera eso lo que me llevó a poner una cruz junto al nombre del candidato conservador, aunque no creía que fuera elegido. O puede que lo hiciera para burlarme de mi padre, pero, fuera la razón que fuera, mis opiniones políticas estaban, por decirlo suavemente, en un estado de incertidumbre, eso si es que tenía alguna opinión.

Una tarde gris a finales de otoño conocí a Ruth Fainlight en la librería. Tras presentarnos, Paul echó el cierre y nos llevó al centro a tomar té en un café. Ruth era poeta. Tenía diecinueve años y era americana, aunque yo pensé que era canadiense, sin saber por qué, pues no tenía acento. Había ido a Nottingham con su marido, pero nos enamoramos y empezamos a vernos con toda la frecuencia que nos era posible.

# Capítulo 26

ESTAR SENTADO EN UNA HABITACIÓN sin caldear en noviembre no suponía ninguna dificultad, pues la temperatura del tema de mi novela habría mantenido caliente a un hotentote. Casi no había podido salir de casa durante diecisiete días, que fue el tiempo que me llevó escribir el primer borrador de cien mil palabras a mano. El 16 de enero de 1951, menos de tres meses desde que empecé hasta que terminé el proceso, lo que incluía mecanografiar las páginas, volver a mecanografiarlas y revisarlas, envié el texto de cuatrocientas páginas encuadernado en dos volúmenes, con acuse de recibo, a una editorial que había anunciado que iba a celebrar un concurso de novelas inéditas.

Tras releer rápidamente la versión manuscrita cuarenta años después, solo puedo esperar que el mecanografiado final fuera algo mejor. Paul Henderson lo vio, como Ruth, pero sus comentarios no fueron positivos y entiendo por qué. La historia empieza con John Landor, tal vez modelado sobre mí hasta donde yo fuera capaz de conocerme en aquella época, que vuelve a casa después de pasar tres años en el ejército. Durante aquel periodo, la última carta de su madre promete otra que nunca llega y en la que le hace terribles revelaciones sobre su padre, Ralph, que era una especie de hombre de negocios. En el primer día tras su vuelta, John visita a Larry, un personaje con ciertas reminiscencias de mi amigo John Moult, y se sientan en un *pub* a hablar del posible contenido de la carta perdida.

El capítulo siguiente describe la visita de John a su tía Rhoda, que vive en el campo (con fuertes ecos de *El pavo real blanco*) y que también sugiere una conducta siniestra por parte de su padre

en relación con la muerte de su madre. John se encuentra con su antigua novia, Helen, que ahora es estudiante de arte, en la galería de arte local, y mantienen una charla intelectual algo superficial. Helen está dando clases de pintura con un artista testarudo llamado Tom Ransom, basado en mi tío Frederick, igual que la propia Helen estaba basada en su compañera, y se pasan el día hablando en el estudio de él imitando a Aldous Huxley.

«En cierto modo —decía John—, me gusta creer en la inmortalidad, aunque sobre todo en la de la religión griega. Me gusta pensar que, cuando muera, alguien me pondrá una moneda de oro entre los dientes para que Caronte cobre el pasaje cuando me lleve a través de la Estigia al Hades. Me gusta la religión griega. Hasta donde sé, Homero es mi Biblia. La *Ilíada* y la *Odisea*. La religión griega es romántica, es poesía pura, no algo sombrío como la religión cristiana. Cuando pienso en Dios me gusta imaginar a Zeus riéndose en el Olimpo, contemplando las travesuras del mundo con un ojo y vigilando con el otro, con inquietud, lo que ocurre con Troya y Agamenón».

Siguiendo con: «Creo demasiado en la libertad para simpatizar con el comunismo, aunque tal vez creyera en él si yo fuera el jefe absoluto». Y «para eliminar las guerras tendríamos que librarnos del excedente de población mediante el perfecto control de la natalidad y educando a la gente para que tenga solo dos hijos por familia». Y, por último: «La gente adora a Dios por lástima, no porque necesite amor ni orientación». Y otras cosas por el estilo.

Una tarde, John ve a su padre en la ciudad con una mujer desconocida y sospecha que ha tenido una relación con ella durante la enfermedad de su madre. Al volver a casa (esta parte del cuento es muy dostoievskiana) encuentra a su gatito favorito muerto y se convence de que su padre lo ha matado en un acceso de locura homicida.

La trama empieza a dar asco en lugar de complicarse. El relato de una audición de la Quinta Sinfonía de Tchaikovski en un concierto recuerda a E. M. Forster, aunque solo para indicar que no

se ha aprendido nada de él. John mantiene también una relación con una chica llamada Ada, que trabaja en una fábrica de calcetería a quien no le gusta, y con razón, el discurso autocomplaciente de él. El personaje de Ada era una mezcla de las novias que tuve antes del servicio militar.

El título, *Qué camino seguir*, una frase tomada de la versión de *sir* Edwin Arnold del *Bhagavad-Gita*, indica la incierta dirección de la historia, pero el resultado es que el padre de John es dado a mantener sexo con el cadáver de su mujer en el cementerio. Moira, su amiga, lleva tiempo intentando quitarle el hábito, pero al final Ralph la mata y se ahorca. Ese batiburrillo vanaglorioso de horror terminal me lleva a preguntarme si leería algún caso de necrofilia en aquella época o si lo discutiríamos en la librería de Henderson y, si es así, por qué lo usé como tema de mi novela.

Esa avalancha de páginas solo pudo producirse por una desenfrenada y estajanovista determinación de componer una novela a cualquier precio. El mecanismo empleado fue, simplemente, empezar y luego seguir con los pensamientos y las personas que tuviera a mano. Una situación daba paso a otra, con resultados nefastos. Cada uno de los personajes mencionaba a otras personas que vivían una situación de máxima angustia y se los obligaba a participar en el proceso de creación del monstruo.

Debió de ser en uno de aquellos días de fabricación de *Qué camino seguir* cuando Ruth y yo visitamos al concejal Hopkin en Eastwood. Con casi noventa años, había sido amigo del joven D. H. Lawrence y yo estaba interesado, incluso ansioso, por conocer cualquier cosa del gran escritor. Hopkin había respondido amablemente a nuestra carta con una invitación para tomar el té así que nos sentamos en la parte superior del trolebús para recorrer las doce millas que nos separaban de Eastwood, en medio de un desolado paisaje de pueblos mineros y chimeneas de noviembre.

Estuvo dos horas respondiendo a nuestras preguntas, hablando de «Bert» como si fuera el vecino de al lado. Habíamos leído la mayoría de la obra de Lawrence y algunas biografías, así que

dejamos que la conversación fluyera mientras Hopkin añadía muchos detalles y contaba anécdotas sobre el joven escritor y sus amigos. Algunas notas del encuentro pasaron a un cuaderno, que desaparecería después.

A principios de abril de 1951 fui a pasar una temporada a la casita que mi tía Amy tenía cerca de Aylesham, en Kent. Su marido, Richard Richardson, un minero conocido por alguna razón en la familia como «Mimo», había muerto hacía unos años en un accidente de motocicleta en el que ella había resultado herida. Cuatro de sus ocho hijos aún vivían en casa, aunque ya eran adultos, y me alimentaron y cuidaron generosamente durante mi estancia.

Como no había gas ni electricidad en la casa, escribía a la luz de una lámpara de aceite en uno de los dormitorios. Me dejaban que fuera a mi aire, aunque a veces salía a dar una vuelta o a tomar una copa con alguno de mis primos. Estaban reparando y pintando el enmaderado antiguo de la iglesia del pueblo, a la que aún iban los domingos, y a cuyo coro habían pertenecido de niños, una vida extraña para quien había crecido sin contacto con la religión.

Un día me encontré al vicario de camino a la estafeta, un hombre atractivo y delgado de unos cincuenta años que llevaba gafas. Durante una estancia reciente en el hospital, su perro había muerto, y desde entonces llevaba escribiendo la historia de su vida en verso para recordar su amistad. «Empleé una sílaba larga y dos breves para la rima».

Compuse una apropiada expresión de erudito, aunque no pude evitar preguntarme si no estaría quedándose conmigo.

—Ya veo, hexámetro dactílico, si hubiera seis pies por verso.

—Así es —sonrió—. ¿Quién utilizaba esa métrica?

—¿Homero? —sugerí.

Me preguntó si la aldea de Nonnington había inspirado algún poema, por lo que supuse que mis primos habían dicho algo de mí.

—Hasta el momento, no, pero tal vez un día —contesté.

Vi las películas *Sansón y Dalila* y *Pigmalión* en Canterbury y de la biblioteca pública de Dover saqué libros de James Joyce, Stephen Spender y Karel Kapek, así como *Estilo* de Walter Raleigh y *Un tratado sobre la novela* de Robert Liddell. Envié poemas a *Outposts*, pero sin suerte. El campo estaba en todo su apogeo primaveral y caminé por cultivos y bosques coloreados de anémonas y celidonias, violetas y prímulas, acederas y nomeolvides.

Uno de mis primos trabajaba en una granja y lo ayudé, sin mucho éxito, a ordeñar las vacas. Había que sacar a pasear al bullterrier de la familia, una bestia de nombre Major y me metí en un lío cuando cogió al chucho de no sé quién y casi lo mata. Otro día cruzó, salivando, un campo en dirección a un rebaño de ovejas y estuvo a punto de que el granjero, furioso y con razón, lo matara de un tiro.

*World Review* me devolvió un grupo de poemas y «El dilema del general». Para consolarme me zambullí, imperturbable, en *USA* de John Dos Passos, leí la *Breve historia del surrealismo* de David Gascoyne y la obra de C. Day Lewis. Escribí más poemas y un par de relatos, envié los poemas a *The Listener* y «El dilema del general» a *Orpheus*. El *Cantar de los Cantares* me pareció una buena lectura mientras, en nuestras cartas, Ruth y yo planeábamos encontrarnos en Folkestone.

Escuché en la radio de mi tía, que funcionaba gracias a un generador, la lectura de *Macbeth* y algunos extractos del *Diario de un escritor* de Dostoievski en el Tercer Programa. Envié un relato a *Chamber's Journal*, y John Lehmann, el editor de *Orpheus*, me devolvió «El dilema del general», diciéndome que le había gustado la historia, pero que, por desgracia, la revista iba a cerrarse por falta de dinero.

El 14 de mayo empecé *Los desertores*, una novela que no tenía nada de la fantasía macabra completamente inventada de *Qué camino seguir*, aunque había parecidos en el hecho de que un hombre ligeramente mayor que John Landor, ahora llamado Brian Selby, vuelve de la guerra y se introduce en la sociedad bohemia

local, de nuevo con mi tío artista y su compañera en un lugar destacado. Otros personajes, sin embargo, eran más creíbles y había menos verborrea pseudofilosófica.

En nuestras cartas, Ruth y yo hablábamos de dejar Inglaterra y el sur parecía la única dirección. El 19 de mayo *Qué camino seguir* fue rechazada. Ahora me doy cuenta de que ningún lector de la editorial habría podido pasar de la primera página. La novela era tan poco prometedora que estaba justificado pensar que el autor de semejante bazofia no tendría jamás éxito como escritor. Aunque hubiera elaborado una docena más de borradores en otros tantos años, el resultado solo habría sido una primera novela mediocre de alguien que probablemente no escribiría nada más. Consciente ya entonces, tuve la sensatez de no enviarla de nuevo. En cualquier caso llevaba ciento veinte páginas del borrador de *Los desertores*, y a finales de mayo la novela contaba ya cincuenta y cinco mil palabras.

Ruth y yo nos encontramos en Folkestone y pasamos unos días en la casa de huéspedes de la señora Tryon. El día de Pentecostés hizo calor y salimos a caminar durante siete millas por los acantilados de Dover, leyendo a Matthew Arnold en la célebre playa. Luego exploramos las ruinas, parecidas a las de Stalingrado, que la guerra había dejado, y por la tarde disfrutamos de la versión cinematográfica de *Mesas separadas* de Rattigan.

Nottingham parecía muerta cuando volví a principios de junio. Mi existencia no tenía sentido sin Ruth; incluso las alegres tardes en casa de los Henderson me parecían desoladoras en su ausencia. A veces iba a ver a Paul y hablábamos con el entendido Noel Dilks, un cincuentón bajito de largo pelo cano que vendía partituras e instrumentos musicales de segunda mano en una tienda junto a la carretera. Llevaba años, tal vez décadas, escribiendo una obra solo con palabras anglosajonas, una limitación la suya que me dejó algo perplejo pues era como usar solo una pequeña parte de un instrumento maravillosamente flexible. Algunos extractos leídos una noche en casa de los Henderson sonaron con fluidez y pureza, pero

no pude entender de qué iba. Lo único que recuerdo es que uno de los personajes llevaba el nombre de Philadamus. Noel vivía solo en una casa de protección oficial a las afueras de la ciudad y cuando murió unos años más tarde su obra maestra teatral fue arrojada a la basura, como ocurrió con casi todas las pinturas de mi tío Frederick cuando murió su compañera.

Ruth y yo quedamos en pasar el día en Hastings y, aunque los dos llegamos a la hora fijada, no nos vimos, como si el Destino nos hubiera jugado una mala pasada. Ambos debimos dar vueltas a la torre del reloj, volver una y otra vez a la estación de autobuses y tren, pasear interminablemente por la playa rocosa y comprobar repetidamente la hora y el lugar en que habíamos quedado, como persiguiendo la sombra del otro a demasiada distancia por delante, o por detrás, para que se produjera el anhelado encuentro.

Perplejo y maldicente, volví a Nottingham y me pasé una semana dando vueltas en solitario para sofocar mi ira. Me senté en la orilla del perezoso Trent y escribí un poema titulado *Exfiltración*, sobre el tendido eléctrico que cruzaba los campos y que no existía cuando mis hermanos y yo los recorríamos penosamente una docena de años antes.

El 25 de agosto, mi artificioso relato «Dos clases de tormenta» se publicó en el *Nottinghamshire Weekly Guardian*. Una descripción de unos centenares de palabras de «La jungla montañosa» fue publicada en *Scribe*, la revista del Club de Escritores de Nottingham. La revista anual de la Asociación de las Reales Fuerzas Aéreas publicó (y me pagó media guinea) mi primer poema, sobre los pensamientos algo místicos de un hombre en contacto por radio con un avión que lleva a cabo un largo viaje sobre el mar y que no firmé con mi nombre, sino como «radiotelegrafista».

En septiembre los hijos de mi tía Edith, Ernie y Arthur, vinieron a verme para pedirme prestado un mapa y trazar una ruta por la zona de Eastwood para «ir de chatarreros» con su camión de quince quintales. Me pidieron que fuera con ellos. La idea era recorrer las calles de varios pueblos mineros repartiendo octavillas de puerta en

puerta en las que pedíamos chatarra y explicábamos que volveríamos después a ver si había algo. Nos pareció gracioso que, tras llamar a una puerta y preguntarle a un minero de pelo cano en mangas de camisa (que se parecía a Morel en *Hijos y amantes*) si tenía algo para tirar, nos contestara airado: «¡Dejadme en paz!», y nos cerrara la puerta en las narices antes de que pudiéramos decirle una palabra.

Ruth y yo nos encontrábamos de vez en cuando o intercambiábamos cartas que a menudo incluían relatos y poemas. Yo leía a Ibsen, Chaucer y Aristófanes, a Ovidio, Tucídides y Lucrecio, y, cuando quería algo más ligero, las novelas de Richard Aldington. Escribí los relatos «La caída del acantilado», «El alcalde» y «El señor Sing», que no han sobrevivido, pero también «Grosella negra» y «Malo», que luego daría lugar a *Sábado por la noche y domingo por la mañana*. Una revista llamada *Prospect* aceptó un poema y fue entonces cuando llegó la noticia de que mi pensión duraría hasta 1953. Busqué trabajo como editor de una revista anunciada por la Compañía de Bicicletas Raleigh, llamada *The Raleighgram* sin éxito.

Como pronto dejaría Nottingham y sería necesario viajar ligero, vendí la mayoría de mis libros. Me dejé bigote, que me hacía parecer más joven, y en octubre recorrí Cornualles haciendo autoestop con *El camino de la carne* en el bolsillo y una parte del viejo mapa de Langar para orientarme. La idea era encontrar un chalé o casa rural a buen precio en el que Ruth y yo pudiéramos pasar el invierno, pero nada me parecía adecuado y no fui capaz de decidirme por ninguna de las pocas casas que me enseñaron.

Ese mismo año envié un cuento titulado «Tratado de Navidad» al concurso de relatos del *Observer*, basado en un incidente ocurrido en casa de mis abuelos antes de la guerra. La influencia de D. H. Lawrence, tanto en el tema como en el estilo, era abrumadora y el premio fue a parar merecidamente a Muriel Spark.

A finales de octubre vi un anuncio en *The Lady* de una casa sin amueblar que se alquilaba por cuarenta y ocho libras al año cerca

de Menton, en los Alpes Marítimos. La finca en la que se encontraba era propiedad de un italiano llamado Corbetta, casado con una inglesa. Fuimos a su casa en Kensington para pasar el escrutinio de la pareja y no solo los convencimos de que estábamos casados, sino que también mentimos respecto a que teníamos ingresos suficientes para alquilarles la casa durante un año.

Yo había ahorrado algo de dinero, aunque no mucho, y tuve que pedir prestado aquí y allá para satisfacer el primer pago, el gasto del viaje en tren y algo con lo que vivir. Corbetta dijo que iría al mismo tiempo y nos proporcionaría algunos muebles que tenía en los desvanes de la villa principal, lo que nos evitaría dormir en el suelo. Con una asignación por viajar a otro país de cincuenta libras por persona y año no podríamos vivir mucho tiempo, pero tampoco creíamos que nos diera para vivir allí más de seis meses con nuestros ahorros, así que decidimos que cuando se nos acabara el dinero, rescindiríamos el resto del alquiler anual y volveríamos a Inglaterra.

Quemé relatos, artículos y poemas, así como un par de cuadernos y muchos borradores, y no sabría decir por qué, pues podrían haberse quedado a salvo en casa. Tal vez quisiera señalar, de un modo primitivo, la importancia de la ruptura que estaba a punto de ocurrir. O tal vez lo hiciera a modo de sacrificio a los dioses de algo ramplón aunque valioso por la promesa de un viaje seguro y un retorno pasado un tiempo que, aún no podía saberlo, pero no se produciría hasta seis años después.

Los relatos que no ardieron en la conflagración fueron «El cuadro del barco de pesca», sobre un cartero cuya mujer, de la que está separado, vuelve a casa y toma prestado el cuadro para empeñarlo y conseguir dinero para beber, y «Tío Ernest», basado en mi tío Eddie (el vagabundo) y su desastrosa amistad con dos chicas, así como «El partido», mi único relato de fútbol.

# Capítulo 27

RUTH Y YO HABÍAMOS ADQUIRIDO UNA GATITA llamada Nell y, como no queríamos abandonarla, le hicimos un pasaporte falso, le construimos una caja de viaje, en la que metimos un arenque crudo, y nos la llevamos a Francia. Una vez que el baúl de viaje fue facturado hasta Menton y un mozo subió a bordo el resto de nuestras maletas, más la caja de la gata, en Newhaven, fuimos al restaurante a disfrutar de una comida de tres platos, perdiéndonos así la famosa vista del «Adiós a Inglaterra» tantas veces pintada y descrita, conforme el barco se abría paso por la bahía.

Era el 10 de enero de 1952 y *The Flying Enterprise* parecía que iba a zozobrar en el Atlántico norte, con olas que se elevaban con la fuerza de la tormenta como si quisieran empotrar Gran Bretaña en el Skagerrak. Me pasé vomitando las cinco horas de viaje debido a aquellas terribles turbulencias, la primera vez que me pasaba algo así en el mar. Mi colorido «Adiós a Inglaterra» fue una espectacular vomitera en dirección a Dieppe cuando se empezaba a divisar la costa de Francia entre una lluvia furiosa, expulsada a mi pesar, salvo lo que procuré aguantarme, que no fue mucho.

Era la clase de día en que los minutos solo valen cuando han pasado, con la sensibilidad prácticamente agotada hasta que el tren entró en París. Pasamos el baúl por la aduana y después seguimos al mozo que llevaba el resto de nuestro equipaje hasta el autobús en dirección a la Gare d'Austerlitz.

Francia resultaba extrañamente familiar y en el vagón de tercera dormimos como pudimos en un asiento recto. Aturdidos pero enamorados, imaginando que ella era mía al fin y yo suyo, nos

apoyamos el uno sobre el otro, pelo claro y oscuro, ojos azules y marrones, demasiado agotados por una parte para preocuparnos por lo que estábamos haciendo, pero, por otra, nuestras impresiones resultaban agudas y bienvenidas. Uno vive el momento a esa edad, como si fuera un gota de lluvia encapsulada que ha de cambiar de forma (y, en la naturaleza de las cosas, siempre lo hace) antes de secarse.

Por la mañana tomamos en el vagón restaurante un desayuno a base de *brioche*, cruasán y tostadas con mantequilla y buen café después de la bellota tostada que se consumía en época de guerra en Inglaterra. Ante nosotros, el cielo azul se recortaba contra las nítidas montañas de color ceniza y el mar llegaba hasta África: una transición total y sublime. A nuestro alrededor se extendían limoneros y naranjos colmados de fruta y mimosas de algodonosas flores de un amarillo intenso, campos tricolores de claveles junto al ferrocarril, estaciones limpias y ciudades exóticas anotadas en el mapa de mi desfasada Blue Guide. El despertar fue casi tan abrumador como en el buque de transporte de tropas en el que crucé el canal de Suez cinco años antes, salvo que ahora ya no estaba solo.

El equipaje se quedó en la estación, de modo que pudimos comprar comida, leche y azúcar, y recorrer el breve trecho desde Menton hasta la puerta de la finca de los Corbetta en la Avenue Cernuschi. El conserje nos dio la llave de la casa y nos aconsejó que evitáramos las revueltas del camino de carros y subiéramos por la escalera estrecha con una barandilla baja de piedra a ambos lados que cubría cien metros de desnivel entre eucaliptos, pinos, rojos madroños y mimosas en flor de embriagador aroma.

La casa de piedra, llamada Le Nid, estaba en un campo de olivos y tenía cinco pequeñas habitaciones, con una parra sobre la puerta que nos daría frutos deliciosos a finales de verano. Salimos a coger leña y al poco estábamos junto al fuego tomando té. La gata sorbió pan mojado en leche y luego fue a explorar los nuevos alrededores. Aquel mismo día le pedí prestada una carretilla al conserje y subí

como pude con nuestras maletas y el baúl por las revueltas hasta nuestro nido, que estaba frío cuando la luz del sol desapareció detrás de los árboles.

Corbetta no había llegado como estaba previsto, pues su mujer se había indispuesto durante el viaje, así que juntamos el baúl y las maletas en nuestra vacía cocina y sala de estar, extendimos sábanas y mantas por encima, así como una hamaca que no podríamos usar hasta que hiciera más calor, y tratamos de dormir. Al despertar por tercer día en aquella inestable plataforma vimos que la hierba estaba cubierta por varios centímetros de nieve.

A las habitaciones superiores se accedía por una escalera exterior y con el mal tiempo necesitábamos un chubasquero para subir a acostarnos. Había luz eléctrica, así como una chimenea para calentarnos y cocinar en la sala de estar. Para mantener la llama, corté ramas de mimosa de un bosquecillo cercano. También descortecé los troncos de eucalipto y quemé la corteza, lo que llenó la salita de una fragancia humeante. Para cualquier propósito habíamos de llevar el agua de una bomba situada a unas doscientas yardas, enfrente de la villa principal, y, al sacar el primer balde por la mañana, pequeñas ranas verdes salían del surtidor y cruzaban la grava hasta los arbustos cercanos, para regresar a su humedal favorito cuando nos íbamos.

Corbetta llegó por fin con los muebles, pero el tiempo siguió siendo húmedo y frío, con aguaceros tan copiosos como los que tenían lugar durante los monzones que conociera en otra época. Una noche, veinte personas murieron en una colina cercana al ser arrastradas sus casas por un deslizamiento de tierras. Era una lucha por la supervivencia, algo que si bien habíamos anticipado como demostraban los objetos que formaban nuestro equipaje, no habíamos llegado a imaginar en realidad, como suele suceder. La madre de Ruth envió un telegrama preocupada por nuestra seguridad.

Incapaces de procurarnos carne (no podía soportar la idea de comer caballo, aunque era muy barata), vivíamos casi de frutas y

verduras, con un huevo o arenques mezclados con arroz muy de vez en cuando. Las mujeres que vendían productos del campo en el suelo, alrededor del mercado municipal de la ciudad vieja, nos daban siempre buenas cantidades y, a veces, ponían alguna verdura de más en nuestra cesta si llegábamos al final de la mañana. Hacíamos cola para comprar el pan duro que vendían en la panadería a mitad de precio.

Alguien nos dijo que si íbamos a Ventimiglia, a diez millas hacia el interior de Italia, la gente en la estación nos pediría que les cambiáramos liras por francos, algo que solo podían hacer los extranjeros con pasaporte en el andén. A cambio obtendríamos una comisión suficiente para cubrir nuestros gastos, así como para comprar pasta, queso parmesano, tomate concentrado y mermelada. Aquello contribuyó muy positivamente a nuestra dieta, pero unas semanas más tarde la ley cambió y no pudimos seguir haciéndolo. El día en que lo descubrimos, el joven italiano mediante el cual habíamos hecho las transacciones nos dijo que, si le comprábamos un reloj de mujer a un amigo suyo, lo venderíamos en Francia por el doble de su precio.

Así lo hicimos y con el elegante reloj en el bolsillo, recorrimos los catorce kilómetros de vuelta a casa atravesando el paisaje más hermoso de la Riviera. El clima era cálido, todo florecía y había naranjas y limones en los árboles. La ruta, por los jardines Hanbury, era la vieja calzada romana entre Francia e Italia que habían atravesado celebridades como Catalina de Siena, Maquiavelo y Napoleón Bonaparte. En otro día de paseo llegamos a la aldea de montaña de St. Agnes, donde el propietario del café no nos dejó pagar nuestros vasos de vino.

Al llegar a Montecarlo para deshacernos de nuestro reloj de señora, nos encontramos con que ninguna tienda quería aceptarlo sin el certificado de acreditación de la aduana y, de ese modo, perdimos parte de lo que habíamos ganado en nuestros viajes para cambiar dinero, aunque el reloj adornó unos años la muñeca de Ruth. Fui al casino a ver las mesas de juego, pero hice solo eso,

mirar. Ruth tuvo que quedarse fuera porque su pasaporte mostraba que aún no tenía veintiún años.

Cuando informaron a la Comisión de Control de Divisas de Inglaterra de que era un veterano que vivía en el extranjero por razones de salud, este autorizó que mi pensión se me enviara a Francia como era debido, lo que nos evitó más problemas con las restricciones de las asignaciones económicas por estar fuera del país. También convencí al Ministerio de Pensiones de que mi traslado a Menton se debía a motivos de salud, por lo que se hizo cargo de las inyecciones de mi neumotórax artificial a través del Servicio Consular Británico.

El médico que lo practicó me puso en contacto con la mujer inglesa del doctor Schelbaum, que nos invitaba a tomar el té los domingos, y allí conocimos a algunos de los residentes locales. También nos firmó una tarjeta para usar la biblioteca inglesa de la ciudad y *La montaña mágica* me despejó el camino hacia otras novelas de Thomas Mann. Nos habíamos llevado algunas publicaciones de Grey Walls Press, unos cuantos libros de Penguin y antologías de poesía, *El niño quemado* (una novela recientemente publicada por el escritor sueco Stig Dagerman), *La mochila* de Herbert Read, Shakespeare y, por supuesto, mi Biblia.

En una parte más remota de la finca, un escritor y pintor inglés, Robert Culff, que también vivía con poco, había alquilado un chalé, y pasamos tardes agradables charlando con él entre cenas improvisadas y uno o dos vasos de vino. Con el buen tiempo, un pintor alemán, Gowa, alquiló la torre de la villa principal, y su amiga Ilse Steinhoff, una agente literaria de París, pasó allí una temporada.

Desde mi llegada a Francia había escrito *Hombre sin casa*, una novela de setenta mil palabras sobre un joven pintor inglés que vive en la Costa Azul y se siente atraído tan profundamente por la comunidad local de ancianos expatriados que queda espiritualmente destruido por esta y tiene que volver a la anónima seguridad de su habitación de Londres. A Ilse Steinhoff le gustó y también mi relato «Tío Ernest», y se los llevó a París para tratar de publicarlos.

El *Nottingham Weekly Guardian* aceptó dos artículos sobre la vida de los expatriados en la Riviera que me procuraron algunas guineas, y mi poema «Un mundo nuevo» apareció en la pequeña revista *Prospect*, así como dos piezas breves sobre Menton en *Scribe*, pequeños estímulos que me hacían albergar esperanzas. Ruth escribía también poemas y relatos. Teníamos plumas, papel y una máquina de escribir, y nos las arreglamos para ahorrar para el correo y los cupones de respuesta internacional. Avancé en *Los desertores*. Si echo la vista atrás con frialdad, comprendo que cuando la juventud y el esfuerzo funcionan armoniosamente, la esperanza pasa a formar parte natural de la ecuación.

En las tardes de verano preparábamos la cena contra un muro en el exterior y cuando anochecía, nos sentábamos en casa a escribir o leer o estudiar gramática francesa. Nos reíamos mucho, especialmente cuando yo interpretaba un acto de D. H. Lawrence, ridiculizando lo peor de su rimbombante *La serpiente emplumada* y le hablaba a Ruth imitando el acento de Nottingham. Lo llamábamos «interpretar a Bert y Frieda» y también nos burlábamos de dos personajes que sobreactuaban en una novela que lleva por título *No hay paz entre los olivos*.

El único ruido alrededor de la casa, aparte de los solemnes rebuznos de los burros que subían por la senda cercana a las montañas, provenía de un coro aristofanesco de ranas toro que en modo alguno disminuía nuestra sensación de estar viviendo, aunque frugalmente, en una especie de paraíso. Lavábamos la ropa en un lavadero abandonado en una hondonada escondida de la finca y luego aprovechábamos el agua helada para bañarnos nosotros cuando no había nadie cerca. Los mosquitos eran un fastidio en la época cálida, pero a mí no me picaban. Bromeábamos diciendo que si se atrevieran, se alejarían zigzagueando y tosiendo. Para Ruth, que parecía gustarles más, teníamos una red antimosquitos del ejército que habíamos llevado con nosotros desde Inglaterra.

Un fabricante de neumáticos de Nottingham, el señor Boak, que le había oído hablar de mí a Hales, me envió una nota a casa

pidiéndome que lo visitara en el Royal Westminster Hotel en la ciudad, donde él y su mujer pasaban las vacaciones. Tras una comida y un puro me dio, al despedirnos, un billete de cinco libras, que cubrió nuestros gastos en comida durante casi dos semanas. Él y su mujer, Dolly, enviaron después una costosa caja de provisiones, que contenía también un cartón de cigarrillos. La tía de Ruth envió ropa y manjares desde América, mientras que mis hermanas Peggy y Pearl, así como mi madre, enviaban de vez en cuando una remesa de té, leche en polvo y comida enlatada.

El otoño llegó con tormentas y una lluvia gélida, pero no quería volver a Inglaterra para estar más cómodo, algo que no tenía por qué ser así necesariamente. Preferí quedarme donde estaba y arreglármelas como pudiera, como si por estar en el continente fueran a suceder más aventuras y revelaciones.

Ruth decidió marcharse, sobre todo para tratar de obtener el divorcio de su marido, y mi estado de ánimo no era el más adecuado para pedirle que no se fuera, especialmente porque ambos habíamos pensado que sería mejor que regresara cuando el asunto del divorcio estuviera resuelto. Al volver después de dejarla en la estación por la mañana, la casa se me antojó muy triste y vacía ahora que la tenía para mí solo. Por la tarde, siempre defensor escrupuloso de un alojamiento limpio, que no domesticado, como era yo, barrí el suelo, limpié las ventanas y lavé las toallas. Por la noche encendí el fuego para preparar la cena y trabajé un poco en *Los desertores*.

Cuando Robert Culff y los Corbetta volvieron a Inglaterra, y Gowa se marchó a Alemania, me quedé solo en la finca. En las pausas del trabajo vagaba como un hombre de los bosques, aunque visitaba frecuentemente al barbero para mantener el cabello corto, y a la ciudad siempre bajaba bien vestido y con corbata. Seguía, hasta donde me era posible, una rutina, como habría podido hacerlo un viejo soldado, y me preparaba una sencilla cena cada noche.

Un conserje vigilaba la finca desde la puerta principal de la avenida y otro vivía con su familia en una casita cerca de la villa

principal. *Madame* Boeri, el ama de llaves, era una mujer menuda, de cabello oscuro que tenía dos hijas preciosas. Supongo que se apiadó de lo que consideró mi solitario estado, pues de vez en cuando aparecía en la puerta con un plato humeante de algún guiso rico en las manos, lo que me libraba de cocinar durante uno o dos días.

Los champiñones crecían en abundancia en el prado que se extendía detrás de la casa y recogí una docena para cortarlos y freírlos con aceite de oliva para cenar. Nada más comerlos me sentí mal y pasé toda la noche vomitando hasta que no me quedó nada en el estómago, prueba, tal vez, de que un organismo sano sabía expulsar cualquier veneno que hubiera ingerido, aunque por momentos se me pasó por la cabeza si el Destino no me depararía una muerte romana y solitaria. La experiencia me hizo darme cuenta de que, tras un banquete luculano con los Borgia, los que podían eructar debían de hacerlo con una sonrisa de algo más que de alivio.

Para entonces ya había escrito doscientas cincuenta páginas de *Los desertores*. Ilse Steinhof me pidió más historias de Nottingham, así que le envié «Sábado por la noche», sobre la perspectiva de un barman acerca de la borrachera que se coge un grupo de obreros una noche, y «Grosella negra», sobre un soldado negro de África occidental que pasa las Navidades con una tosca familia de Nottingham y que, al final de su estancia, empieza a preguntarse si la puede considerar realmente civilizada.

En la misma carta, Ilse me decía que alguien en París, después de leer *Hombre sin casa*, había dicho de mí que era un «escritor con talento», lo que me hizo albergar esperanzas de que mi suerte cambiara. En una carta posterior escribió que el editor de *Carrefour*, una revista que publicaba la obra de destacados escritores franceses, había pedido que se tradujera «Tío Ernest» para que saliera al año siguiente. Ilse trataba también de que *Hombre sin casa* se publicara en Francia, Alemania o Inglaterra. Nadie habrá bajado aquellos cien escalones con más esperanzas que yo para

ver si había alguna carta en el pequeño buzón sujeto a la entrada del camino.

Ruth y yo cruzábamos largas cartas. Me enviaba libros, algo de dinero de vez en cuando, periódicos y, en una ocasión, dos pares de zapatos. Cargaba mi pipa con tabaco inglés cuando lo encontraba y de cuando en cuando me fumaba un puro. A veces me aburría incluso leyendo y trazaba planos rojos y negros de ciudades imaginarias en mi máquina de escribir. Aprendí lo largas que pueden hacerse veinticuatro horas cuando uno vive solo en un lugar aislado, pero un día en la playa trabé amistad con Brenda Muldon, una hermosa e interesante joven que trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Estaba pasando dos semanas de vacaciones con una familia francesa y, después de llevarla a ver la casa donde Katherine Mansfield había vivido en Garavan, fuimos a la mía para tomar el té.

La biblioteca anunció que Stan Noyes haría una lectura poética. Noyes era un joven americano que más tarde publicaría una novela basada en sus experiencias en el mundo del rodeo. Conducía un coche y vivía con su mujer y su hijo en una villa amueblada en Niza. Entre el público también estaban John y Dorothy Tarr. John rondaba los sesenta y acababa de jubilarse de la Monotype Corporation. Había publicado muchos artículos y un libro titulado *Imprimir hoy*, así como varios manuales sobre cómo escribir en cursiva. Durante los años en que tuve trato con él lo vi trabajar, aunque tan despacio que el progreso era casi invisible, en un proyecto llamado *Historia de los tipos de letra impresa*.

Hasta donde sé no fue nunca miembro del Partido Comunista, pero estridentes opiniones de la izquierda lo llevaban a referirse a George Orwell como traidor a la clase obrera (fuera lo que fuese lo que eso supusiera, pensaba yo) por haber escrito *Rebelión en la granja*, aunque sí le dije que yo le encontraba mucho sentido al libro. En algún momento se enfurecía cuando le decía en broma que habría que disparar al que se declarara en huelga, lo que por supuesto yo no creía.

Educado como católico romano (una de sus hermanas era monja), era un antirreligioso militante, lo que a veces hacía que su conversación fuera tediosa. Más tarde, estando en España, se interesó por asuntos eclesiásticos, aunque solo fuera, desde su conocimiento privilegiado, para decir las cosas más ultrajantes al respecto. Mientras estuvo en Francia pareció confundirlo mucho el hecho de que yo releyera las Escrituras judías en una Biblia que me habían dado en la escuela.

Dorothy, una mujer morena con aspecto de pajarillo diez años más joven que John, con una novela en su haber, seguía enfadada con él por su extravagancia de haberse gastado la enorme suma de sesenta libras en que trasladaran su biblioteca desde Londres. Aparte de la pensión de John, obtenían ingresos suplementarios alquilando habitaciones en su casa de Kensington.

Mi pensión se retrasaba a veces y tenía que reducir gastos en alimentación. Ruth enviaba, ilegalmente, una libra de emergencia envuelta en el *New Stateman* o yo pedía prestada comida a crédito en una tienda modesta en la calle principal, sorprendido por que se fiaran de mí. A mediados de diciembre me quedé sin papel de cartas y usé el dorso de las sobrecubiertas de los libros de bolsillo para escribir un relato titulado «El circo Canning», que luego formaría parte de un capítulo de *Sábado por la noche y domingo por la mañana*.

John y Dorothy, que vivían en un piso alquilado, eran amigos de un tipo nacido en Rusia llamado Nick Nicholas y su mujer inglesa, Muriel. Aceptaban huéspedes y en Nochebuena cené con ellos, pagando la misma tarifa nominal que los residentes, y disfruté de mis primeros vasos de vodka. Muriel había escrito una novela sobre su vida previa a la guerra en un colegio interno de Inglaterra con un tema vagamente lesbiano. Nick tenía unos cincuenta años. Naturalizado inglés, era un hombre de altura media y con unos acerados ojos azules, que había pasado veinte años como oficial en la Marina mercante. Fabricaba violines por afición en un taller detrás de la casa y conducía un gran Jaguar negro.

Me dio a leer sus memorias (todos parecían estar escribiendo o haber escrito un libro) y, en los capítulos sobre la vida en Odessa antes de la revolución, encontré algunos pasajes cuestionables que sugerían que los judíos de la época habían salido de Rusia voluntariamente, no como resultado de los pogromos, y que, en cualquier caso, se había exagerado mucho sobre estos. Yo sabía que eso no era así y en favor de John tengo que decir que pensaba lo mismo que yo, aunque los demás quitaran importancia a nuestros comentarios como si tal cosa.

Mientras, en mi soledad de Le Nid, leí las novelas de George Eliot, avanzaba lentamente en la edición en un solo volumen de *La rama dorada* de Frazer y me deprimió *Thérèse* de François Mauriac. En casi todas las cartas que le escribía a Ruth trataba de persuadirla de que volviera y viviera conmigo, pero ya en diciembre yo estaba pensando en irme a Mallorca. Los Tarr se habían marchado a Barcelona de camino hacia allí.

Ilse Steinhof me escribió para decirme que *Carrefour* quería relatos sobre fútbol, así que le envié «El partido», salvado de las llamas antes de partir de Inglaterra. Por esa época escribí «Los criminales», sobre una mujer de Nottingham que toma un baño caliente y bebe ginebra para abortar.

En enero de 1953 tenía siete relatos, seis poemas y una novela rodando en busca de editor, esfuerzo que alimentaba mi expectación lo suficiente para seguir escribiendo. Tres relatos formarían parte de *Sábado por la noche y domingo por la mañana* años más tarde y yo sabía que tenían un toque de estilo más sólido que el resto de lo escrito, así como esa «imagen realista de la vida» que mi tío Frederick había dicho que mi obra debía tener para que los editores mostraran algún interés. Los temas eran cercanos a la gente con la que había vivido, pero yo sentía como si se hubiera abierto un abismo profundo en una existencia de la que el Destino me había separado. El resto de mi escritura, en la que necesariamente persistía, era un *cul de sac* en el que acumulaba

una masa de material como humus del que mi verdadera voz emergería en algún momento, aunque no sabía cuándo.

Los últimos cuatro meses en Menton fueron como vivir en una montaña rusa de tristeza y exultación. En las tardes oscuras de otoño e invierno me sentaba en mi salita cálida y protegida, bien alimentado tras la cena, fumando satisfecho, y leía o escribía una cosa u otra. Cuando el viento se calmaba, el silencio era completo, turbado antes o después por el ronroneo del gato que saltaba a mis rodillas, el rasguño de mi pluma, el paso a una nueva página o una tos involuntaria por mi parte en una habitación de otro modo vacía de sonido, hasta que una nueva ráfaga de viento agitaba los árboles en el olivar. Estuve un año sin escuchar música, una desnutrición del alma de la que no me di cuenta entonces, aunque en todos los aspectos fuera cierto, como Robert Burton escribió en su incomparable *Anatomía de la melancolía*, que «los peces languidecen de amor y la cera se derrite» y «el amor tiraniza a los bobos».

Una desesperación aguda se hacía evidente en las acostumbradas cartas que escribía a Ruth, pero el tono quedaba mitigado al final. Metido en una caja en medio de ninguna parte, sin saber por qué, estaba más vivo que nunca porque allí era donde vivía y donde no tenía otra alternativa que estar. Ruth era mi cuerda de salvación y sufría una avalancha de casi ochenta cartas derramadas en un rito de iniciación que, como todas las vueltas de la rueda del Destino, sabía que era necesario, y desde luego no fue una pérdida de tiempo, como uno ve después que nada lo es.

Ruth no sabía cuándo podría volver, así que, como tenía dinero para mis gastos después de semanas de frugalidad, decidí irme a Mallorca. John y Dorothy Tarr, instalados en una villa completamente amueblada por seis libras al mes cerca del puerto de Sóller, también me aconsejaron que me trasladara, puesto que la vida era la mitad de cara que en Francia.

Es difícil decir cómo pasó, pero no tenía suficientes maletas para llevarme todas mis cosas, así que le pedí prestadas unas cuantas

herramientas al conserje y construí un gran arcón de madera, que completé con cajones y asas. Disfruté haciéndolo, pensando que tal vez hubiera heredado algo de mi habilidoso padre. Aparte del arcón, tenía un baúl de viaje, una maleta grande de piel de cerdo que había comprado en Malasia, mi fiel máquina de escribir Remington y a Nell en su caja para llevarla en la mano. Por alguna razón no fui capaz de dejarla allí.

Tras asegurarme un visado español en Niza, descendí empujando mis pertenencias colina abajo hasta la estación igual que había subido meses atrás. Dejé la casa limpia y me fui de Menton sin deber nada, cerrando la puerta a recuerdos que prefería olvidar. En una última visita al médico me dijo que pesaba ciento treinta libras, menos aún que cuando salí de la jungla.

# Capítulo 28

EN LA TARDE DEL JUEVES 28 DE ENERO de 1953, a la edad de veinticuatro años (esos hechos son importantes para apuntalar un tiempo que se escapa) partí en el expreso nocturno hacia España. En el bolsillo de mi gabardina llevaba la guía Baedecker del *Mediterráneo, 1911*, que Ruth me había enviado unas semanas antes. Tras vivir cuatro meses solo y ponerme de nuevo en movimiento, el sentimiento de aventura superaba la incertidumbre respecto a lo que encontraría al llegar. Después de cruzar la frontera, el tren redujo la velocidad, pero pasé el tiempo hablando de todos los temas (incluida la religión) con un amable sacerdote con gafas que sabía algo de inglés, aunque sobre todo conversamos en francés.

Un tipo con aspecto de tísico en la estación de Barcelona transportó mis cosas en una carretilla hasta el muelle, un trabajo por el que le pagué bien, puesto que a los taxistas les pareció que mi arcón casero era demasiado grande y pesado para sus destartalados vehículos. Con sesenta y cinco pesetas pagué en la taquilla un camarote de tercera clase en el *Rey Jaime Primero*. Tras pasear un rato por el casco histórico, me senté a comer un plato de paella y una botella de vino en un café de obreros y le pedí al camarero que me diera un platillo de pan con leche para Nell, que iba en su caja. A las nueve estaba durmiendo en mi litera mientras cruzaba el tranquilo mar Balear hasta Palma. Eran las seis y media, y amanecía un día frío. Al otro lado del cristal, Mallorca parecía deslizarse junto al barco como un nuevo mundo geológico que emergiera del seno de la creación. El faro de Dragonera parpadeó

en la punta occidental y un tinte azul en el este hizo que la línea de las montañas fuera cada vez más nítida, mientras que el oscuro mar iba iluminándose de un verde apagado, de un profundo amarillo, luego naranja, hasta que la salida del sol en el horizonte mostró las casas junto a la costa con mayor detalle. Unos cuantos soldados que habían pasado la noche en cubierta tiritaban en su deslucido uniforme caqui y las máquinas del barco eran tan silenciosas que casi parecía que se hubiera dejado llevar por la corriente. Aquel manifiesto nuevo día se apoderó de mi espíritu y llené de notas las páginas en blanco del final del ejemplar de Ruth de *La mochila*.

Un taxi me llevó a la catedral y a la avenida principal hasta la estación de Sóller, un pueblo a veinte millas al norte a través de las montañas. El expendedor de billetes, un joven alto y bien parecido, con el pelo rubio y los ojos pardos, hablaba algo de inglés y sacó orgullosamente la gramática que estaba estudiando, en la que había como señal de lectura una postal de una chica en Inglaterra llamada Kitty. Con ayuda de un paquete de Chesterfield que había comprado en la frontera, hablamos un rato hasta que terminó de registrar mi equipaje, cargándome solo la mitad de precio, y me instaló con los demás en el vagón que estaba esperando.

El tren pasó silbando como un juguete entre acres de almendros blancos en floración y al llegar a las estribaciones de las colinas entramos en un largo túnel por debajo del nivel del mar de la isla. A medida que avanzábamos hacia Sóller abriéndonos paso a través de túneles de mayor o menor longitud, ante nosotros se abrió un gran valle rodeado de montañas salvo por una abertura hacia el mar al noroeste, que cerraba por el pico más alto de Mallorca, que se elevaba a 4739 pies. En niveles inferiores, el aire fragante de naranjos y limoneros se colaba por las ventanas abiertas. El tren silbó al pasar por detrás de las casas y entró en la pequeña estación. Mientras esperaba un tranvía que me llevara hasta el puerto, a dos millas, una mujer salió de la carnicería con una silla de la propia casa para que me sentara.

Los Tarr me invitaron a quedarme en Villa Catalina, pagando mi parte de comida y gastos generales. La habitación que John usaba como biblioteca tenía una mesa en la que se podía escribir, aunque pasé los primeros días paseando por la playa y explorando los vericuetos del valle.

Me esperaban dos cartas de Ruth, así como otra del *Nottingham Weekly Guardian* que me pedía dos artículos sobre Mallorca. También me llegó una notificación de la bbc que decía que les gustaría que fuera a Londres y leyera en la radio mi «Pico Kedah» por dieciocho guineas. Se lo había enviado impulsado por una vana esperanza y me alentó que fuera mi primera aceptación de peso. El pago prometido era más de lo que nunca me habían ofrecido, pero como apenas podía cubrir mi viaje a Londres y una noche o dos de hotel, les pedí que guardaran la pieza hasta tener otras razones por las que ir.

Seguí estudiando francés, lo intenté en vano con el español y comencé un cuaderno sobre el dialecto mallorquín. John, con su rápida y flexible mente, desenredaba interminablemente y con entusiasmo los sentidos y derivaciones de las palabras en casi cualquier idioma, lo que suscitaba muchas discusiones entre nosotros. Como sabía que entender las lenguas romances me ayudaría a comprender mejor la mía propia, abordé una novela de Simenon y traduje poemas de Verlaine y Baudelaire. También leí, aunque en inglés, a Proust y a Stendhal.

En el consulado británico de Palma me dieron el nombre de un médico y arreglaron el pago de los neumotórax, un sistema que me convirtió en un paciente privado con mi propia sala de espera. La enfermera, Francesca, era tan atractiva y encantadora que no puse objeciones a que me observase como si fuera un caballero inválido a quien sus queridos padres habían enviado desde Inglaterra para recobrar la salud y la fuerza en un clima supuestamente más benigno.

A pesar de mi acomodaticia actitud hacia la tuberculosis, que había sido sin duda más positiva de lo que era ahora, sabía que

siempre existía la posibilidad de que, si no me cuidaba, reaparecieran los síntomas y, con insidiosa rapidez, me viera reducido a un estado de enfermedad real. Las montañas circundantes estuvieron cubiertas de nieve varias semanas y el valle de Sóller adquirió un tono lúgubre y frío bajo la lluvia incesante. Una pequeña estufa de leña en la salita de estar era la que proporcionaba calor a toda la casa y los resfriados se cebaron en mí, acompañados por una tos ominosa que hizo que mi pulmón bueno funcionara también más despacio. Los análisis mostraron que la tasa de sedimento de la sangre había subido de casi cero a doce desde que abandonara Francia. Era una mala señal, dijo el médico, pero añadió con una sonrisa que estaba seguro de que descendería con el buen tiempo, lo que de hecho ocurrió. Por fortuna, mi instinto y autocomplacencia coincidieron de una manera tan precisa que borraron toda preocupación.

Mis artículos para el *Nottingham Weekly Guardian* describían Mallorca como si estuviera cincuenta años atrasada, un lugar donde se podía vivir porque los alquileres eran baratos, el buen vino costaba seis peniques la pinta y el tabaco, dos peniques la onza. Una isla donde la gente era honrada y trabajadora y había poca o ninguna pobreza, con mucha tierra fértil y un invierno breve y moderado, buena parte de lo cual era bastante cierto. Aquel mismo año, escribí un artículo breve para *Scribe*, sobre un viaje en coche por las colinas de Palma, mi última publicación por un tiempo.

En Villa Catalina trabajé en vano en *Los desertores* y hablé con John de escribir una guía actualizada para los visitantes, un proyecto que no fue más allá de la sinopsis. El único mapa disponible de la isla era uno rudimentario para turistas. Los mapas adecuados eran inasequibles, lo que demostraba, por si hicieran falta pruebas, que España no era un país democrático, pues la negativa a vender mapas topográficos a gran escala a la gente denotaba una falta fundamental de otros derechos humanos. Con el peor de los climas, aumenté un mapa existente a una escala de 1:50 000 en cuatro grandes hojas que juntamos una vez que John hubo

escrito los nombres. Añadimos los detalles del mapa de la Baedeker y puse datos recogidos en mis exploraciones.

Una tarde, sin más aviso que un golpe en la puerta, un robusto sacerdote ataviado con total formalidad como para dar misa entró en casa seguido por varios monaguillos con sobrepellices. Para consternación del anticatólico John, empezaron a entonar un himno para bendecir el lugar, mientras el sacerdote agitaba un pesado incensario y repartía sus humos perfumados por todas las habitaciones. Todo cuanto John pudo decir cuando se marcharon fue gracias, pero creo que le gustó, aun cuando dijo que le alegraba haberles hecho perder el tiempo.

Unas pocas líneas leídas en mi guía Baedeker me inspiraron para escribir un poema llamado *Cartago*, pero pasé más tiempo con una secuencia de varias páginas titulada *Toni Moreno*. Era un personaje de una de las canciones populares mallorquinas que había traducido, que convertí en una mezcla de Adonis y Don Juan, incapaz de escapar a su destino.

Los sábados por la noche, los Tarr y yo íbamos a un hotel del puerto y contemplábamos el espectáculo del grupo popular de Sóller, Brot de Taronger (Brote de naranjo). María y Catalina, las bailarinas principales, ofrecían una conmovedora y menádica versión de la jota mallorquina, con los brazos en alto como si estuvieran en trance y largas faldas que se alzaban lo suficiente para mostrar medias blancas y dejar que vislumbráramos sus bragas de algodón.

Las tonadas tenían algo de influencia morisca o tal vez judía y aprendí las palabras de sus canciones para traducirlas al inglés, para lo cual acudía a Andreu o Gaspar Nadal, los directores del grupo, cuando no estaba seguro del significado de algo en particular.

John, poseedor de muchos talentos, se sentaba al piano del bar después de las actuaciones y le arrancaba a porrazos algunas notas de *Tosca* o *La Bohème*, además de canciones tradicionales inglesas. En lugar de mirando caer arena por un recipiente de vidrio,

nosotros calculábamos el tiempo que pasaba bebiendo botellas de vino o *brandy*, allí nos daban las dos de la madrugada con frecuencia, aunque solo hubiera unos cientos de yardas entre nosotros y la casa.

Hicimos amistad con un erudito itinerante de mediana edad que fue a Sóller para trabajar en un libro sobre Nietzsche y la «voluntad de poder». Cuando se ponía testarudo, John lo arrastraba a feroces discusiones sobre la ética de ese proyecto y de lo que pensaba sobre Nietzsche en general, y yo me sentaba al lado hasta que me podía el aburrimiento.

En un ataque de cordialidad por parte de ambos, olvidaron sus diferencias en la víspera del Martes de Carnaval y los cuatro nos fuimos en tren a la ciudad a ver la que liaban en las fiestas. Encontramos asiento en un café atestado y bailé con una o dos de las preciosas chicas del lugar, *atlotas* en el lenguaje de la isla, cuando no me quedaba sentado en la mesa fumando y bebiendo, y escribiendo un poema que envié sin corregir a Ruth en una carta al día siguiente:

Faroles de colores cuelgan como momentos
que no pasarán en la vida,
arcoiris antes de Cuaresma
y lunas llenas que iluminan
el sonido del saxofón y del piano
que anuncian la condena.
Jóvenes núbiles como faros de escasa potencia
esperando a que las saquen a bailar,
y las llamas azules en sus cuencos,
encantadas sobre las mesas,
junto a las trompetas en un estallido paradisiaco:
el confeti como una sonrisa gastada
reflejado en el cabello de una mujer.

Discusiones casi filosóficas y literarias, de las que el vino alienta, tenían lugar entre John, el erudito nietzscheano y yo. El alcance de estas era tan amplio como extensa la civilización y podrían haberse alargado eternamente sin haber resuelto nada. Cuando me perdía en los tentáculos de la especulación enrevesada, me colocaba de nuevo tras la empalizada de mis principios básicos, que me convencían de que no era necesario que la creatividad y la inteligencia fueran juntas, que hablar era una cosa y escribir otra y que el Arte prometía ser más efectivo cuando no tenía que cargar con el peso del bagaje teórico.

En paralelo a la búsqueda de una voz propia, que una fe ciega me decía que tenía que buscar, estaba el enfoque de la compatibilidad que sugería que, cuanto más perseverase, más posibilidades tendría de conseguir que mi obra reflejase unas cualidades estéticas, en caso de que debieran darse tales cualidades. El esfuerzo continuo y la práctica eran el único camino posible. De esa forma, cualquier rasgo de originalidad de estructura o contenido se integraría él solo de una manera más efectiva que por medio del artificio consciente.

La serie de varios días buenos seguidos parecían indicar que el invierno había pasado y, en una tarde de brisas balsámicas e inspiradoras, escribí «*Mr* Raynor, el maestro de escuela», sobre un maestro de mi antigua escuela que solía sentarse en su asiento alto y, en lugar de prestar atención a los escandalosos e indóciles muchachitos que tenía delante, miraba por las ventanas al otro lado de la carretera a las jóvenes dependientas de abultado pecho de la pañería situada al otro lado de la calle. Concebí el relato a partir de un verso del poema de Baudelaire *Les Métamorphoses du Vampire*, que sigue resonando en mi mente: *Timide et libertine, et fragile et robuste*.

A mí me parecía obvio que los llamados «relatos de Nottingham» no incumplían los estándares ni carecían del interés necesarios para ser publicados, así que cuando «*Mr* Raynor, el maestro de escuela» fue rechazado, supuse simplemente que había sido una cuestión de

que el dado no había caído en el lugar adecuado de la ruleta en busca de su modesto premio gordo. Los motores de la esperanza estaban a pleno rendimiento y parecía que el futuro solo podía ser mejor que el presente, del que, en cualquier caso, aun con la preocupación de vivir con una mano delante y otra detrás, tenía poca queja.

A finales de marzo conocí a una joven estudiante de medicina que se hospedaba en un hotel cercano y, tras unos días de incansable persecución, se vino conmigo en barco a pasar un fin de semana en Ibiza. Me dijo que, en realidad, prefería hacer el amor con mujeres y, al contestarle que yo también, acabamos en la cama, con los delfines saltando alrededor del barco a nuestro regreso. La relación inspiró unos cuantos poemas, pero terminó cuando se marchó a Inglaterra.

Anoté algunos mensajes cifrados de radiotelegrafía en mi cuaderno captados en una radio de frecuencia corta que los Tarr habían alquilado. Se puede decir que tuve suerte de que no me apresaran por espía en la España fascista, o en cualquier otro sitio si a eso vamos, sobre todo porque la casa se encontraba a menos de media milla de una base naval. Cuando oímos por la radio que Stalin había muerto, John se puso pálido.

En el mismo cuaderno de comentarios sobre Proust, E. M. Forster y la autobiografía en tres volúmenes de Arthur Koestler que estaba leyendo, se encuentra la observación de que «D. H. Lawrence fue dueño de una verdadera genialidad entre los veinticinco y los treinta años. Antes de los veinticinco era un adolescente y después de los treinta, se convirtió en un excéntrico».

Un elevado estado de morboso romanticismo casaba bien con mi gran sentido de la motivación, mientras las flores rosas del melocotonero matizaban la luz del sol que se colaba a través de la ventana de mi habitación. Lo único que yo quería hacer, además de escribir, era emborracharme una y otra vez y acostarme con una mujer. La vida era mejor de lo que había sido en mucho tiempo, tal vez mejor que nunca. Después de desayunar galletas y champán en

la terraza, me iba nadando más allá de la bahía o acompañaba a los pescadores a lo largo de la costa, donde el mar se mostraba estimulantemente embravecido al pie de los acantilados. Salía con un bote cuando podía y el pintor griego Varda, que vivía en el puerto, trataba de enseñarme a navegar. Me afeité el bigote que me había dejado antes de salir hacia Francia como para darle a mi cara una apariencia acorde con mi alterado estado de ánimo. Las cartas que enviaba a Ruth eran más breves, a menudo mecanografiadas en lugar de escritas a mano.

Elizabeth Trocchi llegó de París con sus dos hijos y alquiló un piso en la ciudad. Algunos números de *Merlin*, que dirigía su marido, Alex, contenían artículos interesantes de Christopher Logue, Samuel Beckett y otros, así que le envié algunos relatos de Nottingham revisados y mejorados. Cuando me los rechazaron, los envié a *New Story, Botteghe Oscure, Nimbus* y la bbc, pero tampoco tuvieron éxito en esos sitios.

Por lo general era reacio a enseñar mi obra, aun tratándose de amigos, pero lo hacía de vez en cuando, tal vez por vanidad, aunque la involuntariedad debía de estar relacionada con la esperanza de que, si tenía paciencia, podría mostrarla impresa o, mejor aún, verían los relatos o poemas por sí mismos sin que yo les dijera nada.

La excepción tuvo lugar cuando me enteré de que Robert Graves vivía en Deià, junto a la costa. Le envié una carta adjuntándole algo de lo que había escrito, a lo que contestó: «Gracias por enseñarme estos poemas. Hay algo básicamente bueno en ellos, pero (en el terreno de la franqueza brutal) no ha trabajado usted lo suficiente para conseguir la sencillez que exigen. *Cartago* es el que más se acerca». Terminaba la carta pidiéndome que fuera a tomar el té con él un domingo.

Alquilé una bicicleta por unas pesetas y fui pedaleando por la carretera de montaña (empujando la bicicleta la mayor parte) y, tras atravesar el collado, con la vista del mar Balear a casi mil pies, bajé sin pedalear la distancia restante hasta Deià. Me resultó fácil

encontrar la casa, una sencilla estructura gris junto a un recodo de la carretera justo antes del pueblo. Una cortina de malla muy fina para impedir el paso de los insectos colgaba de la puerta trasera, que estaba abierta, algunos brotes verdes ya se insinuaban en la parra y había juguetes rotos diseminados por el porche.

Cuando llamé, se oyó arrastrarse una silla en el interior y la cortina se abrió. Tras ella apareció Graves, con sandalias, vaqueros y una camisa marrón con varios botones desabrochados, unas tijeras en una mano y un gran vaso de zumo en la otra. Me miró como si me hubiera visto en alguna parte y olvidado en casa de quién, mientras yo retrocedía para que no se notara tanto la diferencia de estatura entre ambos. Al saber mi nombre me invitó a que lo acompañara al jardín a coger limones para hacer limonada.

Era un hombre grande y corpulento, de cincuenta y bastantes años, pelo cano, labios gruesos y una nariz que parecía haber sido golpeada muchas veces en el boxeo, lo que luego me confirmó. Hablando de mis poemas, dijo que algunos eran buenos en el sentido de que, al menos, los terminaba bien, mientras que muchos poetas empiezan bien, pero se quedan en nada a mitad de camino. Años después, cuando jóvenes poetas empezaran a venir a verme, recordaría lo generoso que Robert fue siempre en su apreciación de los principiantes, sin desalentar nunca a nadie, basándose en el sano principio de que por ineptos que pudieran ser en ese momento, siempre existía la posibilidad de que mejorasen en el futuro y escribieran algo de valor.

Preparó dos vasos de limonada y se sentó en una gran mesa de roble a seguir firmando una edición limitada de sus poemas, poniendo las hojas a secar mientras las preguntas y las respuestas se cruzaban entre nosotros al relajado ritmo de una tarde de domingo. «Cuando tenga una gran familia —dijo—, no tendrá otra opción que trabajar duro». Estaba escribiendo *Los mitos griegos* para Penguin, mil cien páginas, así como un libro aún más largo titulado *El evangelio restaurado del nazareno*.

Encontré alentadoras sus observaciones sobre mis poemas, pero le dije que solo se habían publicado dos, a lo que replicó que no importaba mientras siguiera escribiendo. Discutimos los diversos modos en que se decía que habían muerto Ulises y su hijo Telémaco, tema de uno de mis poemas.

De nuevo en el exterior, me preguntó dónde me había criado. «Nunca he estado allí —respondió—, pero, cuando éramos pobres, nada más terminar la Gran Guerra, el propietario de una fábrica de Nottingham me envió un cheque por cien libras. Era justo antes de Navidad y le di de propina al cartero por la carta el último chelín que me quedaba. En otra ocasión, mi permiso de viaje se expidió para Nottingham por error cuando tenía que acudir a un tribunal para la reevaluación de mi pensión, y yo estaba tan enfermo cuando alcancé mi destino real que la pensión se mantuvo. Así que tengo debilidad por el lugar. Estoy seguro de que será una ciudad interesante si alguna vez escribe su novela».

Mientras caminábamos por la carretera quiso confirmar lo que había de cierto en las «buenas noches de Nottingham» sobre las parejas de enamorados y luego me preguntó a qué universidad había ido. Al confesarle que había dejado temprano la escuela dijo: «También yo, para ir a la guerra». Se sorprendió de que me las arreglara para vivir como un poeta y la mención de mi pensión de la raf lo llevó a hablar de T. E. Lawrence. Recordó que en los años veinte, Lawrence le había regalado generosamente una primera edición de *Los siete pilares de la sabiduría*, que había podido vender por trescientas libras, cantidad con la cual uno podía vivir durante un año en aquellos tiempos.

Su mujer, Beryl, volvió de la playa con los niños en ese momento y despejó la mesa para tomar el té. Graves hojeó un montón de papeles que había en el alféizar de la ventana y luego sostuvo en alto un grabado y le preguntó a su mujer a quién se parecía el rostro del grabado de entre los que estábamos presentes en la habitación. El resultado fue que se parecía a mí. Era un retrato de Ludowicke

Muggleton, un predicador ambulante del siglo XVIII, hijo de un herrador de Londres y autor de *El espejo divino*.

«Sabía que me recordaba usted a alguien nada más verlo». Graves estaba contento por haber resuelto el enigma y, después de tomar el té, saboreamos unos cuantos vasos de *brandy* español, lo que contribuyó a que tomara las enrevesadas curvas de vuelta a Sóller con más velocidad que sabiduría.

A finales de mayo, deseoso de marcharme de la isla y ver otros lugares de España, acaricié la idea de establecerme en Málaga. Además de encontrarse más al sur, y en territorio desconocido, estaba cerca de Gibraltar, donde había oído que las Fuerzas Aéreas o la Marina a veces empleaban a civiles en trabajos de radiotelegrafía. El impulso de buscar trabajo, sin embargo, con todos sus atractivos y también sus posibles incertidumbres, se fue debilitando conforme fueron pasando perezosamente los días y las semanas. En cualquier caso, me distraje con el plan de escribir un libro de viajes sobre Mallorca basado en varios artículos y ensayos, lo que suponía prolongar mi estancia para recabar material adicional.

En junio dejé Villa Catalina y me trasladé a una casa en las afueras del pueblo donde podía vivir sin pagar alquiler. Una mujer holandesa, Jup van Dreil, se la cuidaba a un tipo holandés también, que la había comprado para su mujer, pero que como a ella no le gustaba mucho, apenas iban. Generosa y sociable, Jup había vivido en las Indias Orientales holandesas con su marido en los años treinta y los alemanes la habían encarcelado durante la guerra.

La casa se llamaba Casa Jolana y en mi habitación, justo debajo del alero, a veces hacía demasiado calor, pero a pesar de ello seguí trabajando en el borrador final de *Los desertores*, que ya ocupaba unas cuatrocientas páginas.

Un pintor de diecinueve años, Jim Donovan, también vivía en la casa y, a principios de agosto, después de pasar la noche en Palma para ver una corrida de toros, fuimos en tren a Inca, un pueblo en el interior de la isla. Sin cruzar apenas palabra, iniciamos los veinte

kilómetros a pie en dirección norte atravesando un húmedo bosque hasta el monasterio de Lluc, a tres mil pies sobre el nivel del mar. Unos guardias civiles apostados en la parte superior de los autobuses con los rifles cargados, como si estuviéramos en un país de bandoleros, se quedaron mirando nuestra sospechosa marcha por el serpenteante camino. En el monasterio compartimos una gran celda comunal con mujeres y niños por seis peniques. Al día siguiente caminamos treinta kilómetros de vuelta a Sóller, la única manera de ver, en aquellos días, la cara más agreste de la isla.

El apogeo del verano fue una época despreocupada, probablemente más de lo que admitía ante Ruth. Las peticiones en mis cartas de que volviéramos a vivir juntos no eran más que una manifestación del aspecto veleidoso de mi temperamento, aunque no fuera por ello menos sincero. Sin embargo, el ritmo de esos envíos, desde la primera línea acerca de mis esfuerzos por conseguir publicar, sí había disminuido desde la época de Francia. En ocho meses que llevaba en Mallorca, casi setenta cartas detallaban muchas cosas, pero no todas, de mi existencia cotidiana y, aunque me respondió a muchas, durante un tiempo nuestros caminos se separaron.

Mike Edmonds, un australiano itinerante, se quedaba a veces en Casa Jolana. Escritor y periodista, había recorrido el Continente durante años, había tenido un restaurante en París y conocido a celebridades como Rita Hayworth, Hemingway y Picasso. Aficionado apasionado de las corridas de toros y de todo lo español, me llevó a los burdeles de Palma donde, por no muchas pesetas, pasábamos un rato con una chica atractiva. Su aspecto, alto y moreno, con un deje andaluz, le permitía pasar por español, al menos en Mallorca.

Envié la copia final de *Los desertores* en un sobre tamaño folio de la papelería local y mis esperanzas no se basaban solo en su peso físico. Una relectura somera me indujo a creer en la posibilidad de ganar dinero al fin, o por lo menos cien libras, el límite supremo de dinero más allá del cual ni mi imaginación se atrevía a ir.

Al mismo tiempo que enviaba mi libro a Heinemann (nunca fui de los que creen en los envíos pequeños), mandé a la bbc «El gran John y las estrellas». Era un cuento para niños que transcurría en un próspero reino en el Valle del Oro, una especie de utopía como Sóller, al que le faltaban las estrellas en el cielo para ser perfecto. El rey promete a su hija en matrimonio a quien pudiese remediarlo, pero los que fracasasen morirían. Un herrero conocido como el gran John acepta el desafío y, tras muchas tribulaciones, lo logra.

Mi hermano Brian, entonces cabo en el Servicio Nacional del Ejército, a quien había enviado una copia del relato «Sábado por la noche», me la devolvió diciéndome que, en su opinión, «que el camarero lleve a una mesa un pedido de ocho pintas, tres vasos, dos ginebras con naranja, ron, *whisky* y tres paquetes de cigarrillos Woodbine desde la barra, no es realista porque no podría llevarlo todo en una bandeja», y de hecho era así.

Jim Donovan volvió a Londres y Mike Edmonds se marchó a Málaga, dejándonos para Jup y para mí las doce habitaciones de la casa. Estaba bajando de peso otra vez, pero más por disipación que por pobreza; íbamos mejorando. Como acababa de empezar una relación, alquilé una habitación en una casa amueblada que pertenecía a los simpáticos hermanos Nadal en busca de mayor intimidad. Cada día, María y Catalina, las bailarinas de danzas populares que trabajaban de camareras en el bar Nadal, me iban a hacer la cama de un metro treinta y cinco, sobre la cual había colgada en la pared la imagen de un hombre crucificado.

Trabajaba en una pequeña mesa bajo la ventana, con vistas a los tejados de las casas vecinas. Allí empecé a escribir sobre mi infancia, contrastando la angustia y estrecheces de la vida en casa en los años treinta con el refugio de la casa de campo de los Burton y recordando las peculiaridades de mi abuelo herrero, en quien no había pensado desde su muerte en 1946. Traté de darle a la narración un aspecto ficticio, creando imaginativamente la vida de la madre y el padre del protagonista, de nombre Brian Seaton, en la época anterior a su matrimonio.

Escribir la historia fue algo satisfactorio. Era como si lo que escribía brotara tanto de mi subconsciente como de todo lo que realmente conocía de la gente. Cuando llevaba escritas cincuenta mil palabras Brian tenía trece años y la historia llegaba a cuando derribaban la casa de campo, llamada El rincón, para reordenar el terreno. Una vez mecanografiado el manuscrito y enviado, me dediqué a una reescritura seria de *Las verdes colinas de Malasia* y lo convertí, hasta donde fui capaz, en ficción. Interrumpía mi trabajo para comer pan con salami, luego abría una botella de vino y esperaba la visita de mi amante al atardecer si había logrado librarse de su marido.

Se llamaba Pauline y nos enamoramos tras conocernos en una mesa en la terraza de un café en la plaza, una mañana después de que ella hubiera hecho la compra. Al principio se mostró reacia a que nos acostáramos, aunque al final cedió, y comenzó nuestra intensa relación. Tenía unos treinta años, era encantadora y hermosa como una princesa rusa, y su marido había arrastrado a toda la familia a Europa durante un año para poder escribir su Gran Novela Americana sin que nadie lo molestara. Vivían en una casa alquilada a las afueras del pueblo y yo tuve la amabilidad de leerle «El gran John y las estrellas» a su hija de siete años. Pauline la dejaba jugando en el jardín o el marido se la llevaba en tranvía a la playa, y buscaba un pretexto para ir al pueblo y estar conmigo.

Bartolomeu Ferra, el administrador de correos, escribía artículos para *Ecos de Sóller*, el periódico semanal del pueblo que se editaba en la parte trasera de la estafeta. Nos conocimos una tarde en el bar Palacio para hacerme una entrevista y el artículo se publicó poco antes de que me marchara a Málaga en septiembre. Mi nombre, en letras de molde de media pulgada, ocupaba la página, dentro de una serie llamada los que nos visitan, y se refería a mí como «propagandista de Mallorca» tras darle las razones por las que estaba viviendo en la isla y decirle que mis artículos periodísticos siempre habían hablado bien de Sóller.

Bartolomeu seguía describiéndome como un joven bohemio con alma de niño, aunque también como una persona llena de experiencia y candor. No tenía título universitario, escribía, solo tenía mi pluma y mi talento, así como un extenso conocimiento obtenido por haber vivido en muchos países de Extremo Oriente, donde había trabajado como radiotelegrafista. También decía que solía tomar notas en un cuaderno con la mano izquierda y prensaba tabaco negro en una gran pipa curvada con la otra. Terminaba diciendo que como periodista y escritor de ficción había colaborado en numerosas revistas, y mi buena relación con las Musas me auguraba el éxito en la dura lucha por establecerme una posición en el mundo de las letras.

No se trataba de que me lo creyera o no. En cierto modo, me habría hecho feliz saber que todo lo que decía era totalmente cierto, pero la mayor parte de mí no hacía caso a tales elogios. La única persona que sabía si era buen escritor o no era yo y un optimismo permanente me inducía a pensar así ante el rechazo, como cuando alguien de Heinemann me informó de que no podían hacer una oferta por *Los desertores*, aunque les gustaría ver *Hombre sin casa*, mencionado en una nota de presentación. Le envié una carta enseguida a Ilse Steinhoff en París en la que le pedía que lo enviara desde allí.

Mi vida había alcanzado un equilibrio entre trabajo y placer que era difícil que volviera a lograr. La relación con Pauline estaba en todo su apogeo (uno delicioso además), y como para que pudiera dedicarle más tiempo, se me rompió la máquina de escribir y tuve que dejarla una semana en Palma para que la reparasen.

Preparé una cesta de *picnic* y recorrí los diez kilómetros hasta Deià con Elizabeth Trocchi, que quería conocer a Robert Graves, el cual se comportó con su encanto habitual. Nos invitó a darnos un baño y para ello me prestó un bañador que, como no podía ser de otra manera, me venía grande. Bajamos los seiscientos pies que había hasta la playa por una empinada senda que discurría entre

olivos y, después de tomar el té en casa de nuevo, regresamos andando a Sóller.

Cada vez que iba de visita al piso de Elizabeth, su hija de cuatro años, Margo, se me acercaba corriendo y me rodeaba el cuello con los brazos gritando: «¡Papi!», así que me alegró que Alex volviera a finales de septiembre a ver a su familia. Además, llegó con la intención de imprimir un número de *Merlin* en Palma porque era más barato que en París. Era alto, delgado y desaliñado, y dueño de unos ojos que pasaban rápidamente de la exaltación a la vulnerabilidad, del tono apagado a brillar con una suerte de fuego vacilante. Pasó una tarde tratando de conocer gente que pudiera darle hachís, pero no parecía existir tal cosa en un pueblo pequeño como Sóller.

Una noche, tomando un *brandy* en la plaza, me dijo que había ganado setenta y cinco mil francos escribiendo una novela pornográfica para la serie de Olympia Press. Al final estaba lo suficientemente contento como para darme consejos sobre cómo escribir, a lo que yo, tan borracho como él, no pude por menos que decirle que no sabía de qué hablaba. Seguimos la juerga hasta que, a medianoche, se levantó y cruzó la plaza con intención de arrancar un cartel del general Franco. Como no quería que los *guardias civiles* lo trataran con dureza lo disuadí de que no lo hiciera y me aseguré de que llegara sano y salvo a la cama. Cuando se fue a París unas semanas más tarde se olvidó de pagar las siete mil pesetas de los gastos de imprenta de la revista y no sé si llegaría a zanjar la deuda alguna vez.

Cuando Heinemann devolvió las dos novelas, volví a enviarlas acto seguido. La esperanza, como la energía, subían y bajaban para elevarse de nuevo, igual que cuando nos enseñaban en la Escuela de Radio que la fuerza electromotriz de una corriente alterna atraviesa las fases positiva y negativa de un circuito oscilatorio; pues eso mismo le ocurría a mi espíritu, que subía y bajaba en sus continuos vaivenes, cada vez que enviaba un original y me lo devolvían por inadecuado. Un día, mientras ojeaba las Sagradas

Escrituras en mi habitación a la espera de Pauline, mi dedo se detuvo en un versículo del capítulo noveno del primer libro de Samuel, parecido al viejo sistema que usaba mi madre, si es que podía denominarse sistema a algo así, aunque yo estaba seguro de que aún lo usaba; una imagen me vino a la cabeza y se aferró a ella durante un rato, igual que cuando mi madre cerraba los ojos y, con un alfiler, pinchaba sobre la página del periódico reservada a las carreras y escogía un caballo al que apostar seis peniques o un chelín en la correduría local. El versículo decía: «Lo decapitaron y despojaron de su armadura, que enviaron por todo el país de los filisteos para darlo a conocer en la casa de sus ídolos y entre el pueblo».

Le dije a Pauline que abandonara a su marido y se viniera conmigo y, aunque pasó varios días meditándolo, al final se sintió más halagada que atraída por la proposición. En mi fuero interno no podía culparla, aunque la decepción no menoscabó mi amor, pues yo sabía que era inconcebible para ella escaparse con alguien que no tenía más ingresos que una pensión de la raf.

A finales de septiembre, su marido y ella se fueron a pasar el invierno a Málaga. Mike Edmonds ya estaba allí y me había escrito para sugerir que alquilásemos un piso entre los dos. Bien mirado, el plan se ajustaba perfectamente a mis esperanzas e intenciones.

# Capítulo 29

DESDE MI CUMPLEAÑOS A PRINCIPIOS DE AÑO, celebrado por primera vez con champán, era conscientemente feliz de tener veinticinco, como si hubiera superado un momento clave en la vida. Una confianza en mí mismo más amplia me empujaba a creer que ya rozaba la madurez desde el punto de vista aventurero y, sintiendo que ya no era (como le decía a Ruth en una carta) el joven de ojos azules sin tacha que había embarcado hacia Menton casi dos años atrás, tomé el barco nocturno y llegué a Valencia el 9 de octubre. El equipaje que cargué en el taxi hasta la Estación del Norte era mucho menos pesado: había vendido parte de mis pertenencias, me había deshecho de varias cosas, enviado otras a Ruth, dejado a la gata con un amigo y lo que quedaba a Elizabeth Trocchi para que lo cuidara hasta mi vuelta a la isla, cuando quiera que fuera.

El tren correo tardó diecisiete horas en recorrer los quinientos kilómetros hasta Granada, paisaje que recorrí con una edición de bolsillo de la *Autobiografía* de Cellini. La pensión que escogí en Granada olía peor que un burdel, así que tras una noche me trasladé a un lugar limpio frecuentado por estudiantes. Todas las paredes de la ciudad estaban cubiertas de proclamas exaltadas a favor de Franco, pero yo pasé varios días vagando como si tal cosa por el Generalife y la Alhambra, guiándome con los textos y el plano de mi Baedeker, y tratando al mismo tiempo de combatir un fuerte resfriado.

Mike había alquilado un bajo en la Carretería adecuado para nosotros dos, de no ser porque unos días después entraron a robar. La mía fue la única habitación de donde se llevaron cosas, puesto

que daba a la calle y, aunque había barrotes en la ventana, algún manilargo inteligente había pescado los objetos con un palo largo mientras dormía. Además de tres libras en metálico (una pérdida importante, desde luego), me quitaron mi impermeable militar, una elegante chaqueta, los pantalones, el pijama, ropa interior, un chaleco de lana y, lo peor de todo, mi pluma. Había tanta gente en la comisaría denunciando robos parecidos que me marché, convencido de que Málaga era una ciudad de ladrones.

Con previsión lo había arreglado para cobrar mi pensión en Gibraltar y uno de los amigos australianos de Mike me llevó en coche a través de pintorescas aldeas encaladas por una carretera horrible. El cambio en el mercado negro era de varias pesetas por libra más que en un banco español y como no me arredraba la perspectiva del contrabando de dinero en la frontera, obtuve suficiente dinero extra para comprar tabaco inglés, una pipa, un par de cuadernos y una pluma nueva.

Nos fuimos después a un piso mejor equipado y más seguro en la calle Mariblanca por una libra a la semana cada uno, con cinco habitaciones, cocina y baño. La única desventaja era que había tanto ruido en la calle que no siempre era fácil dormir.

Una noche, durante una cena con Pauline y su marido en su piso, más lujoso, en el centro de la ciudad, me di cuenta de que él conocía nuestra relación o, al menos, mostraba unos recelos justificados, así que decidí que tendríamos que ser cuidadosos al vernos. Pauline estuvo de acuerdo y Mike dejaba libre el piso cada vez que venía a visitarme, un arreglo que duró hasta que se fue.

Leí *Retrato del artista adolescente*, que Ruth me envió, y *De aquí a la eternidad*, que Mike me prestó. Rose Macaulay, en *Orilla fabulosa*, escribió que Richard Ford, autor del famoso *Manual para viajeros por España* para la serie de guías de John Murray, opinaba que Málaga solo se merecía un día del tiempo del viajero, lo que ella creía cierto. La abrumadora pobreza me recordaba a otros tiempos, con tantos vagabundos y mendigos por las calles que empecé a sentirme más amenazado que comprensivo con ellos. Puede que mi

actitud se debiera a mi precaria situación financiera, en la que era difícil mirar al frente con alguna sensación de seguridad. En ocasiones me sentía atraído por el impulso de volver a Inglaterra, después de casi dos años lejos de allí, hasta que caía en la cuenta de que la vida no sería tal en un lugar donde se esperaba de uno que tuviera un trabajo.

Con el frío que hacía resultaba incómodo quedarse sentado en un piso sin calefacción, pero, en noviembre, después de haber estado trabajando en un largo poema que Trocchi me había pedido y que luego rechazó, empecé a convertir «El dilema del general» en una novela. Probé a enviar a otra editorial *Hombre sin casa* y *Los desertores*, que me habían devuelto de Londres, pero también los rechazó. Un novelista inglés, Charles Chapman-Mortimer, vivía en el mismo edificio. Tenía cuarenta y seis años y había ganado recientemente el premio James Tait Back Memorial por su libro *Padre ganso*, publicado en 1951. Le echó un vistazo a algunos de mis escritos, que encontró bastante prometedores, y me puso en contacto con su agente Rosica Colin, cuyo apoyo terminaría siendo particularmente valioso.

Una noche, Chapman-Mortimer, Mike y yo fuimos a las cuevas de gitanos a las afueras de la ciudad. Frederick Thon, un dramaturgo americano, y su mujer, Harriet, nos acompañaron. Habían estado en Mallorca con sus dos hijos y estaba de paso por Málaga como parte de su viaje por Europa.

Las luces de las calles ya no eran visibles y caminábamos entre los hoyos y las hondonadas de un descampado, con la figura negra de la inacabada catedral de Málaga acechando a nuestras espaldas. Al llegar a una pequeña elevación, Mike gritó el nombre de alguien, una hendidura de luz se abrió en la pared y nos llevaron a una de las muchas entradas.

Un compartimento albergaba a un burro blanco, otro, una hilera de niños durmiendo. El suelo estaba enlosado y las paredes encaladas, y una lámpara de mecha oscilaba en un cuenco de aceite. El único mobiliario era un par de cajas cubiertas con una

colcha para que nos sentáramos. Unos rostros morenos nos devolvieron los saludos y el vino descorchado pronto hizo que todos cantaran y bailaran, hombres y mujeres e incluso los niños, que salieron de sus camas con el ruido. Una muchacha jorobada de unos quince años, con grandes pechos y los brazos cruzados sobre ellos, se apoyaba contra la pared como si fuera a caerse si se movía. Bromeaban respecto a cuándo moriría una anciana a la que se dirigían como abuela, a lo que ella contestó con una sonrisa desdentada como diciendo que pensaba vivir más que todos nosotros juntos.

La puerta de madera estaba cerrada, pero con tanta gente fumando los cigarrillos americanos que habíamos repartido, el jefe del grupo tuvo que dejar entrar algo de aire. La lluvia golpeteaba, pero estábamos a cubierto y secos. En la guerra civil, tanto los fascistas como los comunistas habían masacrado a muchos gitanos, aunque ahora bailaran, como empezamos a hacer nosotros al rato, zapateando y dando palmas a la guitarra, con rostros que me recordaban, a la amortiguada y oscilante luz, a los tamiles de Malasia.

En diciembre acabé las doscientas páginas de *El dilema del general*, y dejé reposar el texto mientras trabajaba en varios ensayos para un futuro libro sobre España. Le envié la nueva novela a Ilse Steinhoff a París, pero también la rechazaron. Releyendo el libro de Nehemías señalé por alguna razón el versículo: «Y me levanté en la noche, y algunos hombres conmigo; no le dije a nadie lo que Dios me había puesto en el corazón que hiciera en Jerusalén, ni había bestia alguna conmigo, salvo la bestia en la que cabalgaba».

Los puestos de lotería callejeros que montaban en Navidad recaudaban fondos para caridad, con premios que iban desde unas pocas pastillas de jabón hasta un coche. Muchos quioscos vendían *ximbombas*, un instrumento de percusión que se parecía a una maceta, con una piel tensa en la parte superior y un palo hueco atravesado, de modo que cuando te humedecías la palma de la

mano y frotabas arriba y abajo emitía un sonoro gruñido sobrenatural. También eran muy comunes en Mallorca en las fiestas, desde las de tamaño grande a otras muy pequeñas para los niños.

Los cafés iluminados se poblaban en vísperas de Navidad y las aceras se llenaban de puestos colmados de frutas, cigarrillos y pan, mientras los ciegos se movían entre el gentío gimiendo de forma lastimera intentando vender billetes de lotería. Resultaba casi imposible coger un taxi o un coche de caballos entre la multitud, y el chasquido de los látigos se perdía entre la gente que le daba a la *ximbomba* con los ojos vidriosos y las manos empapadas en vino. El efecto que causaban miles de borrachos tocando aquel instrumento por las calles era inquietante, espectral. Chapman-Mortimer, Mike y yo recorrimos un bar tras otro, y llegamos al piso a las seis de la mañana para desayunar beicon con huevos.

Mike recibía en el piso de vez en cuando la visita de la hermosa y bien educada aunque empobrecida Maricarmen. Desheredada por su familia, había sido, o tal vez aún lo fuera en su vida de amor libre, la amante de un escritor y periodista llamado Pedro, que había servido en Rusia con la División Azul durante la guerra. El tal Pedro había escrito sobre sus experiencias de un modo tan negativo, sin embargo, que un militante fascista fue un día a su oficina y puso una granada con la espita quitada sobre su mesa. Pedro tuvo el tiempo justo para ponerse a cubierto y solo resultó herido de levedad. Tenía el sentido del humor que podía esperarse de un hombre de rostro escuálido y demacrado: no siempre era divertido. Maricarmen nos decía que no podía irse nunca a la cama sin colgar una bolsa de comestibles del cabezal, pues si se despertaba por la noche tenía que llevarse algo a la boca para que no volviera el horror del hambre que había pasado en Rusia.

Por alguna razón, Pedro creyó que Maricarmen venía al piso a verme a mí y un día, al ir a recoger mi correo a la oficina de Thomas Cook, me dijeron que me estaba buscando con un cuchillo para cortarme el cuello. Busqué a uno de sus amigos porque sabía que así el mensaje le llegaría, y le informé de que no tenía planes con

Maricarmen, que solo venía al piso para practicar su inglés. Le dije también que, siendo como era un antiguo soldado británico que había pasado dos años luchando contra la guerrilla comunista en la jungla malaya, era más que capaz de cuidar de mí mismo. Eso pareció calmar la situación e incluso nos llevamos razonablemente bien a partir de aquello.

Tan pronto como Maricarmen entraba en nuestro piso, lo primero que hacía era ir al baño y limpiar la navaja de afeitar de Mike, lo que parecía extraño dadas sus creencias libertarias. Me dijo que cuando una campesina española quería seducir a un joven salpicaba unas gotas de su sangre menstrual en su comida. El remedio a veces funcionaba de tal modo que lo arrastraba a un frenesí sexual del que costaba sacarlo. También nos dijo que el anticonceptivo corriente entre las mujeres en España era una pequeña bola de algodón untada de vaselina e insertada en el cuello del útero. Otro dato aún más lacerante de la inteligencia que demostraban era que cuando una mujer acudía al hospital como resultado de un aborto chapucero la operaban sin anestesia.

Tras despedirme de Pauline en diciembre no parecía tener demasiados motivos para quedarme en aquella parte de España, salvo para terminar algunos trabajos pendientes. En vista de que Málaga no me gustaba y tampoco esperaba gustarle yo a ella, mi intención era volver a Mallorca a finales de febrero con la esperanza de que Ruth regresara de Inglaterra para vivir conmigo, pues mis cartas seguían induciéndola, persuadiéndola y alentándola con ese fin. Para ayudarme a pasar el invierno me envió un paquete con ropa y dos cajas de libros. Mientras tanto escribí un relato de mi visita a las cuevas de los gitanos, que se publicó en la revista *Scribe* al año siguiente.

Un día, una capa de nieve cubría las calles, aunque no me sorprendió, pues ya sabía que había que desconfiar de los inviernos del Mediterráneo. Trabajar en el piso se volvió imposible, así que Mike y yo íbamos a los bares por la mañana y bebíamos un coñac malo a penique el vaso y por la tarde visitábamos un burdel y

ofrecíamos dulces o una botella de vino. Una de las chicas me sugirió que me casara con ella, una proposición inaceptable, aunque mi conocimiento del español se hizo mucho más coloquial, eso sí.

A mediados de febrero de 1954 tuve que presentarme ante un tribunal médico en Gibraltar, lo que supuso hacerme radiografías, y análisis de sangre y esputos en el hospital militar. De camino abrí y volví a cerrar la carta de mi médico español, que informaba de que «el señor Sillitoe tiene tuberculosis ulcerada que no se ha curado». Ese sucinto resumen fue un golpe, aunque tal vez exagerase mi estado por hacerme un favor, ya que una vez le mencioné la ventaja que suponía recibir una pensión para un escritor indigente.

Noreen Harbord, que regentaba una pensión en Sóller, vino conmigo, pues quería comprar un Ford Popular y llevarlo de vuelta al hotel que tenía en Mallorca. Como residía en España no podía pasarlo por la frontera sin pagar unos elevados impuestos por ello, me propuso comprarlo a mi nombre y conseguir después un permiso ante notario para poder utilizarlo. Me alegró hacerlo, aunque supusiera cumplimentar los complicados trámites de establecer fraudulentamente mi residencia en la Colonia, pasando de una madriguera burocrática a otra, para obtener un pasaporte de la Roca de los Monos. Ese documento de viaje me duraría hasta que expiró en los años sesenta y, felizmente, supongo, volví a ser completamente británico.

Llevó casi una semana, mientras vivía en el Winter Garden Hotel, completar el procedimiento y obtener la documentación del coche, así como un visado español para mi nuevo pasaporte. Durante el fin de semana estuvimos en Ronda y visitamos el famoso puente. El autobús nos llevó de vuelta a Algeciras por un tortuoso camino de bajada sin pavimentar y lleno de baches que llamaban carretera, que nos dejó todos los huesos doloridos, pero que se añadió, golpe a golpe, a mi colección de relatos de viaje por España, ninguno de los cuales llegó a publicarse nunca.

Antes de la visita que la reina tenía previsto hacer a Gibraltar, tropecé una noche con una multitud que arrojaba piedras al

Consulado Británico en Málaga. Cuando un par de jóvenes me pidió mi opinión al respecto, les dije que, si querían que le devolvieran el peñón a España, lo único que tenían que hacer era marchar cien kilómetros a lo largo de la costa y tomarlo, aunque tenía que admitir para mis adentros que la existencia de Gibraltar bajo soberanía británica era como si Francia o Alemania tuvieran una base militar permanente sin derechos de aduana en Land's End[18]. Por fortuna, tenían sentido del humor y me dijeron, cuando nos fuimos a tomar una copa a un bar, que Franco solo exhortaba a la gente a protestar contra la Colonia cuando las cosas iban mal en el país.

También discutimos sobre Lorca, pues yo había estado leyendo sus poemas y obras en el idioma original. Hasta entonces solo era posible encontrar ediciones impresas en Argentina, pero sus libros volvían a estar ahora en las librerías españolas, como si la rigidez fascista de los años anteriores fuera aflojando en el país, aunque muy lentamente. Un suelto del periódico decía que se había abierto al culto una sinagoga en Madrid, la primera desde que los judíos fueran expulsados en 1492. Parte de la Marina de los Estados Unidos en el Mediterráneo estaba anclada en la bahía y repartía regalos valiosos a los pobres y, cuando Mike habló con un par de marines en un bar, se las arreglaron para llevarnos a una visita guiada por su portaviones.

En febrero, un amigo me pidió que recogiera una suma de dinero en un banco de Tánger y lo introdujera en España sin declarar, pues existía un límite estricto sobre la cantidad de pesetas que podía introducirse del extranjero. Pasé allí un par de días y me alegró hablar francés en mi hotel en el Zoco Chico, a pesar de que la dueña replicara *Oui, mon enfant!* cada vez que le preguntaba algo.

En un restaurante al que Mike y yo fuimos a comer, una camarera tetuda, de tez pálida, con unos labios delgados y una mata de rizos negros que le caían por la espalda, me preguntó en español con un tono de lo más beligerante (acompañado por una deliciosa lágrima en la mejilla) por qué había tardado tanto tiempo en volver. Me puso el plato de pasta en la mesa y, cuanto más

negaba yo haberla visto antes, más se enfadaba. Al final, Mike habló con ella en el bar y descubrió que me confundía con su novio sueco. Al terminar la comida no estaba segura del todo de que no fuera él.

En febrero escribí «Ocurrió un fin de semana», la historia de un joven obrero de una fábrica de Nottingham que se lo está pasando en grande en un *pub* el sábado por la noche y se despierta el domingo por la mañana en la cama con la mujer de su compañero de trabajo ausente. Empezaba así: «Con once pintas de cerveza y siete ginebras encima, Arthur se cayó rodando escaleras abajo». Para ahorrar papel usé el reverso de la portada de *Los desertores*, novela que ya había sido rechazada tres veces y había terminado apartando por considerarla impublicable. En los meses siguientes, envié la historia del fin de semana de Arthur a varias revistas, pero siempre me la devolvían sin comentarios, así que luego la usaría como primer capítulo de *Sábado por la noche y domingo por la mañana*.

El último día sentí cierto afecto por Málaga, pero al mismo tiempo me alegraba de marcharme, ya que había quedado con Ruth en Barcelona. Llegué temprano, después de cambiar de tren en Madrid, el 17 de febrero. Sin afeitar y cansado, dejé mis maletas en la consigna, caminé por el paseo de Colón y subí por las Ramblas, sintiéndome como en casa otra vez, pues ya había estado allí y, en una estrecha calle del casco histórico, pregunté en la recepción de un hotel barato si tenían habitaciones.

El recepcionista parecía receloso, como si tuviera delante a un leproso. Dos tipos con sombrero y gabardina salieron de la parte trasera y me pidieron que los acompañara. Al preguntarles qué querían, uno de ellos mostró una insignia con membrete en tecnicolor y me dijo que estaba arrestado.

Me llevaron por las calle hasta una comisaría de piedra gris parecida a una fortaleza con un centinela a la puerta y me introdujeron en una habitación para interrogarme. Me quitaron el pasaporte y el carné de identidad francés y un tipo mayor, que me invitó a sentarme, me preguntó qué hacía en España. Le dije que

era escritor y que había ido por mi salud, lo que tenía bastante de cierto, pues estaba claro que no había hecho nada por lo que pudieran detenerme, aunque al mismo tiempo le estaba dando vueltas ya al tipo de artículo que podía salir de la experiencia o si podría servirme en una novela.

La única razón posible para mi detención era que, en el atestado tren nocturno en el que había hecho el viaje desde Madrid, había dicho, o simplemente coincidido, con alguna observación poco amable hacia el general Franco. Algún soplón debió de haberme delatado tan pronto como el tren llegó a la estación y me habían seguido hasta el hotel. No había ninguna otra explicación posible y me maldije por no haber mantenido la boca cerrada, y tener ahora que enfrentarme al engorro de ser deportado a la frontera francesa a cientos de millas de distancia.

A Ruth y a mí nos había llevado semanas planear nuestro encuentro y ambos habíamos ido reuniendo poco a poco el dinero para convivir una vez nos reuniéramos, aunque yo ya sabía que me seguirían pagando toda mi pensión un año más por lo menos. Ella estaba de camino y esperaba que la recogiera en la estación al día siguiente. ¿Qué pasaría si yo no aparecía? Ella solo tenía billete de ida y yo no estaba seguro de que tuviera dinero para pasar la noche en un hotel y pagarse el viaje de vuelta a Inglaterra.

El tiempo pasó en una charla aparentemente sin trascendencia que, echando la vista atrás ahora, supongo que podría denominarse interrogatorio. Estaba cansado después de varias noches sin dormir y hambriento, pero no perdí la paciencia ni el sentido del humor, fingiendo ser un turista más, fascinado por todo cuanto tuviera que ver con la inagotablemente interesante España. Hasta cierto punto, era verdad, pero mi máquina de escribir, que abrieron y examinaron detenidamente, así como mi dominio del idioma, me habrían convertido en sospechoso en cualquier país totalitario. Tampoco mi pasaporte de la Colonia de Gibraltar me hizo ganarme simpatías y en aquel momento se me antojó una temeridad haberla adquirido solo por el coche de Noreen. Aun así, creía implícitamente que las

palabras «El gobernador de la Colonia de Gibraltar requiere, en nombre de su Majestad, a todos cuantos pueda concernir, que se le permita al portador circular libremente sin trabas, etc.» me mantendrían a salvo.

Encendieron las luces cuando fuera anocheció y, durante un rato, se produjo el silencio entre mi interrogador y yo. Imaginaba que se le había ordenado a un radiotelegrafista en una habitación situada cerca del tejado del edificio (había visto las antenas al entrar) que enviara un telegrama a Madrid que confirmara que mi visado no era falso. La respuesta debió de llegar, pues uno de los tipos que me había detenido volvió con mi pasaporte y me dijo que estaba libre.

Se percibía una ligera sombra de decepción en su, por lo demás, cortesía neutral y, cuando le pedí mi *carte de séjour* francesa, dijo que no sabía de lo que hablaba. Insistí un rato y él hizo lo mismo con su mentira, pero me pareció mejor olvidar el asunto. No era probable que fuera a vivir en Francia en los próximos años y la pérdida de una cartulina era un precio pequeño por mi libertad, aunque me gustaba la idea de tener un carné de identidad francés.

Al día siguiente, Ruth llegó a la estación con la noticia de que *Carrefour* había aceptado mi relato «El partido». Ilse Steinhoff se había encontrado con ella en la Gare du Nord y le había dado doce libras para mí, que costearon con mucho los dos días que pasamos en Barcelona.

# Capítulo 30

A LOS VEINTISÉIS AÑOS, y después de cinco de continua dedicación, había poco que mostrar de mi escritura. La cantidad no era escasa, pero la calidad llegaba lentamente. Los relatos y partes de las novelas sugerían que el reconocimiento habría debido ser mayor, pero la perfección del talento, cualquiera que fuera, se desarrollaba a su propio paso.

Nada podía acelerar el proceso y nadie podía ayudar a resolver los problemas. Y aunque alguien hubiera podido, el papel de acólito respetuoso o aprendiz entusiasta no formaba parte de mi temperamento. Leer a los grandes escritores transmitía muchas cosas, pero cuanto más gozosas eran sus obras, más difícil era aprender de ellas, porque el profundo hedonismo de la lectura me impedía hacer el análisis necesario para ver las faltas de mi propia obra. Si el éxito tarda en llegar, al menos su compañía servía de aliento y daba consuelo. Como no confiaba más que en mí mismo, seguí escribiendo, pues la falta de formación para cualquier otro trabajo contribuía a esa persistencia, así como la fe absoluta en que no tenía otra vocación que la de escritor. El éxito llegaría si aguantaba.

A mi manera optimista y acomodaticia (tenía ingresos, aunque fueran pequeños), empezaba a darme cuenta de que contar una historia no bastaba, salvo que estuviera escrita con tal convicción que el lenguaje y el contenido indicaran que yo tenía algo que decir además de una historia que contar. La mejor escritura se producía cuando el movimiento de mi pluma coincidía exactamente con el tono de mis pensamientos, lo que me hizo comprender que cada

escritor o escritora tiene su voz o estilo únicos y que, aunque unos encuentren esa voz antes que otros, cuanto más te costara adquirirla, más probable era que fuera tuya y de nadie más. Como sistema de prueba y error solo podía llamarse aprender por las malas, y la mayor parte del tiempo el asunto de vivir y llevar a cabo el proceso de escribir era algo lo bastante anodino como para poner en su sitio esos turbadores pensamientos. Los únicos aliados contra los problemas que me asediaban eran la energía y la fe.

El mar estaba tan revuelto cuando cruzamos a Palma como el canal de la Mancha dos años antes, aunque esta vez mi estómago no bailó a su son. Noreen Harbord nos llevó desde el barco en «mi» Ford Popular a través de las montañas hasta su hotel en la playa de Sóller, donde generosamente nos alojó gratis y nos dio de comer durante dos semanas.

Alquilamos un apartamento amueblado en la planta baja de una casa alta y estrecha en la calle José Antonio por quinientas pesetas al mes, una libra más o menos a la semana. Nuestra casera era doña María Mayol, una persona reservada que apenas hablaba. Baja y rotunda, parecía más vieja de lo que era y había sido diputada republicana antes de la guerra civil. Cuando Barcelona se rindió a las fuerzas fascistas en 1939 recorrió cientos de millas hasta Francia como refugiada, pero luego le permitieron volver, sin sufrir daño alguno, a sus propiedades en Mallorca. En su juventud había sido conocida como poetisa y al final la convencí de que me dejara traducir algunos de sus versos del mallorquín. Sospechaba que había más de una tragedia en su vida y que había sido testigo de otras, pero nunca dijo nada que lo confirmara. En ocasiones el humor destellaba en sus ojos, pero era como si la sabiduría y la experiencia no le dejaran reír y casi ni sonreír. Sin embargo, era supersticiosa, porque, cuando el pintor griego Varda y su mujer colgaron una ristra de ajos sobre una de sus puertas, llamó a Ruth y le pidió que la quitara cuando se hubieran ido.

Volver a Mallorca fue como volver a casa tras la precaria (así me lo parecía) vida en la Península, una civilización cuyo idioma

peculiar conocía y cuya gente, honesta y tolerante, me resultaba familiar. Como encontraban ofensiva la autoridad que se ejercía desde Madrid, había menos muestras de afecto hacia Franco y los mallorquines eran personas pragmáticas que intentaban seguir con sus vidas de la forma más tranquila e industriosa posible.

Aún quedaban algunas semanas de invierno, no demasiado estable, como George Sand y Chopin descubrieron durante su estancia en Valdemosa entre 1838 y 1839. Nuestra principal defensa contra el frío era una pequeña estufa en la sala de estar que solo podíamos encender por la noche. El resto del tiempo teníamos un recipiente poco profundo con carbón encendido y su ceniza (llamado brasero), colocado en un soporte debajo de una pequeña mesa redonda cubierta con una especie de manta que llegaba hasta el suelo para mantener el calor. Metías las piernas y los pies a través de unas aberturas en la manta y, al menos, mantenías parte del cuerpo caliente. El inconveniente era que el humo del carbón tenía un efecto soporífero, por no decir tóxico, que hacía necesario alejarse cada media hora, por lo que volvías a enfriarte. En siglos pasados, cuando las cosechas se perdían, el método habitual de suicidio de una familia mallorquina consistía en reunirse en una habitación sin ventilación y dejar que el humo del carbón hiciera el resto.

Pasaron tan pocas cosas durante mi estancia en la isla que es difícil separar un año del siguiente. Distingo la mayoría de las fechas solo por el libro en particular en el que estaba trabajando, aunque no siempre sabría identificarlos con precisión, pero esos márgenes de error suponían paz y un regalo de tiempo ilimitado y seguridad, que es un don del cielo para cualquier escritor.

El futuro se fundamentaba en la esperanza de que nuestro modo de vida cambiaría con la publicación de una obra por la que nos darían cien libras por lo menos. Por otra parte, nuestros ingresos de cuatro libras, siete chelines y seis peniques a la semana eran, en la España de aquella época, el salario de un empleado con antigüedad y una familia que mantener, así que siempre tuvimos un piso o casa

de cinco habitaciones completamente amueblado, vino en la mesa, tabaco que fumar, dinero en metálico suficiente para el correo y una chica que iba de vez en cuando a lavar la ropa y limpiar la casa.

A principios de abril, Rosica Colin escribió para decir que le gustaría ser mi agente y que ya había enviado *El dilema del general* a un editor. Para Ruth y para mí, que nos dedicábamos por completo a nuestro trabajo, fue motivo justificado de esperanza. Poco después de volver a Mallorca escribí el cuarto borrador de *Cartas desde Malasia*, basado en el viejo manuscrito de *Las verdes colinas de Malasia*, y a la que di un toque más de ficción con la introducción de Mimi, una muchacha china que se gana la vida como bailarina y se hace amiga de Brian Seaton. Elaboré algo más la parte correspondiente a la Emergencia Malaya y el libro acababa con la muerte de un guerrillero comunista a manos de Brian cuando su equipo de rescate cae en una emboscada durante la búsqueda de un avión estrellado.

Mientras trabajaba en ello, encuaderné algunos relatos de Nottingham con la idea de que un día se publicaran como libro. En junio tenía un nuevo borrador de *Cartas desde Malasia* y en julio se lo envié a Rosica con una nota en la que le explicaba que la novela de setenta mil palabras trataba del inicio de la Emergencia Malaya, que la bbc había aceptado una parte y que otro extracto se había publicado en el *Nottingham Weekly Guardian* como relato unos años antes.

Llegó al valle por entonces el pintor Eddie Allen con su mujer austríaca. Eddie y yo nos habíamos criado en la misma zona de Nottingham, pero, como él era unos años mayor que yo, la primera vez que nos vimos fue en Sóller. Otra coincidencia fue que había sido radiotelegrafista de la raf, un tema más de conversación además de la pintura y la escritura. A veces Ruth y yo recorríamos los veinte kilómetros entre Sóller y Deià para hacer una visita a los Graves. Éramos amigos también de los Tarr, aunque tras una temporada se marcharon para dirigir una escuela de idiomas en

Valencia, una aventura que tuvo gran éxito debido a los excelentes métodos de enseñanza de John.

Tony Buttita, agente de prensa teatral, que también estaba escribiendo una novela, viajaba con frecuencia desde los Estados Unidos para ver a Elizabeth Trocchi. Había conocido a Scott Fitzgerald en Hollywood durante los años treinta y llegaría a escribir un libro sobre él. Tony solía llegar con cajas de revistas literarias de Nueva York y San Francisco, así como de novelas de Mailer, Salinger, Styron, Truman Capote y Gore Vidal entre otros. Las obras de estos autores eran como oro en una época en que no parecía existir una escritura tan vigorosa en Inglaterra, salvo por las novelas recientemente publicadas de Kingsley Amis y John Wain, que aún no habíamos podido leer.

Inglaterra para mí se había desvanecido más allá del límite septentrional del mundo, pues llevaba fuera más tiempo del que había pasado en Malasia. Su Majestad la reina (¡Dios la salve!) o sus representantes seguían proporcionando lo que se había convertido en mis ingresos privados de expatriado, que nos permitía vivir a Ruth y a mí sin tener que preocuparnos por nada y dedicarnos así a nuestros escritos.

En septiembre, alquilamos una casa de labor vieja y grande en la zona de huerta entre el pueblo y el mar, con un pozo debajo de una higuera de la que sacábamos el agua y olivos en el jardín. Don José, el cabeza de familia de los vecinos, había estado en la cárcel durante la guerra civil por expresar simpatías socialistas y había enfermado de tuberculosis. Tenían un cerdo que se alimentaba de higos y melocotones del jardín y nos invitaron a la fiesta de la matanza. Sus chillidos de agonía me devolvieron a la época en la que mataban el cerdo de mis abuelos en la parte trasera de su casita en el grupo de las Casas de la Vieja Fábrica. José y su familia emigraron luego a Canadá, donde, gracias a un nivel de vida mejor, recobró la salud.

Rosica Colin trataba de conseguir que mi cuento infantil «El gran John y las estrellas» se publicara, pero, entre tanto, una docena de

editoriales había rechazado *El dilema del general* y *Cartas desde Malasia*. Los editores, decía Rosica, temían aceptar un libro como *Cartas desde Malasia* debido al «fuerte lenguaje». Algunas de las expresiones empleadas no estaban permitidas en una época en la que se estaba llevando a cabo una campaña contra los libros «obscenos». Le dije que no se me había ocurrido que fuera obsceno y que, aunque no me gustaba la idea de cortar nada de mi novela, eliminaría las palabrotas (no había tantas) si ello suponía la publicación del libro y yo ganaba un dinero. Rosica me dijo que no dejara que las críticas me desalentaran y que siguiera escribiendo.

En el otoño nos trasladamos a la mitad inferior de una casa aislada en una ladera desde cuya amplia terraza sobre huertos de limoneros y naranjos se tenía una vista sin trabas del pueblo y las escarpas del Puig Mayor. Cuatro gatos perdidos se establecieron en los alrededores pavimentados de la parte trasera de la casa y los alimentábamos de sobras cuando teníamos.

Howard Sergeant publicó el poema «Abandonado como un muerto» en *Outposts* y, en octubre, «El partido» se imprimió por fin en *Carrefour*, en París, aunque nunca recibí una copia. Algunos poemas de Ruth aparecieron en *Hudson Review*. A principios de noviembre empecé una novela titulada *La isla del señor Allen* y el primer borrador de sesenta mil palabras estaba listo en siete semanas. La historia trataba del informe de avistamiento de una isla cerca del sensiblemente estratégico estrecho de Bering, una zona célebre por la niebla y la bruma. Todo era un engaño, perpetrado por el señor Allen, un millonario excéntrico y bromista, que consiguió convencer al mundo de la realidad de la isla. En el último capítulo, las flotas soviética y americana se dirigen a la inexistente isla para reclamar su soberanía y acaban envueltos en una batalla por su posesión que señala el estallido de la tercera guerra mundial.

La novela provenía de mi fascinación por la geografía, la política mundial y la guerra, y se percibe mi placer al escribirla en el entusiasmo descuidado de su estilo y narración. Cuando le enseñé la copia mecanografiada definitiva a Robert Graves, su respuesta

fue: «¿Por qué no escribes algo que suceda en Nottingham? Es el lugar que mejor conoces».

# Capítulo 31

ENVIÉ *LA ISLA DEL SEÑOR ALLEN* a Rosica Colin el 4 de febrero de 1955 que no tardaron en rechazar, aunque el editor (o editora) aún tenía que tomar una decisión respecto a *El dilema del general*. Avanzado el mes, la esperanza resurgiría cuando un editor al que le gustaba *Cartas desde Malasia* pensó que el libro mejoraría con algo más de narración, así que añadí sesenta páginas para aumentar la presencia de Mimi, la muchacha china. Envié la sexta y última versión a Londres en abril.

Empecé entonces a escribir *La empalizada*, una novela en la que me serví de mi experiencia en el hospital de la raf. Contaba la historia de un tipo joven, hijo de un próspero granjero de Lincolnshire, que, gravemente enfermo, decide, sin embargo, abandonar el hospital sin seguir el tratamiento, y una enfermera que deserta del servicio para irse con él que proviene de una familia normal y corriente de Birmingham. Se casan y dejan Inglaterra para vivir en un lugar muy parecido a Menton. Al final, él está a punto de morir a causa de las crueles infidelidades de ella y una negligencia suicida por su parte respecto a su enfermedad. Constaba de trescientas páginas mecanografiadas y, al menos en los primeros capítulos del hospital, me pareció que la calidad de la escritura era tan buena como la del resto de lo que había escrito hasta el momento.

Harry Fainlight, el hermano de Ruth, y algunos amigos israelíes de Cambridge nos visitaron durante las vacaciones de Pascua y decidimos celebrar el sencillo ritual realizado durante la Pascua judía. El problema, sin embargo, fue encontrar el pan ácimo que se

suponía que los israelíes habían comido apresuradamente antes de escaparse delante de las narices de sus vigilantes egipcios, pero lo resolvimos más o menos preparándolo nosotros mismos sobre una plancha que colocamos encima de nuestro fuego de carbón.

Cada quince días, Ruth y yo cogíamos el tren a Palma para que me hicieran el neumotórax en la clínica de tuberculosis. Comíamos por once pesetas en la barra de una pequeña casa de comidas en la avenida principal, que tenía el pomposo nombre de The Yatté Ritz, y por la tarde visitábamos a Robert y Beryl Graves en el piso en el que vivían durante la semana, situado en los suburbios del norte. Charlábamos y tomábamos el té, y casi siempre nos íbamos con libros prestados.

Un impresor, editor y escritor de Palma, Luis Ripoll, le había pedido a Robert que tradujera un libro dirigido a los turistas lectores cada vez más abundantes titulado *El invierno de Chopin en Mallorca*. Robert, que estaba muy ocupado, me recomendó para el trabajo y le dijo que yo podría hacer una buena traducción. Aunque dudaba de que mi español fuera lo suficientemente bueno, acepté el encargo para ganarme las veinticinco libras estipuladas. El libro, de quince mil palabras, corría prisa, de modo que, con mucha ayuda del diccionario, traduje unas dos mil al día, lo que me dejó tiempo suficiente antes de la fecha de entrega para la revisión y para traducir los pies de las ilustraciones.

Mi carné de identidad español, emitido en las oficinas centrales de la Seguridad General de Palma, me autorizaba a vivir en Mallorca el tiempo que yo quisiera. En el formulario decía que mi ocupación era la de novelista y, además de la fotografía, y casi del mismo tamaño, figuraba la única huella digital que (hasta entonces) me habían pedido. Era obligatorio darla, pues de otro modo habría tenido que renunciar a mi estilo de vida favorito como expatriado.

Mi hermano Brian pasó con nosotros tres semanas en agosto y su contribución a los gastos domésticos fue valiosa. Conocimos a Robin Marris, un profesor de economía de Cambridge, y a su mujer, que estaban pasando la luna de miel en la isla y nos fuimos los

cinco en el coche alquilado de Robin a ver una corrida de toros. La celebración del sexagésimo cumpleaños de Robert en Deià reunió a muchísimos invitados, tanto de la isla como llegados de fuera, en la casa y en el jardín, donde comimos carne asada en el fuego acompañada de champán. Robert bromeó con Brian sobre los pasatiempos a los que se dedicaba en Nottingham, aquel antro de iniquidad. Jugamos al viejo juego militar, «O'Grady dice», dirigido por Robert, que luego apareció con toga y coronado con hojas de laurel para deleitarnos con una afectada actuación de «Claudio», antes de los fuegos artificiales que pusieron el punto final a la fiesta.

Brian me dejó un traje antes de volver a Nottingham, al estilo Teddy Boy de la época, pero quedaría bastante elegante con unos pequeños arreglos[19]. A cambio le di la versión manuscrita de *Qué camino seguir*, que ambos esperábamos que un día cobrara algún valor.

El cartero le dejaba nuestro correo a la mujer de la casa de la carretera principal y uno o los dos bajábamos por el camino de cabras dos veces al día hasta el pie de la colina para ver si teníamos algo. La mayoría de las veces no había nada, pero siempre abríamos con impaciencia las cartas de Rosica. En una de ellas me informaba de que habían rechazado *La isla del señor Allen*. Sin embargo, la había enviado a otra parte y seguía pensando que *Cartas desde Malasia* sería más fácil de colocar. Cuando la rechazaron nuevamente, la envió, junto con *El dilema del general*, a otra editorial.

Jim Donovan, Elizabeth Trocchi, Ruth y yo salimos un día a medianoche con una canasta de comida y nos dirigimos caminando hasta el monasterio de Lluch. La luna llena iluminaba nuestro camino a través de la polvorienta senda que salía de Sóller y de la silenciosa aldea de Biniaraix. En el ascenso por el serpenteante barranco rodeado de árboles de Es Barranch, los escalones estaban tan separados que no resultaba sencillo subir, un camino más apropiado para burros que para personas.

De una zona de olivos resplandecientes pasamos a otra de pinos y abetos, deteniéndonos a beber y fumar junto a la corriente que descendía por un canal de irrigación. Se oía el sonido apagado de los cencerros de las ovejas conforme el sendero se iba convirtiendo prácticamente en una escalera de caracol, pero más allá del refugio de caza de L'Ofre, cerrado en aquel momento, fuera por fin del barranco, empezamos a ascender por un canchal zigzagueante.

Como el camino al monasterio desde Sóller no me era familiar, mi rudimentario mapa nos dejó a unos novecientos metros cuando el amanecer empezaba a iluminar la meseta del Pla de Cuber. Encendimos una fogata con ramas secas y un poco de hierba, y desayunamos pan con salchichas especiadas y té en el aire frío de la mañana.

El ancho valle se encontraba desierto, como si ningún ser humano hubiera pisado aquella tierra. El pico más alto de la isla se levantaba tras los flancos escarpados de la sierra de Cuber, a nuestra izquierda. Una figura solitaria se acercó a nosotros una hora después. Resultó ser una mujer de setenta y bastantes años, que dijo llamarse *lady* Shepherd. «¿Quiénes son ustedes?», nos preguntó con arrogancia. Le dijimos nuestros nombres y, al oírlos, exclamó: «Oh, ¿son ustedes de los Sillitoe de Edimburgo?». La respuesta fue que no y seguimos con nuestro camino, pasando junto a la granja abandonada de Cuber y luego, con el calor creciente de la mañana, nos refrescamos los pies en las frías aguas azules del Gorg Blau.

Después de diez horas de caminata, nos conformamos con la celda que nos dieron para todo el grupo; no tenía sentido preguntar por los vínculos matrimoniales, que no existían entre nosotros. Ruth y Elizabeth volvieron a la mañana siguiente a Sóller en autobús y tren, mientras Jim y yo volvimos por el mismo camino a través de las montañas. Caminamos sesenta kilómetros en dos días.

Nuestro piso estaba en la planta baja de una casa y el escritor de ciencia ficción Mack Reynolds vivía en el piso de arriba con su mujer, Jeanette, y un gran perro dálmata, Relato, llamado así porque

lo habían comprado con lo que le habían pagado por uno. El único defecto que tenía el animal, por lo demás cariñoso, era su capacidad pedorrera que, en ocasiones, convertía el ambiente (con una altiva expresión de triunfo en su digno porte) en un gas tan fétido que incluso él mismo tenía que apartarse.

Disciplinado e industrioso, Mack vivía de sus cuentos y artículos, uno de los cuales, «Cómo coger una buena cogorza con cincuenta céntimos», se había publicado en una revista de viajes barata. Era un hombretón con sobrepeso y una voz a juego con su constitución que hacía retumbar el techo con cada paso y cada risotada, pero era buena compañía, con un gran repertorio de bromas y anécdotas. Nos contó que cuando estaba en la Marina y pensó por primera vez en convertirse en escritor, fue a una biblioteca pública y sacó un libro sobre cómo hacer carrera en ese oficio. El libro se abría diciendo: «Si está usted leyendo estas palabras sin mover los labios, podrá ser escritor». A partir de ahí, todo cuanto había que hacer, decía Mack, era leer y trabajar.

El camino que llevaba a la casa era un sendero sinuoso que subía por la ladera y, como Mack y sus amigos bebían mucho, solíamos ver a los repartidores subir cuesta arriba sudando con cajas de licor al hombro. En julio, una de las visitas que recibieron los Reynolds fue la de Anthony Brett-James, cuyo libro *Emitiendo mis señales* se basaba en sus experiencias con el Decimocuarto Ejército en Birmania. Era uno de los directores de la editorial Chatto y Windus y, al mostrar interés por ver mi obra, le pedí a Rosica que le enviara *La empalizada*. Pero no le gustó, pues decía que ninguna enfermera de servicio se fugaría con un paciente gravemente enfermo. Lo cierto era que un incidente semejante había tenido lugar durante mi estancia en Wroughton. La editorial tampoco quiso *El dilema del general* ni *La isla del señor Allen*, aunque Brett-James pensó que debía perseverar con ambas.

De vuelta a la casilla inicial del parchís, no sabía qué hacer a continuación, aunque el aliento de Rosica no desfallecía y seguía enviando los escritos. Al releer *El dilema del general* y *La isla del*

*señor Allen*, después de que otro editor las hubiera rechazado, tuve que hacer frente al hecho de que no estaban suficientemente elaboradas y opté por no enviarlas más. Una mañana me senté con pluma y papel bajo un naranjo en el patio de la casa, empecé a escribir una novela titulada provisionalmente *Las aventuras de Arthur Seaton*.

La gente se fue en otoño y el turismo casi cesó. Se acercaba otro invierno y, con él, el gasto de leña que suponía mantener la habitación principal caldeada. No teníamos periódicos ni revistas y en aquella época tampoco radio ni, por supuesto, televisión. En el pueblo vimos, entre otras, *Monsieur Verdoux* de Chaplin, que la censura había cortado tanto que era casi ininteligible. En las largas tardes Ruth y yo cerrábamos las contraventanas para resguardarnos del viento y la lluvia, después de cenar, y nos sentábamos junto al fuego a leer. Solo podíamos escribir unas horas al día y los libros eran nuestro único solaz.

El 21 de octubre escribí una carta a Rosica en la que le decía:

Puede que revise *El dilema del general* y *La isla del señor Allen*, tal vez cuando acabe el segundo borrador de una novela en la que estoy trabajando en este momento, que se titulará *Sábado por la noche y domingo por la mañana*. Estamos teniendo un tiempo variable y otoñal, pero ya comemos las naranjas de los árboles. También hay granadas y manzanas, con las que preparamos buenas macedonias. Pero el hombre no vive solo de fruta y siento la necesidad de una biblioteca inglesa.

Sin embargo, casi nunca nos quedábamos sin lectura. El comandante Pring-Mill, que había perdido un brazo en la Gran Guerra y servido en la segunda, era generoso con los préstamos de libros de su colección de novelas inglesas, entre las cuales estaban las obras completas de Trollope. Interesado también por la historia militar, tomé prestados los tres volúmenes de *Batallas decisivas del mundo occidental* de J. F. C. Fuller.

El camino a la casa de Pring-Mill cruzaba el valle y seguía por una senda fangosa; al llegar, el comandante y su mujer, Nellie, nos

ofrecían jerez. Nosotros les decíamos que nos sirvieran un poco, pero él sacaba grandes vasos de *whisky* y se inclinaba formalmente a llenarlos. El resultado era que volvíamos a casa tambaleándonos en la oscuridad, con cuidado de que no se nos cayeran sus preciosos libros.

En nuestro piso alquilado encontramos un ejemplar de *La cara oculta de la luna*, publicado por Faber y Faber en 1947, con prefacio de T. S. Eliot. El anónimo autor describía las deportaciones brutales de polacos inocentes de la parte de Polonia ocupada por los rusos en 1939. Otro libro revelador, probablemente otro préstamo de los Pring-Mill, fue *Conspiración de silencio* de Alex Weissberg, que contaba la historia de su arresto y relataba los juicios de Moscú de los años treinta. Weissberg era austríaco y judío y, tras el pacto nazi-soviético de 1939, los rusos lo entregaron a los alemanes. Por fortuna sobrevivió para escribir su testimonio.

Pasábamos las largas tardes leyéndonos en voz alta el uno al otro. Ruth me distrajo con varias novelas góticas, como *Rasselas, El castillo de Otranto* o *Vathek*, de Beckford, y yo correspondí con una actuación de varias semanas de las *Confesiones de un inglés comedor de opio* de De Quincey. El extenso recital sirvió para reforzar la creencia de que «el inglés bueno es el inglés claro» y me hizo desarrollar un sentimiento hacia el lenguaje que no había experimentado con tanta viveza ni leyendo las palabras ni escuchándolas. Las cadencias de estilo se hicieron lo suficientemente patentes como para ayudar a mejorar mi prosa, una revelación que, sin duda, se habría producido antes con una educación decimonónica en los clásicos griegos y latinos.

Leer mi obra en voz alta era un modo de asegurarme de que poseía la fluidez y claridad del inglés claro. Siempre había tenido cuidado, pero ahora me mostraba implacable a la hora de señalar las repeticiones en una página, reconocer palabras innecesarias, suprimir tautologías, librarme de clichés, eliminar lo que quedaba insinuado en vez de expresado y tratar de lograr la sencillez incluso

en las descripciones de complicados procesos de pensamiento, usando las técnicas de la poesía para escribir en prosa.

Se podía enriquecer el inglés claro y sencillo gracias a las singularidades personales o idiomáticas en la medida en que casaran con la narración y se hicieran eco de mi voz interior, el modo en que me sonaban las cosas a mí antes incluso de tener la pluma en la mano. Estas observaciones son elementales y en realidad ya me había percatado de ellas aunque no de una manera totalmente consciente; era como si escribir así me hubiera llegado por inspiración, como evidenciaban muchos de mis relatos. Sin embargo, también había muchos aspectos descuidados y chapuceros en mis novelas, y el único remedio era aplicarse hielo de forma constante.

Durante ese largo invierno se hizo obvio que no había trabajado lo suficiente con el estilo: tenía que deshacer cada palabra, cada frase, cada oración de cada relato y cada página de mis novelas, y volverlas a tejer para que no quedaran puntos sueltos en la prosa.

# Capítulo 32

EL ÚNICO LUJO QUE NOS PERMITÍAMOS, y que nos venía bien a los dos, era un gran aparato de radio, con válvulas brillantes y una buena amplitud de onda corta. El coste de una libra al mes se incluía en la cantidad de diecisiete libras y diez chelines con la que vivíamos, lo cual era posible porque controlábamos cada peseta que llegaba y cada céntimo que gastábamos. Los libros de cuentas muestran que el desembolso en comida era de unas nueve libras, mientras dos iban para tabaco y bebida y un poco más de dos para correo. Dejando a un lado la libra del alquiler, el resto se repartía en los gastos generales de la casa.

Economizábamos en todo y no malgastábamos nada. Cambiábamos al peso las revistas o periódicos que ya no necesitábamos por carbón para calentar el café por la mañana y cocinar la cena. Encender el fuego era cosa mía y podía hacer que una tetera hirviera con carbón tan rápido como si fuera un hornillo de gas. Usábamos lejía y cenizas para limpiar y fregábamos la vajilla con un estropajo de esparto, siempre con agua fría. Sin embargo, un sistema de géiser permitía que nos diéramos duchas calientes, de modo que la comodidad no faltaba.

Era admirable cuánto podía durar la ropa si pasabas el verano en pantalones cortos y camiseta y a veces sin nada por encima de la cintura. La tía de Ruth envió desde América un traje oscuro para mí que apenas necesitó arreglos en la sastrería del pueblo para que me sentara bien y resultó lo bastante formal como para llevarlo en un estreno cinematográfico años después.

En Navidades, entrado ya el año 1956, una joven escritora americana, Nancy Warshaw (luego Bogen) se refugió en nuestra casa cuando la suya, situada en las inmediaciones del valle, se convirtió en un lugar casi inhabitable con aquel clima húmedo y gris.

Nos alegraba la vida con su humor neoyorquino y se reía de lo que llamaba mis «relatos de la jungla». Luego diría que había visto en mí en aquellos días un carácter potencialmente violento, el único motivo de disputa entre nosotros.

En febrero, la isla se cubrió con casi un pie de nieve y cogíamos naranjas navelinas en el patio cubiertas de una fina capa de hielo, deliciosas para comer, y más aún por su frío y dulce zumo. El dueño nos dejaba coger las que quisiéramos, pues se pudrían al caer, así que, por malo que fuera el invierno, teníamos abundancia de vitamina C.

Cuando me devolvieron *La empalizada* (tras considerarlo mucho, según el editor), Rosica la envió a otra editorial y me dijo que tenía intención de enviarlo a otra si en esa también la rechazaban. Mientras siguiera trabajando, habría copias mecanografiadas que enviar a las editoriales, y mientras hubiera material que enviar, no podía perder la esperanza, y mientras tuviera esperanza, el optimismo me permitía seguir trabajando.

La radio nos mantenía informados de lo que pasaba en el mundo (que no parecía ser mucho) gracias a mi habilidad para colocar una antena que captaba toda clase de emisoras extranjeras. Una tarde, a las ocho y media, un tono melancólico cruzó el éter y, al escuchar las noticias en inglés que dieron a continuación, me enteré de que era *Ha-Tikva*, el himno nacional de Israel, que provenía de la emisora internacional Kol Zion Lagola, en Jerusalén.

Continué sintonizando la misma emisora a partir de aquel momento y aprendí algo de lo que era la vida moderna en Tierra Santa. Todos los días había incursiones homicidas en sus fronteras procedentes de los países árabes, determinados a destruir Israel, que se encontraba en la misma situación que Gran Bretaña en 1940, salvo que en el caso de Israel la amenaza parecía

permanente. El locutor de Kol Zion invitaba a los oyentes a enviar informes sobre el alcance de la emisora y, al enviar un juicio detallado propio de un telegrafista, recibí una revista mensual de noticias y comentarios.

Me pidieron que acudiera al hospital militar de Gibraltar para otro tribunal médico y llegué allí el 29 de febrero. El barbero que me cortó el pelo y afeitó en Algeciras supuso que era nativo de las Islas Baleares, pues mi acento español sonaba provinciano, ya no inglés, ni siquiera extranjero.

El tiempo que pasé en el pabellón del hospital me pareció mucho más largo de los tres días que en realidad fueron, y me devolvió de forma muy viva a la época en la raf. Para los soldados del Servicio Nacional en el pabellón yo era el más viejo y suponían que podía responder a todas sus preguntas. Al confesar que era escritor, uno de aquellos gamberros en bata vino a mi cama con algunos versos que había escrito. Por desgracia no eran buenos, pero le dije que siguiera escribiendo. Hice algunas compras en la Roca y volví a Sóller con arenques, beicon y tabaco inglés. Unas semanas después llegó la noticia de que mi pensión se mantendría hasta nuevo aviso.

Un amigo nos envió *Un tesoro de relatos en yidis* y empecé la antología de seiscientas páginas al azar leyendo el cuento de Israel Joshua Singer titulado «Arena», que transcurre en la aldea judía de Podgurna, a orillas del Vístula, en la Rusia del siglo XIX. Aarón, un matarife ritual itinerante que acaba de enviudar, recibe la invitación del rabino para alojarse en su casa, y allí seduce a la hija de este y la deja embarazada. Cuando el hecho ya no puede ocultarse, la pareja se casa, aunque no pueden escapar a las airadas protestas de toda la comunidad, que quiere asegurarse de que todo se hace como es debido. Pasa un año (cuatro estaciones) y la historia cuenta cómo el asentamiento adquiere su propio lugar de enterramientos, sin tener que usar ya el de la aldea vecina, que es algo más próspera y cuyas tasas la gente de Podgurna apenas puede pagar.

Aunque pueda parecer extraño, vi cierta relación entre los pobres de las historias en yidis y aquellos con los que yo había crecido, como si ya conociera a esa gente de antes. El estilo se correspondía, pero también aprendí que, en un relato, puede decirse mucho entre la A el principio y la conclusión, el tipo de detalle que, aunque no parezca relevante, llega a serlo en la obra completa y es tanto más rico por haber sido escrito de un modo madurado, sinuoso y, por tanto, más humano. Es la técnica con la que el autor de «Arena» otorga realidad a esa forma de vida dura e incierta de sus personajes. Aunque la gente de Nottingham no era judía y, por tanto, no compartía la misma visión apasionada de la religión y su ética (ni, por supuesto, corría el peligro siempre presente de la persecución física), su sentido del humor, capacidad de resistencia y actitud flexible ante las minucias de la vida mostraba cierta similitud. Era imposible no conmoverse al leer a Isaac Bashevis Singer: «El judío nunca miraba con recelo al desertor que se ocultaba en un sótano o ático mientras los ejércitos peleaban en las calles», algo con lo que mi madre habría estado de acuerdo.

La antología contenía también obras maestras del relato breve como «Kola Street», «Arrepentimiento», «Jalá blanca» y «Rivales». Los pobres llevan unas vidas inconfundibles y sufren mucho (aunque no más que otra gente una vez pueden comer) y hemos de escribir sobre sus tribulaciones y locuras como si los amáramos. Cada persona es un individuo único y ningún escritor debería generalizar ni clasificar a la gente en grupos políticos o sociológicos, algo doblemente confirmado en aquellos clásicos del arte literario en yidis.

A principios de 1956 conocimos a la actriz de cine sueca Ulla Jacobsson, famosa por su reciente actuación en *Sonrisas de una noche de verano*. Era una mujer joven, callada, tensa y hermosa que probablemente había encontrado en el valle de Sóller el lugar en el que mejor podía estar. Su marido era el artista holandés Frank Lodeizen y, junto con Nancy, nos hicimos buenos amigos, aunque siempre me enzarzaba con Frank en temas políticos, como cuando

afirmaba que si la Royal Air Force no había tratado de bombardear nunca la fábrica de Krupp en Essen había sido porque demasiados capitalistas británicos tenían participaciones en la empresa.

Durante una de aquellas conversaciones medio ebrias e hilarantes concebimos una religión basada en el culto de los Globos, enormes balones de papel de colores más ligeros que el aire, adquiridos en la papelería del pueblo. Algunos, en forma de cerdos u otros animales, eran famosos porque los soltaban en fiestas o cumpleaños. Antes de lanzarlo, el Globo tenía que abrirse a mano todo lo posible para poder atar a la estructura de alambre de la abertura una bola de algodón empapada en alcohol que lo iluminara por dentro.

La figura se llenaba lentamente de aire caliente y, cuando se soltaba, empezaba a ascender y se alejaba flotando majestuosamente por el valle a una altura de varios cientos de pies. Ruth y yo escribimos el *Himno del Globo* y una obra ritual en un solo acto que habría de representarse durante el Sabbath del Globo antes de soltar cada serie de balones. El Sabbath del Globo se celebraba cualquier día que a los cinco nos apeteciera reunirnos con una o dos botellas de champán.

Estábamos conversando una tarde y Ulla dijo que si yo le escribía un guión para que ella lo interpretara, me conseguiría un adelanto de mil marcos, aunque la compañía cinematográfica nunca lo llevara a cabo, pues estaba dispuesta a todo con tal de mantenerla en nómina. Yo no conocía la técnica para escribir guiones, pero ella dijo que podía hacerse como una novela breve, así que en pocas semanas le di *El quiosco de música*.

El germen de la historia, rescatado de *La empalizada*, que había descartado por invendible, trataba de una joven sueca que se enamora de un enfermo de tuberculosis inglés que vive con su mujer en la Costa Azul. El quiosco de música del pueblo, donde se ven por primera vez, se convierte en un símbolo de su relación (por fuerza condenada) y varios elementos terminan llevando a un clímax dramático y sangriento en la fiesta del 15 de agosto. Ulla, para mi

sorpresa, lo consideró un proyecto satisfactorio para su talento y la compañía cinematográfica me escribió tras un tiempo para decir que en breve harían una oferta.

En mayo dejamos la casa en la ladera y volvimos a casa de María Mayol en el pueblo. Alquilamos el tercer piso, pero desde el patio trasero seguía contemplándose la vista panorámica de la montaña que esperábamos. Trabajé gran parte de aquel año en *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, completando la narración con una docena de relatos de Nottingham que parecían tener algo que ver con el personaje principal o ampliando el trasfondo sobre el cual actuaba. Algunas de esas historias habían sido escritas unos cinco años antes.

Recordé ese proceso creativo, si puede definirse como tal, al ver *Benvenuto Cellini* unos años después en Covent Garden, aunque no estoy seguro de que el incidente tan brillantemente enfatizado por Berlioz se encuentre en la famosa *Autobiografía*, que fue mi lectura favorita durante una época. Mis pensamientos sobre el libro podrían imitar los de William Beckford, el cual, al ver la estatua de Perseo en Florencia, escribió «Cellini ha ocupado siempre un lugar distinguido en mi repertorio de genios».

En dicha ópera, el todopoderoso Papa espera con impaciencia la estatua de Perseo y la cabeza de la Gorgona, por la que ha pagado hace tiempo. Al visitar el taller, amenaza al escultor con ahorcarlo si no le entrega la obra de inmediato. Cellini descubre que no tiene metal suficiente para terminarla y, para salir del paso, echa mano de todas las piezas que tiene en el estudio y las echa al horno. Así aparece el Perseo, al que el Papa, los trabajadores y el artista dan la bienvenida con gran entusiasmo, que conforma un clímax deslumbrante para la ópera. *Sábado por la noche y domingo por la mañana* se construyó mucho tiempo después de la misma manera. En mi caso, el Papa era el espectro de la pobreza si mi pensión se acababa.

Tal vez fuera esa técnica lo que le dio a la obra un efecto algo episódico, la novela empieza con «Ocurrió un fin de semana», «Tía»

presenta a la tía Ada en el capítulo 5, al que también incorporé «Situación inexistente». Con «Los criminales» acaba el capítulo 8, con «Dos soldadotes», el capítulo 11, «Grosella negra» aportó algo diferente al capítulo 14 y un poema titulado *Pescado* se coló en las últimas páginas. Entrelacé esos relatos en la novela, así como algunos otros fragmentos y piezas que no merece la pena mencionar, para impulsar la narración y enriquecer el libro.

Hice más de un borrador manuscrito en el reverso de la copia encuadernada de *Los desertores* y, al final, algo poco característico en mí, firmé con mi nombre, y por alguna razón añadí: «La una menos diez del mediodía del domingo, y ahora a lavar los platos».

Durante las muchas revisiones estuve tan inmerso en Nottingham que evoqué toda mi vida hasta los dieciocho años para usarla, aunque muy pocas cosas del libro fueran autobiográficas. El obrero de la fábrica, Arthur Seaton, no se parecía a nadie que yo conociera, aunque tal vez mi hermano Brian, en alguna de sus múltiples manifestaciones, lo hubiera sugerido, pues fue él quien en una carta me habló de un joven que, en un *pub*, se cae rodando por las escaleras un sábado por la noche después de haberse bebido once pintas de cerveza y siete ginebras.

En un cuaderno de los que usaba en aquella época escribí:

> La continua tradición de escritura inspirada que pasaba de escritor a escritor parece haberse interrumpido desde que Lawrence murió. Él tuvo a Hardy y a Meredith. ¿Qué tenemos nosotros? Hemos de forjar nuevos vínculos y sujetarnos a la vieja cadena de alguna manera para que la gente vuelva a pensar que los escritores tienen algo que decir… El genio creativo brota de la misma fuente que el arte popular. La diferencia reside en que el arte popular no se ha refinado, mientras que el genio ha de configurarse y pulirse mediante la técnica y la forma, aunque no lo suficiente como para esconder esos orígenes que el escritor ha de mantener siempre visibles.

Las únicas novelas que había leído y que trataban más o menos de la clase de vida de la que yo escribía eran *Un hijo del Jago* de Arthur Morrison y la versión abreviada de *Los filántropos en harapos* de Robert Tressell, ninguna de las cuales había visto desde Malasia. Escribía desde lo más profundo de mí y con la mayoría de mis influencias sofocadas por los continuos fracasos, estaba ambientando una historia de corte realista que, sin embargo, requería el uso de la imaginación. Estaba tan profundamente absorto en la escritura que no tenía ánimo para acelerar el proceso y seguí trabajando en él hasta mediados del año siguiente.

Pasé mucho más tiempo con la radio después de que Nasser de Egipto nacionalizara el canal de Suez en julio de 1956. Gran Bretaña llevó refuerzos a Chipre y, cuando el asunto pasó a las Naciones Unidas, pareció perderse en las ciénagas de una débil discusión enquistada. A finales de octubre, Israel, incapaz de contener los ataques a sus fronteras, envió columnas armadas contra el ejército egipcio en el desierto del Sinaí. Los únicos mapas en los que seguir esas operaciones militares eran los de mi vieja Baedeker de *Palestina y Siria*, que le pedí a mi madre que me enviara.

Gran Bretaña y Francia exigieron a los combatientes en el desierto que los enfrentamientos cesaran en doce horas. Israel parecía dispuesto, pero Egipto no tenía intención de obedecer. Como no se tuvieran en cuenta las interpretaciones británica y francesa de la Ley de Orden Público[20], los bombarderos de la raf atacaron los aeropuertos egipcios en el delta del Nilo. El objetivo de los Aliados era ocupar el canal de Suez, de modo que no resultara dañado en la lucha, aunque los israelíes ya habían derrotado a los egipcios cuando los Aliados desembarcaron.

Nunca había visto tanto ajetreo en las ondas y, volviendo dichosamente a mi antiguo oficio de radiotelegrafista (perfecto para distraerme del trabajo de escribir *Sábado por la noche y domingo por la mañana*), intercepté el siguiente consejo enviado en morse por el Almirantazgo en Londres:

1630 HORAS GMT HOY COMILLAS EN VISTA DE LA SITUACIÓN ENTRE ISRAEL Y EGIPTO SE AVISA A LA MARINA MERCANTE POR EL MOMENTO Y HASTA NUEVO AVISO QUE DESPEJE EL CANAL DE SUEZ Y LAS AGUAS TERRITORIALES DE ISRAEL Y EGIPTO FIN COMILLAS A PESAR DE QUE NUESTRA RADIO EL 26 DE OCTUBRE DEJE A SU COMPLETA DISCRECIÓN DESPEJAR EL CANAL EN CUALQUIER DIRECCIÓN SI LAS CIRCUNSTANCIAS LO PERMITEN PUNTO SI ES POSIBLE DESPEJAR DEBE ACERCARSE A 23 N 3745 E POR FAVOR CONTESTE Y NOTIFIQUE LO QUE VAYA A HACER.

Capté mensajes de una agencia de noticias también en morse:

… COMILLAS PROFUNDA PREOCUPACIÓN FIN COMILLAS POR EL ATAQUE BRITÁNICO A EGIPTO Y COMILLAS SE SOLICITA FERVIENTEMENTE QUE SE BUSQUE UN MÉTODO PACÍFICO QUE NO SUPONGA MOVIMIENTO DE TROPAS PARA ZANJAR LA SITUACIÓN FIN COMILLAS PUNTO EMBAJADOR DICE QUE LOS BRITÁNICOS ACTÚAN CONTRA UNA VÍCTIMA DE LA AGRESIÓN PUNTO SE ENTIENDE QUE AL EMBAJADOR BRITÁNICO EN LIBIA SE LE HA ENVIADO UNA COMUNICACIÓN EN TÉRMINOS PARECIDOS PUNTO EL CONSEJO DE SEGURIDAD NO PODÍA TOMAR NINGUNA MEDIDA PRÁCTICA PARA IMPEDIR LAS HOSTILIDADES Y ASEGURAR EL PASO DE BARCOS POR EL CANAL DE SUEZ FIN ASUNTO LONDRES RESULTADOS DE *CRICKET* ENTRE AUSTRALIA Y…

Los periódicos españoles informaban de una forma tan sesgada sobre Gran Bretaña y Francia (por no mencionar Israel) y sufrían tanta cesura, provistos solo de notas de prensa oficiales, que no eran en modo alguno fiables. Antes de que los Aliados aterrizaran en Egipto citaban fuentes árabes en Beirut que decían que las

tropas británicas habían desembarcado en Haifa para unirse a las fuerzas israelíes en el canal de Suez. En mi opinión, creer en una colusión entre los Aliados e Israel era hacerse ilusiones, aunque había esperanzas, puesto que esa cooperación habría tenido sentido cultural y geopolítico.

Mi lápiz corría por las páginas registrando el principio de otro boletín de noticias por radio: asunto londres veinte personas sancionadas con multas de entre diez y treinta chelines por ofensas contra… en referencia a disturbios en Whitehall contra el desembarco, así como a la oposición del Partido Laborista, lo que sugería que la mayoría de gente en Inglaterra no estaba de acuerdo con lo que estaba sucediendo, algo que me costaba creer.

Hacia la misma época, el pueblo húngaro se rebeló contra los gobernantes comunistas de su país y se enfrentó a los tanques del Ejército Rojo. Sintonicé con una emisora de radiotelegrafía que comunicaba con las guarniciones insurgentes en Budapest en las que a los rusos se les daba tan bien interferir que era casi imposible captar más de una o dos palabras cada vez. Cada vez más distraído de las andanzas de Arthur Seaton, escribí un «Plan de Liberación de Hungría» de ochocientas palabras, un diseño estratégico en el que delineaba las fuerzas armadas necesarias, su entrenamiento y armamento, los lugares apropiados para desembarcar en la costa báltica y las principales líneas ofensivas hacia los Cárpatos. Apunté las naciones más dispuestas a seguir el plan e incluí un análisis de actitudes políticas necesarias para inducirlas a ello en caso de no estarlo. Era un satisfactorio juego de «Asuntos Exteriores», pero el deseo era, igualmente, que esa fantasía se hiciera realidad para ayudar a los húngaros.

Mis opiniones procedían de cuadernos de la época (como las transcripciones de morse), aunque otras personas en Mallorca, especialmente americanos, las juzgaron una locura o cuando menos desencaminadas cuando las expresé en voz alta. Israel fue obligado por Estados Unidos a retirar sus fuerzas del Sinaí, los británicos y franceses a salir de la zona del Canal, desastres que proporcionaron

a los rusos la ilusión de que habían resultado victoriosos en ambos sitios.

Tenía suficientes piezas escritas sobre Mallorca como para componer un libro, así que las repartí durante las cuatro estaciones del año y mecanografié el borrador final con el título de *Una estancia temporal*, título tomado de la Baedeker *España y Portugal*, en la que se afirma que «Sóller es apropiado para una estancia temporal», lo que yo sabía que era cierto. En otoño le envié el libro, junto con *El quiosco de música*, a la fiel y sufridora Rosica.

La reserva de libros casi se había agotado, así que nos apuntamos a la biblioteca del British Council de Barcelona y nos enviaron el formulario en el que había que especificar los autores o temas que nos interesaban. Después, empaquetaban los libros en cajas de cartón y nos los enviaban mensualmente en barco para que los recogiéramos en Palma.

No recuerdo por qué pedí libros de criminología, pero llegaron unos cuantos que trataban de prisiones, correccionales y sus recalcitrantes internos, con análisis y comentarios de las penas aplicadas a los elementos antisociales de la población británica, libros escritos desde todos los puntos de vista, excepto el del criminal. Los autores, humanos y desde luego inteligentes, a los que leí con interés, apenas consideraban al que infringía la ley como algo más que estadística y la atención que prestaban a la psicología individual y las condiciones sociales era bastante somera.

A finales de 1956, *Cartas desde Malasia* volvió a fracasar a la hora de encontrar editor. Había trabajado en el libro hasta la extenuación y me sentí tan desalentado que decidí no volver a enviarlo. *Una estancia temporal*, escrito con el mismo cuidado y atención, también fue devuelto, junto con *El quiosco de música*. Los editores de revistas devolvían regularmente relatos como «El cuadro del barco de pesca», «Tío Ernest», «El partido» y «*Mr* Raynor, el maestro de escuela».

Aunque llevaba escribiendo ocho años, y viviendo fuera de Inglaterra casi cinco, parecía que tendría que seguir haciéndolo

durante un tiempo. La fatalidad y la melancolía se apoderaban de mí en ocasiones, aunque raramente durante mucho tiempo, porque estaba reescribiendo *Sábado por la noche y domingo por la mañana* y había decidido apostarlo todo a esa novela. Una pequeña señal de aliento llegó en un número de *Outposts*, que contenía un poema que mostraba en parte cuál era mi estado de ánimo durante aquellos años de exilio y rechazo. Bajo el título de *Himno*, decía:

Retirada, a las trincheras, retirada,
aparta tu sombra del carmesí
arroyo que se extiende calle abajo.

Retirada, a las trincheras, ponte la cota de malla
como una cobertura protectora,
un inteligente antídoto camuflado.

Retirada, retirada, retirada,
recuerda tus imágenes y palabras:
perfecciona los principios del colmillo y la garra.

Las sombras de la retirada son amplias,
la ciudad y el desierto por igual
despojados de jeroglífico y guía honestos.

Abandona tu territorio en retirada,
registra, preserva y memoriza
el viaje donde los tambores no despiertan, no tocan.

No se trata de derrota: ocúltate
en los agujeros de las colinas
hasta que el invierno deje paso al deshielo.

No caves más trincheras. Vuélvete y lucha,
olvida al malvado y laméntalo por el cojo
y regresa por donde has venido,
la oscuridad por delante y por detrás la luz.

Ruth y yo bromeábamos sobre una época futura en la que tendríamos que levantar alambradas alrededor de la gran casa donde viviríamos para mantener a raya a los biógrafos. Nos divertía también recordar a Joseph Grand en *La peste*, de Albert Camus, que había pasado años escribiendo y reescribiendo la primera frase de lo que esperaba que fuera una gran novela. En medio de la Orán golpeada por la peste, le dice a su amigo, el doctor Rieux: «Lo que realmente quiero, doctor, es esto: cuando el manuscrito de mi novela le llegue al editor, quiero que se levante (luego de haberla leído, por supuesto) y le diga a su gente: ¡Caballeros, descúbranse!».

El año acabó con una nota de esperanza y no carente de generosidad, pues recibí casi doscientas libras de Constantine Films, en Stuttgart, como adelanto por *El quiosco de música*. La carta que las acompañaba decía que tendría que convertir el libro en guión en el caso de que la compañía decidiera continuar con el proyecto y convertirla en una película de la que Ulla Jacobsson sería protagonista. Nada más se supo de ello y el guión estará pudriéndose en algún cajón. Solo espero que se quede allí.

# Capítulo 33

EL AÑO NUEVO DE 1957, con el dinero en metálico recibido de Alemania, supuso un poco de alivio económicamente hablando. Durante un estimulante mes pareció apropiado comprar una casita sencilla en una aldea cercana, pero tampoco le dimos excesivas vueltas, tal vez porque no teníamos garantizado el dinero para amueblarla según estándares básicos de un alojamiento alquilado. En lugar de eso, decidimos ir a Londres para ver si conseguíamos publicar dándonos a conocer en persona. Podría leer «Pico Kedah» en la bbc, como se había previsto tres años antes, y mostrarle a alguien los primeros seis capítulos de *Sábado por la noche y domingo por la mañana*. El resto de la novela, que necesitaba más trabajo, se quedaría en Mallorca, pues no tenía prisa ni ganas de correr riesgos.

Como no teníamos mentalidad comercial, nos dijeron que sería posible subarrendar el piso y pedir por él un alquiler que a una familia inglesa le resultaría bastante razonable y aun así nos proporcionaría un pequeño beneficio. A finales de enero, Beryl y Robert Graves nos llevaron con nuestro equipaje a Palma en el Land Rover familiar, nos invitaron a comer en un restaurante cerca del muelle y nos desearon suerte antes de despedirse de nosotros en el barco a Barcelona. En Francia, una botella de nuestro *brandy* español se rompió en el suelo del camarote, lo que hizo que el pasillo apestara de tal modo que no vino nadie más, dejándonos espacio para estirarnos y dormir.

Después de tanto tiempo en el sur, las pequeñas casas unifamiliares de las afueras de París, con sus jardines limpios en

hileras a la manera del norte de Europa, me causaron impresión, como si solo las hubiera visto antes en otra vida. A bordo del barco de Calais a Dover, Ruth, como era extranjera, tuvo que hacer cola en el cuchitril donde se estampaban los sellos en los pasaportes, con el mar verdoso que se deslizaba arriba y abajo al otro lado de las ventanas. El oficial de inmigración la interrogó, suponiendo que carecía de la riqueza necesaria para entrar en su sombrío país. Al cabo (aunque era de suponer que no por bondad de corazón), puso un sello que le permitía quedarse sesenta días, lo que nos condenaba a acudir a la Oficina de Extranjería, pues habíamos alquilado el piso de Sóller para tres meses.

En el tren de Londres nos sirvieron un buen té mientras la lluvia que golpeaba las ventanillas anulaba prácticamente la visibilidad. Nos quedamos un tiempo en Dulwich, en casa de Ima Bayliss, a quien habíamos conocido en Mallorca. Aunque yo creía en mí mismo como escritor, a veces me costaba asumir que otras personas, con una muestra tan pequeña, me mirasen del mismo modo. Ima era una de esas personas, así como su marido, el pintor australiano Clifford Bayliss, que se ganaba la vida diseñando escenarios en Covent Garden.

Visitamos a nuestras familias (hacía más de cinco años que no veía a la mía) y volvimos a Londres, donde alquilamos una habitación amueblada en West Kensington, cerca de la oficina de Rosica Colin en Baron’s Court. Nos invitó a comer y analizamos mis perspectivas como escritor. Rosica era una mujer de mediana edad, morena, atractiva y vivaz. Rumana de nacimiento, se había quedado desamparada en Inglaterra al principio de la guerra después de que su marido muriera en un accidente de coche. Sola con un niño, había luchado y, siendo como era una persona de cualidades y valor, se las había arreglado para establecer una agencia literaria de éxito.

Se había pasado los últimos tres años haciendo todo lo posible y sin perder el entusiasmo para que mi obra se publicara, pero las cuatro novelas y el libro de viajes habían sido rechazados una y otra

vez y era difícil saber qué nuevo curso de acción seguir. Alentada por los pocos capítulos de *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, sin embargo, concertó una cita para que se los entregara personalmente a Tom Maschler, de MacGibbon y Kee, de cuya firma editorial se decía que buscaba material inédito. También me encontró trabajo para que leyera una novela de Pío Baroja en español y escribiera un informe para un editor, que lo mismo después me encargaba la traducción. Me dijo que el editor de una antología infantil se interesó por «El gran John y las estrellas» y que enviaría a otra editorial *Una estancia temporal*.

Londres era deprimente y, en ocasiones, me preguntaba por qué estaba perdiendo el tiempo y el dinero allí. Carecer de un lugar establecido para vivir no iba conmigo, aunque tenía la ilusión de que estaba haciendo contactos útiles. Mi imagen de un retorno estaba coloreada por la descripción que hacía Balzac de Rastignac al final de *Père Goriot*, cuando contempla París desde arriba y sabe que el descenso supondrá el éxito. Desde luego, yo no había alcanzado ese estadio y, si alguna vez lo alcanzaba, la grisura del clima desluciría tan romántica imagen.

Howard Sergeant y su mujer, Jean, nos recibieron una tarde en Dulwich y aceptaron inmediatamente los poemas que Ruth y yo les mostramos para la nueva serie de separatas que saldrían en *Outposts*. Acordamos que Howard, de las trescientas copias impresas, reservaría cincuenta para él y los reseñadores, mientras que nosotros costearíamos las treinta libras de impresión y encuadernación, y venderíamos el resto a media corona cada uno, a lo que Howard nos aseguró que estábamos obligados.

Me pareció que aquel sistema era primo hermano de la autopublicación y yo no confiaba demasiado en ejercer de vendedor de mi propia obra, pero los poemas se imprimirían y posiblemente tendrían publicidad. Howard Sergeant es merecedor de grandes alabanzas por su impagable trabajo de divulgación de la poesía a un público más amplio, pues haría cientos de separatas con el mismo

formato. La de Ruth y la mía son ahora objeto de coleccionista y el precio de un ejemplar habría servido para pagar todo el negocio.

Los poemas escogidos provenían de lo que yo pensaba que era lo mejor que había hecho recientemente y titulé el conjunto *Sin cerveza ni pan*, cuya publicación estaba prevista para el otoño. Bajo el formato de la suscripción, impresos de inmediato y enviados a los posibles compradores, los poemas iban acompañados por una breve información biográfica que indicaba que había terminado una novela titulada *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, «el atrevido relato de dos años en la vida de un Teddy Boy de Nottingham». Luego viene la declaración del el autor de la separata:

> considera el Estado del Bienestar el enemigo mortal del poeta. Al complacer tanto a las personas, se destruye la relación ancestral entre estas y el poeta. El autor defiende que los poetas empiecen a contraatacar. Siente que deberían abandonar la precaria posición de guerrilla que ahora ocupan y difundir poemas comprensibles entre la gente, que los leería si supieran de su existencia.

Cuesta imaginar mi estado de ánimo al dar a conocer esas opiniones, pero al menos la culpa sería solo mía si no se vendían ejemplares, que fue lo que pasó en este caso.

Nos quedamos unos días en Hove con los padres de Ruth, que, aunque no estábamos casados (ni había probabilidades de estarlo), me trataron como a un yerno. Como regalo de cumpleaños, la señora Fainlight sacó entradas para una representación de *Mirando hacia atrás con ira* de John Osborne en el Theatre Royal de Brighton. El público no pareció especialmente impresionado, pero para mí fue una revelación ver, por fin, a gente como Jimmy Porter en el escenario.

En el Brighton Belle, a la mañana siguiente, hablamos con un amable profesional de unos cincuenta años que también había disfrutado de la obra. Le dijimos que éramos escritores y vivíamos

en Mallorca y que habíamos ido a Inglaterra a visitar a los amigos. Tal vez le intrigara que dijera que iba a ensayar una charla en la bbc, porque tenía un coche con chófer esperando en la estación Victoria y se ofreció a llevarnos a aquella parte de la ciudad, pues su oficina estaba en la misma zona. Puede que dudara de mi historia y quisiera comprobar si de verdad cruzaba aquellas grandes puertas giratorias.

El distante malestar que me producía Inglaterra se debía a que había pasado tanto tiempo fuera que casi me sentía extranjero. Habría sido deprimente de no ser porque había suficientes cosas nuevas que me fascinaban a mi pesar. La influencia de España había sido tan fuerte, y tan decisiva la lucha para consolidarme como escritor, que Inglaterra se había disipado y casi me había olvidado de su gente y su forma de vida durante aquellos cinco años. No quería quedarme y el único modo de afrontar que tuviera que hacerlo sería viviendo el día a día, pues la realidad de estar allí no parecía tener relación alguna con esperanzas ni expectativas.

Tras entregarle la media docena de capítulos de *Sábado por la noche y domingo por la mañana* a Tom Maschler, mi alocución se emitió por la radio a las nueve en punto del 10 de abril. *Radio Times* dijo: «La Montaña está rodeada por una densa jungla, y se eleva formando un cortado de cuatro mil pies de altura. Los tigres aún rondan por sus bosques, por lo que iban armados. El señor Sillitoe describe la ascensión y exploración de una montaña en el norte de Malasia por parte de seis hombres de la raf que formaban un equipo de rescate en la jungla».

La alocución fue precedida por los Promenade Players y seguida por un recital de música. No movieron de lugar ni una sola palabra del guión que les había enviado, prueba suficiente de que varios años atrás mi prosa ya tenía la calidad y la autoridad necesarias para ser leída en la bbc, una organización que había desempeñado un papel notable en la consecución de mi educación e ilustración. Aparte de todo eso, el pago de dieciocho guineas constituyó un extra muy útil para nuestros recursos.

El último mes resultó un grato contrapunto a las primeras semanas, pues Ima Bayliss nos dejó quedarnos en Primrose, la casa de campo con techo de paja que tenía en Manuden, cerca de Bishop's Stortford. El paisaje rural era el de una Inglaterra de ensueño y el tiempo primaveral me recordó las primeras salidas del hospital en Wiltshire ocho años antes. Me senté en la habitación delantera desde donde se veía el sendero dispuesto a empezar a escribir de nuevo. Dos meses sin hacer nada se me habían hecho bastante insoportables y, durante unas semanas, pude llevar la existencia satisfactoria que todo escritor pueda desear.

Inmerso en las obras de Albert Camus, me impresionaron especialmente *El hombre rebelde* y las complejidades galas de la lógica implícitas en la definición del estado de ánimo del rebelde. Empecé una novela que llevaría por título *Las ratas*, en la que reflexionaba sobre la vida en Inglaterra con la mirada fresca de quien ha vuelto del exilio, que terminaría convirtiéndose en un poema de gran extensión en el que atacaba la conformidad y complacencia indiferentes de la Inglaterra de los años cincuenta. Un día, escribiendo (o sin escribir, porque a veces no podía hacer otra cosa que mirar distraídamente por la ventana que tenía delante), vi a un joven en camiseta y pantalones cortos trotando por el sendero. En una hoja en blanco garabateé lo que parecía el inicio de un poema: «La soledad del corredor del fondo…». No hubo una segunda línea, así que dejé a un lado el papel y seguí trabajando en *Las ratas*.

## Capítulo 34

DE VUELTA EN SÓLLER a principios de mayo, desempaquetamos los libros que nos habíamos enviado desde Manuden y, a pesar del tiempo de ensueño que habíamos vivido en la villa, fue como estar en casa de nuevo, pues en ningún otro lugar había vivido tanto tiempo como allí, excepto Nottingham. Me puse a revisar *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, mejorando el estilo y abreviando el libro hasta unas cincuenta mil palabras.

Una exploradora suiza que vivía en el valle, Colette Martin, había descrito sus viajes por el Sahara con un perro San Bernardo. Traduje sesenta páginas del francés y las envié con unas fotografías únicas de las mujeres beduinas y paisajes desérticos a un editor de Londres. Acordamos ir a medias en cualquier ganancia del proyecto, y ya había obtenido algunas guineas de su artículo «Mujeres nómadas en el Sahara», que coloqué en la revista *Geographical*. Nos devolvieron el paquete en un abrir y cerrar de ojos y ahí acabó la historia.

*Hudson Review* devolvió «Declive y ocaso de Frankie Buller» y otra revista hizo lo propio con «El cuadro del barco de pesca». Tras la visita a Inglaterra, que no había sido del todo en vano, quería mantener mi grata condición de exiliado tanto tiempo como pudiera. Vivíamos en Mallorca y era imposible no estar contento en un lugar así. Ruth ganaba dinero haciendo reservas de hoteles y villas para una agencia de viajes y yo daba clases de inglés, que de repente tenían una gran demanda, durante un par de horas al día. El cambio de moneda favorecía a la libra, mientras que el coste de la vida

seguía siendo el mismo, así que nuestros ingresos eran casi el doble, aunque seguíamos llevando buena cuenta de los gastos.

Tom Maschler escribió una larga carta en la que apuntaba lo que pensaba que debía hacerse para convertir *Sábado por la noche y domingo por la mañana* en un libro de éxito, a lo que solo pude replicar: «Tendrá usted el manuscrito el día acordado». En una carta del 4 de junio, Rosica me dijo: «Lo que Tom quiere es el viejo manuscrito de *Sábado por la noche y domingo por la mañana* para compararlo con el revisado, pero no me lo dejaste aquí». Exacto. La razón era que Maschler había escrito en una carta con fecha de 6 de mayo: «Confirmo que me entregará el manuscrito completo a finales de julio como muy tarde y podré entonces hacerle sugerencias sobre la reescritura del libro en conjunto».

Mientras terminaba la versión final del libro, vivía como si la Inglaterra que amaba aunque no me gustara especialmente, tuviera poco que ofrecer. Quienes suponían que sus opiniones eran como las de todo el mundo (y en consecuencia las únicas que importaban) extendían el virus de la falsedad y esa hipocresía ahogaba todos los aspectos de la vida. Esos abastecedores de conformismo no sabían nada de la gran mayoría de la gente y para ellos no era digna de atención. Cuando no temían u odiaban a la gente, solo querían mantenerla perpetuamente sometida a valores que la complaciente minoría superior había establecido, porque eran los suyos también, los únicos por los que merecía la pena vivir. Eso incluía a los comentaristas socialistas e izquierdistas que también creían saber cómo debía vivir la gente, aunque ellos nunca vivirían así. El país estaba muerto de cuello para arriba y tenía el cuerpo sepultado bajo la arena, esperando que alguien aclarase las opiniones y valores que de mil maneras le habían dicho que era algo de lo que había que avergonzarse y que no debían expresarse.

Tom Maschler fue a Mallorca de vacaciones y se acercó a verme a Sóller para comentar detalles sobre *Sábado por la noche y domingo por la mañana*. Lo escuché, pero no pude mostrar entusiasmo, pues yo quería un editor que dijera «¡Descúbranse!» al

referirse a mi novela o que no la tocara en absoluto. Tal vez Maschler considerase el libro algo en lo que merecía la pena ejercer influencia, pero, en ese caso, a mí me costaba sentirme halagado por semejante interés. No llevaba ocho años trabajando sin recompensa y aprendiendo a escribir por las malas para que llegara mi editor a decirme cómo revisar mi novela.

Mi reciente visita a Inglaterra, y la lectura del montón de libros sobre criminología el año anterior, me llevó a creer que mi escritura debía unir las opiniones y observaciones que se habían ido depositado en mí hasta los dieciocho años con las de la voz que había ido emergiendo durante los últimos años y que el exilio había aclarado. Ahora sabía que uno no escribe lo que la sociedad o los editores esperan, sino lo que la verdad de tu propia experiencia determina. Mi alma debía contener algo de hierro antes de nacer que reforzaba la actitud de que el escritor no ha de escuchar a nadie más que a sí mismo, como un imán atrae limaduras de hierro porque es una pieza de metal más sólido. Ha de conocerse verdaderamente a uno mismo para no confundirse con otro ni dejarse llevar por lo que le diga la gente.

Un escritor puede sentir la necesidad de aprobación de quienes lo rodean, pero tiene la opción de intentar conseguir la aceptación de quienes dirigen el país (en aquella época yo me refería a ellos como «las ratas») o de quienes son gobernados. La única forma válida de actuar es no tener en cuenta a ninguno, escribir para uno mismo, con un tenaz respeto por la voz única, y al mismo tiempo una voz de la que no hay que hacerse ilusiones. Había vivido demasiadas vidas para estar dispuesto a prestar atención a los demás y, si mi escritura seguía siendo impublicable, bien estaba.

El hecho de haber vivido apartado de la zona de la cultura popular durante la mayor parte de los años cincuenta era comparable a estar frente a un adversario y no tener que prestar atención a su punto de vista ni tener que preocuparte por no ser capaz de hacerlo, pues, sea el que sea, podría no tener relación alguna con el tuyo. En la época de los medios de comunicación de

masas, las variaciones culturales, llamadas modas, van y vienen, pero los valores eternos hacen caso omiso de esas tendencias y perduran. Eso ocurría antes y ocurre ahora.

Cuando acabé *Sábado por la noche y domingo por la mañana* a finales de julio, se lo di a la morena y esbelta Felicity Meshoulan, que pasaba en Mallorca su luna de miel, para que lo llevara a Inglaterra. De esta forma me ahorraba el coste de correo, era más seguro (aunque nunca había perdido nada) y lo mismo hasta me daba suerte.

En agosto salí con el periodista holandés Constant Wallach a escalar los mil cuatrocientos metros del Puig Mayor. Tras pasarnos la noche de juerga bebiendo cócteles no estábamos en condiciones para semejante ejercicio y, al traspasar la zona arbolada de robles pequeños y pinos enanos que poblaban las laderas pedregosas por encima del valle, empezó a hacer mucho calor. A mediodía estábamos a mil metros y a primera hora de la tarde ya estábamos cerca de la cima. No llevábamos sombrero ni agua y yo, al menos, habría debido saberlo, pero, como a veces pasa, el Destino le gana la partida al sentido común, algo de lo que solo nos damos cuenta cuando es demasiado tarde.

En ese momento nos dimos la vuelta y llegamos al valle en un estado próximo a la insolación. La cima de la isla me había derrotado como lo hiciera Gunong Jerai en Malasia nueve años antes. La altura de ambas montañas era más o menos la misma, igual de tentadoras y visibles, pero tendría que haberme dado cuenta de que, por pequeñas que fueran, aquellas elevaciones en el terreno no estaban hechas para que yo las escalara. Otras cotas, aunque menos sólidas bajo los pies, merecían mayor atención.

Siempre me había considerado un ser físico cuando claramente no lo era hasta ese extremo, pero la indicación de que no eran cotas a mi alcance se demostraría erróneamente cuando, en una gira por los Estados Unidos en 1985, salí yo solo a las cinco de la mañana para descender por el Gran Cañón. Tres horas después había cruzado el río Colorado a cinco mil pies hacia abajo y nueve millas

de mi punto de partida. Volver al hotel antes de que anocheciera y evitar las serpientes de cascabel significaba ascender a una montaña al revés, más alta que cualquier otra que hubiera intentado ascender en mi vida, y regresé únicamente con heridas en los pies y los muslos doloridos.

Durante aquel último verano en Mallorca escribí un relato titulado «Una tarde de sábado» sobre un muchacho que intenta ahorcarse inspirado en una escena de la versión cinematográfica francesa de *El eterno marido* de Dostoievski. Otro relato de aquel año fue «El empleado», que describía el derrumbe de las oficinas de una destacada revista literaria londinense y la muerte del editor, que quedaba sepultado bajo los escombros. Michael Horowitz lo publicaría en *New Departures* cinco años después.

*The Listener, Time and Tide, The London Magazine* y *Partisan Review*, por nombrar solo algunas, rechazaron y me devolvieron los poemas que les había enviado, pero Howard Sergeant imprimió en *Outposts* la «Guía del ferrocarril de Tiflis» coincidiendo con la publicación de la separata *Sin cerveza ni pan*.

Una carta de Rosica a finales de agosto decía que Tom Maschler, de MacGibbon y Kee, había rechazado *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, pero que la enviaba inmediatamente a otra firma editorial. Yo le había dicho antes que había tomado nota de algunas de las sugerencias orales de Maschler durante su visita a Sóller, pero era una mentira piadosa para impedir que se desalentara en sus intentos de conseguir que mi obra se publicara.

Antes de que acabara el año dos editores más rechazaron la novela. Le dije por carta a Rosica en diciembre que sería un éxito que alguien la aceptara, y añadí que, en mi opinión, la rechazaban porque no encajaba en las románticas nociones preconcebidas que la gente tenía de la llamada clase obrera. El libro era demasiado realista y no apoyaba sus teorías, «pero he abierto un nuevo camino —seguía diciéndole— y solo espero que un editor lo vea antes o después».

Es inútil decir que no estaba desalentado. Un editor pensaba, o eso me dijeron, que debía cambiar el final, aunque no quise preguntar en qué sentido. Otro opinaba que no sabía nada de la gente trabajadora si describía sus vidas de esa manera, lo que hacía difícil creer que no estuviera aplicando una forma bastante desagradable de lo que se ha dado en llamar «corrección política» o que los lectores de algunas editoriales fueran simpatizantes marxistas conscientes solo a medias que no podían aceptar mi libro. Siempre he sospechado que esa gente de tendencia izquierdista consideraba el socialismo poco más que un timo para mantener a raya a los Arthur Seaton del mundo. Fuera como fuera, los rechazos confirmaron mi eterna antipatía por cualquiera que tratara de inmiscuirse en la obra de un novelista. Esa gente es, sin duda, amable, esforzada y tal vez creativa (con el trabajo de otros), y desde luego dispuesta a prestar la ayuda que algunos escritores buscan temerosamente y agradecen.

Los editores (y podríamos preguntar por qué) quieren novelas que crean que van a poder vender y son reacios a publicar una obra sin haberla pulido hasta lograr el estilo y el contenido que imaginan que sus lectores esperan o que ellos deciden, según sus propios prejuicios, que sus lectores deberían recibir, en cuyo caso hay pocas posibilidades de desviarse de la aburrida norma, o de experimentar un poco y hasta de que quede algún que otro fallo que convierta la obra en memorable. Lo que un editor considera aceptable, otro lo ve inadecuado, así que solo la versión del autor es la correcta. Un escritor no debe consentir los recortes de los lectores editoriales que pretenden guiarlo hacia un éxito de ventas de mediano nivel cultural o, como ocurría en aquella época, la clase de libro que creen probable que gane un premio literario.

El arte solo surge de un creador singular y la buena escritura que aspire al arte solo puede lograrse mediante prueba y error. De no ser porque el escritor siempre sabe de lo que habla, no se publicaría nada interesante en ficción. La escritura es una actividad en la que

el individuo es supremo y un autor no tiene ninguna oportunidad de lograr nada salvo que su integridad proteja su talento.

La ocupación de un novelista es solitaria: trabajando como el minero bajo tierra y lejos de toda influencia populista y de ideas intelectuales preconcebidas, solo cuenta con la luz de su casco para iluminar el mineral único que va descubriendo, en el que debe trabajar sin ser molestado.

# Capítulo 35

REVISÉ *EL DILEMA DEL GENERAL,* abrevié el título a *El general* y le envié a Rosica la versión que se publicaría, con algunas modificaciones, en 1960.

Habíamos hecho amistad con los pintores Philip Martin y Helen Marshal, que se habían mudado a vivir a Sóller con sus hijos. No sabré nunca cómo sucedió, porque desde luego no imaginé que me iría de Mallorca como lo hice. Tal vez lleváramos allí demasiado tiempo y obrásemos llevados por una falsa sensación de aburrimiento por el lugar o tal vez el Destino volviera a inmiscuirse en mi vida, el caso es que a los Martin y a nosotros nos pareció que sería divertido, o algo parecido, cruzar a Alicante, buscar un piso y llevar una vida estilo comuna los cuatro juntos. Una aventura de ese tipo era tan poco propia de mí que sigo sin saber cómo sucedió.

Philip, alto y delgado, y con una larga barba negra, parecía una escultura andante. De vez en cuando tartamudeaba hasta el punto de la incoherencia, pero tenía un buen sentido del humor. Helen era unos veinte años mayor, baja, rotunda y locuaz, y vestía batas y faldas sin forma que le llegaban al suelo. Los dos juntos parecían, por decirlo suavemente, «bohemios»; su aspecto decía desde lejos que eran «artistas», aunque asumían esa extravagancia suya porque así era como querían ser y a la mierda el mundo si le parecía extraño o gracioso.

Ruth y yo apenas nos distinguíamos de la gente corriente, así que es posible que, en comparación, los Martin parecieran aún más estrafalarios cuando estábamos todos juntos que cuando estaban ellos solos. En aquella época también estaban obsesionados con

varios tipos de misticismo indio y leían a gente como Krishnamurti y Shri Aurobindo, que a mí no me interesaban en absoluto.

Quedamos por la mañana temprano en la estación de ferrocarril de Sóller. Al grupo se unió la madre de Philip, viuda de un director de banco que, sin duda, se sentía tan fuera de lugar como yo. Había ido a Mallorca a pasar una semana o dos con su hijo y los dos niños, Steven y Serafina.

De pie junto a una montaña de maletas, baúles, rollos de lienzo, grandes cajas de materiales de pintura, bultos, caballetes, canastos y petates, parecíamos una tribu de gitanos de viaje. Y en medio del barullo, mi máquina de escribir Remington reparada, en su caja negra.

En los muelles de Palma, los codiciosos estibadores nos pedían tanto dinero por subir el equipaje a bordo que Philip y yo nos quitamos la chaqueta y, para regocijo de los espectadores, metimos hasta el último cachivache en el compartimento de carga. Nos vimos obligados a hacer la misma operación en el muelle de Alicante a la mañana siguiente. Un divertido policía del puerto nos recomendó una destartalada fonda del muelle donde alojarnos y, al llegar allí, los dos taxistas nos exigieron una tarifa que era un robo.

Las habitaciones eran baratas, amuebladas solo con lo básico, pero de proporciones elegantes, aunque los lavabos, que estaban alejados de ellas, no eran más que un agujero pestilente en el suelo donde había que ponerse en cuclillas, lo que no era extraño en la España de aquel tiempo. No había comedor, así que cocinábamos en un hornillo de alcohol y comíamos juntos en una habitación u otra. Al volver un día de pasear, Ruth y yo descubrimos que el techo de nuestra habitación se había desplomado y la cama estaba cubierta de listones y yeso; las maletas se habían cubierto de polvo, pero no les había pasado nada. La dueña nos trasladó a otra parte del edificio, pero poco después alguien robó mil pesetas de la habitación de los Martin mientras estaban fuera y decidimos marcharnos lo antes posible.

Los pisos grandes escaseaban y eran caros, comparados con Sóller, pero encontramos uno por dos mil pesetas al mes un domingo y lo cogimos sin pensarlo demasiado. Aquella misma tarde nos instalamos. Cuanta más gente participa en una decisión, más probable es que las cosas salgan mal. Los grupos hacen las cosas apresuradamente y sin contemplaciones simplemente para no tener que molestarse demasiado, comportándose, básicamente, con impaciencia. El mismo caso se da a menudo incluso entre dos personas, por lo que, tal vez, el número ideal sea uno, al menos entre artistas.

Estaba pensando en ello cuando, a las cinco de la mañana siguiente, nos despertó el estruendo de los tranvías y un estrépito de campanas tal que debió de sacar a la gente de la cama en Madrid. Nuestras habitaciones daban a la terminal, donde los tranvías iban a dar la vuelta para comenzar nuevamente el viaje por la ciudad. Una hora después, una imprenta en la planta baja justo debajo de nosotros empezó a funcionar y el ruido de la maquinaria continuó todo el día. El lugar era insoportable, pero habíamos pagado el alquiler por adelantado.

Había ganado doce libras por la traducción de un folleto de Luis Ripoll, en Palma, sobre los pianos que Chopin había usado en la isla. También estuve trabajando en otro borrador de *La isla del señor Allen*, pero con poca energía y sin mucha esperanza al respecto. Seguía estando intranquilo y tal vez perplejo por el continuo rechazo a *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, incapaz de creer que no saliera nada de ahí.

Al cabo de quince días en el piso ni Ruth ni yo podíamos aguantar el ruido y decidimos irnos de excursión por Andalucía. A las seis de la mañana fuimos caminando por las frías calles hacia la estación con una maleta cada uno, bajo un impresionante cielo turquesa que iluminaba las casas y los muros como si los hubieran lavado y secado. Cualquier lugar puede parecer hermoso cuando lo dejas, pero en nuestro caso lo que sentimos cuando nos instalamos

en el vagón de tercera fue alivio por marcharnos a disfrutar de lo que esperábamos serían unas auténticas vacaciones.

La habitación de cuatro chelines la noche en una casa de huéspedes de Granada resultó húmeda y gélida, y el agua no dejaba de salirse por el grifo del lavabo encharcando el suelo. Cambiamos a un lugar más cómodo en los días siguientes y desde allí nos fuimos a disfrutar de las vistas. En Ronda, nuestra siguiente parada, se presentó un tiempo frío y húmedo muy desagradable y encima estábamos agotados porque teníamos el estómago revuelto, una nueva experiencia para viajeros por España expertos como nosotros.

De vuelta en mi país, la Colonia de Gibraltar, recogí algunos atrasos de mi pensión, cambié libras por pesetas a un tipo al que todos llamaban Pop, que tenía una tienda de juguetes conocida como «El agujero en el muro», lo que de hecho era. Era un personaje en la Roca desde hacía años y siempre trataba de venderme una muñeca o un coche de bomberos, a los que por entonces yo no podía dar uso.

Pasamos una noche con Mack y Jeanette Reynolds en Torremolinos y nos recuperamos de nuestros contratiempos estomacales gracias a su calidez y amistad. La estrecha carretera a lo largo de la costa meridional más allá de Málaga discurría peligrosamente cerca de precipicios sin protección. Los mendigos rodeaban el autobús cada vez que se detenía, llevándose los dedos a la boca para indicar que tenían hambre. El paisaje volcánico y polvoriento, prácticamente desierto, parecía carente de vida; ni siquiera había una iglesia entre las casuchas, la mayoría de las cuales no tenía puertas ni ventanas y cuyos tejados estaban cubiertos de escoria cenicienta.

En Almería, después de todo el día de viaje, caminamos media milla hasta el hotel y solo nos quedaron fuerzas para hervir una bolsa de sopa en nuestro hornillo de alcohol. Estábamos agotados e incluso dispuestos a volver al piso de Alicante. Al día siguiente queríamos viajar algo más cómodamente, así que compramos

asientos de primera en el autobús, pero no eran de hecho los mejores. Los de calidad superior, *extraordinarios*, que eran los tres asientos justo detrás del conductor, ya estaban cogidos. Tras una breve parada en la ciudad de las palmeras de Elche, seguimos hasta Alicante o «Caliante», como decían los hijos de los Martin.

Era imposible vivir en el piso, sobre todo por el ruido. Detestaba Alicante, en cualquier caso, después de la estable y productiva paz de Sóller. La atmósfera era una calamidad en general. A veces era más cara incluso que Palma o nos estafaban hasta en la transacción más nimia. Cualquier intento de pagar precios razonables, que sabíamos que había, terminaba en acritud y fracaso. La idea de quedarnos allí y ganar algo de dinero, tal vez dando clases de inglés, parecía cada vez menos probable. Era una ciudad más deprimida y, en consecuencia, depresiva que Málaga, y solo estábamos allí para que nos robaran. A otros extranjeros también les consternaba el lugar. Un francés que tenía un bar hablaba desconsoladamente de trasladar el negocio otra vez a Argelia. Solo espero que no lo hiciera.

Teníamos que irnos, pero parecía imposible volver a Mallorca aunque no sabríamos decir por qué, pues estaba a solo doce horas y no habría sido difícil instalarnos. Tampoco deseábamos ir a otro lugar de España. El sueño se había acabado e Inglaterra era el único destino. Después de ocho años de mi vida fuera del país, contando con la aventura malaya, era hora de volver, al menos por un tiempo, aunque temiera enfrentarme al supuesto mundo real sabiendo que mi pensión no duraría para siempre y que no estaba cualificado para ningún trabajo.

Cerramos los baúles y maletas con un estado de ánimo sombrío y fatalista, sintiendo separarnos de los Martin, pero sobrecogidos por la sensación de que no había otra alternativa que marcharnos. Descartando pilas de papel para reducir el coste de un equipaje excesivo, encontré una hoja con «La soledad del corredor de fondo» escrito arriba. Repetí las palabras varias veces en voz alta, como si las recordara de un sueño medio olvidado y luego, en una especie

de duermevela, desenrosqué mi pluma, cogí unas cuantas hojas en blanco más y empecé a escribir los primeros varios miles de palabras de la historia que me sugería aquella línea.

Me sentía lleno de energía. La rítmica narración de un corredor empezó a fluir vete tú a saber de dónde (tal vez del golpeteo de la imprenta de abajo) y las experiencias de mis treinta años de existencia y todo cuanto había vivido y aprendido se precipitaron como si estuviera escribiendo un largo poema en lugar de un relato. El ritmo de un hombre corriendo empujaba mi pluma línea tras línea y página tras página, tan ajeno a los tranvías y los niños que jugaban fuera como si estuviera solo en una isla en medio del océano Pacífico. Estuve escribiendo hasta un minuto antes de meter el equipaje en el taxi, reteniendo en la cabeza el punto del relato en el que me había detenido hasta el momento en que pudiera retomar la escritura.

El compartimento de segunda clase del tren nocturno hasta Madrid estaba vacío y nos tumbamos uno a cada lado, observando por la mañana con ojos adormilados el amanecer blanquiazul sobre la interminable meseta de Castilla. Dedicamos una breve estancia en Madrid sobre todo al Prado, a contemplar las obras maestras marcadas con asterisco de Goya, El Greco y Velázquez hasta quedar exhausto al cabo del día, como si presenciar tales maravillas agotara toda la energía del cuerpo de un mortal común y corriente.

Casi no nos quedó dinero después de pagar el viaje vía Hendaya, Dieppe y Newhaven más varios cientos de pesetas por exceso de equipaje. Los padres de Ruth nos recibieron en Hove la noche del sábado 22 de marzo y fue un alivio saber que podíamos quedarnos con ellos hasta decidir qué hacer. Pasé varios días en la sala de estar acabando la historia del corredor de fondo en el correccional de menores.

La separata de Ruth titulada *Un pronóstico, una fábula* se publicó en *Outposts* y estaba ocupada enviando los ejemplares de los suscriptores. Rosica me telefoneó para darme la noticia de que le habían devuelto de nuevo *Sábado por la noche y domingo por la*

*mañana* y decirme que tratar de colocarlo empezaba a parecer una empresa desesperada. También me informó de que habían rechazado *El general*, de que un total de seis editores había desestimado *Una estancia temporal*, siete, *La empalizada* y dos, *El quiosco de música*. Sin embargo, añadió que había enviado *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, con una especie de esperanza resignada, a W. H. Allen, pero que si también él lo rechazaba, tal vez debería desecharlo y empezar con otra cosa, una sugerencia razonable en vista de todo cuanto había hecho.

A finales de mes fui a Nottingham unos días y luego volví a Hove, donde escribí «Cuadro de saqueo», un poema que Philip Larkin incluiría después en *La guía Oxford de la poesía inglesa del siglo XX*. Mi pensión no nos daba para vivir y los recursos menguaban, a pesar de la tolerancia y generosidad de los Fainlight. Las publicaciones *Liliput* y *Punch* devolvieron algunos artículos humorísticos, escritos para intentar conseguir algún ingreso, y lo mismo ocurrió con otras piezas enviadas a *Poetry Chicago*.

Las novelas con las que Rosica no había sido capaz de hacer nada llegaron en un gran paquete, como si yo fuera el cubo de la basura del Destino de mi propia obra. La idea de enseñar inglés a estudiantes extranjeros cabía dentro de lo posible. Tal vez escribiera a algunas escuelas de idiomas cuyas direcciones y teléfonos copié en un cuaderno. Dramatizar algunos de mis relatos para un concurso de obras teatrales anunciado por la televisión de Granada era otra posibilidad, pero tampoco hice nada al respecto. Envié a una revista «La soledad del corredor de fondo», una vez pulido (aunque necesitó muy poco), y me lo devolvieron casi a vuelta de correo.

Más animado que deprimido, disfrutaba hurgando en librerías de segunda mano, donde podías encontrar algo bueno por apenas seis peniques. Caminando por el paseo marítimo de Brighton con Ruth, el aire del mar me produjo una euforia injustificable, había interesantes películas extranjeras que ver en el Classic Cinema de Kemptown, así como numerosos cafés donde podíamos sentarnos y

hablar. El futuro empezaba a levantarse frente a mí como un muro de cemento y por ello no aparecía demasiado en nuestra conversación.

Una carta de Rosica decía que «la fortuna ha querido que Jeffrey Simmons, de W. H. Allen, haya quedado muy impresionado con *Sábado por la noche y domingo por la mañana*. No quiere comprometerse ni alentar en vano, pero le gustaría hablar contigo al respecto». Rosica continuaba diciendo que, si daba a Simmons una opción sobre mis próximas dos novelas y le dejaba arreglar una venta del libro en Estados Unidos, haría todo lo posible por convencer a los demás directores de la editorial para que aceptaran el libro. Si fuera así, decía, sería «una promoción y una publicidad enormes para mí».

Me concertó una cita con Simmons en las oficinas de W. H. Allen para el jueves 15 de abril. La carta solo podía significar una cosa, pero era imposible sentir felicidad alguna por la posibilidad a equivocarme, aunque parecía difícil creer que quisieran verme si no tuvieran la intención de publicar el libro. Al preguntarle a Ruth si quería venir conmigo, sugirió que fuera solo. Estaba tranquilo, casi indiferente, al coger el tren de mediodía de Brighton y contemplar el delicioso paisaje de Sussex por la ventana.

Parecía flotar en el aire una fina arena, como si la niebla acabara de disiparse, mientras caminaba por Essex Street desde la estación de metro de Temple. La casa parecía un ruinoso edificio dickensiano y al final de una estrecha escalera me recibió Jeffrey Simmons, un hombre alto, de aspecto taciturno, hijo del director general. Jeffrey me dijo que uno de sus lectores, Otto Strawson, había leído el libro y estaba entusiasmado. A él también le gustaba y cuando nos sentamos en su oficina me preguntó qué más había escrito. Eso implicaba que no querían aceptar un libro y descubrir después que no le seguirían otros. Tras hablarle brevemente de *La puerta abierta*, que estaba escrito aunque en un estado carente de forma todavía, le di una versión mecanografiada de *El general* que llevaba en una cartera que me había prestado el padre de Ruth. «Puede

considerarla mi segunda novela, aunque necesitaría revisarla un poco».

Jefrey me presentó a Mark Goulden, director de la casa, un hombre recio y dinámico. «Me han dicho que ha escrito usted una obra maestra», dijo, lo que me pareció una presunción divertida, aunque me gustó su sentido del humor. «Veremos lo que podemos hacer con ella. Si se pone en mis manos, le conseguiré un montón de dinero. Hablaré con Rosica sobre el adelanto».

En su autobiografía, Mark recordaría mi balbuceante gratitud y mi aparente incredulidad ante sus palabras, pero hay que estarle agradecido por mucho de lo que hizo. En los años treinta había sido el primer editor en publicar a Dylan Thomas y también, como editor del *Sunday Referee* (que a veces vi en casa de mis abuelos), se había enfrentado a toda la banda de matones que gobernaban Alemania antes de que ningún otro periódico británico lo hiciera. Como editor literario después de la guerra no quiso tener nada que ver con aquel país, argumentando que no había reconocido suficientemente su culpa, actitud que mantuvo hasta el final de su vida.

Caminando por el Strand, imbuido de una mezcla de tristeza y optimismo, no acertaba a entender en lo que me estaba involucrando, pero, fuera lo que fuera, llevaba esforzándome en ello diez años, tal vez toda la vida, desde luego a veces se me había antojado un siglo. Puede que les pareciera bobo a aquellos con los que me cruzaba, si es que me veían, pero mis pensamientos se poblaban de aquellas personas ausentes que, sin embargo, estaban conmigo, entre ellos Ruth, que me conocía desde hacía diez años; sus padres, que nos estaban ayudando tan generosamente; su tía Ann, la de América, que nos había enviado comida, ropa y, con frecuencia, dinero; mi familia, que nos había dado paquetes de comida de vez en cuando; Robert y Beryl Graves y, por último pero no por ello menos importante, Rosica Colin, que tan perseverante se había mostrado con mi obra. Quería hablar con ellos y explicarles

mis sentimientos, tal vez incluso vanagloriarme un poco y mostrarles mi alegría.

Me reí para mis adentros (y puede que también tuviera una sonrisa en el rostro): lo que más deseaba parecía haber ocurrido. Mi libro se publicaría y tal vez ganaría doscientas libras, lo que permitiría que Ruth y yo viviéramos, modestamente como hasta el momento, en Mallorca y siguiéramos escribiendo. No imaginaba un futuro más allá de esa esperanza básica, absorto como estaba en lo que estaba viviendo, y caminaba como si flotara, reacio a seguir especulando sobre lo que había pasado porque ya había pasado y había aprendido a no malgastar nada.

Por un instante recordé el día, trece años antes, también en abril, que superé el examen de selección de tripulación aérea para entrenarme como piloto de la Unidad Aérea de la Marina. También aquel incidente, por insignificante que fuera, me había apartado de la gente como yo quería que sucediera, lo cual era extraño en alguien que quería escribir como si formara parte de ese grupo de gente más que esta en sí. La separación de aquellas personas en 1945 no fue tan patente entonces como lo que sentí en ese momento, pero el deseo de escapar de la multitud no significaba que la despreciara. Aunque formara parte de ella se mirase como se mirase, solo podía escribir sobre individuos que componen esa multitud viviendo al margen de ella, porque la soledad aumenta la capacidad de juicio y reflexión.

Y, a pesar de todo, no pude evitar sentirme alegre, al entrar en el Lyons Café a tomar un té antes de coger el tren de vuelta a Brighton y contar a todos las noticias.

# Capítulo 36

A FINALES DE ABRIL, de nuevo en la casa de Ima Bayliss en Dulwich, cobré una remesa del Ministerio de Pensiones de treinta y siete libras y un cheque de noventa libras de Rosica como adelanto por mi novela. Aunque en el Londres de aquella época habría sido posible vivir con diez libras a la semana, con los recursos mencionados no llegaríamos a mediados de octubre, cuando debía cobrar las siguientes noventa libras a la publicación del libro. Nos trasladamos a una habitación con cocina en el último piso de una casa de Camden Square por dos libras y setenta y seis peniques a la semana. Ruth trabajaba haciendo encuestas para la Oficina Británica de Estudios de Mercado, de manera que se convirtió en el sostén económico principal hasta final de año. En ese periodo, la *Hudson Review* le publicó dos poemas.

Tener la cama levantada contra la pared, una mesa para escribir y comer y una pequeña cocina en el rellano, suponía un descenso en la calidad de nuestro alojamiento en comparación con los pisos y casas de España. Nos las arreglábamos porque no podíamos permitirnos nada mejor, pero era importante para nosotros creer que vivíamos de esa manera porque lo habíamos elegido y que siempre podíamos volver a la vida más desahogada de Mallorca.

A falta de algo que hacer en mi inquieto estado, continué con la historia de Colin Smith, el corredor de fondo, contando lo que le ocurría cuando dejaba el correccional. Llegué hasta casi las cien páginas, pero, como la calidad no era buena, la dejé a un lado. Revisé ocho de mis mejores relatos de Nottingham y, con «La soledad del corredor de fondo» a la cabeza, los mecanografié hasta

convertirlo en un libro de cierta extensión y se lo envié en julio a Rosica con la sugerencia de que se lo enseñara a Jeffrey Simmons como un posible segundo libro tras *Sábado por la noche y domingo por la mañana*. Eso me daría tiempo para las revisiones finales de *El general*, que presentaría como mi tercer libro.

*Times Literary Supplement, The Listener* y la bbc me devolvieron poemas, aunque el relato «El gran John y las estrellas» apareció en una antología infantil y gané cinco libras. Envié el relato «La soledad del corredor de fondo» a *London Magazine*, aunque por su extensión no creía que tuviera ninguna oportunidad y, en cualquier caso, me lo devolvieron rápidamente con un sencillo formulario de rechazo. Estaba impaciente por publicarlo donde fuera, pues se basaba en una idea tan poco habitual que temía que alguien escribiera un relato similar que no marcara apenas la diferencia y se imprimiera antes que el mío. A veces me despertaba con un sudor paranoide tras haber leído exactamente el mismo relato en mis sueños con el nombre de un escritor imposible de descifrar en la cubierta, una ansiedad que persistiría, aunque con menor intensidad, hasta que se publicara al año siguiente.

A finales de junio, leí las galeradas de *Sábado por la noche y domingo por la mañana* en Essex Street y no puede resistir llevármelas. Cogí el gran sobre y desparramé las hojas en la sala de estar-dormitorio para ver por primera vez un libro mío en letras de molde. Había pedido que no hubiera modificaciones (aunque tampoco me habían sugerido que hubiera que hacerlas), así que solo había algunas erratas que corregir. Demorarme con el papel recién salido de la imprenta me dio la impresión de que mi novela era mejor de lo que yo pensaba. La imprenta le otorgaba un brillo que no tenía el texto mecanografiado. El placer de ver mi obra en ese estadio no me ha abandonado nunca y con cada nueva obra recuerdo los momentos de asombro que viví revisando las galeradas de mi primera novela.

Clifford Bayliss consiguió entradas para la representación de *Las troyanas* en Covent Garden, cinco horas de ópera espectacular de

Berlioz, que no creo que se haya repetido con esa longitud. Estaba empezando a disfrutar de Londres y, durante aquel extraño periodo de espera, trabajé en *Las ratas y otros poemas*, dándole forma también a la que sería mi tercera novela en publicarse, *La puerta abierta*.

Pasamos el mes de agosto en la casa de campo de una maestra de escuela amiga nuestra, Jo Wheeler, en el pueblo de Whitwell, en Hertfordshire. Las largas tardes eran cálidas y suaves, y las pasábamos escuchando el Concierto para clarinete en la mayor de Mozart en un pequeño gramófono de cuerda mientras el crepúsculo avanzaba lentamente sobre los campos al otro lado de las pequeñas ventanas de la salita.

*New Yorker* y *Atlantic Monthly* rechazaron «Declive y ocaso de Frankie Buller», pero estaban empezando a aparecer anuncios de mi novela y el editor Bill Smith, que tenía una librería, me entrevistó para *Books and Bookmen*. En septiembre, seis ejemplares de autor de la novela llegaron por correo. Enviamos uno inmediatamente a los padres de Ruth y el resto a Nottingham. David Holloway quedó en entrevistarme para *News Chronicle*.

El artículo en *Books and Bookmen*, que salió en septiembre, se titulaba «Novelista de la clase obrera», una etiqueta más bien grosera, porque yo me había opuesto siempre a cualquier tipo de categorización. Sin embargo, la irritación se atenuó con la esperanza de que el artículo sirviera para dar a conocer el libro y, en conjunto, Bill Smith lo había escrito con elegancia. Se mencionó una entrevista televisada y semejante interés general me llevó a suponer que, aunque la novela no fuera un éxito comercial, no podría evitarse que se conociera. Como principiante asumí que esa era la atmósfera normal en la publicación de un libro, aunque tal vez sorprendiera a la gente de W. H. Allen mi actitud flemática.

Pasamos el sábado por la noche tratados a cuerpo de rey por Rosica en su piso, divirtiéndola con nuestro número cómico del «¡Descúbranse!» y bromeando con aquella idea nuestra de levantar alambradas alrededor de la casa para mantener alejados a los

biógrafos. El domingo 13 de octubre, por la mañana, el día antes de la publicación, crucé la plaza y las calles después de desayunar para comprar los periódicos.

Además de anuncios del libro, había una breve reseña de John Wain en el *Observer* y unas cuantas líneas en el *Sunday Times*. Aunque no fuera una cobertura sensacional, era agradable ver lo que se estaba haciendo. Las noticias más sustanciosas vendrían en las dos semanas siguientes, en el *Daily Telegraph, News Chronicle, Reynolds News*, escrito por Brian Glanville, y en el *Daily Express*, por Robert Pitman, por no mencionar el *Oxford Mail* ni, por supuesto, los periódicos de Nottingham y muchos otros a lo largo del reino. En su mayoría eran breves y en letra pequeña en los «papeles de postín». En un periódico comunista, un reseñador no decía más que tonterías sobre que Arthur Seaton y los que se le parecían eran «la escoria de la tierra», una calificación infausta que me llevó a observar que yo mismo habría sido la escoria de la tierra si ese hachazo partidista hubiera visto a Arthur a una luz más favorable.

No hay que esperar la comprensión de esa gente, Victor Hugo mostró una gran sensatez cuando escribió:

¿Los deberes de los historiadores del corazón y del alma son inferiores a los de los historiadores de hechos externos? ¿Podemos creer que Dante tiene menos que decir que Maquiavelo? ¿Es la parte más baja de la civilización, por estar más hundida y ser más oscura, menos importante que la más elevada? ¿Conoceremos realmente la montaña si no conocemos las cavernas?

Una observación interesante, aunque tal vez precipitada, la hizo un reseñador de un periódico sensacionalista vespertino de Londres llamado *Star*: «No se engañará a ningún lector para que crea que Arthur Seaton es, en absoluto, el típico obrero de fábrica». Puede que ese reseñador tuviera tanta experiencia en la materia como yo, tal vez incluso más, porque yo había querido crear el héroe (o antihéroe, como algunos lo llamaron) más atípico posible para mostrar a alguien distinto a los demás, dado que lo que yo no quería

era que Arthur Seaton pareciera «típico», sino más bien un individuo que quienes trabajaban y vivían en condiciones similares pudieran reconocer. La perspicacia de Maurice Richardson en *New Statesman* me divirtió mucho: «El estilo es efectivamente claro y directo, como si hubiera sido escrito con el lápiz del carpintero sobre papel pintado. Es con mayor motivo un *tour de force* teniendo en cuenta que el señor Sillitoe tiene una educación superior».

La antipatía de aquellos a quienes no les gustó el libro mostraba que el personaje salido de mi imaginación se distinguía verdaderamente de la actitud normal de la gente descrita en las novelas de la época. Algunas de las expresiones más salvajes de Arthur Seaton se basaban en mi propia opinión de años anteriores, pero convertidas en eslóganes a partir de largas entradas anotadas en mis cuadernos y mezcladas con sentimientos que resultaran naturales en él. Esas opiniones eran genuinas porque las había oído cuando trabajaba en la fábrica y las cosas no habían cambiado al respecto durante mi conversión a otra vida. La objeción de muchos es que esas observaciones se hubieran impreso en forma de una novela que podía correr el peligro de hacerse popular entre la gente que retrataba. Tosco o no, el estilo se ajustaba a la narración con toda la pulcritud de la que era yo capaz, aunque algunos reseñadores señalaran la irregularidad de la línea argumental, e hicieran comentarios también sobre la forma, significara eso lo que significara. Era evidente que, al dar una patada a la puerta había resultado que toda la estructura estaba podrida.

Tal vez sea injustificable dedicar tanto espacio a la génesis y aparición de una primera novela, pero el libro sigue imprimiéndose treinta y cinco años después y he perdido la cuenta de cuántos millones de ejemplares se han vendido en todas las versiones e idiomas. Tal fenómeno sigue siendo una sorpresa tanto para mí como, sin duda, lo es para los demás, aunque nunca siento la necesidad de decirme a mí mismo que vender muchos ejemplares no tiene por qué ser necesariamente una indicación de la excelencia literaria de un libro. En mi opinión, le seguirían obras mucho

mejores, pero las ventas y el éxito de la película de *Sábado por la noche y domingo por la mañana* me han permitido vivir como escritor sin tener que trabajar además en algo que solo me habría parecido una pérdida de tiempo.

Tras la publicación, me pasaba el día bajando los tres tramos de escaleras para responder al teléfono en el recibidor. Me llamaron para salir en directo por televisión en Birmingham. Brendan Behan salía en el mismo programa y, en el vestíbulo del hotel y luego en el estudio, estaba rodeado de periodistas y gente de la publicidad que querían verlo lo bastante borracho como para actuar del modo poco ortodoxo que esperaban, aunque no tan ciego como para caer en el humor obsceno, en cuyo caso los técnicos se verían obligados a cortar la emisión y el espectáculo se vendría abajo. Behan cumplió las expectativas hasta cierto punto, aunque era lo suficientemente astuto como para darse cuenta de lo que pasaba. Nos presentaron y nos saludamos cordialmente, pero yo me mantuve en la periferia de aquel circo. Dio la casualidad de que la gente de los medios sabía de lo que iba y la entrevista a Behan salió bien.

Visitamos a mi hermano Brian, que vivía con su mujer de Shropshire en Dawley. Caminando entre los árboles por la orilla del Severn, cerca de Coalbrookdale, tropezamos con chimeneas y fraguas abandonadas, reliquias espléndidas de la Revolución Industrial, en mejor estado de conservación que las ruinas de muchas ciudades romanas y posiblemente igual de interesantes en la historia del afán del Hombre por crear una civilización.

De Dawley fuimos a Nottingham, donde concedí varias entrevistas. Mi padre, enfermo de cáncer en el paladar, ya no trabajaba. Delante de mí cogió un ejemplar de la novela, la sostuvo en sus grandes manos analfabetas y dijo: «¡Dios mío, Alan, has escrito un libro! ¡No tendrás que volver a trabajar!», una reacción difícil de olvidar.

En noviembre, recibí otras noventa libras de W. H. Allen, así como el avance de doscientas cincuenta libras de la editorial Alfred Knopf, de Estados Unidos, que había aceptado el libro después de

que otras catorce firmas editoriales americanas lo hubieran rechazado. Si contamos las ganancias de Ruth y mi pensión, unas setecientas libras habían ingresado en nuestras arcas desde que dejamos España, lo que nos dio margen suficiente para disfrutar del ocio. En una semana vimos *Fin de partida* y *La última cinta de Krapp* en el Royal Court, *Infancia* de Gorki en el National Film Theatre y *El rehén* de Brendan Behan, que llevó a escena Joan Littlewood, en Strattford East. Algunas de las canciones de este último espectáculo eran buenas y, en su mayor parte, divertidas, pero la vil ejecución de un joven soldado a manos del ira al final nos dejó un regusto amargo.

Mi actitud era la de aceptar todas las entrevistas, pues escribir un libro era una fase y ayudar a que se vendiera otra. Me daba lo mismo que el periódico fuera de izquierdas o de derechas, pues cualquier publicidad, positiva o negativa, era buena. Me entrevistaron en *News of the World* y me fotografió Mark Gerson. Algunas agencias literarias tantearon la posibilidad de representarme. Varias personas me escribieron para decirme cuánto habían disfrutado con mi novela y se exhibió un texto mecanografiado corregido, junto con otros materiales de autores locales, en la Biblioteca Central de Nottingham, en cuya sección de consultas había escrito los primeros capítulos de *Los desertores* siete años antes.

Con una o dos excepciones, las reacciones de rechazo cesaron y los editores me solicitaban más trabajos. En una fiesta, el director general de una firma editorial lamentó que no le hubiera enviado el manuscrito y sentí cierta satisfacción al contestar que lo había hecho, pero que sus editores lo habían rechazado.

En diciembre pasamos una quincena en Amsterdam, en el piso de Constant Wallach, nuestro amigo periodista de aquellos días de Mallorca. El tiempo era húmedo y desapacible, pero una lectura detenida de una guía Baedeker nos llevó al Rijksmuseum y a la casa de Rembrandt, donde pasamos horas.

Pan Books publicó una edición en rústica de *Sábado por la noche y domingo por la mañana* y *The Observer* la calificó como una de las mejores novelas del año. Poco después firmé un contrato para que la novela se convirtiera en película, un final feliz para un año insólito.

# Capítulo 37

A PRINCIPIOS DE 1959 nos trasladamos a una casa amueblada en Whitwell, a veintiséis millas al norte de Londres, tras pagar doscientas libras de adelanto por todo el año. Era una casa bastante grande gracias a la ampliación que habían realizado en la parte trasera, con un jardín que descendía hasta la orilla del sinuoso río Mimram, cubierto de juncos. En las noches húmedas a finales de la primavera, ranas verdes jóvenes, chatas y pequeñas como botones, llegaban hasta la puerta de la cocina y nos divertían saltando por las baldosas en una especie de carrera de sacos, hasta que las recogía una a una en una hoja de periódico y las devolvía cuidadosamente a la hierba. Me recordaban a aquellas otras ranas que saltaban alrededor de la bomba de agua en nuestra primera casa en Francia.

Nuestras ganancias literarias hasta el final del año fiscal en abril nos aportaron una razonable seguridad, aunque durante uno o dos años más (cuesta mucho perder el hábito de la moderación) seguimos llevando la cuenta de lo que gastábamos hasta el último penique.

Harry Saltzman, que sería el productor de la película, alquiló un opulento piso en Kensington Gore desde donde dirigir sus operaciones. Cuando fuimos a verlo me dijo que debería escribir el guión, dando a entender al mismo tiempo que el trabajo sería sencillo porque lo único que hacía un director era pasar las páginas de la novela mientras rodaba la película. El libro se prestaba tan bien al cine en cuanto al desarrollo de sus secuencias que se preguntaba si lo había escrito pensando en una película. Le dije que no, aunque tal vez fuera natural que mi forma de escribir diera esa

impresión, pues había visto tantas películas como libros había leído. No me atrevería a asegurar que sus palabras fueran una argucia para que aceptara menos dinero por el guión, pero dio en el clavo, pues todos los que estábamos involucrados sabíamos que la película debía hacerse de la manera más económica posible.

Compraron los derechos por cuatro mil quinientas libras, de las cuales dos tercios fueron a mi cuenta, aunque el contrato estipulara que debía recibir también un dos por ciento de las ganancias del productor, cláusula que terminaría por proporcionarme varias veces esa cantidad. El pago por escribir el guión fue de mil quinientas libras y, aunque la suma de todo ello era modesta en comparación con los estándares de Hollywood, no encontré razones para quejarme por esa inesperada contribución a nuestras arcas.

El viernes 22 de abril me dieron el premio del Club de Autores por la Mejor Primera Novela de 1958, lo que supuso (tras una entrevista para *The Times*) ir a sus imponentes locales en Whitehall, con el traje oscuro que la tía de Ruth me enviara desde América unos años antes. Mi discurso de sobremesa fue un informe cuidadosamente escrito acerca de cómo me convertí en escritor y creé la novela que habían seleccionado. Esperaba que Jeffrey Simmons estuviera presente y me dolió que el comité del Club de Autores hubiera escogido sin darse cuenta la única noche del año en la que, por razones religiosas y familiares, le era imposible asistir.

Durante los dos años siguientes, además de escribir el guión de la película, trabajé en *La puerta abierta*, una novela autobiográfica que había estado madurando durante un tiempo. Al relato de un centenar de páginas de la temprana vida de casados de los padres de Brian Seaton y de la infancia de este (cuyo borrador había escrito en Sóller en 1953) le seguían algunos capítulos de *Cartas desde Malasia*, intercalados con secciones sobre la juventud de Brian y su trabajo en la fábrica, para pasar a centrarme en la parte de Malasia únicamente. A todo aquel material, que alcanzaba casi las mil páginas en la fase en que se encontraba, le hacía falta un recorte y una revisión rigurosa. Cuando terminé de mecanografiar la versión

final de setecientas cincuenta páginas en abril de 1961, el libro llevaba en fase de «en progreso» trece años, pues dos capítulos se basaban en la primera versión manuscrita del ascenso al pico Kedah allá por el otoño de 1948.

Uno de los cambios fue que, Brian Seaton perdonara la vida del guerrillero comunista cuando la patrulla de rescate de la jungla cae en una emboscada. En versiones anteriores lo mataba por haber sido responsable de la muerte de su amigo Baker. Me pareció que el cambio sería comprensible teniendo en cuenta la naturaleza de la educación de Brian. Su decisión se parecía a la de «tirar piedras contra el propio tejado» igual que Colin Smith cuando pierde la carrera organizada por el director del correccional en *La soledad del corredor de fondo*. Moralmente correcta o no, la idea era conferir al libro un aire de mayor amplitud de miras y, aunque uno o dos críticos se ofendieran, yo no alcanzaba a comprender cómo la acción posiblemente amoral de un personaje suponía obligatoriamente falta de moralidad en el autor. A finales de abril envié una carta a la secretaría del Ministerio de Interior en defensa de la vida de Ronald Henry Marwood, que había sido sentenciado a muerte por el asesinato de un policía durante un robo. Poco después fue ahorcado.

Hablé con un médico amigo de Londres de la existencia de algún tratamiento de pago que prolongara la vida de mi padre, pero el diagnóstico fue que no había cuidados médicos mejores que los que estaba recibiendo en Nottingham. Murió a finales de mayo, a los cincuenta y siete años, y los únicos que asistimos a su funeral fuimos su sufrida esposa y sus cinco hijos. No mucho después, mi madre se casó con un camionero algo más joven que ella y, tras una época más apacible que todas las vividas con mi padre, aún vivió unos años más que él.

El campo alrededor de Whitwell era ideal para pasear, pero si traspasabas los senderos pavimentados era probable que un terrateniente o alguno de sus serviles secuaces te dieran el alto a punta de pistola, una experiencia desconocida en mi infancia y,

desde luego, en Francia y España. El trabajo fue, como siempre, mi salvación y en seis semanas escribí el tratamiento previo y luego el primer borrador del guión para la película de mi novela. Desenterrar el libro cuando ya parecía muerto y fuera de juego, y leerlo varias veces para decidir cómo presentar los acontecimientos en la clase de película que me gustaría ver, fue un proceso tedioso. Sin embargo, y dado que me había embolsado ya parte del dinero, tenía que tomarme en serio la tarea, aunque mi temperamento no era el más apropiado para un trabajo que dependía de consultas frecuentes.

Karel Reisz, el director, leyó el guión y, a su tranquila y diplomática manera, dijo: «Bueno, sí, está bien, pero en mi opinión hay un pequeño problema». De hacerse según lo que yo había escrito, siguió, la película duraría varias horas. Ambos éramos principiantes en el tema de las películas, pero Karel había dirigido documentales, entre ellos *Somos los chicos Lambeth*, y conocía infinitamente mejor que yo el asunto. Durante los meses siguientes, fuimos puliendo el guión hasta los noventa minutos de duración bajo su atenta y talentosa mirada.

Una de las principales razones para escribir el guión era conseguir una transición a la pantalla lo más fiel posible, sin que otra persona contaminara la adaptación basándose en su personalidad o sus creencias. Cada versión, sin embargo, tenía que ser examinada por la Junta de Censura Cinematográfica de Gran Bretaña y algún empleado de aquella repugnante organización estipuló que, aunque el tema del aborto podía mencionarse en la película, el intento por parte de Brenda, después de quedarse embarazada de Arthur, no debía mostrarse. Ni siquiera una palabra aislada podía indicar que el aborto se había «llevado a cabo».

Luego estaba la cuestión de la violencia, que puede que ellos considerasen exagerada y, en cuanto al lenguaje fuerte, bueno… Una película así solo podría exhibirse con categoría «X», categoría que esperaban que redujese el público. Mi aceptación del mundo, o una parte al menos, hacía destacar aún más mis sentimientos

nihilistas y tuve el impulso de decirles a los imbéciles de la censura que se jodieran, pero había que seguir aquellos consejos de guardería si queríamos que la película se estrenara y, en mi opinión, al final quedó una versión bastante diluida del libro.

El adelanto de cien libras por *La soledad del corredor de fondo* no estaba a la altura, pero lo consideramos adecuado para un libro de relatos, que podría no venderse tan bien como una novela. Puesto que no nos faltaba el dinero, la cantidad parecía razonable y, en cualquier caso, un «adelanto» no es, ni lo será nunca, una limosna munificente por el privilegio de imprimir la obra de uno, sino una suma que ha de ganarse con los ejemplares vendidos en las tiendas. Cuanto menor sea el adelanto, antes empezará a venir el dinero ulterior, mientras que un adelanto desorbitado que no se recupere en ventas no sería bueno para la reputación de un autor. Esa era mi opinión entonces, aunque el aspecto económico de la escritura y la publicación en la actualidad no permita seguir estrictamente esos principios.

En mayo recibí una carta en la que me pedían que me presentara en un hospital de Lutton para un reconocimiento general con vistas a mi pensión. Salí temprano en autobús de Whitwell a St. Albans y seguí en tren otras veinte millas hasta Lutton. La distancia de vuelta a Whitwell era solo de seis millas andando en línea recta, así que, tras hacerme las pruebas, salí con un mapa en el bolsillo a recorrer caminos y senderos. Había pocos coches y ningún peatón, y caminé recordando nombres casi olvidados de árboles y flores silvestres animado por el día cálido y luminoso a disfrutar de un par de horas de paz como no había podido hacer desde que dejamos Mallorca.

Karel Reisz quería que escribiera el comentario de un documental que estaba haciendo sobre cómo empleaban su tiempo libre los mineros del carbón de Nottinghamshire. Decidió que, puesto que íbamos a indagar en sus pasatiempos, también deberíamos ver las condiciones en las que trabajaban, lo que suponía pasar un día abajo, en el pozo de Clipstone. La expedición

de dos millas a la boca de la mina donde los hombres trabajaban en vetas de menos de treinta y seis pulgadas, a tres mil pies de profundidad, me convenció de la sabiduría popular que dice que nadie dejaría que sus hijos bajaran a la mina si tuvieran trabajo en otra parte. Pero los mineros soportaban su trabajo, pues no había otro, y desde luego parecían disfrutar de su tiempo libre. Nunca había estado presente en el ensayo de una banda ni en el interior de un centro de salud, ni había tenido interés alguno en ver jugar a los bolos, pero el caso es que salió media docena de páginas decentes que se usaron en una película que no recuerdo haber visto.

Aún en Nottingham, Karel mencionó que un actor que podría ser un buen Arthur Seaton estaba interpretando a Edgar en *El rey Lear* en Stratford. Parecía querer opinión, así que sacamos unas entradas. No había vuelto por allí desde que fuera en la parte trasera de un camión del ejército desde la base de la raf en Snitterfield a ver la casa de Ann Hathaway y el Memorial Theatre desde fuera. ¡Cómo se encumbran los humildes! Esta vez, Ruth y yo llegamos en el Morris de Karel.

Albert Finney se revolvía y mascullaba en la penumbra en el papel de Edgar y, aunque no era difícil imaginarlo como Arthur Seaton, estaba claro que era imposible encontrar un actor que reprodujera con exactitud la apariencia de una persona descrita con todo detalle al escribir el libro. Karel y Miriam Brickman, directora de reparto, estaban convencidos de que Finney podía hacerlo y estaban en lo cierto.

En septiembre, *La soledad del corredor de fondo* recibió la Recomendación de la Book Society, mientras que la Elección destacada, de más prestigio que la recomendación, recayó en un libro sobre la derrota de la Armada Invencible. Tony Godwin, un genio de la prensa algo quisquilloso, publicó una reseña de Penelope Mortimer en la revista de la Book Society con una ilustración que Andrew Freeth había hecho de mí en la cubierta. En el mismo número publicó mi relato «Tío Ernest». A un telegrama de felicitación de Rosica siguieron muchas reseñas favorables que

alababan aquellos relatos que habían rechazado tantas revistas (excepto una en Francia) en los últimos diez años, aunque yo estaba demasiado agradecido por la recepción del libro como para torcer el gesto por eso.

*Sábado por la noche y domingo por la mañana* se publicó en Estados Unidos y Pan Books estaba a punto de sacar una edición en rústica. Una editorial sueca era la primera en la fila para los derechos de traducción y llegaban peticiones de muchos otros países. La edición original en tapa dura iba por la cuarta reimpresión y en el primer año se habían vendido seis mil ejemplares.

En Whitwell conocimos a Betty Allshop, que colaboraba con Peter Benenson en la representación laborista para las siguientes elecciones generales. Acordamos hacer algo, como otros en el pueblo, incluido nuestro vecino, el pintor Terry Harjula. Mi discurso a favor del Partido Laborista en Hitchin fue una perorata embarazosa que duró demasiado. La atmósfera local era hostil cuando fuimos a pedir el voto y, aunque nuestra casa estaba empapelada con carteles laboristas, mi corazón no lo aprobaba, porque el Partido Laborista había usado la campaña de Suez como algo con lo que criticar a los conservadores.

En noviembre, pocos días después de leer *Sábado por la noche y domingo por la mañana* en la bbc, Ruth y yo nos casamos en el ayuntamiento de Marylebone. Nuestros diarios no registraron el hecho, tal vez porque nuestro largo compromiso duraba ya diez años. Luego nos fuimos al Soho a comer para celebrarlo con Harry Fainlight, Lillie Gore y Karel Reisz.

El cambio principal de llevar una vida de expatriado a vivir en Inglaterra como alguien que se había acostumbrado a la idea de que cada novela que escribiera sería publicada sin estorbo ni obstáculo, había sido suave, y se debió tanto a la suerte y a una buena cantidad de esfuerzo, como al material acumulado en los años anteriores. Además de poemas, relatos y secciones que incluiría en *La puerta abierta*, escribía poco que fuera completamente nuevo, porque estaba trabajando en el guión de la película de *La soledad*

*del corredor de fondo*. No sentir ansiedad respecto al dinero parecía la única confirmación segura del éxito. Otra, tal vez, fue haber sido invitado a tomar el té por la fascinantemente frágil Blanche Knopf de visita desde Estados Unidos. Cuando me amenazaron con expulsarme del restaurante por no llevar corbata, dispuesto a irme ante una intolerancia tan estúpida, Blanche convenció con su encanto (o tal vez sobornó) a los camareros para que dejaran que me quedara.

Harry Saltzman tuvo dificultades para reunir las noventa y cinco mil libras necesarias para hacer la película *Sábado por la noche y domingo por la mañana*. Sin alguien tan volcado en el trabajo, experto y dedicado, el proyecto se habría malogrado. Muchos de los patrocinadores, al leer el tratamiento, dijeron que los espectadores querían ver comedias, aventuras y musicales, no una historia cuyas condiciones les resultarían demasiado familiares y de las que, si tenían algo de sensatez, solo querrían escapar. Sin embargo, Harry obtuvo el dinero y reunió un equipo que solo podría hacer una buena película: Johnny Dankworth compuso la música, Freddie Francis fue el fotógrafo, Seth Holt el editor y Karel Reisz el director. Miriam Brickman seleccionó para el reparto a Albert Finney, Rachel Roberts, Shirley Ann Field, Norman Rossington, Hylda Baker y Bryan Pringle.

El rodaje empezó en la primavera de 1960 y, en Nottingham, mi hermano Michael, músico en sus ratos libres, interpretó el papel de un percusionista en el *pub*, mientras varios miembros de la familia salían como extras. Las viejas calles y patios familiares se usaron para los exteriores y mi madre disfrutó haciendo té para las estrellas que iban y venían.

En enero nos trasladamos a Hampstead, al último piso de la casa de Karel Reisz que había ocupado su suegro, A. E. Coppard, autor de relatos excelentes. Trabajando en su estudio, escribí cuatro reseñas de novelas para el dominical del *Reynolds News*, pero no seguí, porque era difícil sacar tiempo necesario para leer la media docena de libros para cada artículo.

Alquilamos una casa cerca de Notting Hill Gate, una parte de Londres en la que siempre habíamos vivido excepto durante un breve y malogrado experimento en Clapham. Cuando la marcha de Aldermaston llegó a Londres, la tentación de unirnos fue irresistible, aunque mi visión del desarme nuclear estaba lejos de ser clara, en la creencia de que Occidente solo debía entregar las armas si la Rusia soviética hacía lo mismo. Mi opinión era también muy distinta de la de quienes llevaban el hábito de penitencia respecto al uso de la bomba atómica contra Japón en agosto de 1945. La incursión había sido una ocurrencia desafortunada, pero, sabiendo cómo era la guerra, las bombas probablemente causaran menos bajas que si hubiera habido una invasión y una lucha cerrada, aunque por entonces no me alegrara demasiado que la guerra hubiera acabado antes de poder participar en ella. Japón y Alemania habrían usado, sin duda, una bomba semejante contra los Aliados si la hubieran tenido y entonces la culpa habría recaído sobre ellos, en el caso de que hubieran sido capaces de sentirla. En cualquier caso, parecía absurdo tener armas como esas en el mundo. Estaba empezando un libro y me fastidiaba la cuestión de si el estallido de una guerra nuclear me impediría acabarlo.

La marcha de Aldermaston fue, por lo demás, una ocasión festiva. Nos encontramos a gente como Christopher Logue, cuya obra *Los muchachos puros* había tenido tanto éxito en el Royal Court; Michael Hastings, novelista y dramaturgo; Clancy Segal, de cuyo libro sobre un minero de Staffordshire, *Fin de semana en Dinlock*, yo había escrito una reseña en el *Evening Standard*, y Penelope Mortimer, que había reseñado con tanto entusiasmo *La soledad del corredor de fondo*.

Algunos domingos por la tarde íbamos a Hampstead, al *salón* de Ella Winter y Donald Ogden Stewart, miembros americanos de los Diez de Hollywood perseguidos en Estados Unidos durante la era McCarthy. Don era ingenioso, encantador y cortés; por su parte, Ella (que había estado casada con Lincoln Steffens, el mismo que dijo: «He visto el futuro ¡y funciona!») tenía unos ojos que daban

sensación de vulnerabilidad, de querer pensar bien del mundo y de esperanza de que este le pagara con la misma moneda. Eran una pareja hospitalaria y en su magnífica casa conocimos a escritores como James Aldridge, Cedric Belfrage, Kenneth Tynan, Elaine Dundy y Sally Belfrage. También pudimos admirar su extraordinaria colección de pinturas de Paul Klee.

*El general*, que había empezado como un relato breve hacía tanto tiempo, se publicó en mayo. Desde entonces ha tenido varias ediciones en tapa dura y en rústica, y se ha traducido a media docena de idiomas. Más tarde, los derechos para el cine se comprarían por treinta mil dólares y se hizo una película en Hollywood basada en el libro, titulada *Contrapunto*, con Charlton Heston como protagonista.

Algunos reseñadores de la novela sugirieron que «volviera a Nottingham», en otras palabras, que escribiera solo sobre lo que habían decidido que yo conocía mejor. La opinión era ofensiva, pues yo siempre creí que un escritor debía interesarse por la gente de cualquier entorno, sin importar la educación que hubiera recibido ni la profesión u oficio que tuviera. No he tratado nunca de restringir mi imaginación escribiendo solo sobre aquellos que trabajaban en fábricas o eran de Nottingham. Que los reseñadores y periodistas se refirieran a mí como «clase obrera» o «de la clase obrera» era tan desacertado como meterme en el corral de los *angry young men*. Era incluso peor en Estados Unidos, donde reseñadores exmarxistas poco cultos usaban esas palabras terribles, «prole» y «proletario», en sus artículos.

Nunca me he considerado parte de la llamada «clase obrera» ni de ninguna clase en realidad. De niño, el término no habría tenido sentido, pues habría sido difícil imaginar que mis padres pertenecieran a ella. En la fábrica me juzgaban por la cantidad de trabajo que esperaban que hiciera y se consideraba poco más que una transacción comercial y, si algún sabelotodo pelotillero hubiera sugerido entonces que yo era miembro de la «clase obrera», le habría dicho en los términos más groseros que buscara un rincón

tranquilo y se entregara al intercambio sexual consigo mismo. Cuando me alisté en la raf, fue para convertirme en técnico con hombres de todas las procedencias.

En Francia y en España había llevado la vida de un hombre con ingresos propios, por pequeños que fueran, de modo que poco habría podido tener que ver o simpatizar con el asunto de la clase, que parecía (y sigue haciéndolo) obsesionar a los ingleses y, en ese punto al menos, soy extranjero. Cuando Tony Godwin dijo que alguien como yo debía tener opiniones firmes sobre el concepto de «clase», le dije que no sabía nada al respecto, una respuesta suave, pues era un tipo agradable.

Tampoco me sentía parte del movimiento de los *angry young men*, si es que existía, y no sé de ningún escritor que lo sintiera, pues la etiqueta era propia de periodistas y otros que querían clasificar a quienes escribían de una manera que ellos no entendían ni se preocupaban por entender, una forma de definir y apaciguar al mismo tiempo.

Con alguna vacilación dejé que mi nombre apareciera en los folletos del Centro 42 de Arnold Wesker. Aunque respetaba los generosos esfuerzos de Wesker por educar a los «obreros», para mí siempre fue algo obvio que, en Inglaterra, cualquiera que quisiera adquirir conocimientos o cultura, independientemente de sus ingresos o su condición, podía hacerlo libremente y con poco gasto. Aún puede. Las bibliotecas son gratuitas, los libros de segunda mano casi se regalan y basta un sencillo aparato de radio para familiarizarse con la música clásica.

En mayo me informaron de que la cuota semanal de mi pensión se reduciría a dieciséis chelines y continuaría hasta junio de 1962. Entonces recibiría una compensación final por los servicios prestados de setenta y cinco libras, trece años después de haber empezado. A menudo me he preguntado si algún desconocido simpatizante del Ministerio de Pensiones había adivinado mi ambición y hecho en secreto todo lo posible para que pudiera ir tirando. Comoquiera que fuera, un periodo tan extenso de

consentimiento solo por hacer mi deber se convirtió en un caso de patrocinio muy apreciado.

Ya fuera por la impresión de recibir la noticia de que me habían dado el prestigioso premio Hawthornden por *La soledad del corredor de fondo* o por el efecto acumulado de comer demasiado en restaurantes, el caso es que tuve que guardar cama durante el periodo más largo desde Wroughton. Me salió un bulto en el estómago con la forma y la consistencia de una bala de cañón, lo que sugería, en los momentos más sombríos, que las campanas del infierno estaban doblando al fin por mí y ya no solo por otros. La zona donde estaba era dolorosa al tacto, pero el doctor Green, en lugar de llevarme al hospital de Knackestone como paciente terminal, sugirió que podía tener que ver con el hígado y que en tres días volvería a encontrarme entre los vivos. Obviamente, la dieta de Mallorca era más sana. En la ceremonia del Hawthornden en St. James's Square, conocí a lord David Cecil y Victor Pritchett me dio un premio que Robert Graves había ganado en 1934 por *Yo, Claudio*.

No sabría decir por qué me avergonzó tanto el primer montaje de *Sábado por la noche y domingo por la mañana* que lo único que quería era hundirme en la butaca y desaparecer. Los acentos parecían tremendamente forzados, aunque tal cosa no debería haber importado y desde luego no importaría a quienes no tuvieran idea de dónde estaba Nottingham. Si los acentos hubieran sido los reales nadie habría entendido una palabra. Por otro lado, y a pesar de la autenticidad de los exteriores, tampoco me pareció que la película mostrara la realidad que yo tenía en mente mientras escribía el libro. Querer que la película fuera exactamente como yo la visualizaba mentalmente durante aquel proceso no era en modo alguno razonable.

Me preocupaba también el mero hecho de haber accedido a poner en marcha el complejo mecanismo que significaba rodar una película y, aunque al final aquella intranquilidad mía siguiera siendo un misterio para mí, las sensaciones volverían con la siguiente

película y lo harían aún con mayor fuerza algunos años después, cuando la televisión de la bbc dramatizara un relato, lo que reforzaría mi creencia de que la novela no es más que un plano con las líneas trazadas, mientras que la película que sale de ella es algo distinto. Esa realidad era una forma peculiar de arte porque dejaba poco a la imaginación de los espectadores, que no tenían otra cosa que hacer que mirar como pánfilos.

Mis sentimientos reflejaban también el hecho de que, mientras sí que tenía el control absoluto de una novela, con una película no era ni mucho menos así, a pesar de haber escrito el guión. Supongo que, en última instancia, mi vergüenza no era más que frustración por no ser todopoderoso, aunque había algo reconfortante en el hecho de que el libro existía para todo aquel que quisiera leerlo y en saber que el lector de ficción se convierte en su propio cineasta, y dispone sus cámaras particulares e idiosincrásicas, una vez que la primera palabra de la novela o relato se registra en el cerebro, completando así la obra del escritor. No hay sustituto para esa combinación invencible.

Mi hermano Michael tenía que comparecer ante un tribunal en Manchester como objetor de conciencia al servicio militar y fui para ayudarlo en la defensa. Para mí era inconcebible ser pacifista, y pese a ello siempre creí que el servicio militar obligatorio era incompatible con una sociedad libre, en la medida en que exista alguna, y que las Fuerzas Armadas debían estar compuestas por voluntarios. Tal vez en tiempo de guerra esa opinión tuviera que modificarse, pero incluso entonces debía haber una salida para la gente que objetara, basándose en los principios más sinceros, a ser llamada a filas.

Podía decirse que mi hermano no tenía dónde agarrarse, porque había servido como músico de banda durante dos años en la reserva del Ejército de Tierra. Por otro lado, eso podía darle ventaja al argumentar que, puesto que ya tenía cierta experiencia en la vida militar, tenía genuinas razones pacifistas para no querer que lo llamaran para prestar servicio a tiempo completo.

Por fortuna, porque lo que él y yo dijimos ante el tribunal tuvo poco efecto, uno de los maestros de Michael, que había estado en un regimiento de la Guardia y ganado la Cruz Militar durante la guerra, escribió una defensa tan elocuente de las creencias de mi hermano que la apelación tuvo éxito. El único castigo para Michael fue que tendría que emplear su tiempo en la industria de distribución alimentaria, lo que hizo voluntariamente en el almacén de una cooperativa. Si hubiera perdido el caso, yo podría haberlo ayudado a salir del país.

El *Times Literary Supplement* publicó mi ensayo «A ambos lados de la calle», en el que escribí que, aunque la mayoría de la población aún era incapaz de reconocerse en una novela, en el caso de que se molestaran en coger una, la situación estaba cambiando y empezaban a aparecer escritores que contradecían y, en última instancia, reprimían los estereotipos del cine, la radio y la televisión. Condenaba también la escritura de estilo soviético por describir a la gente como autómatas heroicos y usarla de una manera tan falsa como las creaciones burlescas del entretenimiento popular en los países occidentales.

Esos artículos me llevaban mucho tiempo y eran más difíciles de concebir que la ficción. Estaba más a gusto escribiendo «El otro John Peel» para la edición estival del *Guardian* de Manchester, y en julio tuve el placer de ver mi poema *Imagen de presa* publicado en *The Listener* y *Cartago*, que recibiera los comentarios de Robert Graves en 1953, en *The New Statesman*. A finales de agosto, Woodfall Films adelantó el pago por los derechos cinematográficos de *La soledad del corredor de fondo* (el pago total fue de seis mil libras), estipulando que el guión de la obra empezaría a escribirse al año siguiente.

En Manchester, Ruth y yo pasamos una noche en casa de Bill Webb, el editor literario del *Guardian*, y estuvo muy bien disfrutar de una charla amable con alguien cuyas opiniones eran muy parecidas a las nuestras.

De allí cogimos el tren a Ambleside, en el Distrito de los Lagos, donde un amigo de Terry Harjula nos había alquilado High Hall Garth durante un mes. Era una casa baja de piedra con techo de pizarra más allá de Little Langdale, con iluminación y cocina de gas, un retrete exterior que colgaba sobre un precipicio (muy aireado para las partes) y agua que había que sacar con un cubo de un arroyo cercano.

Esas condiciones eran más primitivas que las que habíamos conocido en Le Nid, aunque el lugar estaba mejor amueblado y el aislamiento era impagable. Llovía todos los días, pero era el lugar perfecto para trabajar, sentados cada uno bajo una lámpara en un extremo de una larga mesa de comedor. Ruth estaba escribiendo una obra sobre la que un productor de Nueva York le haría después una oferta, mientras que yo hacía una verdadera chapuza con *La puerta abierta*. Todos los días bajábamos andando por la colina y cruzábamos Slaters Bridge para ir a comprar provisiones al pueblo, y pasábamos en Birk Howe Farm a comprar una barra de mantequilla recién hecha que rezumaba agua en forma de gotitas cuando la cortabas con el cuchillo.

En octubre llegaron las pruebas de *Las ratas y otros poemas*, dedicado a Ruth Fainlight. A finales de mes, la película de *Sábado por la noche y domingo por la mañana* se estrenó en el Warner Theatre en Leicester Square. Ver el título en grandes letras iluminadas en la fachada del cine resultaba increíble al recordar los meses de parca desolación en la casa entre los olivos donde había empezado a escribir la novela.

Cuando las luces se apagaron, Ruth me cogió la mano, dominando la emoción al ver a Albert Finney en el papel de Arthur Seaton trabajando en el departamento de tornos de la fábrica Raleigh, como si también él llevara allí desde que tenía catorce años. El lugar era el mismo en el que yo había estado a su edad, en otro mundo, en otra época y, desde luego, como otra persona.

# Capítulo 38

TRAS LA PROYECCIÓN, KAREL, RUTH Y YO, junto con Albert Finney y Norman Rossington, fuimos a un asador cercano a cenar, una reunión breve y con el ánimo taciturno en la que hablamos poco, pues ninguno de nosotros sabía la acogida que tendría la película.

No hacía falta preocuparse. Los críticos a los que no les gustó no pudieron tampoco arrinconarla y la película llenó las salas de todo el país. Los Comités de Vigilancia de algunos condados la condenaron, como los Comisionados Coloniales de Distrito, que no querían que la idea de que tuvieran algún valor en el mundo corrompiera a los nativos. Que alguien pusiera objeciones a la película me sorprendió más que disgustó, pero la publicidad suscitada por la intolerancia ayudó a que aumentaran el interés y la especulación. En poco tiempo, la película recuperó su relativamente exiguo presupuesto y Harry Saltzman ganó mucho dinero gracias al éxito, merecido sin duda, y pudo comprar los derechos cinematográficos de todas las novelas de Ian Fleming.

La prensa sensacionalista me acosaba para saber si mi madre tendría un abrigo nuevo de pieles ahora que era rico. De muy malas formas les dije lo que podían hacer. Cansado de la novela y de todo cuanto tuviera que ver con la película, cogimos un tren y luego un barco hasta París, y pasamos una semana en casa de los Martin.

Un domingo por la mañana salimos a almorzar con el guionista Mike Wilson, que tenía una villa cerca de Pontoise, en compañía de Sally Belfrage y la hermosa Elaine Netboy (ahora la escritora Kim Chernin). Íbamos a toda velocidad en el diminuto Gogomobile de Elaine cuando se salió una rueda. Con gran sangre fría detuvo el

coche y yo fui corriendo tras la rueda que salió rodando por la amplia y casi desierta carretera, la pusimos en su sitio y continuamos nuestro alegre viaje.

París era maravilloso, pero la comezón nos empujaba a escapar del encapotado clima en busca de paisajes más meridionales. En tren cama fuimos a Madrid y visitamos de nuevo el Prado. Durante un viaje de un día a Toledo hice algunas observaciones poco halagüeñas sobre la situación de las fuerzas fascistas en el Alcázar durante el asedio de la guerra civil. En el tren de vuelta a la ciudad, una pareja inconfundible de polis de paisano, seguramente informada, por el guía inválido, de lo que había dicho, subió a bordo y nos pidió los pasaportes. Todo estaba en orden por lo que no había razón para que nos molestaran, pero, recordando mi experiencia en Barcelona, salimos al día siguiente hacia Tánger, a donde llegamos a mediados de noviembre.

Mike Edmonds había escrito la única guía útil del lugar y nos ayudó a encontrar un piso sin amueblar en un edificio moderno a las afueras. Alquilamos algunos muebles a un danés y nos establecimos, con una mujer española para la limpieza.

Jane y Paul Bowles vivían en el mismo edificio y quedábamos con frecuencia para charlar y comer. El ingenio mordaz salvaba a Jane de su aura de ansiedad y Paul, de despreocupada precisión verbal, lo correspondía con un elegante sentido del humor. La escritura de Jane era interesante de una manera distinta a la de Paul (cuyos libros habíamos leído en Mallorca), especialmente su novela *Dos damas muy serias*, escrita a sus veinte años. Estaba casi inválida a causa de un ataque, pero como era relativamente joven, se las arreglaba con un bastón y la ayuda de su amiga bereber. Ella y Paul tenían apartamentos separados en el mismo edificio, pero cenaban juntos todas las noches en el de Jane. Las habitaciones de Paul, dispuestas de un modo más oriental, despedían un sutil olor a orinal y excrementos de loro.

Mientras Ruth trabajaba en sus poemas, revisé el penúltimo borrador de *La puerta abierta*. Kenneth Allsop vino a entrevistarme

para el *Daily Mail* y tuve palabras duras para el fotógrafo que quería una imagen mía montado sobre un burro en la Kasbah.

*Las ratas y otros poemas* se publicó durante mi estancia en Marruecos y a juzgar por las reseñas, o su escasez así parecía indicarlo, que yo no podía esperar que me considerasen poeta además de escritor de ficción de éxito. Eso o que la diatriba presente en «Las ratas» metía demasiado los dedos en la llaga y se consideró un poema crudo y ofensivo: un crítico me describió estúpidamente como un «lord Byron de la clase obrera».

En diciembre viajamos por Marruecos aún más al sur con Mike Edmonds en su Peugeot. Conocía todos los buenos hoteles y restaurantes y, después de una comilona en Rabat y de almorzar en una reconfortante *brasserie* en Casablanca el día de Navidad, nos condujo al interior, a la vasta ciudad amurallada de Fez.

Con sus muchos barrios separados por oficios, parecía una ciudad salida de *Las mil y una noches*, pero el fanatismo musulmán nos impidió entrar en la célebre mezquita El Karouine. Nos acogieron mejor en una sinagoga y en una Yeshivá en el barrio judío o *mellah* como se conocía allí, que iba despoblándose rápidamente. Por entonces se maltrataba a los judíos debido a la inflexible actitud del mundo árabe respecto al Estado de Israel. Sin futuro en el país, la mayoría quería marcharse, pero era difícil conseguir los visados. Una embarcación con sesenta judíos a bordo que trataba de llegar a España «ilegalmente» se hundió con el mal tiempo en el estrecho de Gibraltar y todos perecieron.

Salimos de Tánger y fuimos en coche a París con Mike, compartiendo el gasto de gasolina. Visitamos a Mack Reynolds en Málaga y subimos hasta Bayona, en Francia, disfrutando de buena comida y buenos alojamientos durante todo el camino. Ruth y yo pasamos unos días en París y luego regresamos a Londres, a una vida más tranquila que la que habíamos llevado en los cuatro meses anteriores.

Envié *La puerta abierta* a W. H. Allen y tuve una buena sensación al despejar la mesa para poder empezar a escribir el

guión de *La soledad del corredor de fondo*. Al ser un relato y no una novela, el primer borrador fue mucho más breve y tuve que añadir nuevo material para que llegara a la duración habitual de noventa minutos.

La Junta de Censura Cinematográfica de Gran Bretaña expresó una preocupación mayor por el texto que en la primera ocasión, aunque Tony Richardson y yo salimos mejor parados porque los tiempos estaban cambiando. En una densa carta mecanografiada de dos páginas, el censor se quejaba de lenguaje «excesivo». Palabras como «capullo», «fulano» y «joder» no eran aceptables, decía, y señalaba que «puñetero» aparecía treinta y dos veces e «hijo de puta» once, lo que me llevó a preguntarme qué clase de burócrata perturbado se había repasado las ciento veinte páginas y había ido contándolas una a una. Sugería que se redujeran esas menciones y fue inútil argumentar que solo las había usado para aportar color y enmarcar un modo de hablar que, de no ser por estas palabras, sería más bien limitado.

El censor también puso objeciones al gesto «obsceno» que uno de los internos del correccional hace con los dos dedos y pensó que debía suprimirse «te van a arrear bien y a ponerte el ojo a la virulé». Desde luego no había que mostrar a un *carcelero* pegándole a Stacey, continuó, cuando lo llevan de vuelta a la institución de la que se ha escapado, porque los padres que tuvieran hijos en el correccional podrían imaginar que ese era el tratamiento normal. En beneficio de los jóvenes, las ideas expresadas en el relato que fueran peligrosas debían atenuarse.

A principios de 1961, cuando esta rendición de cuentas de una vida sin armadura llega a su fin (porque sería demasiado aburrido escribir sobre una mera enumeración de libros), me preguntaron si iría a Hollywood a escribir un guion por cincuenta mil dólares. No me resultó difícil rehusar embarcarme en aquella carrera y, con ello, hacerme rico. Mi editor me dijo que le gustaría que siguiera escribiendo «libros sobre Nottingham», tal vez con títulos, pensé, como «Lunes por la noche y martes por la mañana», «Miércoles por

la noche y jueves por la mañana» o «El hijo de Arthur Seaton» o «Arthur Seaton en el oeste» o incluso «El suave discurrir del Trent». No tenía intención de competir con la radio ni la televisión, que pronto tendrían a su favor el estado de ánimo, ni con otros escritores que atravesarían la puerta cuyos goznes yo había ayudado a reventar.

El éxito que yo había alcanzado era meramente financiero, porque en tres años, desde el primer adelanto por *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, había ganado lo suficiente por todas partes para empezar a devolver con los impuestos lo que había recibido de pensión. De hecho, éramos ricos en comparación con los días de Francia y España y, aunque aún era un nivel modesto según los estándares reinantes, nosotros nos contentábamos con tener lo bastante para vivir. Por ahora no era difícil creer que esa situación perduraría mientras siguiera escribiendo, la razón principal de que siguiera vivo. No me hacía ilusiones respecto a que el éxito de mi primer libro (o del segundo) pudiera atribuirse más que a un mero accidente socio-histórico. En consecuencia, tuve que seguir esforzándome para conseguir el éxito artístico y no perderlo nunca de vista.

Mi primer lujo, además de viajar, fue la enorme caja negra que pesaba un quintal de un receptor de comunicaciones AR-88 RCA, del tipo que había usado en Malasia, con el que podía escuchar a escondidas transmisiones en morse, sin saber cuándo la idea de una novela o relato llegaría a mis auriculares desde el éter. Lo usaba también como una especie de terapia cuando, por razones que solo Dios sabía, me quedaba paralizado de desesperación a medio camino del coma.

Compré un par de prismáticos Barr y Stroud para ver con claridad el paisaje sin tener que recorrerlo a pie. En tercer lugar, una señal, tal vez, de normalidad y para ir más rápido de un sitio a otro, adquirí un Austin Countryman nuevo y aprendí a conducir; me aficioné al coche porque seguían apasionándome las máquinas.

También podía comprar libros y todos los mapas que me apeteciera en Stanford.

Había algo que no me dejaba disfrutar de mi supuesta fama hasta donde podía hacerlo. Tal vez fuera mejor así. Me convencí de que ese estado de aflicción era necesario para continuar escribiendo. Sabía que las ruedas de la fama y el éxito artístico no iban a la par y desconfiaba de todo sentimiento que despidiera un tufillo a cualquiera de las dos.

La ausencia de disfrute podía estar causada por algo mío, por factores exteriores o por una mezcla de ambas cosas. El único éxito que importaba era hacer un buen trabajo y mis facultades crecientemente hipercríticas no me permitían reconocer ese logro. Aprendí a leer las reseñas favorables con la misma apreciación objetiva que las desfavorables y me di cuenta de que el éxito que me esquivaba en un libro podía perseguirse con el siguiente.

Mi eterno refugio de esos sentimientos ambiguos era meterme de lleno a trabajar en las vetas de carbón de mi subconsciente y no dejaba que pasara demasiado tiempo entre novela y novela para no dejarme intimidar por lo que el mundo «normal» consideraba «éxito». Tampoco me era posible trabajar y vivir y, aunque esa decisión era un error en lo que a mi vida concernía, era necesaria porque carecía de energía suficiente en mi interior para las dos cosas.

Enfrentarme a esa verdad refuerza mi convicción heredada de que, una vez que has escogido lo que quieres hacer en la vida, debes seguir con ello hasta el final. Las opciones se pagan y esas opciones semiocultas que dejamos que otros tomen por nosotros, o las que toma el Destino, cuestan aún más.

Muchos aspectos de la vida se me hacían muy cuesta arriba. Siempre había sido así. No sabría decir por qué, pero supongo que una respuesta posible podría ser que la insatisfacción proporciona la energía que necesita el molino de la imaginación, con la que tratamos de crear obras que dejen al lector (y en consecuencia al

autor) a favor de la vida al acabar el libro en vez de en un estado de desesperación ante toda la vileza que hay en el mundo.

15 DE ABRIL DE 1993

# Imágenes



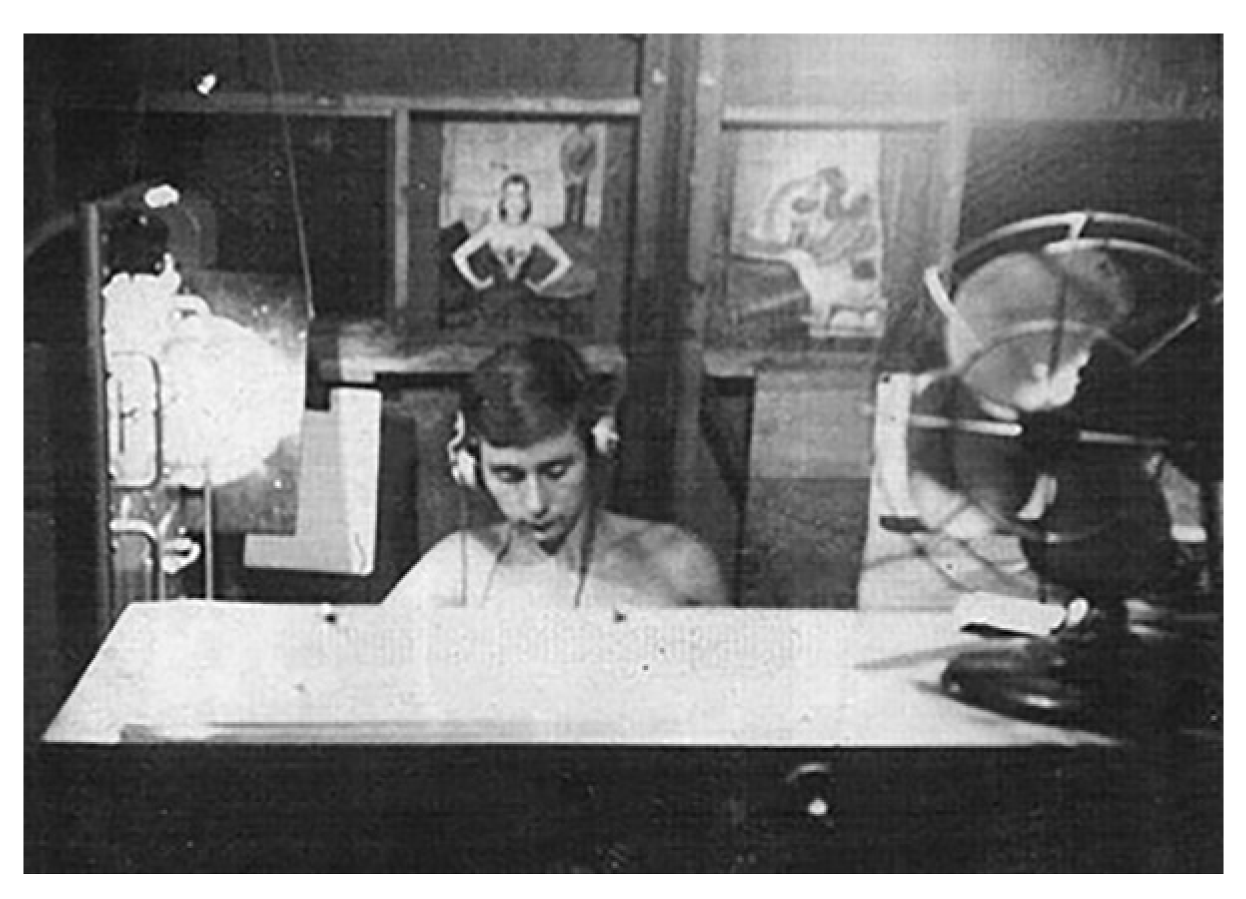
Un Joven y «mofletudo» Alan



Madre y padre (c.1950).



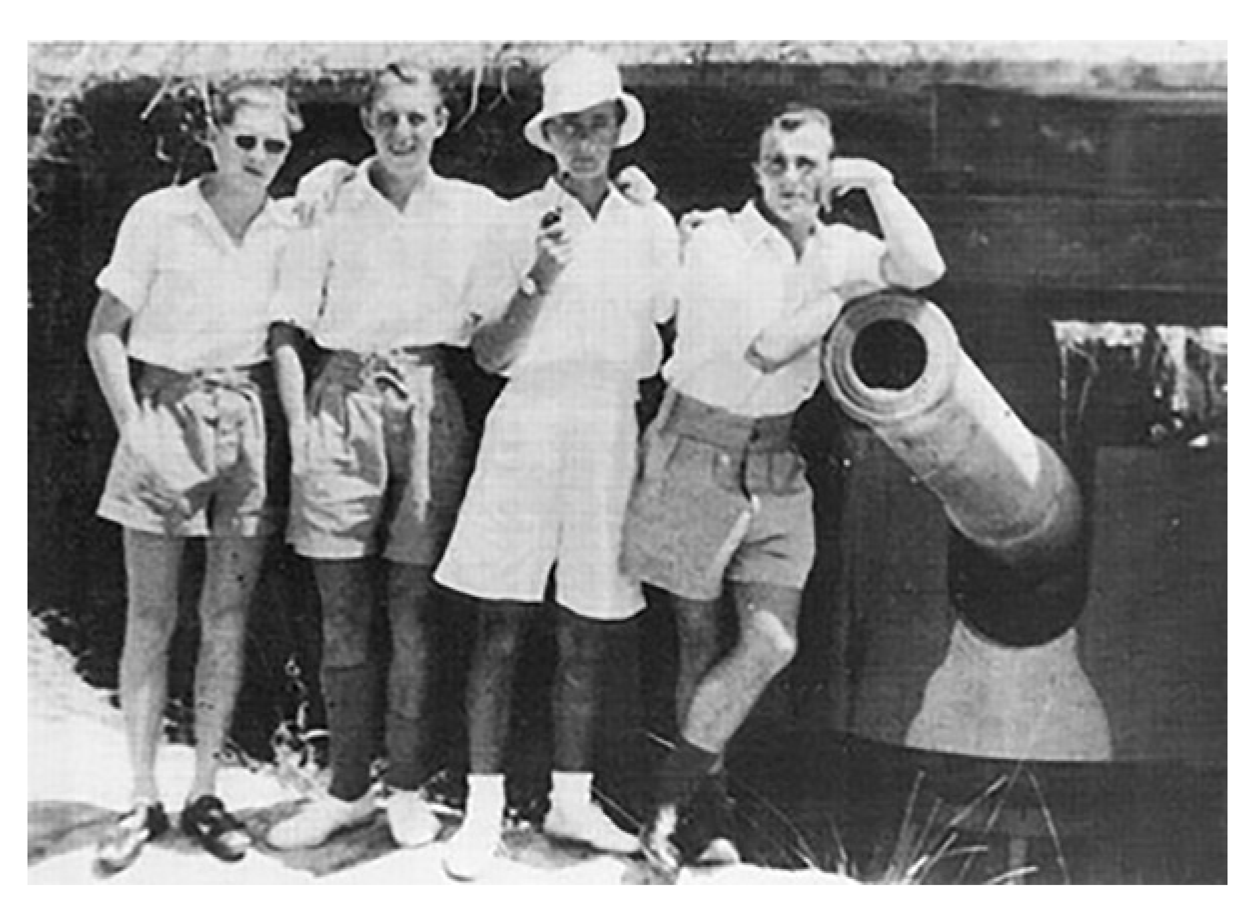
Inglaterra 19 de marzo de 1946.



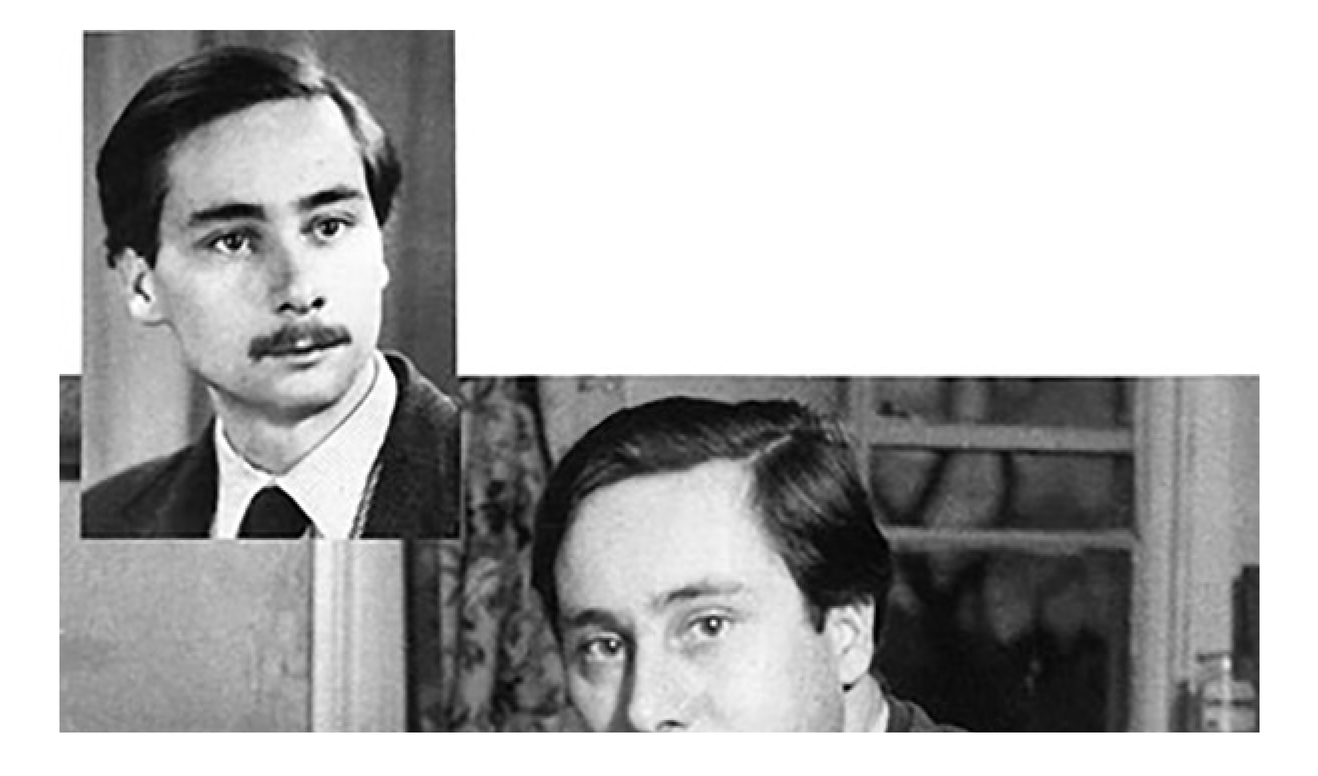
Estación de Radiofrecuencia de Butterworth, Malasia, 1947.

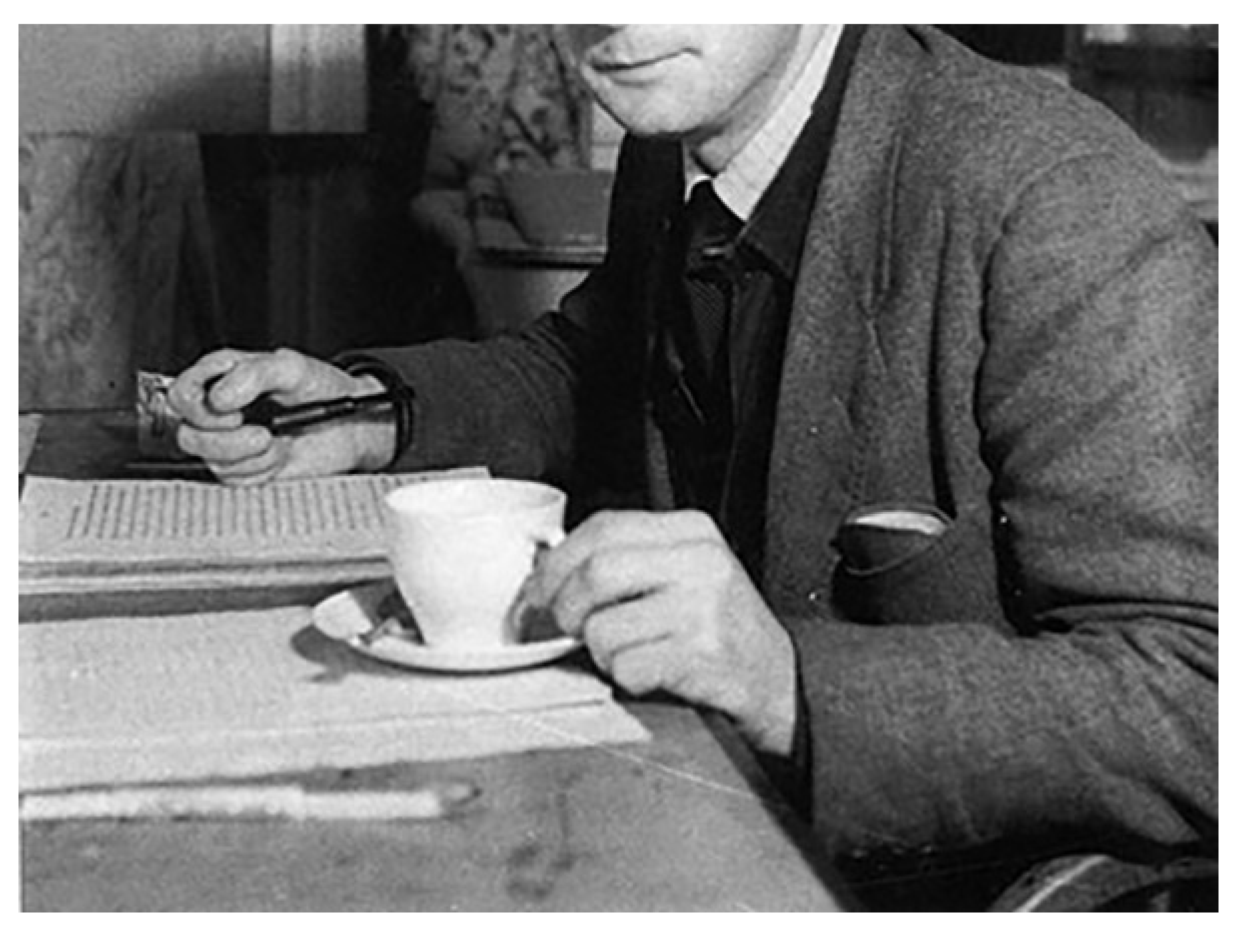


Malasia, 1947, operadores de radio, sección de señaladores. Yo soy el de la izquierda, Ronald Schlachter está en el centro y Peter Spruce está a la derecha.

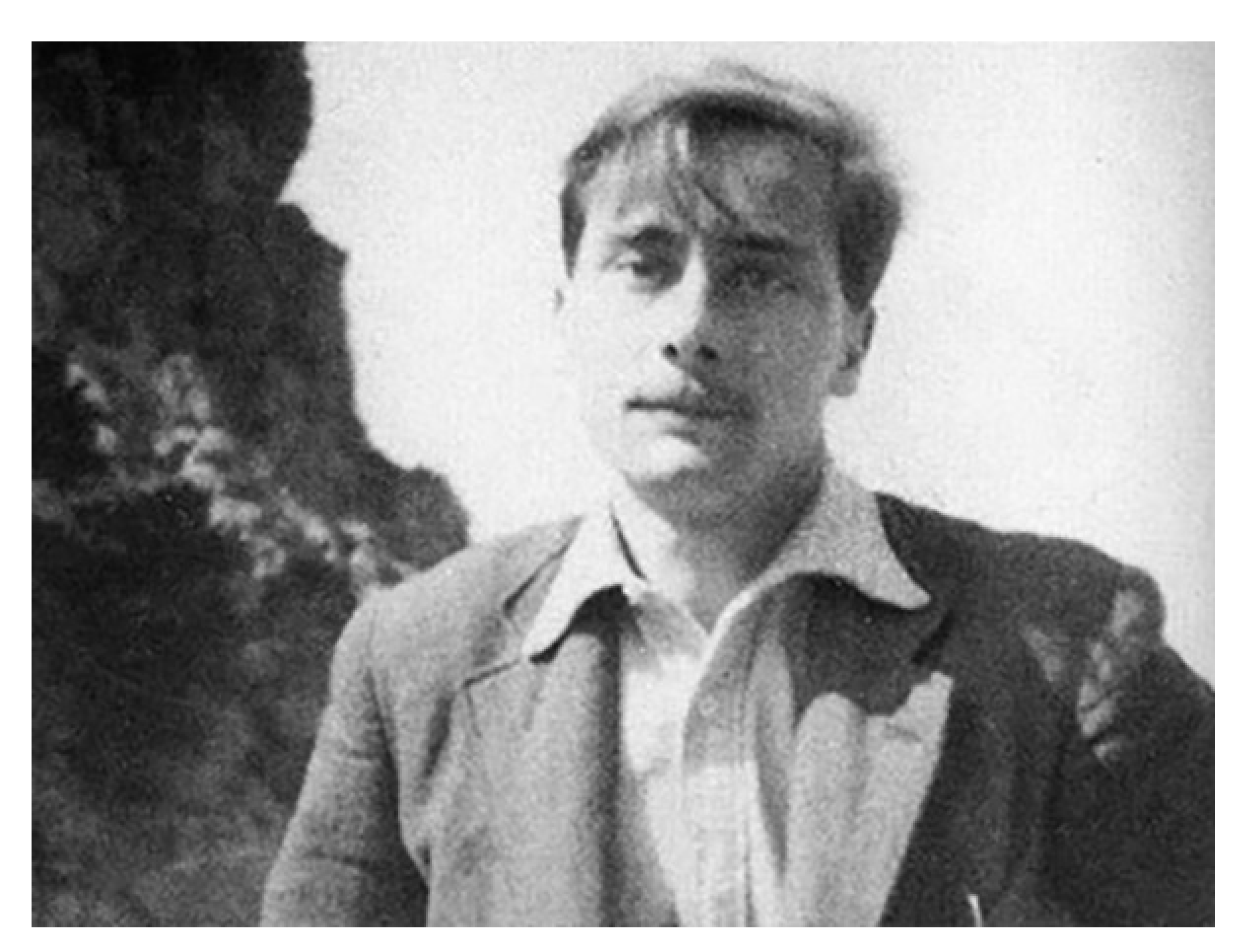


De vacaciones en Ford Auchay, Penang. Yo soy el que va de blanco con la pipa





Izquierda: Menton, 1952.
Abajo: En mi apartamento de Camden Town, octubre de 1958.



Mallorca, 1953.




En un *pub* de Nottingham con mi hermano Michael a la izquierda.



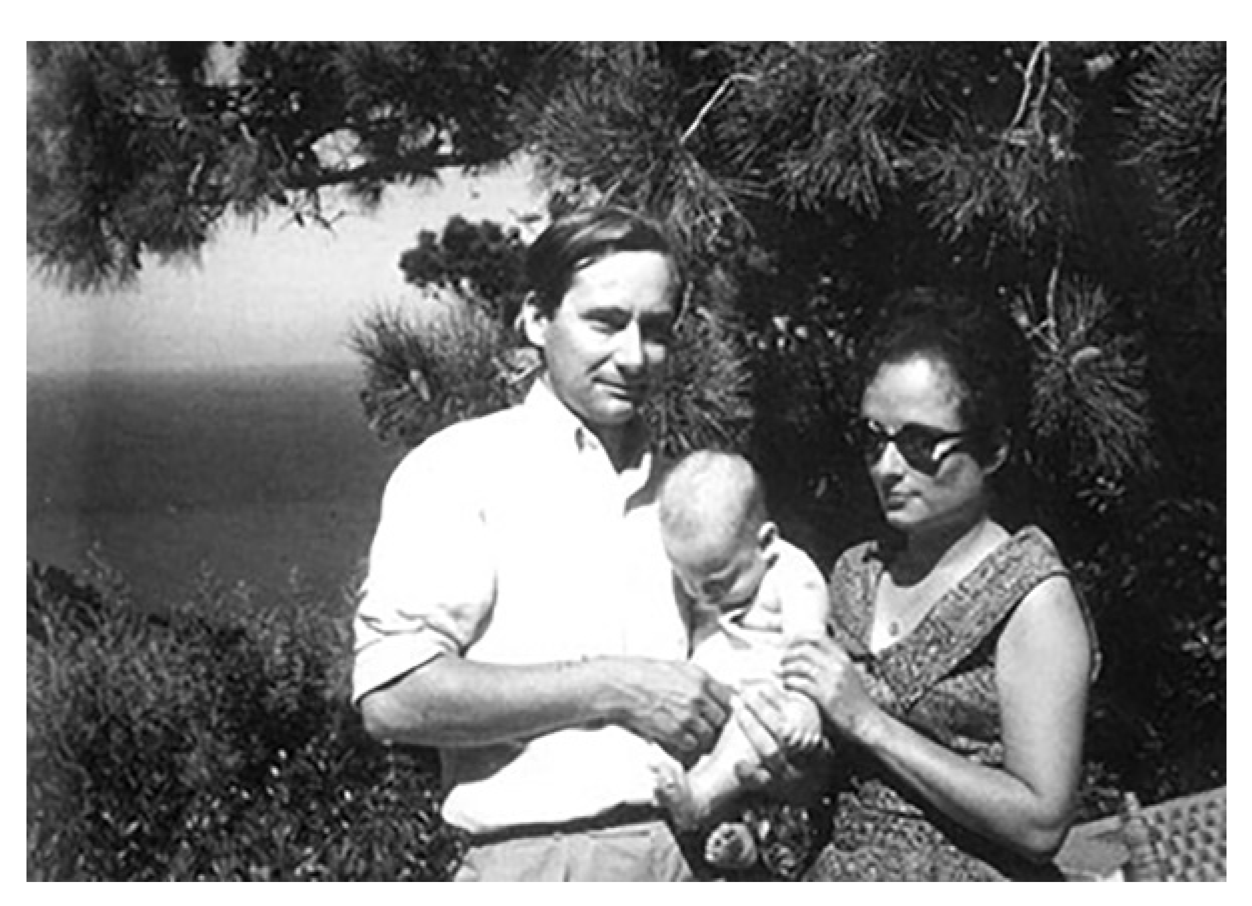
En 1959, durante el rodaje de *Sabado por la noche y domingo por la mañana*. De izquierda a derecha: Rachel Roberts, yo mismo, Shirley Anne Field y Ruth Fainlight.



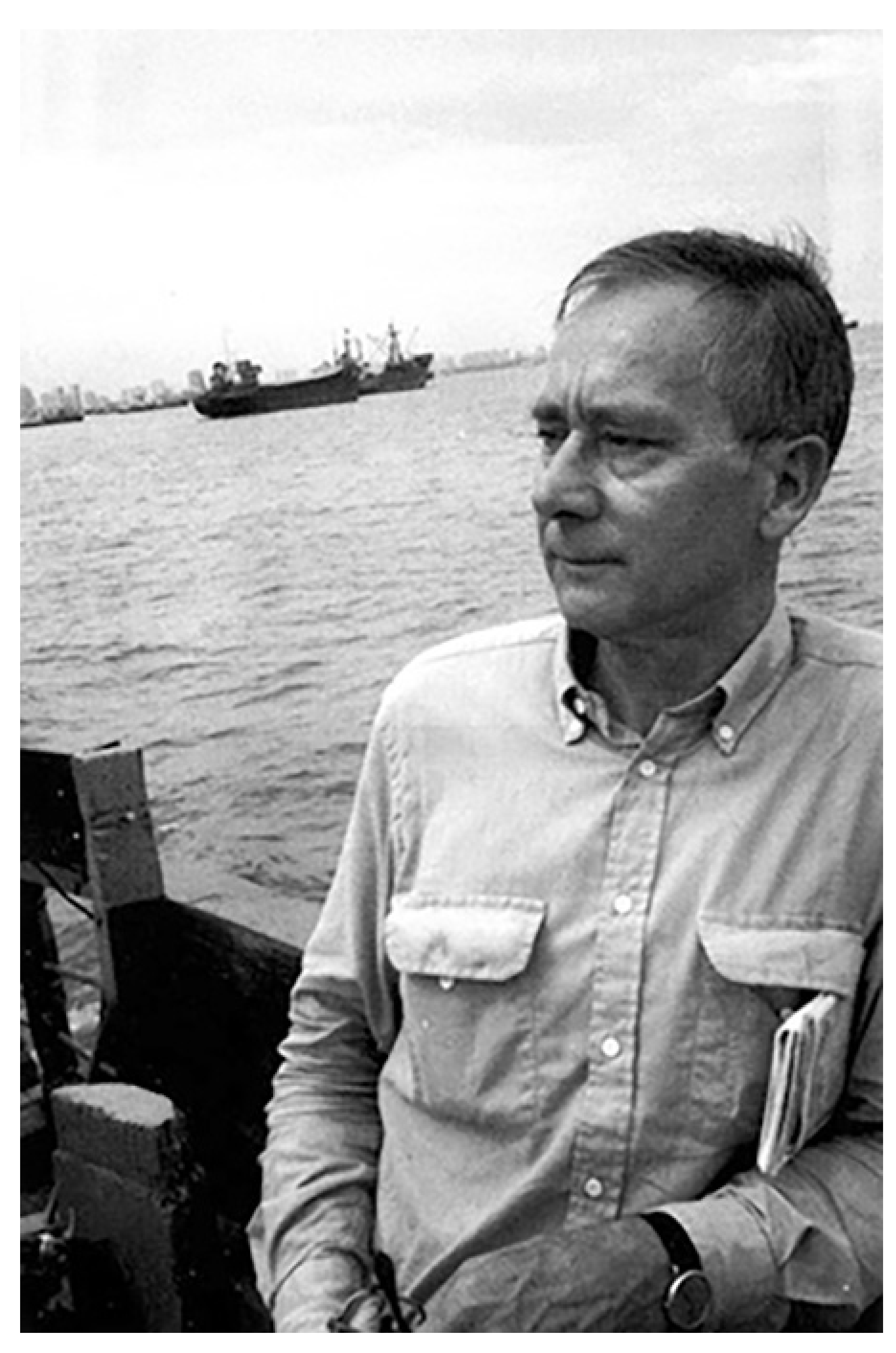
Con Harry Saltzman en el set de rodaje de *Sabado por la noche y domingo por la mañana*.




Estreno de *La soledad del corredor de fondo*.



Tánger, 1962, con Ruth Fainlight y David.



De vuelta en Penang, 1988, cuarenta años después.



Alan Sillitoe (Nottingham, 1982 - Londres, 2010) nació en Nottingham en 1928, en el seno de una familia de clase obrera. Abandonó los estudios a los catorce años y poco después entró a trabajar en la fábrica de bicicletas Raleigh, en Nottingham, al igual que lo había hecho su padre.

En 1946 se unió a la Royal Air Force y trabajó como operador de radio en Malasia. Regresó a Inglaterra tras contraer la tuberculosis y tuvo que guardar cama en un hospital durante casi año y medio, lo que le permitió dedicarse a la lectura. Gracias a una exigua pensión del ejército, pasó los siguientes siete años deambulando entre Francia y España. Fue a mediados de los cincuenta, en la isla de Mallorca, cuando empezó a escribir, animado por el poeta Robert Graves. Ya por entonces había conocido a la que sería su compañera de por vida, la poeta norteamericana Ruth Fainlight. Su primera novela, *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, fue

publicada en 1958, y adaptada a la gran pantalla por Karel Reisz en 1960, con Albert Finney en el papel de Arthur Seaton. Su libro de relatos *La soledad del corredor de fondo*, publicado en 1959, terminaría por confirmar a Sillitoe como uno de los más importantes narradores de su generación. Escribió más de cincuenta obras, incluyendo poesía, teatro y cuentos para niños, además de veinticinco novelas. En 1995 publicó su autobiografía, *La vida sin armadura*. En 1997 fue elegido miembro de la Royal Society of Literature. Murió el 25 de abril de 2010 en el Hospital Charing Cross de Londres, tras una larga batalla contra el cáncer.

# Notas

[1] Domingo. Los protestantes ingleses usaban las denominaciones veterotestamentarias. En el Capítulo 32, el autor emplea la palabra en el sentido original hebreo. (*Todas las notas son del traductor.*) **<<**

[2] El autor se refiere al *Home Guard*, que se creó en la segunda guerra mundial como unidad defensiva secundaria y que estaba formada por un millón y medio de voluntarios que no habían sido llamados a filas por causas como la edad, lo que le valió el apodo de Dad’s Army (Ejército de los Padres). **<<**

[3] «Sailors on the Spree» dice el titular en inglés. Se trata de un juego de palabras con la palabra *spree*. Por una parte, es el nombre propio de un río alemán que pasa por Berlín, pero, además, la frase *to go on a spree* significa irse de juerga o pillarse una buena cogorza. **<<**

[4] El autor se refiere a la *Army Cadet Force*, organización juvenil creada en 1859, que si bien está financiada por el Ministerio de Defensa no forma parte de las fuerzas armadas, es decir, los cadetes no podían ser reclutados. Sin embargo, sirvió de apoyo a la Guardia Local durante la segunda guerra mundial. **<<**

[5] Referencia al *Air Training Corps*, cuerpo juvenil voluntario perteneciente al cuerpo de cadetes de la raf, financiado por esta y subvencionado por el Ministerio de Defensa. Aunque muchos de estos cadetes continúan su carrera dentro de la raf, ya no funciona como organismo de reclutamiento. **<<**

[6] Hace referencia al pequeño Tom Dacre, protagonista del poema «El deshollinador», de William Blake (1757-1827), publicado en *Canciones de inocencia y experiencia*. **<<**

[7] Hace referencia al *Women’s Land Army*, organización británica de carácter civil que estuvo en funcionamiento durante la primera y la segunda guerra mundial, cuyo objeto era que las mujeres reemplazaran en las labores del campo a los hombres que se habían tenido que alistar en el ejército. **<<**

[8] Esta frase hace referencia a que, en los siglos XVIII y XIX, se pagaba un chelín a un soldado por alistarse en el ejército. La frase se sigue utilizando en la actualidad como sinónimo de entrar en las fuerzas armadas. **<<**

[9] Siglas de *Navy, Army and Air Force Institutes* (Institutos de la Marina, el Ejército y las Fuerzas Aéreas), una organización del gobierno británico que se encarga de gestionar establecimientos de recreo y servicios para las tropas y sus familias (restaurantes, bares, supermercados, lavandería, etc.). **<<**

[10] Con frecuencia, la mala climatología impedía que desde las torres de control se vieran las condiciones de la pista de aterrizaje, motivo por el que cada torre contaba con una unidad móvil visible (con ese diseño a cuadros), junto a la pista de aterrizaje, desde la que se tenía una mejor visibilidad de la pista. Por su situación ventajosa, esta unidad móvil podía invalidar una orden de la torre de control. Contaba con un equipo de radio básico, teléfono, reflectores de señales y bengalas. **<<**

[11] Siglas de *Women’s Auxiliary Air Force*, un cuerpo auxiliar femenino de la raf formado en 1939. **<<**

[12] *Now is the time for all good men to come to the aid of the party* es una frase de relleno en mecanografía ideada por Charles E. Weller en 1918. **<<**

[13] *Ambiciosa* es el título que se dio en español a la película *Forever Amber*, dirigida en 1947 por Otto Preminger y basada en la novela homónima de Katleen Winsor de 1944. **<<**

[14] Siglas en inglés de *Young Men’s Christian Association*, organización fundada en Londres en 1844. En la actualidad es una organización abierta a todos, sin filiación religiosa, cuyo objetivo es mejorar la vida de niños y jóvenes, y sus familias. **<<**

[15] *Colonial Service* en inglés, oficina del gobierno británico que administraba la mayoría de las posesiones británicas en ultramar. **<<**

[16] Siglas de *Women’s Voluntary Service*, una organización de ayuda a los soldados de vuelta de servicio fundada en 1938. **<<**

[17] Siglas de *Working Educational Association*, fundada en 1903, es una organización dedicada a la educación de adultos. **<<**

[18] Land’s End es el punto más occidental de la parte continental de Inglaterra, situado en la península de Penwith, al oeste de Cornualles. Literalmente significa «final de la tierra» y se usa normalmente para sugerir distancia. **<<**

[19] Teddy Boy es el nombre dado a un estilo de ropa basado en la apariencia eduardiana que tuvo su origen en jóvenes licenciados del ejército tras la segunda guerra mundial. El contacto con los primeros compases del *rock-and-roll* lo popularizaría y, en algunos casos, lo convertiría en un modo de vida violento. En el Capítulo 33, Sillitoe refiere que el nombre se aplicaría al protagonista de su novela *Sábado por la noche y domingo por la mañana*. **<<**

[20] Ley del Parlamento del Reino Unido aprobada en 1714 por la que las autoridades pueden declarar ilegal la reunión de más de doce personas y actuar en consecuencia en caso de que no se dispersen. **<<**